

TRATADO

DE

LEJISLACION.



92504

Reg. 27451

TRATADO
DE
LEJISLACION,
ó
ESPOSICION
DE LAS LEYES JENERALES

CON ARREGLO A LAS CUALES PROSPERAN, DECAEN O SE ESTANCAN LOS PUEBLOS.

Por Cárlos Comte,

VOCAL DE LA CAMARA DE LOS DIPUTADOS Y DEL INSTITUTO, SECRETARIO PERPETUO DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS, PROFESOR HONORARIO DE DERECHO EN LA ACADEMIA DE LAUSANA, Y ABOGADO EN EL TRIBUNAL REAL DE PARIS.

E pur si muove.

SEGUNDA EDICION,

revista y correjida,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR A. B.

TOMO CUARTO.

BARCELONA.

IMPRENTA DE DON ANTONIO BERGNES, CALLE DE ESCUDELLERS, NUM. 36.

1837.



TRATADO

DE

LEJISLACION.

LIBRO CUARTO.

PRIMEROS OBJETOS SOBRE LOS CUALES SE DESENVUELVEN LAS FACULTADES HUMANAS. — RELACIONES QUE EXISTEN ENTRE LA DISTRIBUCION DE LAS DIVERSAS RAZAS DE HOMBRES, SOBRE LA SUPERFICIE DE LA TIERRA, Y LA DISTRIBUCION DE SUS MEDIOS DE EXISTENCIA. — DIVISION NATURAL DE LOS PUEBLOS. — INFLUJO QUE EJERCEN EN LA CIVILIZACION LA NATURALEZA Y POSICION DEL TERRITORIO, LA DIRECCION DE LAS AGUAS Y LA TEMPERATURA ATMOSFÉRICA. — COTEJO ENTRE LOS PUEBLOS DE DIVERSAS RAZAS, Y ENTRE LOS PUEBLOS BARBAROS Y LOS CIVILIZADOS. — DESARROLLO DE ALGUNAS FACULTA-

DES PARTICULARES EN LAS DIVERSAS RAZAS DE HOMBRES. — CAUSAS DE ESTE DESARROLLO. — ORIJEN DE LA ESCLAVITUD.

CAPITULO I.

Primeros objetos sobre los cuales se desarrollan las facultades humanas.

Muchísimas y diversas son las causas que obran en las naciones, pero no todas producen efectos parecidos. Muchas propenden á hacerlas progresar, y otras á retroceder ó á mantenerlas en la barbarie. Dichas causas, sea cual fuere su naturaleza, existen necesariamente en los hombres ó en las entidades que les rodean. No cabe descubrirlas, cuando se buscan fuera de estos dos estremos.

Si se quieren conocer las primeras, hay que buscarlas en nuestra organizacion física, en las diversas afecciones de que nos ha dotado naturaleza, en la índole de nuestras facultades intelectuales, y en los diversos modos de obrar que tienen las entidades sobre nosotros, unos hombres en otros.

Si se desea conocer las segundas, es fuerza buscarlas en la naturaleza, configuracion y esposicion del suelo, en su latitud, en su elevacion sobre el nivel del mar, en las aguas que le bañan ó surcan, en su direccion, en la temperatura de la atmósfera, en la division de las estaciones y en otras circunstancias análogas.

Ya hemos visto algunas de las causas que dependen de la naturaleza del hombre ó de sus facultades intelectuales y morales. Escudriñando luego el cómo se ha difun-

dido la civilizacion por la superficie del globo, hemos visto que se desarrolló primero en los lugares donde con mas poderío concurren las fuerzas de la naturaleza á promover la tendencia del hombre á su prosperidad; que de allí se difundió á los lugares menos favorablemente situados; y que los pueblos situados en los puntos mas elevados, menos distantes de los polos, ó mas aislados, han sido siempre los mas bárbaros.

Si este fenómeno no se hubiese manifestado mas que en un continente, ó en una sola raza de hombres, podria atribuirse á causas volanderas ó accidentales; pero se ha observado, segun hemos visto, en todos los continentes y en todas las razas. Entre todas las tribus de raza cobriza, no se han hallado otras mas bárbaras que las que habitan en los dos estremos del continente americano, mas allá de los 47 grados de latitud austral y boreal; en el océano Pacífico, las tribus mas bárbaras y desvalidas son las de la tierra de Van-Diemen, Nueva Holanda, Nueva Zelandia, islas Aleutias y las de los Zorros: en Asia, las naciones bárbaras habitan las orillas de los rios que se dirijen hácia el polo boreal, mas allá de los 50 grados de latitud, ó en el dilatado páramo del centro de aquel continente; en Africa, los pueblos mas estúpidos ó los menos adelantados que se han descubierto, son los que viven en el cabo de Buena Esperanza; finalmente, la civilizacion, en Europa, empezó á desarrollarse en Grecia é Italia, irradiando de allí á las costas meridionales de España y Francia; avanzó en seguida gradualmente hácia las rejiones mas templadas; pero no ha llegado todavía ni probablemente llegará jamás hasta la estremidad boreal del imperio ruso (1).

(1) Encontramos á corta diferencia la misma fisonomía social en

Para determinar las principales causas que, bajo ciertas latitudes ó en ciertos lugares, han atajado el desarrollo de los pueblos, es fuerza recordar en qué consiste tal desarrollo, y cuáles son las entidades que forman su objeto. Un pueblo puede desarrollarse físicamente por la multiplicacion del número de las personas, ó por el acrecentamiento de las fuerzas físicas de cada uno de sus miembros. La causa inmediata mas activa de esta multiplicacion y acrecentamiento, es un aumento de subsistencias, ó una aplicacion mas acertada de las que existen. Una poblacion que no puede proporcionarse mayor cantidad de alimentos, ni distribuir con mas acierto los que posee, ha llegado al último término posible de crecimiento.

Un pueblo puede adquirir mayor cantidad de subsistencias, multiplicando los productos de su propio suelo; adquiriendo por medio de permutas las producciones de un territorio estranjero; arrebatando á la fuerza las riquezas de otras naciones; ó aprendiendo á hacer mejor uso de los productos que posee. Cuando no puede emplear ninguno de estos medios, no tiene que esperar mayor desarrollo físico.

todos los pueblos colocados en circunstancias análogas, sea cual fuere por otra parte la raza á que pertenezcan. Igual analojía se observa en los animales, y hasta en los vejetales, aun cuando pertenezcan á razas distintas. «Aunque la naturaleza no produce las mismas especies bajo climas análogos, tanto en las llanuras en paralelas isotermales, como en los páramos cuya temperatura se acerca á la de los lugares mas cercanos al polo, obsérvase sin embargo una semejanza asombrosa de traza y fisonomía en la vejetacion de las rejiones mas separadas.—Este fenómeno es uno de los mas curiosos que presenta la historia de las formas orgánicas.» De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. IV, lib. IV, cap. XIII, páj. 228.

Meditando acerca de los principales objetos sobre los cuales se desarrollan las facultades intelectuales de los hombres, hallamos que dichos objetos son relativos á sus alimentos, vestidos y viviendas. Por donde quiera, las primeras operaciones que practicaron los hombres han tenido por objeto recojer, multiplicar, variar y perfeccionar los productos de su suelo, conservarlos por el mayor tiempo posible, y prepararlos en términos de que fuesen sanos y agradables: he aquí las primeras operaciones en que se ejercita la intelijencia humana. La primera necesidad, despues del hambre y la sed, es guarecerse de las injurias de la temperatura; el dar á sus vestidos, con el menor trabajo y tiempo posibles, las condiciones propias para guardarse de la intemperie de las estaciones, y variarlos de modo que sean lijeros ó calientes segun el tiempo, son otras tantas tareas que absorben gran parte de sus facultades intelectuales. Finalmente, el esmero que reclama la arquitectura, desde el que exije la sencilla construccion de una choza, hasta el necesario para edificar y decorar un palacio, absorben otra parte de sus facultades intelectuales.

Hay un sinnúmero de conocimientos distintos que son estraños á la satisfaccion inmediata de una de dichas necesidades; mas si queremos tomar la molestia de examinar cuál es el objeto de su cultivo, se verá que no son provechosos sino por el socorro que prestan á las artes; y que estas, á escepcion de un corto número de las que se llaman de recreo, no tienen otro objeto que aumentar, variar ó perfeccionar nuestros alimentos, proporcionarnos vestidos ó viviendas mas cómodas y agradables, ó defender estos diversos objetos cuando se poseen. Si acontece pues que un pueblo haya llegado al punto de no poderse procurar mejores vestidos, ó viviendas mas cómodas, to-

das las artes y ciencias cuyo resultado es vestirnos ó alojarnos mejor, quedan sin objeto.

Existen, no hay duda, entre los pueblos que han hecho grandes progresos en las ciencias y en las artes, otros goces que los inmediatamente resultantes de la satisfaccion de sus urjencias físicas; pero, en jeneral, tales goces son forasteros á los que tienen que luchar de continuo contra la naturaleza ó contra sus semejantes, ya para no morirse de frio ú de hambre, ya para no ser víctima de un enemigo. Hay muy pocos goces intelectuales ó morales para los hombres que no tienen reposo, ni seguridad, y que están incesantemente dedicados á sortear quebrantos físicos. Las propias causas que reducen un pueblo á lo rigurosamente indispensable para alimentarse, vestirse ó alojarse, estorban en él todo desarrollo intelectual ó moral que no tenga por objeto satisfacer inmediatamente una de aquellas necesidades.

Una clase hay de conocimientos que al parecer no tiene relacion alguna con la satisfaccion de nuestras necesidades físicas; tales son aquellos que tienen por objeto el hombre mismo. Una persona, sea cual fuere su posicion, parece poder observar, por ejemplo, las consecuencias de sus acciones, pudiendo prever cuáles serán los efectos de la pereza, de la destemplanza, de la perfidia, de la venganza, de la crueldad y demás pasiones maléficas. Pero los estudios de esta clase son los postreros que se cultivan, por cuanto las costumbres de las naciones son casi siempre resultados de una posicion dada; y cuando esta depende de causas invencibles, en balde quisiéramos destruir los vicios que son efectos de la misma (1).

(1) Esto nos esplica el porqué algunos hombres ilustrados, colocados en una falsa posicion, tienen vicios á pesar de sus luces, y porqué hombres ignorantes, colocados en una situacion mas feliz, atesoran á menudo buenos hábitos á pesar de su ignorancia. Esto nos esplica tambien el poco fruto que han sacado los misioneros que creyeron que para correjir los vicios de los salvajes, bastaba predicarles y enseñarles dogmas.

Indicado en jeneral el objeto de los conocimientos humanos, y vistas las causas mas influyentes en las costumbres, ya se deja conocer cómo, en ciertas posiciones, hay tribus que se han mantenido bárbaras, al paso que otras, en posicion diferente, han hecho inmensos progresos, elevándose al nivel de las naciones florecientes. Para esplicar este fenómeno, no hay mas que inquirir cuáles son los puntos del globo donde con mayor facilidad han podido los pueblos multiplicar y variar sus subsistencias; cuáles las partes donde les ha sido mas fácil comunicar con otros pueblos, aprovecharse de sus descubrimientos, cambiar con otros los productos del suelo ó de la industria, y, en una palabra, ilustrarse y enriquecerse con el auxilio de otros; y cuáles, por fin, las partes donde la vejetacion padece mas cortas interrupciones, y aquellas donde las estaciones interrumpen por menor tiempo los afanes del hombre. Con efecto, no se necesita gran fuerza de raciocinio para probar que las partes del globo donde la industria puede multiplicar las entidades necesarias para la subsistencia del hombre, favorecen el desarrollo de la intelijencia humana y la multiplicacion de la especie; y que, al contrario, en los puntos donde los hombres no logran en cierto modo influjo alguno sobre la naturaleza, no pueden multiplicarse, ni se interesan en su ilustracion.

Ignoramos bajo qué órden se han difundido los vejetales y animales por la superficie de la tierra; mas podemos afirmar, sin miedo de que se nos acuse de temerarios, que cuando de dos entidades, puede la una existir sin la otra,

y esta no sin aquella, la primera ha precedido á la segunda en el órden de la jeneracion. Necesariamente han existido materias propias para alimentar la vejetacion antes de que existiesen vejetales, y estos han precedido á los animales que no pueden vivir sino por su medio. Así, aun cuando ignoremos el rumbo que ha seguido el linaje humano en su diseminacion por las diversas partes del globo; aun cuando en todas las épocas cuyo recuerdo nos ha conservado la historia, hayan existido hombres en los puntos donde los hay en el dia, podemos afirmar que cada pais producia ya vejetales ó animales cuando empezó á poblarse.

No todos los lugares son igualmente favorables para todas las producciones, y no todas las producciones, aun en los lugares propios para promover su desarrollo, logran una fuerza igual. Plantas hay que solo crecen bajo la zona tórrida, otras solo bajo las templadas, y otras que pueden arraigar hasta en los hielos polares. Por lo jeneral, las plantas que encierran gran cantidad de materias nutritivas propias para el hombre, solo se desarrollan bajo el influjo de una temperatura suave, y crecen lentamente. De ahí se sigue que en los lugares que no tienen algunos meses de verano, las plantas nutritivas perecen antes de su cabal desarrollo, y por consiguiente nunca pueden propagarse sino por medios artificiales. Si la casualidad ó la industria humana traen á ellos algunos jérmenes, no se desenvuelven ó quedan improductivos. Por otra parte, como no todas las plantas que crecen en un mismo suelo tienen igual fuerza, las mas vivaces ahogan á las mas endebles, ó las vuelven improductivas. Resulta pues que cuando la naturaleza está abandonada á su fertilidad natural, las producciones varian con las zonas, no hallándose en cada zona mas que un corto número de es-

pecies que se disputan el terreno, volviéndose mutuamente estériles. Vamos á ver cómo han influido estas diversas circunstancias en el desarrollo de cada pueblo.

CAPITULO II.

Relaciones que existen entre la division de las naciones sobre la superficie del globo, y la division de los medios de existencia que les ofrece la naturaleza.

Ojeando rápidamente la esfera terrestre, nótase desde luego que los puntos que gozan de una temperatura mas suave é igual, que están mas regados, y que tienen las comunicaciones mas espeditas y numerosas con otros, son tambien los mas poblados y mas antiguos en civilizacion. En las rejiones menos adelantadas, así como en las que mas progresos han hecho, siempre encontramos las poblaciones mas crecidas en los golfos y en los embocaderos ó márjenes de los rios. Los pueblos, en sus emigraciones y crecimiento, están sujetos á leyes tan invariables como las que rijen á los animales. Disemínanse por todos los puntos que les ofrecen medios de vivir, y se detienen cuando no encuentran subsistencias. En sus emigraciones se reparten á la manera de las aguas: si, en cada pais, se parte del punto en que un rio desagua al mar y subimos hasta su oríjen, recorriendo todos sus afluentes, verémos

por lo jeneral, en ambas riberas, pueblos que pertenecen á una misma familia; que hablan un mismo idioma ó dialectos parecidos, y que tienen costumbres análogas.

Este fenómeno, que al parecer existe en todos los paises, se puede observar muy fácilmente en Europa. Muchos son los rios que nacen en los Alpes, á corta distancia unos de otros, pero no todos siguen una misma direccion; el uno se encamina al Océano, otro al Mediterráneo y varios al Adriático. Si ascendemos del embocadero de estos hasta su nacimiento, en todas sus márjenes se hallan pueblos de raza italiana. Si ascendemos del embocadero del Rin, en el Océano, hasta la cumbre de las montañas que le tributan sus aguas, por ambas riberas no encontrarémos mas que pueblos de raza alemana ó jermánica. Por último, si ascendemos desde las Bocas del Ródano hasta su nacimiento, no hallarémos mas que pueblos que hablan el idioma francés ó dialectos del mismo; un solo punto hay (la parte alta del Valés) donde se ven algunas familias jermánicas. En los montes de donde traen su oríjen estos rios, se encuentra una confederacion de pueblos diversos compuesta de Franceses, Italianos y Alemanes.

Estas divisiones existen prescindiendo de toda combinacion política y de los gobiernos á que están sujetos aquellos pueblos. Así, las poblaciones que habitan en ambas márjenes del Ródano y en las comarcas que le tributan sus aguas, hablan todas dialectos del mismo idioma, por mas que estén divididas en cinco gobiernos independientes unos de otros: el de Francia, el del Piamonte, el del Valés, el del canton de Vaud y el de Ginebra. Las poblaciones que viven en los distritos que tributan sus aguas al Rin, son todas de raza jermánica, aunque están divididas entre los gobiernos de Francia, Suiza, Prusia, Holanda y otros. Así tambien, las poblaciones que viven

junto á los rios cuyas aguas corren hácia el Adriático ó por los terrenos inclinados hácia aquel lado, pertenecen á la raza italiana, bien que los unos forman parte de la confederacion suiza, compuesta en su mayor parte de pueblos alemanes, y los otros están sujetos á diversos gobiernos italianos y al gobierno austríaco. Las combinaciones diplomáticas y las violencias de los gobiernos pueden turbar el órden de la natural division de los pueblos, pero jamás podrán borrarlo.

La diversidad de gobiernos no ha podido destruir pues la unidad de poblacion producida por la configuracion del suelo y el curso de las aguas; é impotente á la par ha sido la unidad de gobierno para aunar pueblos separados por el curso de las aguas y la configuracion del terreno. Piamonte y Saboya han estado por largo tiempo sometidos á la misma autoridad, y sin embargo, las costumbres, el idioma y los intereses de los dos pueblos se echan de ver tan distintos como antes de la reunion. Los pueblos que habitan en la cuenca del Po, han hecho parte de la familia italiana, aun estando sujetos á la dominacion francesa. Los pueblos que habitan en la cuenca del Ródano han seguido formando parte de la familia francesa, aunque han estado sujetos á un gobierno italiano. La Suiza reune, bajo un mismo gobierno federal, Alemanes, Italianos y Franceses; pero cada poblacion conserva su idioma, sus costumbres, intereses y leyes. Los diversos gobiernos de Francia se han valido de todos los medios discurribles para aunar las diferentes poblaciones que han sujetado: han dividido el terreno en fracciones, han uniformado la lejislacion, la administracion, la educacion; han nivelado, como quien dice, la superficie del terreno, y sin embargo, no les ha sido dable establecer su tan apetecida unidad. El estranjero que penetra en Francia

por uno de los rios que desaguan en el Mediterráneo ó en el Océano, encuentra casi por todas partes dos idiomas, el del pais y el del lugar donde reside el gobierno. El primero es hablado por la mole de la poblacion, y limitado tan solo por la cumbre de las montañas; el segundo, fuera de su pais nativo, solo es hablado por los ajentes de la autoridad, por las academias á quienes paga ó proteje, por los que aspiran á servirla, y por los destinados á ser intermedio entre la autoridad y el pueblo. Cuando hable de las divisiones territoriales, se verá que los intereses no están menos divididos que los idiomas (1)

Considerando al linaje humano bajo un punto de vista mas elevado, vemos que se divide en grandes moles, siguiendo las grandes divisiones del globo, á la manera que le hemos visto dividirse en grandes familias, segun la configuracion del suelo, la direccion de los montes y de los rios. Así, los pueblos que habitan en el centro de Asia y en aquella multitud de rios que se encaminan á levante ó al sur, pertenecen casi todos sin escepcion á la raza mogola. Los habitantes de las islas del Océano Pacífico, desde Nueva Zelandia hasta las islas Sandwich, y de la isla de Pascua hasta la península de Malaca, pertenecen casi todos á la raza malaya. Los moradores del continente americano, antes de la llegada de los Europeos, desde la Tierra de Fuego hasta el estrecho de Hudson, pertenecian á la especie cobriza. Otra raza del todo diferente se hallaba diseminada por el continente de Africa, á escepcion de una parte del territorio bañado por el Nilo y de las costas septentrionales ocupadas por pueblos de raza

(1) Todas las aguas que vierte la Francia en el Mediterráneo ó en el Océano, desembocan por cuatro rios y algunos afluentes poco considerables. El idioma francés no es hablado sino por una sexta parte de la poblacion.

europea. Los pueblos pues se han propagado con tanta regularidad como las plantas; las razas han ocupado continentes enteros; las familias particulares de cada raza se han encaminado á las bocas de los rios, y ascendiendo por los valles, han seguido la direccion de las aguas. Notable es tambien que los puntos por los cuales se tocan ó se aproximan los continentes, están poblados de razas pertenecientes ya al uno, ya al otro. En la estremidad boreal de América, por ejemplo, vemos pueblos de raza mogola; en las costas africanas y en las partes de Asia mas próximas á Europa, vemos pueblos de la misma raza que los Europeos.

No nos es dable saber cuáles fueron los primeros puntos del globo poblados, ni cómo se han difundido los pueblos por todas las rejiones habitables; mas suponiendo que todos han tenido un principio análogo, suponiendo para todos lo que respecto de algunos demuestra la historia, esto es, que han empezado por ser tan bárbaros como los que existian en el norte de América, cuando el descubrimiento de este continente, nada me parece mas fácil que determinar las causas del desarrollo sucesivo de los unos en los mismos valles ó en las corrientes de las mismas aguas, y del estancamiento de los otros.

Estudiando las partes del globo en las cuales menos progresos ha hecho la civilizacion, se nota que cuanto menos adelantados están los pueblos, mas se concentran en las bahías, en las orillas del mar, en la embocadura ó en las márjenes de los rios. Si se estienden al interior del pais, es solo accidentalmente y para entregarse á la caza; y aun en sus escursiones siguen jeneralmente el curso de las aguas, ora se remonten, ora desciendan. Este fenómeno se observa en el norte de Asia, en toda la estension de América, en Nueva Holanda, y en todas las islas donde

ha progresado poco el cultivo. Cuando una costa, por fértil que sea al parecer, no se halla surcada por ningun caudal de agua considerable, jeneralmente está desierta, ó si la visitan algunas tribus, es solo momentáneamente. Así, una gran parte de las costas nordeste de Asia, una parte mas considerable todavía de las costas del oeste de América, y casi todas las costas de la Arabia, de Africa y de Nueva Holanda, están desiertas ó muy poco pobladas. Si se encuentran algunas tribus semibárbaras en el interior no cultivado del pais, es solo cuando han llegado al estado de pueblos pastores, como los Arabes Beduinos, los Tártaros y los Mogoles del centro de Asia, y algunos pueblos de la América meridional.

Fácil es atinar en las causas que en los paises no civilizados llevan á los pueblos hácia la boca de los rios ó hácia sus márjenes. La cantidad de alimentos que suministra al hombre la tierra abandonada á sí misma es casi nula. Bajo cada zona, segun llevo dicho, la tierra no produce mas que un corto número de especies de plantas; las de vejetacion mas robusta se posesionan del suelo y ahogan á las demás. La mayor parte no pueden por su propia naturaleza dar ninguna especie de frutos; y las que serian capaces de producirlos, son casi siempre estériles, ya porque se dañen mutuamente, ó ya porque estén llenas de plantas parasitas. Por último, aun en el caso de hallarse árboles ó arbustos que den algun fruto, es recurso que solo puede durar pocos dias; primero, porque el hombre tiene que disputárselo á los animales, y en segundo lugar, porque perece en cuanto llega á la madurez. Bajo una zona templada, la tierra abandonada á sí misma no suministra al hombre sustancias alimenticias vejetales durante el invierno, ni en la primavera, ni durante una gran parte del estío. La zona bajo la cual la vejetacion no descan-

sa, donde los árboles se cubren de flores estando aun cargados de fruto, ofrece por mas tiempo, y con cierta abundancia, sustancias nutritivas; pero sin embargo no las produce todo el año. En cuanto á las tierras situadas bajo una zona glacial, no pueden suministrarlas en ninguna estacion; el tiempo de la vejetacion dura en ellas tan poco, que ningun fruto llega á cuajar; los hombres no pueden mantenerse mas que de caza ó pesca (1).

Los hombres que no han adoptado la vida pastoril, ni la labradora, están pues como atraidos, en todas las zonas, hácia los lagos, los rios y los golfos, por la necesidad de subsistencias. Allí disfrutan de las ventajas de la pesca,

(1) Habiendo observado Montesquieu que las poblaciones mas numerosas se encuentran por lo jeneral en los puertos de mar, ha investigado las causas de este fenómeno. Bien ha conocido que la facilidad de encontrar en ellos subsistencias contribuia mucho para el caso pero ha sospechado que mediaba otra causa mas poderosa: «Puede, dice, que las partes oleosas del pescado sean mas propias para sufragar la materia que sirve para la jeneracion. Esta seria una de las causas de aquel infinito número de pueblos que en el Japon y en la China casi no viven mas que de pescado. Si asi fuese, ciertas reglas monásticas que por instituto se alimentan esclusivamente de pescado, serian contrarias al mismo espíritu del lejislador». *Esprit des lois*, lib. XXIII, cap. XIII. —Segun este célebre filósofo, parece que los obstáculos para el aumento de la poblacion, no tanto consistian en la dificultad de mantener y educar á las criaturas como en la de enjendrarlas. Difícilmente se concibe cómo pudo ocurrir á un hombre tan juicioso, que una nacion tan populosa como la China, que habita un territorio inmenso, muy fértil, y que todo lo cultiva con el mismo esmero que un jardin, no viviese mas que de pescado. Los Esquimales, los Groelandeses, los indijenas de Nueva Holanda, los habitantes de la Tierra de Fuego, los de las costas noroeste de América y los de Kamtschatká, no viven mas que de pescado: y ¿porqué no son tan numerosos como los Chinos?

junto con las de la caza; los animales acuden por la facilidad con que encuentran de que vivir, y es mas fácil cojerles; las plantas alimenticias, las raices, las bayas y toda clase de frutos prosperan tambien mejor. Con efecto, en las márjenes de los rios, el suelo abunda en mantillo, goza de una temperatura mas suave, tiene mas riego y sombra, el aire circula con mayor libertad, y las especies son mas variadas. Las aguas y los vientos tienden de continuo á acarrear hácia los valles las diversas especies de vejetales que crecen en los puntos elevados, siendo mucho mas arduo que las plantas de los sitios bajos trasmigren á las montañas. Por último, los valles surcados por los rios y sus afluentes representan en jeneral un triángulo cuyo vértice está formado por la union de dos montañas, y la base por una crecida corriente, ó por las orillas del mar; de donde se sigue que cuanto mas nos acercamos á la boca de un rio ó á la confluencia de dos, mas estenso es el espacio de tierra vejetal.

Al paso que las aguas llevan consigo una parte considerable de las subsistencias del hombre, que mutiplican en ciertos lugares las especies de vejetales, y que atraen á los animales, ofrecen tambien senderos y caminos mas ó menos espeditos al través de los enmarañados bosques. Las tierras abandonadas á sí mismas se cubren casi siempre de dilatadas selvas, pero no parecidas á las selvas que vemos en las naciones civilizadas. En estas se quitan los arbustos y malezas, los árboles no se caen de pura vejez, las aguas de las lluvias, de los arroyos y afluentes tienen salidas que se conservan libres con todo esmero. En los bosques silvestres, al contrario, cuanto de sí da la tierra allí se queda; los arbustos, los zarzales y las malezas cubren el suelo, é imposibilitan su acceso al cazador ó al viajero. Los árboles, solo destruidos por el tiempo, caen

de vejez, y contribuyen á hacer impracticable el pais. Por último, la hojarasca, los desechos vejetales, y las tierras acarreadas por las lluvias, oponen un dique al curso natural de las aguas, y trasforman inmensas llanuras en pantanos. Insectos y reptiles plagan entonces el pais, y si en él penetran todavía algunos animales, el hombre no puede perseguirles sino con trabajo y á costa de mil riesgos. Los bosques no sujetos al imperio del hombre civilizado son en tales términos impracticables, que los animales tienen que trazar en ellos senderos, y estos son los únicos por los cuales pueden pasar los hombres.

Los rios, en los pueblos salvajes que habitan un suelo cuajado de bosques, no presentan las mismas facilidades para la navegacion que en los pueblos civilizados. Arboles corpulentos caidos de decrépitos ó desarraigados por las aguas, ponen trabas á su curso, y hacen peligrosa la navegacion por ellos. Sin embargo, por difícil que sea recorrerlos, los pueblos que habitan sus riberas y que poseen el arte de construir canoas, hallan en el agua medios de trasporte mas espeditos que en la tierra. Bástales abandonarse á la corriente para salvar distancias inmensas; y nótese que la facilidad de descender y la dificultad de subir, contribuyen no poco á fijarles en las bocas de los rios ó en los golfos (1).

Todas las causas que contribuyen á determinar la estancia de una tribu de salvajes, contribuyen al aumento

(1) Los gobiernos han intentado á veces asignar el local para la construccion venidera de un pueblo; pero sus decretos se han quedado por cumplir, siempre que la posicion y naturaleza de los lugares no han atraido ó multiplicado la poblacion. Varios ejemplos podriamos citar en los Estados Unidos de América, y particularmente en el estado de Virjinia. Un escritor que se ha acreditado de sabio filósofo, y profundo diplomático á la vez, ha espresado tan lacónica como enér-

de la poblacion y al desarrollo de las facultades humanas. Unos hombres que no han hecho todavía progreso alguno en las artes, necesitan para dedicarse con seguridad y fruto á la pesca, encontrar un sitio al abrigo de las tempestades, y al cual acudan los peces atraidos por la quietud de las aguas y la facilidad de las subsistencias. Escojen la bahía mas calmosa y profunda, ó sientan sus reales en la embocadura de un rio, construyendo sus chozas en la orilla, y estableciendo en ellas sus familias. Allí empiezan á perfeccionar la navegacion; y pueden, segun les convenga, internarse en el mar para dedicarse á la pesca, ó en los bosques para perseguir la caza. Como la temperatura se mantiene mas suave, la vejetacion es mas continuada, y puede mas fácilmente seguir sus progresos; de consiguiente les ocurrió con mas naturalidad el entregarse al cultivo de las plantas. Al propio tiempo les es mas fácil el cultivo, pues el terreno que deben descuajar está menos distante del lugar donde encuentran sus subsistencias habituales. Tambien les es mas fácil el celar y

jicamente el influjo de los lugares, diciendo (despues de hecha la enumeracion de las ciudades de Virjinia): «There are other places at which, like some of the foregoing, the *laws* have said *there shall be towns;* but *Nature* has said *there shall not*, and they remain unworthy of enumeration.» Jefferson's *Notes on the state of Virginia*, Query. XII, páj. 175. Traduccion. Otros lugares hay, en los que, así como en algunos de los anteriores, las leyes dijeron: *allí habrá ciudades*; pero la *Naturaleza* ha dicho; *no las habrá*; y allí se han quedado, no mereciendo citarse.

El Sr. de Humboldt ha hecho una observacion análoga en la América meridional. «El aspecto del pais, dice, contribuye poderosamente á los progresos mas ó menos rápidos de las misiones. Estiéndense con lentitud por el interior de las tierras, por las montañas ó estepas, *donde quiera no siguen el curso de un rio.*» *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. VI, lib. VI, cap. XVIII, páj. 164.

mantener el cultivo; no han de perder gran tiempo para trasladarse al campo; y les es muy espedito trasladar de un lugar á otro los productos. Por último, la tierra es ordinariamente mas fértil, porque, estando poco elevada sobre el nivel del mar, el clima se muestra mas benigno. De ahí resulta que el cultivo y la poblacion se estienden gradualmente por los valles; fórmanse pueblos en la confluencia de los rios, porque allí es donde la tierra se muestra capaz de un cultivo mas estenso, porque es el punto mas espedito de comunicacion entre dos pueblos, y porque las subsistencias pueden llegar simultáneamente de varios puntos (1).

Las aguas ejercen pues inmenso influjo en la distribucion y civilizacion de los pueblos; mas la configuracion y estension de las diversas partes del globo, la naturaleza del suelo y la temperatura atmosférica, lo ejercen no me-

(1) Esa tendencia, ó por mejor decir, esa necesidad que sienten los pueblos de dirijirse hácia la embocadura de los rios, de seguir sus márjenes y diseminarse por los valles que á ellos tributan sus aguas, nos esplicaria quizás la division de los idiomas y dialectos derivados. Los idiomas no se forman sino conforme se desarrolla la intelijencia, se propagan los conocimientos y se multiplican los conceptos. El idioma de un pueblo que no ha progresado mas que los indijenas de la tierra de Van-Diemen ó de la Tierra de Fuego, necesariamente debe ser muy pobre. Ahora bien: supongamos un pueblo bárbaro por aquel estilo, que se dirije hácia las costas de Francia, se posesiona de las embocaduras del Sena, del Loira y del Garona, y se disemina gradualmente por el litoral de estos rios: á la vuelta de algunos siglos, no se entenderán unos á otros, por mas que los tres idiomas, que se hayan formado por los progresos sucesivos, tengan cierto número de raices comunes. Los pueblos, despues de haberse dividido dirijiéndose á la embocadura de los rios, se pueden subdividir siguiendo el curso de los afluentes, y de tal subdivision pueden nacer nuevos dialectos.

ñor en el curso, distribucion, caudal y utilidad de las aguas. Rios que, por un efecto de la configuracion tópica, se dirijiesen á mares sin salida, como los que tributan sus aguas al mar Caspio, al lago Aral ó al lago de Soldan; que atravesasen tierras frias y estériles, como algunos de los del noroeste de las montañas del Ural, ó que estuviesen cubiertos de hielos durante una gran parte del año, como los de la estremidad boreal de Asia y de América, ofrecerian escasísimos recursos al hombre. Así tambien, unos rios que por el volúmen de sus aguas cubriesen é hiciesen inhabitable un espacio inmenso de pais, ó que solo bañasen tierras poco cultivables como las sabanas de América, serian, á lo menos por largo tiempo, graves obstáculos para la civilizacion, mas bien que causas de progreso. Al tratar pues del influjo de las aguas, no se ha de perder de vista que solo son medios, y que estos medios pueden parar en inútiles ó funestos segun las circunstancias.

Recorridas de una manera jeneral las causas que determinan á los pueblos en la preferencia que dan á ciertas localidades respecto de otras, y las que contribuyen á acelerar, entorpecer ó atajar sus progresos, fáltame solo esponer las causas especiales que en cada una de las principales partes del globo han detenido á los pueblos en la barbarie, ó les han impulsado por la carrera de la civilizacion.

CAPITULO III.

Influjo de los lugares y del clima en los pueblos de Africa.

Los indíjenas del cabo de Buena Esperanza eran los pueblos menos adelantados de Africa, en la época de su descubrimiento por los Portugueses. Muchas causas habian sin duda contribuido á mantenerles en estado de barbarie, pero entre las principales hay que contar la naturaleza de los lugares que habitaban.

Al establecerse los Holandeses en aquel pais, no encontraron mas que un territorio en su mayor parte estéril, y lo restante cubierto de algunos arbustos y de inmensas malezas. En los valles donde los torrentes habian arrastrado algun mantillo, crecia una especie de cebolla que cocida tenia el gusto de la castaña, y era el único alimento vejetal con que podia contar la poblacion (1). No solo no habia rios en el pais, sino que nada mas raro que encontrar un arroyo: la posesion de una pluma de agua era y es todavía considerada como una riqueza (2). La sequía

(1) Raynal, t. I, lib. II, páj. 403.

(2) Barrow, *Viaje á la parte meridional de Africa*, t. I, páj. 34 y 35 de la introduccion.

devoraba todas las plantas, y la fuerza de los vientos es tal, que ningun árbol crecido podia arraigar. Los indíjenas tenian rebaños, sin que se sepa como los habian adquirido; mas no podian multiplicar su número, pues no estaba á sus alcances aumentar la cantidad de forrajes.

Estos pueblos, pues, no tenian arbitrio para acrecentar ó variar sus subsistencias; no podian dedicarse á la labranza, porque les faltaba agua; su territorio no producia planta alguna de útil fomento, y se hallaban aislados de todo el mundo. No pudiendo penetrarse en lo interior de aquel continente sino por un desierto, no teniendo medio alguno de dedicarse á la navegacion, y no habiéndoles jamás visitado ningun pueblo, estaban reducidos á los únicos recursos de su suelo y de su propio injenio. Para que tuviesen los medios de adelantar algun paso, era necesario que otros pueblos, en posicion menos desfavorable, hubiesen hecho progresos en el arte de la navegacion y en todos los conocimientos que supone este arte. Era necesario además que estos pueblos estuviesen interesados en enriquecer el Cabo con las producciones de otros paises, y juntasen capitales suficientes para ir a naturalizarlos en aquel punto. Si las corrientes hubiesen conducido allí algunas plantas de las que nosotros cultivamos, no se habrian multiplicado, porque dejeneran en corto tiempo, siendo imposible cultivarlas sin renovar las semillas (1).

Los caudales que gastaron los Holandeses para estable-

(1) Todas las hortalizas que crecen en Europa, escepto el espárrago y la alcachofa, crecen tambien en el cabo de Buena Esperanza (Levaillant, *Primer Viaje*, t. I, páj. 18); pero la mayor parte de las frutas de Europa, como la pera, la manzana, la ciruela, la grosella y la avellana, dejeneran en poco tiempo; los árboles no dan fruto, ó lo producen de mala calidad. Las legumbres dejeneran tambien muy

FACULTAD DE DERE... SEVILLA

cerse en el Cabo, para abastecerse de agua de las montañas, y naturalizar vejetales y animales propios para su subsistencia, subieron, en veinte años, á ciento y ochenta millones de reales; y despues de tamaños gastos, la mayor parte del pais presenta todavía el aspecto de un desierto (1). La proporcion de las tierras cultivadas con las incultivables es, segun cierto viajero, de uno á mil. Los valles, que son los únicos lugares donde se encuentra tierra vejetal, están á grandísima distancia unos de otros. Un colono que quiera llevar sus frutos al mercado, tiene que recorrer á veces nuevecientas millas (un poco mas de 300 leguas), y necesita andar cinco dias para ver al colono menos distante de sus campos. Los trechos cultivados,

pronto, y es preciso llevar la simiente de Europa. La vid, el naranjo, la higuera y el almendro son los únicos árboles que dan buen fruto. El viento del Sudeste, que reina durante tres meses, es un obstáculo casi invencible para la agricultura: « Este viento, dice Levaillant, seca la tierra en terminos de inhabitarla para todo cultivo, sopla con tanta violencia, que para guardar las plantas es menester colocar un seto en cada cuadro de jardin. Lo propio tienen que hacer con los árboles tiernos, los cuales por lo comun nunca brotan por la parte donde les da el viento, encorvándose siempre hácia la opuesta: en jeneral es muy dificil enderezarlos. — Con frecuencia he sido testigo de los estragos de este viento; en menos de veinte y cuatro horas, los jardines mas amenos quedan barridos y en barbecho. » Levaillant, *Primer Viaje*, t. I, páj. 17 y 18. — Thunbergo, cap. II, páj. 16 y 17.

Levaillant ha tratado de penetrar en lo interior de Africa por el cabo de Buena Esperanza; pero si la descripcion que ha hecho del pais es exacta, mas dificultades hay en viajar por él que por los desiertos arenosos. El suelo está cubierto de sal cristalizada, cuyos efectos son echar á perder la vista y hacer impotable el agua de lluvia que cae. Véase el *Segundo Viaje*, t. III, páj. 128 y sig.

(1) Raynal, t. I, lib. II, páj. 402, 403 y 404. — Barrow, *Viaje á la parte meridional de Africa*, t. II, cap. V, páj. 114, 115 y 116.

semejantes á los oasis de los desiertos de arena, parecen otras tantas islas verdes en medio de un mar sin límites; recórrense espacios inmensos sin encontrar siquiera una mata. Los obstáculos que á la multiplicacion de los árboles opone la fuerza de los vientos, son tales, que á escepcion de los plantíos establecidos cerca de la ciudad, no se ve uno solo, aun en los sitios cultivados, que tenga mas de seis piés de alto y una pulgada de diámetro, al paso que las raices son como el brazo (1).

Los Europeos han multiplicado en el Cabo la vid y diversas especies de cereales y legumbres: mediante los recursos que han hallado en su propio pais, han fertilizado tierras en otro tiempo estériles. Pero si, de resultas de un naufrajio, hubiesen sido arrojados al pais desnudos y limitados á los recursos que ofrecia á los indíjenas, habrian sido tan incapaces como estos pueblos de adelantar el menor paso en la carrera de la civilizacion (2).

(1) Cook, *Primer Viaje*, t. IV, lib. III, cap. XIV, páj. 374, 375 y 376.—Sparman, t. I, cap. VI, páj. 325 y 326, y t. II, cap. VIII, páj. 8 y 9.—Thunbergo, cap. III, páj. 96.—L. Degrandpré, t. II, páj. 172 y 173.—Barrow, t. II, cap. IV, páj. 59 y 60, y cap. V, páj. 114 y 115.

«No hemos visto, durante nuestro viaje, dice Cook, despues de haber recorrido una gran parte del globo, pais que ofrezca un aspecto mas desierto, y que de hecho sea mas estéril que el Cabo.» *Ibid.* —Barrow calcula que en las siete décimas partes del pais, no se conoce el verde vejetal. *Ibid.*

(2) Aunque dos de los pueblos mas intelijentes é industriosos de Europa (los Holandeses y los Ingleses) hayan empleado sus capitales é industria en fertilizar el sueló del Cabo, este pais apenas puede producir los granos necesarios para la subsistencia de su corta poblacion. Hay que importar de Batavia la madera de construccion: y aunque los alimentos son muy caros, casi cuesta tanto el calentarse como el comer. Cook, *Primer Viaje*, t. IV, lib. III, cap. XIV, páj. 376. —Barrow, t. II, cap. IV, páj. 59 y 60.

El Africa es la parte del mundo que tiene menos rios. Sus embocaduras están situadas á inmensas distancias unas de otras, y los pueblos que habitan sus márjenes casi no pueden tener comunicacion entre sí. Dichos rios ofrecen en jeneral pocos medios para la navegacion, ya por las peligrosas barras que hay en sus embocaduras, ya por los obstáculos que oponen en su curso. Los arroyos, que tampoco son muchos, no bañan llanuras mas ó menos iguales como las de los demás continentes; van cayendo de cascada en cascada, y no pueden por lo mismo ser navegables. Los pueblos de raza negra no solo están faltos de comunicaciones entre sí, sino que tampoco pueden recibir las escuadras de las naciones europeas.

Desde el cabo de Buena Esperanza hasta el desierto de Zahara, estos pueblos se hallan aislados unos de otros por la naturaleza del territorio y por el Océano: están aislados de los pueblos civilizados, del lado del Mediterráneo, por desiertos de arena sin límites; de la parte del océano Indico y del Atlántico, por la falta de golfos, ensenadas y rios navegables; y del lado del mar Rojo, por las mismas causas, por falta completa de agua dulce, y además por los riesgos de la navegacion. Si á todas estas causas juntamos el aislamiento que resulta de la diferencia de las razas, y la clase de comercio que hacen con estos pueblos los Europeos, desde el descubrimiento de América, fácilmente se comprenderá el porqué han progresado menos que otros en la civilizacion. Sin embargo, comparados entre sí, se notará que los de territorio mejor regado ó menos privado de agua, son tambien los menos atrasados. Los Cafres, cuyo pais está cortado por algunos riachuelos, están menos atrasados que los Hotentotes, y los habitantes del Congo menos que los Cafres. Las costas septentrionales de Africa, desde Tanjer hasta Alejandría, no

se hallan cortadas por ningun rio; pero sobre estar una gran parte surcada por rios, el Mediterráneo las pone en comunicacion con los pueblos del Asia Menor y con los mas antiguamente civilizados de Europa, debiéndose en especial á esta circunstancia los adelantos que en otro tiempo hicieron algunos pueblos de aquellas costas. Los afluentes que se dirijen hácia el centro de aquel continente, favorecen sin duda los progresos de los pueblos que habitan en sus márjenes; pero las comunicaciones que ofrecen están ceñidas por un círculo muy estrecho relativamente á las que presentan los mares. Añadamos que estos pueblos, situados bajo un cielo ardiente, no tuvieron que ejercitar mucho su injenio para proporcionarse vestidos ó viviendas; y que si suprimiésemos de nuestros conocimientos todo lo concerniente á aquellos dos objetos de nuestras necesidades, reduciríamos de mucho nuestras artes y ciencias.

Ejipto es la única parte del Africa surcada por un gran rio, la única que puede estar bien regada, y tener numerosas comunicaciones por medio de las aguas. Antes del descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, no habia ningun pueblo que tuviese mas espeditas comunicaciones que los Ejipcios. Comunicaban entre sí por el Nilo ú por canales, desde las mas remotas estremidades de su territorio; por el mar Rojo, comunicaban con las Indias, la Persia y la Arabia; por el Mediterráneo, con el Asia Menor, la Grecia, la España, la Italia, la Francia y las costas septentrionales de Africa, pudiendo entrar en comunicacion hasta con los pueblos del Norte por el mar Negro. Los Ejipcios no solo podian comunicar fácilmente con todos los pueblos civilizados, sino que el territorio que ocupaban era el único punto de comunicacion entre las partes civilizadas de Europa y del Sur de Asia. Disfrutaban de este modo del comercio del mundo, podian enriquecerse con todos los descubrimientos y traer á su suelo fecundo todas las producciones conocidas. Así es que ni en Europa se encuentra pais alguno que haya sobrepujado en prosperidad al Ejipto, y cuya civilizacion se remonte á épocas tan lejanas.

Ejipto ha decaido de su antiguo esplendor; mas gran parte de su decadencia debe achacarse á los pueblos bárbaros que sucesivamente lo han devastado, y sobre todo á los que por fin han quedado dueños del mismo. Sin embargo, no se crea que todos los quebrantos hayan sido causados por la esclavitud: si Alejandría hubiese continuado siendo el emporio del comercio de Europa con Asia, mantendríase aun tan floreciente como cuando la conquistaron los Arabes: pero habiendo tomado nuevo sendero las riquezas del mundo, por efecto del descubrimiento de un paso por el cabo de Buena Esperanza y de la colonizacion de América, los puertos de Ejipto han quedado desiertos. Como la poblacion de este pais dejó de enriquecerse con el comercio, y hallándose sin cesar espuesta á las estorsiones de los conquistadores, estinguióse insensiblemente, y sus ciudades no presentan ya mas que un monton de ruinas. Con todo, hasta en su misma decadencia se trasluce el influjo que en aquel pais ejercen las aguas que surcan su territorio y la facilidad de las comunicaciones. Conforme se remonta por el Nilo, obsérvase que menguan las riquezas, y que los habitantes son mas bárbaros y bozales. En el punto donde deja de ser navegable el rio, ya no se hallan mas que áridos arenales, y uno que otro salvaje que vive en las hendiduras de los peñascos.

CAPITULO IV.

Influjo de los lugares y del clima en los indíjenas de la tierra de Van-Diemen y de Nueva Holanda.

Los indíjenas de la tierra de Van-Diemen, de Nueva Holanda, de Nueva Zelandia y de la Tierra de Fuego, que pertenecen á tres razas diferentes, son, segun hemos visto, los menos intelijentes de las razas respectivas: pero tambien habitan en los estremos de las tierras australes, y no han podido comunicar con otros pueblos menos bárbaros que ellos, hasta que los Europeos estuvieron bastante adelantados en artes y ciencias para dar la vuelta al globo: y aun entonces solo tuvieron comunicaciones escasas y en cierto modo volanderas. No podian pues hacer ningun progreso físico, intelectual ó moral, sino perfeccionando con su propio injenio las producciones naturales del suelo. Los descubrimientos de los demás pueblos no podian ejercer en ellos el menor influjo, porque los ignoraban, y no tenian arbitrio para conocerlos. Su suelo no les ofrecia produccion alguna cuyo aumento ó perfeccion

pudiese serles de provecho; y así es que su barbarie, segun vamos á ver, guardaba estrecha relacion con los sitios en medio de los cuales se hallaban situados.

La tierra de Van-Diemen, bañada por algunos cortos afluentes, indicaba la fertilidad, antes que en ella se hubiesen establecido los Europeos. Parte estaba cubierta de impenetrables bosques (1); en algunos lugares, los indíjenas habian destruido por medio del fuego las plantas que embarazaban su suelo (2); y en otras, el pais no ofrecia mas que estensos pantanos (3). Aquella tierra, aunque muy fértil, no sustentaba mas que un corto número de especies vejetales, y entre estas ninguna alimenticia: un solo árbol frutal habia, y su fruto era un veneno (4). Las producciones vejetales hubieran podido destinarse para la multiplicacion de los animales, y proporcionar de este modo indirecto subsistencias al hombre; pero aun escaseaban mas los animales que los vejetales. En dicha tierra no habia ningun animal propio para la vida doméstica; y los existentes ofrecian escasísimo recurso, ni habia medios de fomentar su cria (5). No pudiendo los indíjenas ejercer

(1) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. VI, t. I, páj. 220. — Bligh, cap. IV, páj. 71.—D'Entrecasteaux, t. I, cap. IV y XII, páj. 54 y 268.—Labillardière, t. I, cap. V, páj. 131, 133 y 164, y t. II, cap. X, páj. 19, 20 y 21.—Peron, t. I, lib. III, cap. XII y XIII, páj. 231, 232 y 264.

(2) D'Entrecasteaux, t. I, cap. III, páj. 51. — Peron, t. I, lib. III, cap. XII, páj. 239 y 245.—Bligh, cap. IV, páj. 66.

(3) Labillardière, t. I, cap. V, páj. 128, 129 y 146.—Peron, t. I, lib. III, cap. XII, páj. 233.

(4) Cook, *Tercer Viaje*, lib. I, cap. VI, t. I, páj. 222 y 224, y lib. III, cap. IX, t. IV, páj. 109.—Labillardière, t. II, cap. X, páj. 10, 19, 20 y 25.—Freycinet, lib. II, cap. I, páj. 40 y 41.

(5) Cook, *Tercer Viaje*, lib. I, cap. VI, t. I, páj. 27, 28 y 226.

su intelijencia sobre el reino vejetal, ni sobre el animal, hubieran podido dirijir sus afanes hácia el reino mineral, pues el pais contiene al parecer hierro: pero los minerales son útiles tan solo como instrumentos; y ¿para qué pueden servir los aperos de labor á un pueblo que no posee vejetales, ni animales útiles, ni puede tener comunicacion alguna con otros pueblos? Sacando todas sus subsistencias del mar, no estaba en su mano hacer mas cuantioso el manantial; todo lo que hubieran podido hacer era perfeccionarse en el arte de la pesca; mas para ello habrian necesitado medios de navegacion, y la única madera que les ofrecia su suelo era tan pesada y tan resistente á los útiles disponibles, que en balde se intentara usar de ella (1).

La Nueva Holanda, cuyos indíjenas son poco menos bárbaros que los de la tierra de Van-Diemen, se parece, bajo muchos aspectos, al Africa. Aquel continente, que comprende mas de cien mil millas cuadradas de superficie sólida, no presenta por donde quiera mas que costas seguidas, formadas de bancos de arena y sin agua dulce. Las costas australes, que tienen cerca de 35 grados de estension, parecen casi enteramente privadas de agua; á lo menos los viajeros no han podido hallar la necesaria para abastecerse. Vancouver tuvo que abandonarlas despues de haberlas visitado inútilmente en una estension de 70

—D'Entrecasteaux, t. I, cap. XII, páj. 267. — Labillardière, t. II, cap. X y XI, páj. 7, 65 y 79.—Peron, t. I, lib. III, cap. XIII, páj. 301.

(1) El pié cúbico de esta madera, cuando está verde, dice Hamelin en su periódico, no pesa menos de 79 ½ libras. (L. Freycinet, lib. II, cap. I, páj. 40.) — No se necesita mas para esplicar el porqué nunca han construido bateles los indíjenas de Van-Diemen, y el cómo se han limitado á navegar por sus bahías sobre cortezas de árboles trabadas entre sí.

miriámetros (320 leguas) (1). La falta de agua dulce es tal, que los indíjenas, quienes sin duda conocen perfectamente el estado del pais, tienen que abrir pozos para encontrarla (2).

El interior del pais, en esta parte del continente, no es al parecer mas habitable que las costas: hállase sembrado de mogotes que ofrecen el espectáculo de la mas triste aridez. El intervalo que separa aquellos montecillos de la ribera presenta algunos arbustos cuyo negruzco follaje denota al golpe su estado enfermizo. Las montañas que se ven á lo lejos, presentan tambien grandes espacios desnudos de vejetacion; los trechos menos estériles solo ofrecen algunos arbustos por acá y acullá, y en medio de ellos y á grandes distancias, un corto número de árboles de mediana elevacion (3). En los puntos donde la inclinacion y la naturaleza del terreno permiten la formacion de algun arroyuelo, las arenas, impelidas por los vientos y amontonadas en la márjen, atajan su curso y empantanan el pais (4).

Igual aridez que en las costas del Sur se observa en las occidentales, y en mucha parte tambien en las orientales. En estas, se encuentran á trechos algunos arroyos, pero ningun rio. Los indíjenas del norte se ven á menudo precisados á abrir pozos como los de la costa del Sur: los mismos Ingleses, despues de haber escojido la localidad mas adecuada para un establecimiento, han tenido que seguir el mismo procedimiento de los salvajes para surtirse

(1) D'Entrecasteaux, t. I. cap. VI, páj. 222.—Labillardière, t. I, cap. IX, páj. 424.

(2) Peron, t. I, lib. II, cap. V, páj. 81.

(3) Labillardière, t. I, cap. IX, páj. 381, 382, 383 y 384.

(4) D'Entrecasteaux, t. I, cap. IX, páj. 198 y 199.

de la indispensable cantidad de agua dulce (1). Las partes bajas del pais, por esta parte, se hallan tambien cubiertas de balsas formadas á veces por aguas de manantial, pero con mas frecuencia por agua de mar (2). Los árboles corpulentos, en los puntos mas cercanos á la ribera, están situados á tal distancia unos de otros, que no estorbarian el cultivo, si lo hubiese; pero conforme se penetra en lo interior, el bosque se va volviendo impenetrable (3). Por último, no solo la costa oriental, que es la mas capaz de cultivo, no se halla cortada por ningun rio navegable, sino que en una estension de 22 grados de latitud, oculta por todas partes bajíos que salen impensadamente hácia la parte baja de la costa, y rocas que se levantan como de improviso del fondo á manera de pirámides (4).

«Es á la verdad un fenómeno asombroso, dice D'Entrecasteaux, el ver aquel dilatado continente de Nueva Holanda, que se espacia por una estension de 30 grados de latitud y 40 grados de lonjitud, no presentando, en casi todas sus caras, mas que una tierra arenosa y árida, conservando el mismo aspecto y esterilidad bajo latitudes muy diferentes. Es cierto que se encuentran algunos hilillos de agua situados á gran distancia unos de otros, pero se hallan por acaso. Los relatos de los viajeros me habian dado á conocer que las costas orientales y occidentales estaban

(1) Dampier, t. II, cap. XVI, páj. 140, 143 y 144. — Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. VI, t. IV, páj. 127.—White, páj. 98, 129, 130 y 189. — Phillip. cap. XIII, páj. 136.

(2) Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. IV, t. IV, páj. 22 y 40. — Phillip, cap. XI páj. 118 y 119.

(3) Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. I y II; y t. III, páj. 393, 394, 444 y 445.—White, páj. 125, 129 y 131. — Phillip, cap. XI, páj. 118 y 119.

(4) Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. III, t. IV, páj. 1 y 2.

casi enteramente faltas de agua; y creíame encontrarla en la costa meridional con tanto mas fundamento, por cuanto esperaba ver en ella el desagüe de los grandes afluentes; mis esperanzas quedaron frustradas (1).»

Sin embargo, las costas presentan á veces el aspecto de la embocadura de un rio; pero son apariencias engañosas. «En balde, dice Peron, el navegante que costea aquella tierra inmensa, cree poder descubrir á cada paso la boca de un nuevo rio; en balde puede remontar á lo lejos por lo interior del continente con las mayores embarcaciones, y hasta con navíos; la salumbre del supuesto rio no mengua, y pronto se persuade de que no tiene mas movimiento que el comunicado por la marea. No obstante, son las aguas tan profundas, tanta su anchura, y penetran tan á lo lejos, que no se desvanece la ilusion. Síguese navegando, divísanse infinitas calas parecidas á otros tantos arroyuelos; avánzase mas... pero en ninguna parte se encuentra agua dulce... La esperanza burlada se sostiene aun con el imponente aspecto del brazo principal, que sigue presentando todos los visos de un rio caudaloso. Ya se han corrido de sesenta á ochenta millas; mayor distancia se ofrece todavía á la vista... ¡En balde se confia! El majestuoso rio se trasforma repentinamente en un mezquino arroyo de agua dulce, incapaz de sostener la embarcacion mas liviana, y en el cual apenas caen cuatro pulgadas de agua en todo el año. El viajero atónito se para, y cuando advierte que el flujo y el reflujo son casi tan perceptibles en el término de su carrera como en las costas que acaba de dejar, no alcanza cómo en tanto espacio es tan poco el sesgo del terreno (2).»

(1) Tom. I, cap. VI, páj. 222.

(2) Peron, t. I, lib. III, cap. XIX, páj. 412 y 413.

Los vientos ejercen en las producciones de Nueva Holanda un influjo análogo al de la naturaleza y configuracion del suelo: los que soplan del norte, del levante y del noroeste, cuando han atravesado aquel continente, son secos y abrasadores; y á veces son tan ardientes, no obstante de pasar por montañas inmensas, que pueden compararse á los mas ardientes de Africa. Su soplo devorador destruye cuanto se halla espuesto á su accion; nada hay que resista al ardor de aquella corriente aérea; ante ella se marchita la vejetacion mas lozana, sécanse las fuentes y arroyos, perecen á miles los animales (1).

Las especies de vejetales que crecen en este continente son en corto número, pues las mas adecuadas al suelo y clima ahogan á las demás (2). No hay mas árboles para la construccion que dos ó tres especies de *eucalyptus*. Su madera, dura y pesada como la que vejeta en la tierra de Van-Diemen, nunca sobrenada en el agua (3). Aserrada y espuesta por algun tiempo al sol, la resina que contiene se derrite, volviéndose tan quebradiza, que sus tablas se rompen y subdividen en astillitas, cual si todas sus fibras estuviesen argamasadas con aquella resina (4). Con madera de esta especie, arduo era que los indíjenas construyesen canoas propias para hacer frente á las oleadas, y que su intelijencia se estendiese á las artes y conocimientos que supone ó desenvuelve la navegacion.

Entre los árboles que producia la Nueva Holanda, antes

(1) Peron, cap. XII y XIX, páj. 260 y 397.

(2) *Ibid.*, t. II, lib. V, cap. XXXVIII, páj. 367 y 368.

(3) Freycinet, lib. II, cap. IX, páj. 287.—Labillardière, t. I, c. V, páj. 131, 132 y 162.—Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. I, t. III, páj. 406, y cap. VI, t. IV, páj. 128.

(4) White, *Viaje á la Nueva Gales del Sur*, páj. 164 y 165.—Phillip, *Viaje á Botany-Bay*, cap. XII, páj. 71 y 72.

de la llegada de los Europeos, ninguno daba frutos que pudiesen servir de base para la subsistencia de los indíjenas. En un solo punto han encontrado los viajeros algunas palmas de palmitos; pero en los demás no han encontrado ningun árbol frutal que mereciese cultivarse. Tampoco han encontrado ningun cereal, ninguna legumbre, á escepcion de algunos piés de apio silvestre, y de una especie de brezo cuyas raices comen los indíjenas. Ninguna de estas plantas se encuentra siquiera en las costas del sur: la parte mas fértil de este continente, ocupada por los Ingleses, no producia espontáneamente mas que algunas frambuesas, grosellas, y un fruto que no llega al tamaño de la ciruela (1). La escasez de plantas alimenticias es tal, que cuando algunos Europeos se han estraviado, no han hallado nada con que alentar la existencia, y los mas han perecido de hambre (2).

Las especies animales son tan poco variadas como las vejetales; y entre ellas, á escepcion del perro, no se conoce ninguna de las que nosotros tenemos domesticadas (3). El cuadrúpedo que mas alimentos proporciona á los indíjenas es el kangaró, cuya carne, cuando el animal es adulto, se parece á la del zorro. Encuéntranse tambien

(1) D'Entrecasteaux, t. I, cap. IV, páj. 212.—Peron, t. I, lib. II, cap. V, páj. 78, 79 y 93, y lib. III, cap. XX, páj. 463; t. II, lib. V, cap. XXXVIII, páj. 358.—L. Freycinet, lib. II, cap. III, IV, V y IX, páj. 142, 150, 161, 287 y 288.—Dampier, t. II, cap. XVI, p. 140, 142 y 143.

(2) Labillardière, t. I, cap. IX, páj. 414, 415 y 416. —Peron, t. I, lib. III, cap. XVII, páj. 353, y t. II, lib. IV, cap. XXVI, páj. 130.

(3) El perro, criado por muchos pueblos del Océano Pacífico, puede dar muy pocas subsistencias, por cuanto se sustenta de lo mismo que el hombre. Los únicos animales que pueden multiplicar con provecho los pueblos poco civilizados, son los que se alimentan de sustancias que no sirven para el hombre, como los herbívoros.

algunos animales del jénero *didelfo*, y un corto número de especies de aves. La falta de frutos y de cereales contribuye en gran manera á apocar las especies (1). Créese haber observado las huellas y oido los bramidos de algunas fieras; pero los animales de esta clase no pueden considerarse como un recurso (2). Los reptiles se hallan en gran número; algunos hay inocentes, pero los mas son muy peligrosos. Los insectos persiguen en Nueva Holanda con tanto encarnizamiento á los indíjenas, que aun en las épocas de calor mas sufocante tienen que cubrirse con una atmósfera de humo, y ni aun con tal precaucion pueden salir siempre indemnes (3). Finalmente, los peces, que constituyen su principal recurso, no les ofrecen una subsistencia afianzada; están sujetos á emigraciones, como ciertos animales terrestres, y hay estaciones en que casi no se encuentra ninguno (4).

Las diversas tribus de Nueva Holanda no pueden comunicarse por medio de las corrientes, pues no hay en el pais ni rios ni afluentes navegables que lleguen hasta el mar. Las comunicaciones por tierra les son muy difíciles,

(1) D'Entrecasteaux, t. I, cap. IV, páj. 212. —Labillardière, t. I, cap. IX, páj. 412. — Peron, lib. II, cap. V y IX, páj. 78, 79 y 183; t. II, lib. IV, cap. XXXIV, páj. 76. — Freycinet, lib. II, cap. III y IX, páj. 142 y 288. — Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. V, t. IV, páj. 74 y 75.—Dampier, t. III, cap. XVI, páj. 140. — Phillip, páj. 177 y 225.—White, páj. 166 y 171.—Broughton, t. I, lib. I, cap. I, páj. 32.

(2) Labillardière, t. I, cap. V, páj. 156 y 157.—Peron, t. I, lib. II, cap. IX, páj. 183.

(3) D'Entrecasteaux, t. I, cap. IX, páj. 200.—L. Freycinet, lib. II, cap. IV, páj. 148.— Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. IV y V, t. IV, páj. 27, 33, 41, 52, 76, 133, 134 y 135.

(4) L. Freycinet, lib. II, c. IX, páj. 289.—Dampier, t. III, cap. XVI, páj. 140.—White, páj. 169.—Phillip, cap. XI, páj. 130.

por cuanto la esterilidad del suelo y la necesidad de subsistencias las colocan á gran distancia unas de otras; y conforme se penetra en lo interior del pais, se halla cubierto de bosques y pantanos impracticables. Por otra parte, las relaciones entre los pueblos no pueden ser una causa de progreso, sino en cuanto los unos poseen recursos que faltan á los otros, y pueden permutar. Cuando ninguno de ellos posee nada provechoso, ó que sea posible perfeccionar ó multiplicar, propiamente hablando, no puede existir mutua comunicacion (1).

Así pues, el suelo de Nueva Holanda y la naturaleza de sus productos bastaban para oponerse á todo desarrollo en la poblacion. Antes de la llegada de los Europeos á aquel continente, las tribus eran tan numerosas como lo consentia el estado de las subsistencias: no podian dedicarse á la labranza ni á la vida pastoril, porque no tenian vejetales ni animales. Tampoco les era dable multiplicar los peces ó los animales silvestres, habiendo adelantado el arte de la pesca cuanto les era posible, con los miserables recursos que poseian. Dichas tribus eran mucho mas bozales que las de Africa, pero se hallaban tambien en situacion mucho mas miserable. Los Africanos poseian varios de nuestros animales domésticos y algunas plantas cereales, y los indíjenas de Nueva Holanda nada de esto tenian. Los primeros podian haber comunicado muchos siglos atrás con los Asiáticos ó con los pueblos de Europa; los segundos, antes de la llegada de los navegantes europeos, no podian haber tenido comunicacion con ningun pueblo de la tierra, hallándose tan completamente aislados como los habitantes de la Tierra de Fuego.

(1) La Nueva Holanda, como el Africa, tiene rios que al parecer forman lagos interiores; pero los medios de comunicacion que presentan son tan limitados en uno como en otro continente.

El suelo de Nueva Holanda, bajo los 16 grados de latitud austral, es el mismo que bajo los 36 grados; tan falto se halla en una como en otra parte, de comunicaciones, de agua dulce, de producciones vejetales y de animales domésticos. Así es que por mucha que sea la diferencia de temperatura entre las varias partes de aquel continente, la poblacion no ofrece ninguna. Los habitantes de la estremidad septentrional son tan desvalidos, bozales, miserables y escasos como los de la meridional.

CAPITULO V.

Influjo de los lugares y del clima en algunos pueblos de Asia.

El influjo que en las naciones ejercen la naturaleza, la esposicion y configuracion del suelo, la temperatura atmosférica, el volúmen, distribucion y direccion de las aguas, en ninguna otra parte se echa de ver mas palpablemente que en el dilatado continente asiático. Este continente se halla dividido, por la configuracion del suelo y por el curso de las aguas, en tres grandes partes. En el estremo meridional se encuentran la China, el imperio de Birman, el Indostan, la Persia, la Arabia y la Siria; en el centro, la Grande y Pequeña Bukharia, los desiertos de Cobi y de Shamo y el pais de los Mogoles. A la estremidad septentrional se encuentra el imperio ruso, desde los 50 grados de latitud hasta el Océano Artico, y desde Kamtschatká hasta las montañas del Ural. Los rios de la parte septentrional no desembocan en el mar hasta pasa-

dos los 70 grados, punto donde ya no son navegables.

Las aguas de la parte del centro se dirijen al lago Aral y al mar Caspio, que no tienen comunicacion alguna con el Océano, ó al mar de Okhotsk. Por último, las corrientes de la parte meridional desaguan en el mar de la China, en el Océano Indico, en el golfo Pérsico y en el Mediterráneo.

La Arabia, por su posicion jeográfica, parece á primera vista el pais mejor situado para comunicar con todos los pueblos del globo: por el Mediterráneo podia hallarse en relacion con todas las naciones de Europa; por el mar Rojo, linda con las costas orientales de Ejipto, Nubia y Senaar; finalmente, por el golfo Pérsico y el Océano Indico podria fácilmente comunicar con la Persia, el Indostan y la China. Hállase pues situada en términos de poderse fácilmente apropiar las producciones, los conocimientos y los procederes de las naciones mas antiguamente civilizadas del globo. Sin embargo, desde los tiempos mas remotos no ha hecho ningun progreso; sus habitantes tienen hoy la misma intelijencia, iguales costumbres, el mismo réjimen de vida y la misma poblacion que dos mil años atrás. Despues de haber hecho algunos progresos en la edad media, volvieron á su primitivo estado, si es que no retrogradasen aun mas. La naturaleza y la configuracion del suelo nos esplican en gran parte este fenómeno.

La Arabia, segun Niebuhr, solo puede considerarse como un grupo de montañas ceñido de todos lados por una faja de tierra árida y arenosa; no hay en ella rios ni afluentes. En toda la costa occidental, en una estension como de 28 grados, no hay mas que algunos torrentes formados por las aguas pluviales, y que están secos la mayor parte del año. La costa oriental y la meridional, desde la embocadura del Eufrates hasta el estrecho de

Bab-el-Mandeb, no están menos faltas de agua dulce; el rio de Astan, el mas caudaloso de la costa oriental, no corre sino durante la estacion de las lluvias. La mayor parte de la Arabia pues no es capaz de cultivo, presentando solo desiertos sembrados de riscos pelados y llanuras bajas, donde la accion solar abrasa todos los vejetales y areniza las tierras. La sequedad es tan grande que pasan años enteros sin llover, y las corrientes que se deslizan de las montañas, se pierden en las arenas sin poder llegar al mar (1). Las tierras situadas al pié de algunas montañas, y que consienten el riego artificial, son cultivadas con tanto esmero y variedad como permite el suelo (2); mas á no ser el agua de los afluentes, cuyo caudal aumenta en la estacion lluviosa, y que se dirije hácia las tierras, el labrador se veria privado hasta del escaso producto de sus cosechas (3).

El suelo de Arabia se divide en dos fracciones. La una, que es la mas considerable, está completamente privada de agua corriente; no tiene mas agua dulce que la de los pozos, y solo puede producir algunas plantas propias para el pasto de los ganados. La otra, que tiene algunas escasas corrientes, puede ser regada y producir diversas plantas alimenticias para el hombre. La poblacion está dividida lo mismo que el territorio: una parte ha adoptado la vida pastoril desde una época anterior á los mas antiguos monumentos históricos; la otra adoptó la vida labra-

(1) Niebuhr, *Descripcion de Arabia*, t. II, secc. XXIX, cap. II, p. 334, 335 y 336.—D'Anville, *Memoria sobre el golfo Arábigo.*

(2) Los árabes cultivan el arroz, el trigo, el maiz, la cebada, los dátiles y otras muchas plantas. Véase, acerca de la clase de su cultivo y de la cantidad de frutos que les da, á Felix Mengin, *Historia de Ejipto bajo Mahomet-Ali*, t. II, páj. 165 y sig.

(3) Niebuhr, *Descripcion de Arabia*, t. II, seccion XXIX, cap. II, páj. 336.

dora, y ha hecho en la agricultura los progresos que le han permitido su posicion y la naturaleza del suelo. La primera se ha mostrado en sus costumbres tan inmutable como el Desierto; y la segunda ha padecido al parecer revoluciones análogas á las que ha esperimentado el comercio del mundo. Esta ha perdido su importancia conforme las otras naciones han descubierto tierras mas fértiles, y comunicaciones mas numerosas, mas rápidas y menos espuestas.

Los pueblos del Indostan y de la China, que se han supuesto los mas antiguamente civilizados del globo, y que son aun en el dia los mas numerosos, se hallan situados en un territorio surcado casi de punta á punta por una infinidad de afluentes y rios. Gozan de una temperatura suave, y al mismo tiempo variada para cultivar crecido número de especies vejetales inmediatamente alimenticias. Poseen el suelo mas fértil del mundo, pudiendo fácilmente comunicar entre sí por el mar en una estension de 55 grados de costa. La Persia, que puede tener comunicaciones marítimas con todos los pueblos del sur del Asia, se halla falta de afluentes y rios, y por lo mismo de comunicaciones interiores: gran parte de ella es un verdadero desierto. Sin embargo, como es mas regable que la Arabia, hizo ya de muy antiguo inmensos progresos; hase vuelto empero estéril y despoblada desde que la invadieron los bárbaros que dejaron cegar los canales que mantenian su fertilidad.

En el centro de Asia, entre el Tibet y las montañas de Siberia, hay un dilatado páramo que, por la naturaleza del suelo, por su elevacion sobre el nivel del mar, y por la falta de rios, solo puede producir algunas gramíneas y algunas plantas duras y articuladas, propias meramente para pasto de animales. De aquel inmenso desierto salieron, segun antigua tradicion, aquellas rancherías de bárbaros que se diseminaron hasta el estremo meridional de Europa, señalando su tránsito con la destruccion y las ruinas. Los hombres que vejetan en aquellos desiertos son hoy lo que fueron sus antepasados en los tiempos mas remotos: colocados sobre un suelo inmutable, han permanecido inmutables á la par.

Las causas físicas que han determinado el estado social de las naciones del centro de Asia, han ejercido en todos los pueblos del mismo continente un influjo no menos poderoso. Con efecto, de allí salieron aquellas nubes de bárbaros que en diversas épocas han conquistado ó devastado las rejiones mas fértiles y mas civilizadas, como el Indostan, la China y la Persia. Al examinar la accion que unas sobre otras ejercen las naciones, verémos cuál ha sido el influjo de aquellas causas en el estado social de los pueblos que fueron de los primeros en avanzar por la senda de la civilizacion.

Los pueblos que habitan al norte de las montañas centrales de Asia, mas allá de los 50 grados de latitud boreal, se hallan sobre un suelo todavía mas ingrato y aislado. Poseen algunos rebaños como las tribus del desierto de Cobi; pero siendo la tierra aun mas estéril, forman rancherías menos numerosas, y necesitan mayor estension de pais para subsistir. Andan errantes siempre en pos de sus rebaños: cuando han plantado sus tiendas, es raro que pasen mas de cinco ú seis dias sin levantarlas para ir en busca de nuevos pastos. Habiendo adoptado igual jénero de vida que los Hotentotes, tienen tambien sus costumbres y estupidez; pero como están situados bajo un clima mucho mas riguroso; como su suelo no es capaz casi de ningun cultivo; y como por otra parte no pueden comunicar fácilmente con naciones civilizadas, es proba-

ble que jamás saldrán del estado en que se hallan, á menos de acontecer una revolucion en el globo: la naturaleza misma de los lugares que habitan les tiene condenados á quedar cazadores ó pastores, y á vagar eternamente de desierto en desierto. Los establecimientos que en algunos puntos han formado los Rusos, no son parte para vencer los obstáculos que opone la naturaleza á los conatos del hombre (1).

(1) Montesquieu, que pensaba que un clima frio es propio para dar al hombre un cuerpo muy medrado, creia tambien que los pueblos de los paises frios son cazadores y nómades por gusto y eleccion: «En los paises del norte, dice, una máquina sana y bien constituida, pero pesada, *se place* en todo cuanto puede escitar el ánimo, como la caza, los viajes y la guerra.» Tanto valdria decir que el frio que reina en los desiertos de Shamo y de Cobi, inspira á los habitantes el tedio á la vida campestre y al cultivo de la vid.

CAPITULO VI.

Influjo de los lugares y del clima en los indíjenas de la América septentrional.

Ninguna rejion del globo ha padecido en menor espacio de tiempo revoluciones tan trascendentales como el continente americano. En cortísimo número de siglos la antigua poblacion ha quedado en mucha parte destruida ó avasallada; pueblos de oríjen, costumbres y relijiones diferentes se han establecido en él, y cambiado las costumbres y la relijion de los mas de los antiguos habitantes, y hasta la superficie de una gran parte del territorio. Los vejetales y animales que existian en las demás partes del mundo, han sido naturalizados en aquel continente, multiplicándose de un modo portentoso. Hasta la temperatura de la atmósfera ha cambiado. Esta última revolucion ha sido tan rápida y arrolladora, que ha bastado la vida de un hombre para señalar sus progresos, no habiendo podido persuadirse los naturalistas de que un efecto tan poderoso haya podido ser causado por las modificaciones que

ha hecho esperimentar al suelo la industria humana (1). Estas revoluciones y la incertidumbre que reina en órden al estado á que habian llegado los pueblos americanos, cuando fué invadido su pais por los Europeos, dificultan á lo sumo la observacion de las causas civilizadoras de algunos y de la barbarie de los mas. Así que, me concretaré á esponer las mas influyentes, sin contestar el poderío de las causas secundarias que quizás nos son desconocidas.

Mucho se ha discutido acerca del cómo habia sido poblada la América: pero la solucion de este problema no importa á mi objeto. Poco vale para el intento que los Americanos sean oriundos del suelo americano, ó procedentes del norte de Asia ó del septentrion de Europa. Si sus antepasados llegaron del antiguo mundo, nada de este importaron á aquel. Cuando los Españoles llegaron á América por primera vez, ni en el idioma, ni en las artes, ni en las costumbres, observaron cosa alguna que pudiese indicar una comunicacion antigua ó reciente con ningun otro pueblo del globo (2).

Estos pueblos estaban privados de los animales que han

(1) Volney, *Tableau du climat et du sol des Etats-Unis*, t. I, cap. X, páj. 286 y 297.—Mackenzie, *Primer Viaje*, t. III, páj. 336 y 344.—De Humboldt, *Ensayo político*, t. II, lib. III, cap. VIII, páj. 479.—Jefferson's, *Notes on the state of Virginia*, *query* VII, páj. 134.

(2) Los hombres propenden á creer que todos los animales y vejetales que clasifican bajo una misma denominacion son procedentes de dos individuos que fueron el tipo de la especie. Como los libros que sirven de base á la relijion cristiana nos enseñan que los hombres descienden de un padre comun, no podemos menos de estender esta creencia á cada especie animal, y aun á cada especie de vejetales. De ahí las investigaciones de los sabios para descubrir el lugar donde fué creado el primer padre de los carneros, la primera madre de los jumentos, ó el primer grano de mostaza. Estas averiguaciones suponen resuelto un problema que no lo está, ni probablemente lo estará jamás. El continente americano, en la época de su descubrimiento, contenia una multitud de animales y de vetejales que no habian podido propagarse en él por el norte de Asia, ni por la corriente de los mares: ¿cómo habian llegado pues á América?

domesticado las naciones de Asia, Africa y Europa, así como de la mayor parte de los vejetales que forman la base de su subsistencia. Tampoco poseian los animales mas comunes entre los pueblos del Océano Pacífico. Solo tenian pues comunicaciones entre sí, como los indíjenas de Nueva Holanda, y estaban ceñidos, como estos, á los recursos de su propio suelo. Podian multiplicar ó perfeccionar los productos que les ofrecia su pais nativo, pero no en todos los puntos les presentaba igual facilidad.

El clima de América, á igualdad de latitud y de elevacion, es mucho mas riguroso que el de los demás continentes. La diferencia, segun anteriormente hemos visto, se calcula entre 15 y 18 grados del termómetro de Reaumur; el 45°. grado de latitud N. corresponde pues al 60°. en Europa. En el siglo XVII, los lagos y los riachuelos del Canadá empezaban á helarse en octubre, bajo los 47 grados de latitud, y la tierra estaba cubierta de tres ó cuatro piés de nieve hasta el mes de abril (1). A fines del siglo último habíase ya templado mucho el clima: sin embargo, bajo los 60 grados, la tierra no se deshelaba jamás bastante para enterrar los cadáveres: bajo los 69 grados, solo deshelaba de cuatro á cinco pulgadas en el mes de julio, que es la época de los mayores calores (2). La duracion del invierno era pues mas larga que en Kamts-

(1) Charlevoix, N. — F., t. III, l. XVII, páj. 319. — Lahontan, t. I, carta II, páj. 13.

(2) Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 302, y t. II, cap. IV y V, páj. 27, 28, 43, 44, 45 y 49.

chatká, donde es de ocho á nueve meses, por cuanto en este último pais se pueden cultivar á lo menos algunas legumbres y algunos cereales, lo cual no es posible en una tierra perpetuamente helada. El clima de América no es solo mas riguroso que el del antiguo continente, sino tambien mas variable (1).

Desde los 47 grados hasta la desembocadura del rio de la Mina de Cobre, cerca de los 70 grados, las producciones corresponden al rigor de la temperatura que se esperimenta, y son los abetos, los álamos, los abedules, los sauces, los alerces, y algunos pastos. El número de especies va á menos conforme se adelanta hácia el polo; y las que resisten al rigor del frio menguan en robustez. Bajo los 69 grados, no se ve mas que un corto número de sauces desmedrados, situados en la orilla de los rios; los mayores no pasan de tres piés de altura (2). Los habitantes de esta parte de América no podian de consiguiente multiplicar las producciones vejetales propias para la subsistencia del hombre, que crecian en las otras comarcas menos frias de aquel continente.

(1) Las variaciones de temperatura son tan considerables, que en Filadelfia, despues de un invierno como los de Prusia, hay un estío como los de Nápoles. Propiamente hablando, no se conoce en América primavera, pues se pasa súbitamente de un frio intensísimo á un calor estremado. Con frecuencia en los Estados Unidos, la temperatura varia, en el espacio de pocas horas, de 12 á 15 grados de Reaumur. Jefferson's *Notes on the state of Virjinia*, *query* VII, páj. 130, 131 y 132. — Larochefoucault-Liancourt, segunda parte, t. IV, páj. 54, y parte cuarta, páj. 118 y 119. — Volney, *Tableau du climat et du sol des Etats-Unis*, t. I, cap. XI. — De Humboldt. *Nueva España*, t. IV, lib. V, cap. XII, páj. 528. — Weld, *Viaje al Canadá*, t. I, cap. XVIII, páj. 278 y 281.

(2) No olvidemos que, por el grado de frio, esta latitud corresponde casi á los 78° en Europa.

Este inmenso pais se halla cubierto de bosques, de prados, de lagos, de riachuelos, de pantanos, y poblado de animales silvestres; pero todas las aguas que corren, tanto al levante de las montañas Pedregosas, como al norte del lago Superior, se dirijen hácia un mar de hielo inaccesible á los navegantes, ó á la bahía de Hudson, especie de mar interior, del cual no se puede salir sino con dificultad y remontándose hasta los 63 grados de latitud boreal (1). Así pues, al propio tiempo que los indíjenas estaban privados de producciones vejetales por la naturaleza de su suelo y por el rigor del clima, hallábanse sin comunicacion con los pueblos colocados en una situacion mas feliz. Era preciso que sacasen su subsistencia de la pesca y de la caza; y si estaba en su mano perfeccionar el arte de cojer á los cuadrúpedos y á los peces, les era imposible al menos aumentar su número. Estos pueblos eran los menos civilizados de la parte oriental de la América del norte; y así debia ser, pues eran aquellos á quienes la naturaleza presentaba mas obstáculos (2).

(1) Ellis, páj. 197, 217 y 320. — Mackenzie, *Primer Viaje*, t. II, cap. IV y V, páj. 26, 27 y 28; y t. III, páj. 336 y 37. — Volney, *Tableau*, etc., t. I, cap. II, páj. 9, 10, 11 y 12.

(2) Buffon ha pretendido que la América no contenia mas que $\frac{1}{3}$ de los animales del antiguo continente. Mas de la tabla comparativa de los cuadrúpedos del antiguo y del Nuevo Mundo, dada por Jefferson, resulta que las especies son mas numerosas en este que en aquel. (*Notes on the state of Virjinia*, *query*, VI, páj. 77 y 78). — Los individuos pertenecientes á cada especie, si esceptuamos las domesticadas, eran tambien infinitamente mas numerosos en América que en las demás partes del mundo. Basta, para convencerse, atender á la inmensa cantidad de pieles que han sacado del Canadá los Franceses y los Ingleses. Véase á Lahontan, t. I, carta IV, VIII y XI, páj. 26, 62 y 80. — Charlevoix, *N F.* t. III. lib. XIII, XIV y XV, páj. 18, 83, 159 y 194. — Hennepin, páj. 3 y 4. — Ellis, páj. 269. — Mackenzie. *Primer Viaje*, t. I, páj. 59 y 60.

Los pueblos situados á la otra estremidad de la América septentrional, los Mejicanos y los que habitaban en la embocadura de los rios que desaguan en el golfo de Méjico, eran los mas civilizados de aquella parte del continente americano. Entre ellos eran mas variados los productos de la agricultura, y estaba mejor cultivado el territorio; pero tampoco en ninguna otra parte se hallaba un suelo mas fértil, ni se gozaba de una temperatura mas apacible, ni en parte alguna eran mas numerosas y espeditas las comunicaciones de las tribus entre sí (1). El maiz, que formaba la base de la subsistencia de estos pueblos, era cultivado con esmero, y su cultivo se habia propagado hasta el Canadá (2); pero existian además en su suelo otros

(1) «El dilatado reino de Nueva España, esmeradamente cultivado, dice el Sr. de Humboldt, produciria por sí solo todo cuanto reune el comercio sobre el resto del globo, como azúcar, cochinilla, cacao, algodon, café, trigo, cáñamo, lino, seda, aceites y vino». *Ensayo político sobre Nueva España*, t. 1, lib. I, cap. III, páj. 304 y 315.

Las comunicaciones que tenian los Mejicanos con sus vecinos, y que podian bastar á pueblos poco adelantados, son hoy insuficientes para un grande comercio; su pais, por la parte de levante carece de puertos.

(2) Charlevoix, *N.-F.*, t. I, lib. I, páj. 45; t. II, lib. X, páj. 251, y t. III, lib. XIII, páj. 18 y 19. — Lahontan, t. II, páj. 57, 58 y 60. — Hennepin, páj. 2, 3, 88 y 89. El Sr. de Humboldt cree que á la llegada de los Europeos no se conocia en América la vid. (*Ensayo político sobre Nueva España*, t. II, lib. III, cap. VIII, páj. 441). Sin embargo, Charlevoix, Hennepin y Lahontan aseguran haber encontrado en las márjenes del Misisipi, en los bosques de la Florida y en otras partes, vides que crecian espontáneamente, estendiéndose por los árboles y dando escelente fruto. Segun Lahontan, el vino que de ellas se hacia, despues de encubado por largo tiempo, era negro como tinta, y de la misma calidad que el de Canarias.

frutos y otras plantas alimenticias que no se habian podido propagar en el norte, por cuanto solo podian crecer bajo un clima cálido ú templado.

CAPITULO VII.

Influjo de los lugares y del clima en los indíjenas de la América meridional.

En la América meridional, el pueblo mas adelantado en la civilizacion era el del Perú. Los indíjenas del Paraguay y una parte de los del Brasil, habian hecho tambien progresos considerables, pues tenian la tierra ya dividida en propiedades particulares; pero los indíjenas de las riberas y bocas del Orinoco, los de la Guayana, los de las orillas del rio de las Amazonas, y los que habitan al sur de Buenos Aires, se hallaban todavía en el estado silvestre; todos sacaban sus principales subsistencias de la pesca ó de la caza. He aquí fenómenos al parecer contrarios á los que hemos observado en las otras partes del globo: bajo climas templados ó frios, en los lugares elevados, en los páramos de las montañas, es donde encontramos pueblos que marchan hácia la civilizacion; y bajo un cielo ardiente, en los sitios bajos, en la embocadura y en las orillas de los rios caudalosos, ó en las playas marítimas, es donde encontramos pueblos bárbaros. Varias son las causas físicas que esplican estos fenómenos.

Entre los trópicos, la estacion de las lluvias comienza con el mes de abril y no acaba hasta agosto; la cantidad de agua que cae entonces es inmensa, y cuando es recojida en cuencas tan vastas como las del Orinoco y de las Amazonas, cubre, cerca de la mitad del año, los valles mas bajos. En esta parte de América, que se estiende desde los 10 grados de latitud N. hasta los 13 grados de latitud S., en cuanto principian las lluvias, las mas insignificantes quebradas se trasforman en torrentes; los riachuelos salen de sus álveos é inundan las comarcas; los rios se ensanchan considerablemente y se convierten en una especie de brazos de mar; la subida de las aguas es tal, que los árboles mas encumbrados y distantes de la ribera no dejan ver mas que sus cimas, las cuales sirven de norte á los barquichuelos. El Orinoco, en la estension de unas 200 leguas, se dilata hácia entrambas riberas á una distancia de veinte ó treinta leguas; y sin embargo asciende hoy á una altura menor de la que tenia en otro tiempo, pues las señales de inundacion, que quedan sobre las rocas, se encuentran 130 piés mas arriba de las aguas actualmente mas altas (1).

«Ese Orinoco, que tan imponente y majestuoso nos parece, dice el Sr. de Humboldt, quizá no es mas que un escaso residuo de aquellas inmensas corrientes de agua dulce, que henchidas por las nieves alpinas ó por lluvias mas abundantes, donde quiera sombreadas por frondosos bosques, y sin ninguna de aquellas playas que favorecen la evaporacion, surcaban antiguamente el pais al levante de los Andes, cual brazos de mares mediterráneos. ¿Cuál debe haber sido pues el estado de aquellas comarcas bajas de la Guayana, que esperimentan hoy dia los efectos de las inundaciones actuales? ¡Cuán prodijioso debe de ser el número de los cocodrilos, lamantines y boas que habrán habitado aquellos dilatados terrenos alternativamente convertidos en charcos ó en llanuras áridas y resquebrajadas!

(1) Depons, t. I, cap. II, páj. 123, y t. III, cap. XI, páj. 301.— De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. VI, lib. VI y VII, cap. XVIII y XIX, páj. 166, 245 y 373.

«El mundo apacible que habitamos ha sucedido á otro tumultuoso. Por los páramos de los Andes se encuentran dispersos huesos de mastodontes y de verdaderos elefantes americanos. El megaterion poblaba las llanuras del Uruguay. Escavando á cierta profundidad la tierra en los altos vallados, que no pueden ya nutrir palmas ó helechos arborescentes, se descubren capas de ulla que sirven de ganga á los desechos jigantescos de plantas monocotiledones. Hubo pues una época remota en que las clases de vejetales estaban distribuidas de otro modo, en que los animales eran mas corpulentos, mas anchos y profundos los rios (1).»

Aunque el volúmen de las aguas que fluyen al este de los Andes, en la estacion de las lluvias, es menos considerable que en otro tiempo, eslo todavía bastante para esplicar el cómo los pueblos que viven en las márjenes ó en la embocadura de los rios, no han hecho en la agricultura y demás artes de la vida civil iguales progresos que los pueblos de la misma raza que habitaban un suelo menos sujeto á tan grandes revoluciones. Cuando principian las lluvias, es tan rápida la riada y se estiende á tanta distancia, que perecen á centenares los caballos, que no tienen tiempo de alcanzar los páramos ó las partes salientes de los llanos. Vense entonces los jumentos, seguidos de sus pollinos, nadando una parte del dia para apacen-

(1) *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. VI, lib. VII, cap. XIX, páj. 373, 374 y 375.

tarse de las sumidades de las yerbas que asoman sobre el agua; y mientras á tanta costa encuentran algun brote, siéntense perseguidos por los cocodrilos, siendo muchos los que ofrecen en sus nalgas las dentelladas indelebles de aquellos reptiles carnívoros (1).

Cuando paran las lluvias y entran los grandes calores, las tierras bajas y cubiertas de árboles, como las de la Guayana á la llegada de los Europeos, no presentan mas que charcos peligrosos, cubriéndose de insectos y de reptiles. Los residuos de vejetales y el estremado calor del clima forman en la superficie una costra bastante resistente á veces para sostener á los viajeros y cazadores; mas si por desgracia se entreabre bajo sus piés, caen en un abismo (2). En todas las costas que se espacian desde las bocas del Orinoco hasta el desagüe de las Amazonas, sobre una línea de 400 leguas, no se encuentra mas que una cortina de mangles, alternativamente destruida y renovada por el fango y la arena. Detrás de aquella cortina hay sabanas anegadas por las aguas pluviales estancadas, prolongándose siempre lateralmente á la ribera, y á mas ó menos profundidad segun la distancia ó cercanía de las montañas (3). Las tierras mas elevadas que facilitan libre curso á las aguas, y que no están pobladas de árboles capaces de interceptar los rayos del sol, presentan un aspecto diferente; vienen á ser una estepa inmensa que se estiende desde la cordillera de los montes de Caracas hasta los bosques de la Guayana, y desde las montañas de Mérida, donde brotan manantiales sulfurosos y termales de-

(1) De Humboldt. *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. VI, lib. VI, c. XVIII, páj. 167 y 168.

(2) Stedman, t. II, cap. XX, páj. 263, 266 y 267. — Raynal, t. VI, lib. XII, páj. 391, y t. VII, lib. XIII, páj. 52.

(3) Raynal, t. VI, lib. XII, páj. 391.

bajo de las nieves perpetuas, hasta la dilatada delta que forma el Orinoco en su desembocadura: prolóngase al sudoeste como un brazo de mar, mas allá de las márjenes del Meta (1). En aquellas estensas llanuras la yerba se reduce á polvo; el suelo se agrieta lo mismo que en un terremoto; los cocodrilos y las serpientes mayores están sepultados en el fango resecado, hasta que los primeros albores de la primavera los despiertan de su prolongado letargo (2). La tierra es entonces tan árida, que los mulos roen hasta el *melocactus* erizado de espinas, para beber su jugo refrescante, cual si fuese una fuente vejetal (3).

Las propias causas que en esta parte de América dificultan tanto el cultivo de las tierras, ó por mejor decir lo imposibilitan, para los pueblos que nada han progresado en las demás artes, les facilitan la pesca. A medida que los rios y afluentes vuelven á sus límites, dejan en los lugares inundados una cantidad considerable de peces. Las aguas de aquellos aljibes naturales disminuyen poco á poco por la evaporacion, y la pesca se va volviendo mas fácil. Cuando el terreno está completamente enjuto, el número de peces que queda en la superficie es á veces tan considerable, que basta para infectar el aire (4). La pesca en los rios es por otra parte tan obvia, y tan copiosos sus productos, que es imposible que los indíjenas piensen en otra clase de industria (5).

(1) De Humboldt, *Tableaux de la nature*, t. I, páj. 19 y 20.

(2) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. VI, lib. VI, cap. XVII, páj. 44 y 45.

(3) De Humboldt, *Ibid.*, cap. XVIII, páj. 167.

(4) Stedmand, t. III, cap. XXVIII, páj. 137. — De Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*, t. IV, lib. V, cap. XII, páj. 495 y 496.

(5) Dauxion, Lavaysse, t. I, cap. VI, páj. 301.

Los lagos situados en la parte mas elevada del Perú no contienen ningun pez; y como en aquella elevacion la tierra no es capaz de cultivo, el pais está desierto. No hay mas que dos especies de peces en los rios mas altos; la una tiene pulgada y media de largo, y la otra como un tercio de vara: las aguas de Quito abundan todavía menos en pesca (1). Los pueblos de aquellas montañas no podian pues sacar su subsistencia de los afluentes, como los de las orillas de las Amazonas ó del Orinoco; pero tambien estaban al abrigo de aquellas inundaciones largas y periódicas que cubren durante unos seis meses las tierras mas bajas; y por consiguiente el cultivo de la tierra no les ofrecia los mismos obstáculos.

Una parte considerable de la América meridional no produce mas que césped en la estacion de las lluvias, y es casi del todo estéril en las épocas de sequía. Desde el rio de la Plata hasta el estrecho de Magallanes, en una estension de 18 grados de latitud, hállase la tierra tan falta de árboles, que apenas es posible encontrar un zarzal. Las llanuras de Calaboso, solo cubiertas de césped, se dilatan, segun algunos, hastas las estepas ó pampas de Buenos Aires, en una estension de 800 leguas. Este dilatado espacio del continente americano es poco capaz de cultivo, ya porque el suelo no está cubierto mas que de algunas pulgadas de tierra vejetal, ya porque abunda en él la sal, como en el centro de Asia y de Africa. Todo el pais estaba yermo á la llegada de los Europeos; pero desde que se multiplicaron en él los animales domésticos importados, los indíjenas han adoptado el réjimen de vida y las costumbres de los Tártaros. Su fisonomía social ha sido así determinada, de un modo quizás irrevocable, por

(1) Ulloa, *Disc. filosóf.*, disc. IX, páj. 202, 209 y 210.

la naturaleza del suelo y de los animales á él importados (1).

Los habitantes de la Tierra de Fuego, que, entre todos los pueblos de raza cobriza, son incontestablemente los mas estúpidos y peor constituidos, son tambien los mas aislados y aquellos á quienes menos recursos ofrece el territorio. Separados de la estremidad austral de América por el estrecho de Magallanes, no pudiendo por otra parte sacar ningun recurso de aquella parte del continente, que no es mas que un desierto recorrido por algunas rancherías de cazadores, no pueden tampoco salir de su isla, pues se halla situada bajo una latitud harto elevada para producir árboles que den madera propia para la construccion de buques. En la estacion menos rigurosa, y cuando el sol se mantiene 18 horas sobre el horizonte, el frio es tal que el pais se cubre de nieve, siendo capaz de matar en corto tiempo á los que á él no están acostumbrados. Esta tierra se halla situada bajo un clima mucho mas frio que el de Noruega ó Laponia, aunque bajo una latitud no tan alta (2). No produce pues frutos ni legumbres propias para la subsistencia del hombre; y aun cuando los indíjenas pudiesen proporcionarse semillas, no podrian hacerlas jerminar. Los únicos animales terrestres que allí se han observado son halcones, águilas, buitres, tordos y algunas aves menores. El pescado es tambien sumamente escaso, y el que se coje no es bueno para comer; las conchas y las almejas se encuentran en abundancia, siendo al parecer las únicas sustancias alibles (3). Los habitantes

(1) Azara, t. I, lib. V, páj. 103 y 14. — De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. IV, lib. IV, cap. XI, páj. 57.

(2) Bougainville, t. I, primera parte, cap. IX, páj. 184. — Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. IV, páj. 323, 324 y sig.

(3) Cook, *Segundo Viaje*, lib. I, cap. V, t. II, páj. 338 y 343, y t. V, cap. VII, páj. 258.

están pues condenados por su posicion á ser bárbaros, mientras vivan aislados, y no puedan aumentar los medios de existencia que les ofrecen el suelo ó las aguas del mar.

Fácil es ahora hacerse cargo del cómo la naturaleza y configuracion del suelo, la temperatura atmosférica, el volúmen y la direccion de las aguas, han determinado las costumbres de los pueblos situados al levante de la cordillera que corre de norte á sur de América. Los que habitan la estremidad boreal de este continente, se han quedado cazadores y pescadores, porque su suelo, poco capaz de producir sustancias alimenticias propias para el hombre, abundaba en caza, y sus lagos y rios en pescado. Los que vivian bajo una latitud menos elevada, se habian vuelto labradores sin orillar la caza ni la pesca, porque el maiz que producia su suelo, y que poseian, no podia conservarse por largo tiempo; y porque los lagos, los rios y los bosques que les cercaban, les ofrecian todavía crecidos recursos, no permitiéndoles el rigor y larga duracion de los inviernos otras ocupaciones que la caza y la pesca durante una gran parte del año. Los que vivian en las orillas ó en la embocadura de los rios de la América meridional, se habian quedado errantes ó habian establecido sus moradas en la cima de los árboles, por cuanto el terreno turboso sobre el cual se hallaban colocados, estaba alternativamente cubierto por la inundacion de las aguas, ó resecado por los ardores del sol, ofreciéndoles la pesca y la caza recursos mas obvios que el cultivo del terreno. Finalmente, los que vivian en las orillas del golfo ú en los páramos de Méjico, ó en el Perú, se habian dado casi esclusivamente á la labranza, respecto de que su suelo podia producir diversas especies de vejetales alimenticios; podia labrarse durante una gran parte del año; no estaba sujeto

á las inundaciones; los rigores del invierno eran poco temibles; y la pesca y la caza no les ofrecian recursos mayores (1).

Los pueblos situados á poniente de las mismas montañas han estado sujetos á influencias locales no menos poderosas. Fácil seria demostrar que han adelantado mas ó menos segun el mayor ó menor riego del territorio, segun su mayor ó menor cantidad de mantillo (2), segun la mayor ó menor variabilidad de su temperatura, segun el mayor ó menor producto de la pesca y de la caza, y segun la mayor ó menor facilidad de las comunicaciones. Pero esta espo-

(1) Parece que los Americanos del norte no cultivaban ninguna especie de árboles frutales. Esta clase de cultivo, en los climas frios ó templados, constituye siempre el último progreso que hacen los pueblos labradores. Muchas son las razones que nos esplican este fenómeno; la primera es que los árboles no dan fruto hasta despues de muchos años de cuidados, y en los paises donde no está afianzada la propiedad, no se cultivan mas que los objetos que reditúan desde luego; la segunda consiste en que el producto de los árboles frutales es muy casual donde la temperatura atmosférica está sujeta á grandes variaciones; y la tercera en la imposibilidad de conservar por largo tiempo los frutos, no teniendo mas casa que unas malas chozas. El cultivo de los árboles frutales en una especie de lujo que no siempre se permiten los pueblos europeos que se creen muy civilizados; y por consiguiente no debe sorprendernos que no hubiesen llegado á disfrutar de él los indijenas de América.

Hemos visto que en el Perú casi no se encontraba pescado; tampoco podia encontrarse mucho en Méjico, pues no hay rios caudalosos; pero lo notable es que, segun Ulloa, el Misisipi, uno de los mayores rios del continente americano, que desagua en el golfo de Méjico, tiene muy poco pescado, y aun este de mala calidad. Ulloa, *Disc. filosóf.*, t. I, disc. IX, páj. 215 y 216.

(2) Dampier, t. I, cap. V, páj. 103. — De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. VI, lib. VII, cap. XVII, páj. 43 y 44. — *En-*

sicion nos conduciria muy lejos, y no hiciera mas que confirmar las observaciones que dejo ya consignadas.

sayo político sobre Nueva España, t. II, lib. III, cap. VIII, páj. 424 y 425.—La Perouse, t. II, cap. VII, páj. 203 y 204. Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, cap. IV y V, páj. 22, 23 y 214.—Cook, *Tercer Viaje*, lib. IV, cap. II, t. V, páj. 75.—J. Dixon, t. II, páj. 5 y 6.

CAPITULO VIII.

Influjo de los lugares y del clima en los pueblos de raza malaya del Grande Océano.

Entre los pueblos de raza malaya que hemos observado, ninguno mas bárbaro que los de Nueva Zelandia; pero tampoco hemos encontrado otros situados en clima mas frio, ni que vivan mas aislados. La Nueva Zelandia, por la parte del sur, levante y poniente, se halla tan aislada como la Tierra de Fuego y la Tierra de Van-diemen; pero no tanto por la parte del norte. Si está harto lejos de los numerosos archipiélagos inter-tropicales para comunicar fácilmente con ellos por medio de la navegacion, las corrientes marinas han podido á lo menos llevar á su suelo las producciones vejetales de que gozan todas las demás islas ocupadas por los pueblos de la misma raza. Así los viajeros que la han visitado han visto que el cultivo habia hecho ya algunos progresos, produciendo los mismos vejetales que las islas mas cercanas al ecuador, á escepcion de los que solo pueden arraigar entre los trópicos. Sin embargo, siendo probable que se pobló mas tarde que las

islas mas cercanas al ecuador, ya porque la distancia á que se encuentra de las demás no haya permitido á los habitantes el apropiarse sus procedimientos , ya porque la temperatura mas rigurosa haya sido un obstáculo para el desarrollo de los medios de existencia, y por consiguiente de la poblacion, la civilizacion está en ella mas atrasada que en las islas no tan secuestradas y ocupadas por hombres de la misma raza. En la parte de Nueva Zelandia menos apartada de los trópicos se encuentran tierras bien cultivadas; pero las partes situadas hácia el polo austral están cubiertas de bosque impenetrable; y aunque las especies de sus árboles son variadas, ninguna es alimenticia (1).

La isla de Pascua y las de Sandwich, que, despues de Nueva Holanda, encierran las poblaciones menos adelantadas de la raza malaya, son tambien las mas distantes de los archipiélagos de los trópicos. Los indíjenas cultivan no obstante parte de los vejetales útiles que produce su suelo, y crian los mismos animales que los habitantes de las otras islas. Las islas del Grande Océano, cuando las visitaron por primera vez los navegantes europeos, estaban ya todas habitadas: Cook dice que solo halló una desierta, pero era tan inaccesible, que solo valia para guarida de aves. No es posible de consiguiente saber bajo qué órden se poblaron aquellas islas, cuál era el desarrollo intelectual de los primeros hombres que á ellas aportaron, cuáles los productos naturales de su suelo, ni cuáles los importados: pero si se considera que en todas han adoptado los habitantes la misma organizacion social, hablan

(1) Cook, *Primer Viaje*, lib. II, cap. III y IX: t. III, páj. 109, 306 y 307; *Segundo Viaje*, cap. V, t. I, páj. 344, 345 y 347, y lib. II, cap. V, t. II, páj. 481: y *Tercer Viaje*, lib. I, cap. VIII, p. 304 y 329.

el mismo idioma, cultivan los mismos vejetales y crian los mismos animales, no podrémos menos de confesar que en la época de su dispersion por el Océano, estaban á corta diferencia tan adelantados como en la de su descubrimiento por los Europeos.

Estos pueblos emprenden en canoas viajes muy lejanos; y como á menudo se llevan consigo á sus mujeres é hijos, es probable que algunos se han establecido en islas que hallaron inhabitadas, y que otros han sido llevados por las corrientes ó arrojados por los vientos á islas desiertas. Los acontecimientos de esta especie no han debido ser pocos, pues los navegantes han encontrado, en los mares ó en las islas, hombres que habian sido alejados de su pais por este estilo, sin poder regresar á él (1). Los que estaban cercanos unos á otros han debido adquirir en corto tiempo los vejetales y animales que poseian sus vecinos: han podido proporcionárselos por medio de permuta, y tambien por las guerras; les ha sido igualmente mas fácil observar el modo con que se pueden multiplicar; los vientos ó las corrientes podian por otra parte llevar mas á menudo á sus costas los vejetales de otras playas; pero las islas segregadas ó situadas á gran distancia de los archipiélagos que hay al sur del ecuador, como las de Sandwich, la de Pascua y la Nueva Zelandia, han debido poblarse mucho mas tarde, habiendo sin duda trascurrido muchísimo tiempo antes que los vientos ó las corrientes llevasen á sus playas los vejetales que en ellas podian prosperar.

(1) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. II, t. II, páj. 71, 72 y 73. —*Cartas edificantes y curiosas*, t. XV, páj. 196 y 298.—El presidente De Brosses, *Viajes á las tierras australes*, t. II, páj. 443 y sig. — De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. I, lib. I, cap. I, páj. 141 y 142. Véase esta última obra, páj. 123 y 153, sobre los efectos de las corrientes ó *Gulf stream*.

Pocas son las especies de vejetales alibles, y que pueden regarse con agua dulce ó con agua de mar. El Sr. de Humboldt no cuenta mas que cinco; el cocotero, la caña de azúcar, el plátano, el mamey y el avocatir (1). La facultad que tienen estas plantas de crecer por medio del agua de mar favorece su emigracion de dos modos; primeramente, porque las que son arrastradas por las corrientes se multiplican naturalmente en las riberas á donde son llevadas; y en segundo lugar, porque el hombre puede cultivarlas en tierras que no tienen bastante agua dulce para regarlas. Al paso que estas plantas pueden regarse con agua de mar, necesitan para su desarrollo una temperatura suave y siempre igual, de suerte que si la tendencia de los vientos y de las corrientes es diseminarlas por los puntos mas lejanos, la tendencia de la temperatura atmosférica es limitar su multiplicacion entre los trópicos ó en los lugares que están á poca distancia de los mismos. Ahora bien; el cocotero y la caña de azúcar son cabalmente las plantas que mas multiplicadas se hallan en los archipiélagos del Grande Océano situados entre el ecuador y el trópico de Capricornio. Así pues, las mismas fuerzas que han llevado á los hombres hácia dichas tierras, han llevado tambien las plantas necesarias para su alimentacion. El *artocarpus*, ó árbol pan, que está cargado de fruto durante ocho meses del año, bastando tres piés de él para alimentar á un adulto (2), es igualmente cultivado en estas islas; pero no puede multiplicarse y dar fruto mas que en la zona tórrida. Han existido de consiguiente para los isleños de los trópicos causas de desarrollo que no existen

(1) *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. III, lib. III, cap. VIII, páj. 251.

(2) De Humboldt, *Nueva España*, t. III, lib. IV, cap. IX, páj. 146.

para los indíjenas de Nueva Zelandia, y para estos otras estrañas á los habitantes de la Tierra de Fuego.

La posicion insular de los malayos ha contribuido á dirijir sus esfuerzos hácia el cultivo de las plantas que han encontrado en su suelo ó que á él han llevado las corrientes. Ninguno de los animales que pueblan los bosques de Asia y de América podia pasar y multiplicarse en sus islas; y si por alguna circunstancia imposible de averiguar se hubiesen encontrado algunos, pronto hubieran sido destruidos. Con efecto, ninguna de las islas pobladas por los hombres de esta raza, á escepcion de Nueva Zelandia, presenta una superficie bastante estensa para dar asilo á los animales contra las persecuciones de un pueblo cazador. No era posible pues que la caza ofreciese á aquellos pueblos medios de existencia suficientes para dedicarse esclusivamente á dicha tarea (1). Tampoco podian darse á la vida pastoril, por cuanto su pais no era adecuado para pastos, y no tenian animal alguno que pudiese vivir por este medio. Por otra parte, las islas no cuentan bastante estension para que cada una pudiese contener varias tribus enemigas, y en tanto que la navegacion habia hecho pocos progresos, nadie tenia que temer que sus campos fuesen devastados por los estranjeros. Por último, siendo continua y rápida la vejetacion, nada mas fácil que observar sus progresos, y discernir las plantas que convenia destruir ó multiplicar.

(1) El continente de América, en la época de su descubrimiento, contenia diversas especies de animales mayores, y muchas tribus vivian en parte de los productos de la caza; pero en las islas situadas al levante de aquel continente, no se encontraba ningun animal de mayor talla que el conejo, aunque aquellas islas estén mucho mas cercanas á las costas orientales, que los archipiélagos del Océano Pacífico habitados por los Malayos á las costas de poniente ó á las de Asia.

Existen sin embargo en medio de los archipiélagos tropicales algunas tribus que están muy poco adelantadas; pero dos son las circunstancias que pueden esplicarnos en gran parte aquel corto progreso. En primer lugar, aquellas tribus pertenecen á una raza diferente de los malayos; y entre pueblos poco civilizados, la diferencia de raza es una causa tan poderosa de antipatía, que la proximidad, lejos de favorecer sus progresos, los entorpece. En segundo lugar, las tierras ocupadas por aquellas tribus son las mas faltas de agua y mas estériles. A esta última circunstancia deben probablemente el no haber sido invadidas por los pueblos de raza malaya.

CAPITULO IX.

Influjo de los lugares y del clima en algunos de los pueblos de Europa.

Si conviniese determinar el influjo que han ejercido en todos los pueblos de Europa las diversas circunstancias locales que han rodeado á cada uno de ellos, seria necesario escribir una obra de muchos volúmenes, y aun así quedaria incompleta. Me limitaré pues á indicar las principales; y esta indicacion hastará para el objeto que me propongo. Por otra parte, cada cual podrá fácilmente suplir lo que haya omitido acerca de ciertos pueblos, examinando el rumbo que han seguido otros en sus progresos.

Las naciones de Europa, de algunos siglos á esta parte, han hecho inmensos progresos en la civilizacion; en todas ellas, los productos de la labranza y de las manufacturas son mas variados, mas cuantiosos, mas propios para satisfacer nuestras necesidades de lo que eran á fines de la república romana; pero parece que la temperatura de la atmósfera ha sufrido una revolucion no menos feliz; en el dia es mucho mas apacible que en la época en que los Romanos empezaron á estender sus conquistas mas allá de

Italia. Cuando escribian Horacio y Juvenal, el Tiber se cubria anualmente de hielo, y este fenómeno no se ve en el dia; el bósforo de Tracia es representado tambien con unos caracteres que ya no nos es dable reconocer; la Dacia, la Panonia, la Crimea, y la misma Macedonia se nos describieron como paises tan glaciales como Moscou, y en ellos vemos hoy olivos y escelentes uvas; por último, nuestra Galia, en tiempos de César y de Juliano, cada invierno veia sus rios helados en términos de servir de puentes y de caminos durante muchos meses, y tales casos se han vuelto muy raros y de cortísima duracion. Esta revolucion en la temperatura atmosférica es incontestablemente una de las causas que mas han favorecido la emigracion de algunas de las plantas que nos son mas útiles, y que mas influjo han ejercido en la agricultura y en las artes que la misma requiere ó fomenta.

Las partes de la tierra civilizadas de mas antiguo, son la China, el Indostan, la Persia, una parte de la Arabia, el Ejipto y el Asia Menor. De allí pasó la civilizacion á las partes de Europa que están á las orillas del Mediterráneo, no llegando sino muy tarde hasta las costas é islas del Océano. Cuando los ejércitos romanos invadieron la isla de la Gran Bretaña, encontraron á sus habitantes desnudos y pintarrojeados como están hoy los salvajes del mar del Sur (1). Ahora bien; basta la mera inspeccion de la esfera terrestre, para convencerse de que antes del descubrimiento de un paso por el cabo de Buena Esperanza, ninguna parte del mundo estaba mejor situada que las islas de Grecia y el litoral del Mediterráneo para enriquecerse con las producciones y descubrimientos de los pueblos de Ejipto y del sur de Asia. Puédese seguir en Europa la marcha de los conocimientos humanos, partiendo de Ejip-

(1) Cæsar, *B. G.*, lib. V, cap. IV.

to y dirijiéndose hácia las islas y costas de nuestro continente mas cercanas, hácia las que están mejor regadas y disfrutan de un clima mas suave, si atendemos en particular al cambio que ha sufrido la temperatura atmosférica desde la decadencia del imperio romano (1).

No hay duda que las ciencias han hecho progresar inmensamente la navegacion y causado una revolucion en el comercio; los pueblos que antes del descubrimiento de un paso por el cabo de Buena Esperanza se encontraban mas distantes de las rejiones mas civilizadas y ricas de la tierra, y que no podian tener con ellas ninguna comunicacion directa, como algunos pueblos del norte de Alemania y los de las islas Británicas, han logrado comunicaciones quizás mas espeditas que los pueblos de Ejipto, de Grecia y de Italia; pero tales comunicaciones no empezaron á existir hasta que estos últimos pueblos hubieron hecho grandes progresos. No son los Holandeses, ni los Ingleses, ni tampoco los Franceses, quienes han abierto á todos los demás pueblos de Europa comunicaciones fáciles con la mayor parte de las naciones del globo, sino

(1) En Francia, los pueblos mas civilizados, en tiempo de los Romanos, eran en jeneral los que habitaban en las orillas del Mediterráneo, viniendo á ser colonias formadas por los Focenses. En Inglaterra, las tribus mas civilizadas, en tiempo de César eran las que habitaban las costas opuestas á la Francia y á la Béljica, siendo colonias belgas, y tomando el nombre de las ciudades de su procedencia. (Cæsar, *B. G.*, lib. V, cap. IV.) Las pueblas mas bárbaras estaban formadas por los montañeses de Escocia y los Irlandeses: (*Gibbon's History of the decline and fall of the roman empire*, cap. XIII, t. II, páj. 129.) En Jermania, los pueblos que mas progresos habian hecho eran los Usbianos; segun la opinion de César, eran los mas civilizados, por cuanto, *orillando el Rin*, eran con frecuencia visitados por los comerciantes, y la vecindad de los Galos les habia hecho tomar en cierto modo sus costumbres. (*Bell. Gall.*, lib. IV, cap. I.)

los Italianos, los Españoles y los Portugueses. Estos probablemente no hubieran hecho por mucho tiempo aquellos grandes descubrimientos, si los Ejipcios no hubiesen trasmitido á los Griegos, y estos á los pueblos de Italia, sus conocimientos y los de las naciones civilizadas de Asia.

Arduo seria, y quizás imposible, esponer de una manera especial, cómo y bajo qué órden se difundieron por las diversas partes de Europa los vejetales, los animales, los procederes y los descubrimientos útiles al hombre; mas si no poseemos los conocimientos necesarios para señalar cada uno de los progresos de la civilizacion europea, podemos indicar al menos algunos fenómenos jenerales capaces de hacer concebir el cómo se ha difundido, y cuáles son las causas que la han retardado ú favorecido.

En Europa, lo mismo que en Asia, hay paises que no pueden producir ningun jénero de vejetales propios para la subsistencia del hombre: tales son las tierras de la estremidad boreal del imperio ruso. En aquellas rejiones, no hay progreso posible para la labranza; este arte ni siquiera puede existir, y por consiguiente ninguna de sus dependencias. Hay otras partes de Europa que pueden producir casi todas las especies de plantas alimenticias; tal es el litoral del Mediterráneo. Mas entre un pais que nada produce, y el que casi todo puede producirlo, hay un sinnúmero de gradaciones, pues no se pasa inmediatamente del uno al otro. Fácil es por lo mismo concebir que los conocimientos relativos á la agricultura y á las infinitas artes anejas, se estienden conforme pasamos de un terreno no capaz de cultivo, como Laponia, á otro en el cual pueden crecer las producciones mas útiles y variadas.

Semejante progreso puede verificarse de dos modos: por el tránsito de un suelo estéril á otro que no lo es; ó

por una revolucion en la temperatura atmosférica, que habilita al suelo para producir plantas que estaban escluidas de él por el rigor del clima. Si la Francia, por ejemplo, cuando fué conquistada por los Romanos, era un pais tan frio como el Canadá, no se podia cultivar en él la vid, el olivo, el moral, ni otras muchas plantas útiles que en el dia se cultivan. Menester era, para que tuviese lugar la emigracion de aquellas plantas, que el clima se volviese bastante apacible para que fuese posible su multiplicacion. Era fuerza además que existiesen en un pais con el cual se tuviesen comunicaciones espeditas, que hubiese medios de instruirse en el arte de propagarlas, y en el arte á menudo mas difícil de emplear sus productos. La falta de una sola de estas circunstancias bastaba para que la poblacion quedase estancada siglos enteros; pero tambien el mero acarreo de una planta como la vid, de un insecto como el gusano de seda, de un cuadrúpedo como el buey, ó de un procedimiento agrícola, bastaba para cambiar la suerte de una gran parte de la poblacion.

Los pueblos primeramente civilizados de Europa han sido pues aquellos que han tenido comunicaciones mas espeditas y numerosas, y cuyo suelo ha sido capaz de cultivo mas acertado. Los que por mas tiempo se han mantenido bárbaros, son aquellos que tenian menos comunicaciones, ó que se encontraron en una tierra poco dispuesta para un cultivo variado: tales son los habitantes de Rusia, Polonia, Curlandia y Hungría. Los Rusos, con un territorio europeo que escede en estension á todos los demás estados de Europa juntos, no tienen mas puntos de comunicacion que el reino de los Paises Bajos, y aun sus comunicaciones son menos libres y menos obvias. Las aguas que se dirijen hácia levante van á parar al mar Caspio que no tiene salida, y que está en gran parte rodeado de desier-

tos. Las que se dirijen hácia el sur llegan á la estremidad del mar de Azof ó á lo mas retirado del mar Negro, cuya salida pueden cerrar á su arbitrio los Turcos, y que por el lado del Asia no ofrece mas que costas desiertas. Las aguas que corren al norte, llegan á un mar de hielo, y no son navegables. Al oeste, no tienen los Rusos mas que dos puertos: el de San Petersburgo, cubierto de hielo una gran parte del año, sin recibir ningun rio propio para la navegacion interior, y el de Riga. Las comunicaciones por el mar Negro eran nulas cuando los Fenices, los Griegos y los Romanos habian llevado los productos de su suelo á todas las costas del mediodía de Europa, pues á fines de la república romana, las costas septentrionales de aquel mar eran consideradas como en el dia la Siberia. En órden á las comunicaciones de Polonia, de Hungría y de una parte del Austria, se pueden hacer observaciones análogas á las indicadas acerca de Rusia. Aquellos paises no solo estaban privados de comunicacion con todas las partes civilizadas del mundo, sino que tambien, por la naturaleza del suelo y la temperatura del clima, carecian de la facultad de apropiarse la mayor parte de las producciones de las rejiones meridionales.

La revolucion que se ha verificado en la temperatura atmosférica, y los progresos hechos en la navegacion desde el descubrimiento de la brújula y de un paso por el cabo de Buena Esperanza, han impelido rápidamente por la carrera de la civilizacion á muchos de los pueblos que ocupan las cuencas del Rin y del Elba; pero los progresos de estos pueblos son no obstante posteriores de mucho á los que habian hecho los pueblos de Italia ó de Francia, situados en posiciones igualmente favorable

La Francia es uno de los paises de Europa mas bien situados por lo que toca á la temperatura atmosférica y

á la facilidad de las comunicaciones: por la Jironda, el Loira y el Sena llega al Océano y puede comunicar con todos los pueblos del norte, con España y con Portugal; por el Ródano puede cumunicar con todos los pueblos del sur y del levante; intermediaria entre Italia é Inglaterra, puede fácilmente utilizar las ventajas de la una y de la otra; y al paso que está situada en términos de tener relaciones mercantiles con todos los pueblos, goza en muchísimos puntos de una temperatura harto apacible para multiplicar todas las producciones de los climas templados. Sin embargo, las cuencas de sus rios no son harto estensas, ni sus costas bastante bien cortadas para ofrecer á la navegacion interior y esterior los medios que tienen otros paises: confesemos pues que este es un obstáculo para su prosperidad.

La España parece á primera vista uno de los paises mejor situados por lo que hace á la facilidad de las comunicaciones y á la temperatura de la atmósfera; pero esto es aparente. Las cordilleras que atraviesan la península corren todas de E. á O.; los principales rios toman casi todos la misma direccion y siguen líneas poco diverjentes; sus desembocaduras no se hallan en territorio español, pues la parte inferior de las cuencas está sujeta á Portugal, ó por mejor decir, al influjo de Inglaterra. De ahí resulta que los Españoles no poseen mas que la parte superior de las grandes cuencas, hallándose por consiguiente estrechados entre varias montañas sin poder llegar al mar. Solo deben esceptuarse las poblaciones del levante y las de la cuenca del Guadalquivir, pues por la parte del norte no hay corriente alguna que comunique con el interior. Los pueblos que habitan el centro de la península se encuentran en una posicion análoga á la de los habitantes de la parte superior de la cuenca del Nilo. Añadamos tam-

bien que una gran parte de España está muy elevada sobre el nivel del mar, hallándose por consiguiente bajo un clima mucho mas frio que los habitantes de las orillas del Rin.

Las comunicaciones entre las familias y las naciones, ya por medio de los rios, de los mares, ó por otro estilo, han sido pues en todas las partes de la tierra los ajentes mas activos de la civilizacion. Con efecto, si se inquiere cuáles han sido los acontecimientos que mayor influjo han ejercido en la suerte de los pueblos, se hallará que fué el descubrimiento de algun gran medio de comunicacion, ó la destruccion de alguna potencia que mantenia aislados á los pueblos ó á los individuos. La astronomía y la brújula han mostrado á los navegantes el rumbo que debian seguir para trasladarse con seguridad de un punto á otro; el descubrimiento de la América ha llevado á este nuevo continente todas las producciones y conocimientos del antiguo, y á este las suyas propias; el descubrimiento de un paso á las Indias, por el cabo de Buena Esperanza, ha proporcionado á los pueblos mas civilizados de Europa una comunicacion espedita y segura con todos los pueblos mas cultos de Asia, dando á unos y á otros los medios de permutar sus conocimientos y riquezas; la imprenta ha dado á cada cual el medio de comunicar á todo el mundo sus conceptos, sus procederes é inventos; y por último, la reforma ha roto en una gran parte del mundo los obstáculos que se oponian á la libre comunicacion de los pensamientos entre los hombres.

La naturaleza del suelo y la temperatura de la atmósfera ejercen en todas las producciones agrícolas un influjo que no hay para que demostrar; pero los productos de la labranza ejercen á su vez en casi todas las artes una inflencia no menos lata. Es obvio que una nacion cuyo territorio apacentase numerosos rebaños ó produjese algodon, lino y seda, podria dedicarse á varias clases de industria con muchísima mayor ventaja que otra cuyo territorio solo fuese propio para la vejetacion de la vid, suponiendo iguales todas las demás circunstancias. Obvio es á la par que una nacion que hallase en la naturaleza de su suelo y en la corriente de sus aguas los medios de acarrear y trabajar el algodon, la lana, el lino y la seda con el menor gasto posible, pudiera dar á ciertos ramos de industria un impulso que en balde intentara otra que no contase con iguales medios de trasporte y fabricacion, aun cuando su suelo produjese todas las materias laborables.

CAPITULO X.

Influjo de los lugares y del clima en la prosperidad de la nacion inglesa.— Continuacion del capítulo anterior.

Comprenderémos mejor el influjo que ejercen, en la prosperidad de un pueblo y en las diversas clases de industria que profesa, la naturaleza de su suelo, el curso de sus aguas y la temperatura de la atmósfera, si salimos de las jeneralidades y tomamos un ejemplo particular. Escojeré con preferencia la Inglaterra, por ser sin disputa el pais mas industrial, mas rico y poderoso de todos, comparativamente á la estension de su territorio.

La Inglaterra se distingue hoy de todos los demás pueblos por cuatro caracteres particulares; por la perfeccion de su agricultura, y sobre todo por la de los ganados; por el número y actividad de sus manufacturas; por la estension de su comercio y poderío de su marina; y por la igualdad con que está repartida en el pais la civilizacion. Hay escritores que, imajinándose que todo se ejecuta con libros y decretos, están en que la nacion inglesa debe

aquellas diversas especies de superioridad á su parlamento, á su iglesia, á la libertad de sus periódicos, á sus jueces, á su jurado y á otras instituciones. Sin duda que para algo entra esto en la cuenta; es indisputable que unos lejisladores por derecho de nacimiento, ó escojidos en mayoría por la privanza del príncipe, una cancillería que nunca administra la justicia con precipitacion, numerosas sociedades bíblicas, un clero poderoso y ricamente pagado han de contribuir en gran manera á hacer prosperar una nacion. Sin embargo, por bienhechoras que sean tales instituciones, es imposible que basten para engordar y multiplicar los rebaños, fertilizar las tierras, dar movimiento á las máquinas, y trasportar por medio de la navegacion, á todas las partes del pais, las riquezas que produce ó que obtiene por cambio. Existen pues otras causas que conviene indagar.

Inglaterra, aun en los tiempos de mayor calor, nunca está espuesta á un sol bastante ardiente para resecar el suelo y pulverizar las plantas, como en algunas de las rejiones meridionales de Europa. Nunca siente mas que un calor muy moderado, y su posicion insular la espone á lluvias suaves y frecuentes. Si los estíos son menos calurosos y secos que en Francia, los inviernos son mucho mas apacibles: la tierra raras veces se cubre de nieve, y las heladas son poco intensas; en los campos se encuentran plantas que en el mediodía de Francia no se podrian conservar sino en invernáculos(1). De la naturaleza del suelo, de la temperatura y de la humedad de la atmósfera, resulta que la vejetacion de las plantas mas propias para pasto de los rebaños casi nunca es interrumpida por es-

(1) Los Romanos habian observado, antes que nosotros, que el clima de Inglaterra es mas templado que el de las Galias. Cæsar, *B. G.*, lib. V, cap. IV.

tremos de calor, sequedad ó frio. Así, al paso que el suelo produce gran cantidad de escelente forraje para alimentar á los animales en lo interior de los edificios, el tiempo que deben estar encerrados es mucho mas corto que en la mayor parte de los demás paises. Inútil es entretenernos en demostrar el cómo han contribuido estas diversas circunstancias á dirijir la industria hácia la multiplicacion y perfeccion de los rebaños, y el cómo esta multiplicacion y perfeccion dan medios de trabajo y produccion á otros ramos de la labranza (1). Tampoco es necesario demostrar cómo ciertos ramos de la industria agrícola tienden mas que otros á fomentar la industria fabril, ya suministrándole sustancias y materias primeras, ya tambien proporcionándole consumo (2).

El suelo de Inglaterra encierra minas inagotables de carbon, y la existencia de estas minas obra de dos modos en todos los ramos industriales. En primer lugar, no hay

(1) Esta clase de industria sobre la cual ejerce tanto influjo la naturaleza del suelo y del clima, habia sido ya muy perfeccionada antes de invadir los Romanos el pais. En lo interior de la isla se sembraba muy poco trigo, viviendo de leche y de carne de animales. Segun relato de César, la poblacion era inmensa y el ganado numerosísimo. *Bell. Gall.*, lib. V, cap. IV.

(2) Comparando la cantidad de carne que diariamente consume en Inglaterra un individuo, con la que consume otro en Francia, se ha visto que el primero consumia mucho mas que el segundo; y de ahí se ha inferido que la clase trabajadora era menos miserable en Inglaterra que en Francia. Si se hubiese comparado la cantidad de vino, frutas, legumbres y pan que se consume por individuo en el último pais, con la de los mismos artículos que se consume en el primero, no dudo que la diferencia hubiera sido todavía mayor. Cada uno consume las producciones que le ofrece el suelo que habita; y el mas miserable es aquel que para satisfacer sus necesidades, tiene que sufrir mas molestias ó practicar mayor suma de trabajo.

que destinar una parte de la superficie del suelo para la produccion del combustible necesario. Las tierras que nosotros y otros paises destinan para bosque, en Inglaterra sirven para prados ó para cereales. En este último pais, el valor de la tierra está en profundidad, y no en superficie como en otros; los bosques se hallan, si así puedo espresarme, debajo tierra. Las minas de carbon no solo sirven para combustible doméstico, sino que tambien fomentan de un modo que no cabe suplir la mayor parte de los ramos de industria. He procurado indagar cuantos caballos se necesitarian en Inglaterra para dar movimiento á las máquinas de vapor, y la cantidad de forrajes que consumirian. No he podido adquirir sobre el particular informes tan exactos como hubiera deseado; pero algunos Ingleses que conocen bien su pais, y que por profesion se ocupan de los objetos que yo hubiera deseado saber circunstanciadamente, me han asegurado que aun cuando se destinase un territorio tan dilatado como Inglaterra y Francia juntas para producir forrajes, lo creerian insuficiente para el consumo de los caballos necesarios. Sin duda que es algo exajerado este aserto; mas atendiendo á que los caballos empleados como potencia en las máquinas no trabajan mas que seis horas diarias, y que por consiguiente una máquina de la fuerza de diez caballos necesitaria cuarenta para funcionar las veinte y cuatro horas continuas; que fueran indispensables otros cuarenta para reemplazar á los viejos y enfermos, y para conservar la raza; y por último, atendiendo á que hay un número incalculable de máquinas, entre las cuales se conocen algunas de la fuerza de 400 caballos, nos convenceremos de que se necesitaria un territorio dilatadísimo para pastos, para reemplazar á las minas de carbon. El suelo de Inglaterra atesora pues una fuerza de industria que ninguna nacion ha podido todavía encontrar en sí. Tiene, si así vale decirlo, la virtud de producir jéneros fabricados, á la manera que el suelo de una parte de Francia tiene la de producir vinos, seda y aceites (1).

El suelo de Inglaterra, al paso que encierra la materia que ha de dar movimiento á sus máquinas, contiene todos los metales que necesita para construirlas; de suerte que casi sin moverse alcanza las materias mas pesadas y embarazosas que son indispensables á un pueblo de fabricantes.

Las costas de Inglaterra están cortadas por todas partes, ofreciendo á su marina numerosos puertos, y permitiendo á los buques llegar en cierto modo hasta el cen-

(1) Los miembros del gobierno inglés, con los honores que han tributado á Watt despues de su muerte, han tenido que confesar que la nacion inglesa hubiera sido incapaz de sostener la lucha trabada con la Francia, á no ser la fuerza y las riquezas que le habian dado las máquinas de vapor.

Si alguno quiere formarse cabal concepto del influjo que en la prosperidad de Inglaterra han ejercido las riquezas minerales de todas clases que contiene su suelo, puede leer el elojio de Watt escrito por Arago. Con efecto, el talento de aquel hombre célebre se limitó á elaborar la materia que tenia á su disposicion.

No digo que la Francia no pueda dedicarse á la misma clase de industria que Inglaterra, si cuenta con los mismos elementos; mas si no los poseyese, fuera tan absurdo querer luchar sobre este punto con Inglaterra, como el que esta quisiese cubrir de invernáculos su suelo para rivalizar con Francia en la venta de vinos. Un pueblo que por la naturaleza de su suelo cosecha primeras materias, como lino, lana, algodon, seda, etc., y que quiere echarla de fabricante sin tener fuerzas para serlo, se parece á un labrador que, despues de haber cojido el trigo necesario para su consumo, lo hiciese moler en molinillos de café por sus criados, con el objeto de ahorrar el gasto del molinero, cuyas muelas corren á impulsos del agua.

tro del territorio. El Támesis, que de suyo tiene poco caudal, se halla con tan poco pendiente desde Richemont hasta su embocadura, que por efecto de la marea llena el oficio de dos rios caudalosos que corriesen paralelos uno á otro, pero en direccion opuesta. Cuando la marea sube, no solo tiene bastante fuerza para empujar las aguas del Támesis y henchirlo en términos de hacerle navegable para los buques de mayor cabida, sino tambien para establecer una corriente capaz de llevar hasta Lóndres todas las mercancías que ha traido á la embocadura del rio el comercio del mundo. Cuando la marea baja, las aguas repelidas hácia el interior recobran su curso, y conducen hasta el mar los jéneros que en la metrópoli ha reunido la navegacion interior. El territorio está cortado por tantos rios y dispuesto de modo que se ha encontrado medio de abrir canales en casi todas las direcciones. De estas diversas circunstancias y de la posicion insular del pais resulta, no solo que la industria manufacturera y el comercio tienen medios de trasporte seguros y baratos, sino tambien que la industria agrícola puede á poca costa trasportar sus productos de los lugares donde abundan á aquellos donde escasean; y así es que en todas las partes del territorio se puede progresar casi por un igual (1).

He pasado por alto algunas de las circunstancias físicas que han contribuido á llevar la prosperidad inglesa al punto en que se halla; pero las que acabo de indicar bastan para hacer concebir como obran y contribuyen al

(1) He demostrado en otra parte que por no haber atendido á estas diversas circunstancias, ni observado las diferencias que existen entre Inglaterra y Francia, se han acometido en este último pais empresas locas. *Des garanties offertes aux capitaux et aux autres genres de propiétés, par les procedés des chambres legislatives dans les entreprises industrielles*, etc. (1826), cap. I, páj. 14 y sig.

desarrollo de las naciones las causas que existen en la naturaleza de las entidades (1).

Si resumimos ahora las circunstancias esternas ó locales que mas contribuyen al desarrollo de un pueblo, verémos que la posicion mas favorable es aquella en que, surcada la tierra por numerosas corrientes de agua dulce, puede producir en un espacio dado mayor cantidad de subsistencias mas variadas; aquella en que la temperatura de la atmósfera y la division de las estaciones suspenden por menos tiempo los trabajos de la vejetacion y los de la industria humana; aquella en la cual el interior del suelo encierra riquezas mas considerables y de fácil estraccion; aquella en que las comunicaciones esternas é interiores dan la mayor facilidad posible para los cambios; aquella en que son menos temibles las invasiones, no habiendo necesidad de un numeroso ejército para afianzar la independencia; y aquella, por fin, en que la fuerza y naturaleza de los vientos mantienen la salubridad de la atmósfera, sin ser un obstáculo para el cultivo de las tierras, ni para la salud de los habitantes (2).

La posicion menos favorable al desarrollo y la civiliza-

(1) La Inglaterra, que, cuando fué conquistada por los Romanos, pudo apenas indemnizarles los gastos de establecimiento, fué para ellos una adquisicion inapreciable 150 años despues; casi todos los elojios que la dieron podrian convenirle: «*The Romans celebrated, and perhaps magnificed*, dice Gibbon, *the extent of that noble island, provided on every side with convenient harbours: the temperature of the climate, and fertility of the soil, alike adapted for the production of corn or of vines; the valuable minerals with wich it abounded; its rich pastures covered with innumerable flocks and its woods free from wild beast or venomous serpents.*» The History of the decline and fall, etc. cap. XII, t. II. páj. 124 y 125.

(2) Para no traspasar los límites que me he impuesto, véome obligado á prescindir de muchas circunstancias que, sin ser tan importan-

cion de un pueblo, es, al contrario, aquella en que mas se resiste al cultivo el suelo que habita; aquella en que, privada la tierra de corrientes de agua dulce, es tostada por el ardor del sol, ó esterilizada por el rigor de las estaciones; aquella en que los trabajos de la vejetacion y los de la industria sufren interrupciones mas duraderas é irregulares por efecto de la temperatura atmosférica y de la division de las estaciones; aquella en que el suelo no entraña mas que sustancias minerales de poco valor ó de difícil estraccion; aquella en que la configuracion del suelo y la posicion jeográfica dificultan ó imposibilitan las comunicaciones y los cambios; aquella, por fin, en que la fuerza, la direccion ó la naturaleza de los vientos se oponen al cultivo de las tierras, ó afectan dolorosamente las facultades físicas y morales del hombre.

Otra circunstancia hay que ejerce inmenso influjo en la civilizacion ó en la barbarie de ciertos pueblos, y es la posicion en que se hallan relativamente á otros. Una nacion colocada en medio de una multitud de circunstancias favorables para su desarrollo, pero espuesta á un tiempo á las invasiones de pueblos condenados por su posicion á una eterna barbarie, con dificultad podria hacer

tes como las que he observado, ejercen sin embargo grande influjo en las facultades físicas de los hombres, y por consiguiente en las morales é intelectuales: tales son, por ejemplo, la naturaleza de los alimentos, la cual tambien depende de muchas circunstancias estrañas al hombre; las variaciones rápidas de la temperatura atmosférica, que aceleran al parecer la vejez en los hombres, y sobre todo en las mujeres que las esperimentan; la naturaleza y direccion de los vientos, que en ciertos lugares hacen tan suave ó tan penosa la existencia, tan activo ú tan yerto el entendimiento; la calidad de las aguas ó la naturaleza del ambiente, que favorecen el desarrollo del hombre, ó le vuelven disforme y estúpido, como en algunos valles de Suiza y Tartaria, etc.

algun progreso. He aquí uno de los obstáculos mas poderosos que han hallado para su adelanto los pueblos de la Persia, de la China, del Indostan, y aun pudiera añadir de casi todas las partes del globo. La mutua y recíproca accion de los pueblos entre sí se hace sentir á veces á distancias inmensas; para dar con las causas de la barbarie de las naciones situadas cerca de los trópicos ó en las orillas del mar, hay que irlas á buscar cerca de los polos ó en los páramos de las montañas.

Cuando hablo del influjo que en las naciones ejercen las circunstancias que las rodean, disto pues mucho de pretender que no pueda aquel ser paralizado, á lo menos en parte, por causas mas poderosas. Los hombres no están solamente sujetos á la accion de las entidades que les rodean; sino que ejercen tambien unos sobre otros cierta accion no menos poderosa. Esta accion, que reciben y estampan alternativamente, da por resultado, ora hacerles avanzar, ora dejarlos estancados, ora hacerles cejar. En los capítulos siguientes espondré las causas, la naturaleza y las consecuencias de esta accion: verémos sus causas en la índole de sus necesidades, en la diversidad de sus hábitos sociales, y en el menor ó mayor desarrollo de algunas de sus facultades; verémos su naturaleza en las diversas relaciones que entre ellos existen, en sus sistemas relijiosos y políticos, y en otras circunstancias análogas; y verémos, por último, sus efectos en sus virtudes ó en sus vicios, en sus errores ó en sus luces, en sus riquezas ó en su pobreza, en su felicidad ó en su desdicha.

algun progreso. He aquí uno de los obstáculos mas poderosos que han hallado para su adelanto los pueblos de la Persia, de la China, del Indostan, y aun pudiera añadir de casi todas las partes del globo. La mutua y recíproca accion de los pueblos entre sí se hace sentir á veces á distancias inmensas; para dar con las causas de la barbarie de las naciones situadas cerca de los trópicos ó en las orillas del mar, hay que irlas á buscar cerca de los polos ó en los páramos de las montañas.

Cuando hablo del influjo que en las naciones ejercen las circunstancias que las rodean, disto pues mucho de pretender que no pueda aquel ser modificado, á lo menos en parte, por causas mas poderosas. Los hombres no estan solamente sujetos á la accion de las cosas que les rodean; sino que ejercen tambien unos sobre otros cierta accion mas ó menos poderosa. Esta accion, que reciben y ejercen alternativamente, da por resultado, ora hacerles avanzar, ora dejarlos estacionados, ora hacerles cejar. En los capítulos siguientes espondré las causas, la naturaleza y las consecuencias de esta accion; veremos sus causas en la índole de sus necesidades, en la diversidad de sus hábitos sociales, y en el menor ó mayor desarrollo de algunas de sus facultades; veremos su naturaleza en las diversas relaciones que entre ellos existen, en sus sistemas religiosos y políticos, y en otras circunstancias análogas: y veremos, por último, sus efectos en sus virtudes ó en sus vicios, en sus errores ó en sus luces, en su riqueza ó en su pobreza, en su libertad ó en su [illegible].

CAPITULO XI.

Desarrollo de algunas facultades particulares en pueblos de diversas especies.

En los capítulos anteriores hemos visto las principales causas que concurren á atajar á un pueblo en la barbarie ó á hacerle progresar, debiendo haber advertido que hay circunstancias bajo las cuales todas las facultades humanas se desarrollan casi á la par, y otras bajo las cuales no se pueden desenvolver sino de un modo incompleto. Propóngome manifestar ahora bajo qué influencias ó por qué causas algunas de las partes del hombre se desarrollan con preferencia á otras; y en seguida espondré el cómo este desarrollo parcial, en ciertas posiciones, determina la accion que ejercen las naciones unas sobre otras, y el cómo influye esta accion en las costumbres, las leyes ó las instituciones de la mayor parte de ellas. Al hacer esta esposicion, seguiré considerando á los hombres en su constitucion física, en sus facultades intelectuales y en sus facultades morales.

La perfeccion de los órganos físicos del hombre (véo-

me precisado á repetirlo) puede verificarse de dos maneras : puede consistir en la buena constitucion de cada una de las partes materiales de que se compone el individuo, ó bien en la aptitud que ha dado el ejercicio á cada una de dichas partes para desempeñar ciertas funciones ó ejecutar determinados actos. Estas dos especies de perfeccion influyen mas ó menos una sobre otra ; y sin embargo no es raro verlas existir separadamente. Es muy comun hallar un hombre medianamente constituido, dotado de suma habilidad ; y un hombre dotado de escelente constitucion física, no saber casi hacer uso alguno de sus miembros. La facilidad con que un hombre ejecuta ciertas operaciones, no prueba pues que haya recibido, al nacer, mejor constitucion que otro que se muestra menos diestro.

Muy arduo seria, y quizás imposible, en el actual estado de las ciencias, determinar todas las causas que contribuyen á dar al hombre una buena organizacion física. Entre las que conocemos, las principales y mas inmediatas son los alimentos sanos y abundantes, la satisfaccion de nuestras necesidades con la correspondiente medida, el ejercicio moderado de cada una de nuestras facultades, el convencimiento de la seguridad, y la moderacion en todas las fruiciones. Débense contar tambien en el número de las causas que influyen en el desarrollo de nuestras facultades físicas, aunque no obren de un modo inmediato, las que ejercen algun influjo en la calidad y abundancia de las subsistencias, como la naturaleza del suelo, el calor de la atmósfera y otras análogas ; las que determinan la direccion ó la fuerza de nuestras pasiones, y sobre todo las que tienden á desarrollar ó á ceñir nuestras facultades intelectuales.

Otras causas hay que influyen de una manera inmediata

en la constitucion física del hombre: tales son las aguas, el ambiente atmosférico y otras circunstancias locales cuyos efectos se ven, pero que no siempre se pueden determinar de un modo cabal. Partiendo, por ejemplo, del valle surcado por el Ródano antes de llegar al lago Leman, y subiendo por los Alpes, obsérvase que la poblacion varia conforme nos apartamos de las tierras bañadas por el rio. Los hombres que viven en sitios elevados, son por lo jeneral mas altos, mas robustos, y sobre todo están menos sujetos á ciertas enfermedades que los que habitan en los valles, aun cuando no tengan mejores alimentos, ni un método mas regular de vida. En los valles de la Tartaria, análogos á los de los Alpes, se encuentran pueblos sujetos á las mismas enfermedades que una parte de los habitantes del Valés, aunque no pertenecen á la misma raza (1). Encuéntranse igualmente al sur y al norte de América, aun en las partes mas fértiles, diversas comarcas que se oponen al desarrollo físico del hombre (2). Por último, en Ejipto, los hombres de raza caucásica no se propagan mas allá de la segunda jeneracion, á menos de emparentar con los indíjenas (3). Las causas que propenden al desarrollo físico de un pueblo, tales como la abundancia ó la buena calidad de las subsistencias, pueden de consiguiente paralizarse por causas mas poderosas aunque menos fáciles de determinar. Y esto puede servir para esplicarnos la razon de encontrar hombres muy diferentes en posiciones al parecer semejantes (4).

La perfeccion física, que consiste en la aptitud de algu-

(1) Macartney, *Viaje á China y Tartaria*, t. III, cap. II, páj. 46.

(2) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. III, lib. III, cap. VIII, páj. 228 y 229, y t. VI, lib. VII, cap. XIX, páj. 314. — Weld, t. II, cap. XXX, páj. 256.

(3) Véase lib. III, cap. XXXVI.

(4) Encuéntranse en las islas del Océano Pacífico, situadas entre

ños de nuestros órganos para ejecutar ciertas operaciones con preferencia á otras, resulta en particular del estudio y del hábito. No se ejecuta acertadamente sino lo que se ha aprendido, ni se practican con facilidad y prontitud sino aquellas operaciones que se han ejercitado por largo tiempo. Es innegable que un dilatado ejercicio aumenta la fuerza de nuestros órganos, y que esta fuerza influye mas ó menos en la de las jeneraciones que nos suceden. Un hombre que desde su infancia haya manejado el remo, llega á tener mas fuerza en el brazo que el que no ha manejado en su vida mas que la pluma; y el andarin tiene mucho mas robustos los músculos de las piernas que el eternamente sedentario. Uno y otro pueden trasmitir á sus descendientes una constitucion física mas robusta que la trasmitida ordinariamente á los suyos por un hombre que solo ha desarrollado su intelijencia. En este caso, como en el anterior, las causas de desar-

los trópicos, las mas bellas razas de hombres, y los viajeros no dudan que el influjo del clima ha sido la causa principal de su desarrollo. Sin embargo, los Europeos que se han establecido en la Barbada, situada igualmente debajo los trópicos, han al parecer dejenerado notablemente: «He estado dos veces en la Barbada, dice Dauxion-Lavaysse, y he visto Barbadianos en las otras colonias: casi todos los que descienden de familias antiguamente establecidas en el pais, tienen la piel aceitunada ó bronceada, los ojos escavados, la nariz aplastada, la boca entreabierta, los labios gruesos, rojizos y crespos los cabellos. Añádase á esto un enorme par de testículos, una hernia, á los veinte ó treinta años una ingurjitacion linfática en la pierna, y á veces en las dos, y se tendrá el retrato de un Barbadiano. — Semejantes hombres, á la par de los cretines, inspirarian compasion, si no hubiesen dejenerado de sus antepasados mas en lo moral que en lo físico, y si no fuesen los hombres mas feroces y ridículamente vanos que hay quizás en toda la tierra. Sin embargo, solo de unos dos siglos á esta parte se pobló aquel pais de Europeos.» Tomo I, cap. VI, páj. 241.

rollo físico pueden ser paralizadas por otras contrapuestas; el efecto que causa el ejercicio en nuestros órganos puede ser paralizado por la falta de alimentos ó por cualquiera otra causa igualmente poderosa.

La perfeccion de nuestras facultades intelectuales, lo mismo que la perfeccion física, se entiende de dos modos: consiste en la buena constitucion del entendimiento, ó en la facultad que da el estudio al espíritu de ejecutar ciertas operaciones, de seguir el encadenamiento de cierto órden de hechos ó de conceptos. Difícil fuera asegurar si todas las causas que concurren al desarrollo físico del hombre, contribuyen tambien á darle un entendimiento sano, ó si hay causas que tienden á desarrollar ciertas partes materiales del individuo sin afectar las otras, ó tal vez menoscabándolas. Mas lo que al parecer no tiene duda es que existen muchas causas que obran simultáneamente y en el propio sentido, en los órganos físicos y en las facultades intelectuales. Las mismas causas que en algunos valles de los Alpes, y en ciertas partes de Asia y América, menoscaban la constitucion física del hombre, las han tambien con su intelijencia; y raciocinando por analojía, cabe creer que muchas de las causas que tienden á darle una buena constitucion, contribuyen tambien á dotarle de buen entendimiento. Puédese creer igualmente y por la misma razon, que en jeneral, y cuando no media causa alguna que turbe el órden normal, el entendimiento de los hijos participa del de los padres.

La perfeccion intelectual, que consiste en la facultad de concebir la naturaleza y órden de ciertos hechos, y de seguir el encadenamiento de ciertos conceptos, resulta casi por entero del estudio y del ejercicio; mas, ¿da el ejercicio fuerza á los órganos intelectuales, cual la da á los físicos? El hombre que dedica su vida á la meditacion, ¿acre-

cienta la fuerza y las dimensiones de su encéfalo, cual acrece la fuerza y dimensiones de sus huesos y músculos el que se dedica á la práctica de ciertas operaciones mecánicas? ¿Trasmite el primero á su posteridad, cual el segundo, parte de las prendas que ha adquirido, siempre que alguna causa estraña no destruya el influjo que resulta del hecho de la jeneracion? Para resolver estas cuestiones de un modo satisfactorio, se necesitarian quizás observaciones mas numerosas y mejor seguidas que las que poseemos. Así, aun cuando la analojía nos induce á dar una solucion afirmativa, me limitaré á advertir que si la fuerza de los órganos intelectuales adquirida por el ejercicio, se trasmitiese en parte por la jeneracion, cuando no se atraviesa ningun obstáculo accidental, los raciocinios hechos para demostrar la superioridad de las razas probarian á lo mas el influjo de una civilizacion lenta y dilatada. En esta hipótesis, la superioridad de organizacion intelectual deberia mirarse alternativamente como resultado y como causa (1).

(1) El perro, que es el animal que mas en sociedad vive con el hombre, es tambien el mas intelijente y el mas capaz de participar de sus pasiones; y el esmero que ponen los cazadores en conservar la pureza de las razas, prueba al parecer que las disposiciones que se observan en algunos individuos se trasmiten por el solo hecho de la jeneracion. Discutiendo un dia con el Sr. de Volney la cuestion del influjo de la educacion en todos los animales, me contó un hecho que no puedo menos de consignar aquí, y cuya noticia habia adquirido de uno de sus amigos, oficial del palacio de Luis XVI. Este oficial, cuyo apellido se me ha trascordado, tenia dos perritos de una misma raza, macho y hembra, de la especie mas comun, y nunca iba á cazar sin llevárselos. Todo lo que pudo recabar de esta primera jeneracion, á fuerza de caricias ó de palos, fué que no se escondiesen ni tomasen la fuga al oir los escopetazos. Los dos que conservó de la segunda jeneracion ya no manifestaban miedo alguno á la esplosion de la pól-

La perfeccion moral de los pueblos tiene relaciones tan íntimas con las causas que influyen en su desarrollo físico é intelectual, que no cabe separarlas. Encontrarémos pues las causas de la naturaleza, direccion y fuerza de sus pasiones, en las mismas causas que determinan su jénero de vida, y que les obligan á ejercer algunas de sus facultades con preferencia á otras.

vora; pero fueron necesarios muchos castigos y recompensas para determinarles solamente á seguir á los demás perros enseñados. Los de la tercera jeneracion fueron tan diestros cazadores como los de las mas famosas razas.

Un naturalista inglés ha hecho observaciones no menos curiosas sobre animales de la misma especie. Los pueblos de raza malaya que habitan en las islas del Grande Océano, crian perros para alimentarse con su carne, á la manera que nosotros criamos otras especies de aniles; y aquellos perros son tan estúpidos como nuestros carneros. Como dichos perros se alimentan de las mismas sustancias que sus amos, están acostumbrados á roer huesos de animales de su especie, y hasta huesos humanos en las islas cuyos habitantes son antropófagos, como en Nueva Zelandia. «Teníamos á bordo uno de aquellos perritos, dice Forster, que seguramente, antes de venderlo, no habia tomado mas que la leche de su madre, y no obstante devoró con ansia una porcion de la carne y de los huesos del perro que acabábamos de comernos; al paso que muchos otros de casta europea que habíamos embarcado en el Cabo, se apartaron y no quisieron comer. — El perro de Nueva Zelandia, dice en otra parte el mismo viajero, se arrojó sobre uno de los últimos, que habia muerto, y lo devoró. Le habíamos tomado á bordo tan jóven, que no habia podido adquirir el hábito de comer la carne de los animales de su especie, y mucho menos carne humana; y sin embargo, uno de nuestros marineros que se habia cortado el dedo, se lo dió al perro, quien lo cojió con avidez, lo lamió y se puso á morderlo en seguida.» Forster, citado en el *Segundo Viaje de Cook*, cap. IX, t. 1, páj. 459.

Los Chinos han conseguido infundir intelijencia á uno de los animales mas estúpidos. Los que viven habitualmente en las márjenes de los rios crian ánades, y los vuelven tan dóciles, que dirijen sus movimientos con meros signos.

Mucho se ha ventilado la cuestion de cuál era el estado mas propio para favorecer el desarrollo físico del hombre. Varios escritores mas ó menos célebres han creido que el silvestre, llamado por ellos *estado de naturaleza*, era el mas favorable. Otros, al contrario, han pensado que el estado de civilizacion daba al hombre mas fuerzas físicas que el estado salvaje. Entre estos últimos, se cuentan sabios filósofos, y viajeros justamente acreditados por la profundidad y exactitud de sus observaciones. Por ambas partes se han citado numerosos hechos, y hechos calificados al parecer de decisivos por los que los han invocado. Una mera distincion entre las fuerzas resultantes de una buena organizacion primitiva, y las que son resultado de cierto jénero de ejercicios, hubiera fácilmente conciliado hechos al parecer contradictorios.

Ya hemos visto el cómo la naturaleza y posicion del suelo, el curso y volúmen de las aguas, la temperatura de la atmósfera y otras circunstancias análogas influyen en las producciones vejetales ó animales que pueden servir de alimento á los hombres. Determinada la naturaleza de las producciones que puede dar el suelo, es una necesidad, para los hombres que deben sacar de ellas su subsistencia, desarrollar aquellas facultades que puedan ponerles en el caso de alcanzar la mayor cantidad que sea dable y aplicarla á su uso. Los hombres situados en lugares donde sus principales medios de existencia se han de estraer de la pesca, se ven precisados, por la naturaleza de las entidades, á dar á cada una de sus facultades la especie de desarrollo que requiere la profesion de pescador. Los que por la naturaleza de los lugares no pueden existir sino mediante los animales silvestres que cojen, están igualmente obligados, só pena de perecer, á dar á sus facultades físicas é intelectuales la especie de desarrollo que

reclama el oficio de cazador. Otro tanto diré de aquellos á quienes la naturaleza de su territorio condena á la ocupacion de pastor, como los Arabes Beduinos y los pueblos que habitan en el páramo central de Asia: es menester que dichos pueblos sepan hacer lo que de ellos requiere su posicion, ó que perezcan. Por último, puédese en jeneral decir lo mismo de todos los pueblos, ya sean civilizados ó bárbaros: todos los hombres, cualquiera que sea su posicion, tienen que desarrollar algunas de las partes de sí mismos con preferencia á otras, y la especie de desarrollo que les dan, es determinado casi siempre por las circunstancias que les rodean.

Si examinamos ahora cuáles son las diversas especies de superioridad que poseen ciertos individuos ó ciertos pueblos sobre otros, hallarémos que jeneralmente consisten en saber lo que no se ha podido menos de aprender, y que no se echan de ver en los que no han tenido necesidad de poseerlas. La mayor parte de los viajeros, al ver que ciertos pueblos salvajes se sostenian airosamente sobre las olas ó que las surcaban con rapidez, que salvaban con facilidad distancias inmensas, que reconocian por medio de indicios casi imperceptibles el rastro de la caza, que se dirijian con seguridad al través de bosques sin límites, que divisaban su presa á grandísima distancia, que distinguian los mas leves sonidos y juzgaban por el olfato de los olores menos intensos, no han podido dejar de admirar la estension de sus fuerzas y la esquisita finura de sus sentidos, afirmando sin reserva que la civilizacion apoca las fuerzas y quita á los sentidos la mayor parte de su perspicacia. Mas si examinamos la naturaleza, las causas y los efectos de estos fenómenos, ya no nos parecerán de mucho tan maravillosos.

CAPITULO XII.

Desarrollo de algunas facultades particulares en pueblos de diversas especies. — Continuacion del capítulo anterior.

El sentido de la vista, en los pueblos bárbaros, es aquel cuya finura mas ha sorprendido á los viajeros : de los que han visitado el cabo de Buena Esperanza, ninguno ha dejado de admirar la finísima vista de los indíjenas. Thunbergo la graduó de evidentemente superior á la de los Europeos (1). Levaillant quedaba absorto al ver que aquellos mismos pueblos discernian al primer golpe objetos que él ni siquiera divisaba: «¡Cuán sutil, dice, es la vista de un Hotentote! ¡cómo la ejercita con atencion difícil á la par que maravillosa! Sobre un terreno seco, en el cual el elefante, á pesar de su peso, no deja huella alguna en medio de las hojas muertas, esparcidas y arrolladas por el viento, el Africano reconoce el paso del animal; ve el camino que ha tomado y el que se debe seguir para alcanzarle; una hoja verde retorcida ó desprendida, una yema, el modo con que está desgajada una ramita, todo esto y

(1) *Viaje á Africa, al Asia y al Japon*, cap. VI, páj. 182.

otras mil circunstancias son para él indicios que jamás le engañan. El cazador europeo mas esperto apelaria allí en vano á todos sus recursos; yo mismo nada podia comprender (1). » Hablando de los hombres de una tribu de esta raza, dice el mismo viajero, que les basta la vista para descubrir las aguas subterráneas; tiéndense boca abajo, miran á lo lejos, y si el espacio que han recorrido con la vista entraña algun manantial, se levantan y señalan con el dedo el lugar en que se halla. Para descubrirle, bástales aquella exhalacion etérea y sutil que deja evaporar al esterior toda corriente de agua, cuando no pasa de mediana profundidad (2). Peron, menos admirador de los pueblos bárbaros que Levaillant, dice sin embargo, hablando de una tribu de Hotentotes, que tiran el arco con admirable destreza, y que tienen el órgano de la vista mas ejercitado de lo que pudiera creerse (3).

Observaciones análogas se han hecho respecto de los indijenas de América. Los salvajes del Canadá, segun Weld, tienen el mirar vivo y penetrante; la vista no les falta en ninguna edad; no conocen ninguna enfermedad de ojos; y nunca se les ve en ellos ninguna mancha, como no sea resultado de algun accidente (4). Siguen, por encima de las hojas ó de las yerbas, la huella de los animales y de los hombres, con tanta perfeccion como pudieran hacerlo los pueblos civilizados por encima de la nieve ó la arena mojada (5). Los Americanos del sur aventajan todavía al parecer á los del norte: segun cierto viajero español, tienen la vista mejor y de doble alcance que los

(1) Levaillant, *Primer Viaje*, t. I, páj. 193 y 194.

(2) Levaillant, *Segundo Viaje*, t. III, páj. 176 y 177.

(3) Peron, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, t. II, lib. IV, cap. XXXIII, páj. 309.

(4) Weld, *Viaje al Canadá*, t. III, cap. XXXV, páj. 91 y 92.

(5) Lahontan, t. II, páj. 177.

pueblos de Europa (1). Descubren los buques, y toda suerte de objetos á una distancia á que no nos es dable percibirlos (2). Esta facultad parece comun á todos los que no están civilizados.

Un viajero inglés ha hecho observaciones análogas acerca de los pueblos de raza malaya. «Los sentidos de los pueblos no muy cultos, dice, son infinitamente mejores que los nuestros, menoscabados por mil accidentes. En Taiti sobre todo pudimos convencernos de esta verdad: los naturales nos mostraban muy á menudo diminutas avecillas entre el espesor de los árboles, ó ánades en el fondo de los cañaverales, cuando ninguno de nosotros podia distinguirlos (3).

Los Arabes Beduinos tienen el sentido de la vista singularmente perspicaz: pueden seguir á la pista un camello descarriado sin equivocarse con las huellas de los demás camellos que han pasado por el mismo camino; con la vista descubren á que profundidad se encuentra agua, bastándoles al efecto examinar la naturaleza del terruño y las plantas que produce (4).

Hasta los animales parece que hayan perdido la finura de sus órganos en el estado de domesticidad: segun un sabio viajero, la finura de los sentidos disminuye en los mas de ellos, como en el hombre, por una larga sujecion, por los hábitos que nacen de la estabilidad de las moradas, y de los progresos de la cultura (5).

(1) Azara, t. II, cap. X, páj. 9.

(2) Dampier, *Nuevo Viaje al redeedor del mundo*, t. I, cap. I, páj. 12.—Hennepin, *Costumbres de los salvajes de la Luisiana*, páj. 34.—Raynal, *Hist. filosóf.*, t. VIII, lib. XV, páj. 61 y 62.

(3) Forster, citado en el *Segundo Viaje de Cook*, lib. II, cap. V, t. II, páj. 451 y 452.

(4) Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. II, secc. XXIV, cap. I, páj. 171.

(5) Al. de Humboldt, *Viaje á la rejiones equinocciales*, t. VI, lib. VI, cap. XVII, páj. 76.

Los viajeros que admiran la finura del sentido de la vista en los pueblos no civilizados, admiran tambien en los mismos pueblos la finura del oido y del olfato. Los Beduinos detestan las ciudades por el mal olor que exhalan, no comprendiendo cómo pueden vivir en medio de tan impuro ambiente unos hombres que se precian de limpios (1). Los indíjenas de la América septentrional tienen el olfato tan fino, segun Weld, que pueden indicar la proximidad de un fuego mucho antes de sentir su calor, ni de divisarlo: su oido es no menos perspicaz (2). Tanto por el olfato como por la vista descubren las huellas que ha dejado la planta de los piés en la yerba mas menuda, ó en la tierra seca y dura. No solo conocen que son huellas humanas, sino que tambien llegan á distinguir la nacion á que pertenecen (3). Las mismas tribus que, segun Azara, tienen la vista el doble perspicaz que los Europeos, están dotados de un oido muy superior al nuestro (4). Por último, Thunbergo, que admiraba la finura de la vista de los Hotentotes, califica su oido de una perspicacia no menos asombrosa (5).

Otra ventaja física tienen los mas de los pueblos salvajes sobre los civilizados, y es la de correr en corto tiempo y sin descanso inmensas distancias. Esta facultad, sin em-

(1) Niebuhr, *Descripcion de la Arabia*, páj. 328.—*Viaje á Arabia*, t. II, secc. XXIV, cap. I, páj. 171.

(2) Weld, *Viaje al Canadá*, t. III, cap. XXXV, páj. 92.

(3) Raynal, *Hist. filosóf.*, t. VIII, lib. XV, páj. 61 y 62.

(4) Azara, t. II, cap. X, páj. 9.

(5) *Viaje á Africa*, etc., cap. VI, páj. 182. —Notable es por cierto que ninguno de los escritores que han ensalzado la finura de la vista, oido y olfato de los pueblos no civilizados, haya pensado en encomiar la finura ó delicadeza de su gusto: este sentido, no obstante, tiene muchas relaciones con el del olfato.

bargo, no se encuentra desarrollada en todos por un igual. Muchos indíjenas del Canadá, cuando se trata de salvar ó de recorrer un corto trecho, son menos ájiles que los Europeos: los que sobre el particular han medido sus fuerzas con Franceses ó Ingleses, han quedado vencidos; muéstranse empero eminentemente superiores cuando se trata de hacer largas marchas ó de resistir prolongadas fatigas (1). Sin embargo, algunos de ellos corren con gran celeridad, persiguiendo la caza con un ardor estremado, y alcanzándola casi siempre (2). Segun Weld, estos pueblos hacen muchos centenares de millas por los bosques sin senda abierta, y no se apartan jamás de la línea recta, llegando al blanco de su carrera en el mismo instante que han prefijado. Vadean los lagos con igual facilidad, y aunque hayan perdido de vista la ribera por muchos dias, toman tierra, sin nunca equivocarse, en el paraje que han indicado (3).

La mayor parte de los indíjenas del cabo de Buena Esperanza son igualmente notables por la rapidez y duracion de sus carreras: muchos de ellos siguen horas enteras á un caballo al trote ó á galope. Aun los mas entrados en edad salvan á veces un trecho de veinte millas en tres ó cuatro horas, sin sentirse fatigados: algunos corren dias enteros en pos de los alces que han herido, logrando de este modo rendirles y cojerles (4).

Los pueblos salvajes se muestran jeneralmente tan diestros en nadar como en correr. Los indíjenas de la Florida

(1) Lahontan, t. II, páj. 94.—J. Long, cap. VI, páj. 68 y 69. —Weld, t. III, cap. XXXV, páj. 90.

(2) Lahontan, t. II, páj. 93.—Hennepin, páj. 17.

(3) Weld, *Viaje al Canadá*, t. III, cap. XXXV, páj. 96 y 97.

(4) Kolbe, t. I, cap. VI, páj. 86.—Sparrman, t. III, cap. XV, p. 170 y 171.

nadan con estraordinaria velocidad; las mujeres pasan los rios mas caudalosos á nado, llevando en brazos á sus criaturas (1). Los Indios que habitan en el golfo de Coriaco, y sobre todo al norte de la península de Araga, son tan diestros nadadores, que si una piragua cargada de cocos zozobra por ceñir sobrado el viento contra la oleada, el pescador que la dirije la endereza y principia á vaciar el agua, mientras su hijo recoje los cocos nadando en torno de ellos (2). Los Guaranis se manifiestan todavía mas diestros: su habilidad es tal que los misioneros creen que nadan naturalmente y sin haber aprendido, como ciertos animales. Azara, testigo de la facilidad con que se sostienen aquellos pueblos sobre el agua, no ha podido esplicar este fenómeno sino suponiendo que á igualdad de volúmen sus cuerpos son menos pesados que los de los Europeos. Sin embargo, no todos los indíjenas de América tienen igual destreza; muchos de ellos no se atreven á pasar los caudalosos rios á nado (3).

Los Malayos diseminados por las islas del Océano Pacífico no son en su mayor parte menos diestros en la natacion. Los de la isla de Pascua nadan tan perfectamente, que aun estando muy alborotado el mar, van á dos leguas de distancia, y al regresar á tierra buscan como por diversion el paraje en que con mas fuerza se estrella la oleada (4). Los isleños de las Marquesas se divierten tambien en los mismos ejercicios; son tan diestros y ájiles, que, segun Krusenstern, solo pueden competir con ellos los

(1) Charlevoix, t. I, lib. I, páj. 44.

(2) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. II, lib. II, cap. V, páj. 372.

(3) Azara, t. II, cap. X. páj. 68.

(4) La Perouse, t. II, cap. IV, páj. 106.

tiburones (1). Los habitantes de las islas Sandwich no son menos ájiles ni menos robustos; se zambullen y nadan con tanta velocidad, que tirando á un tiempo dos monedas al mar, una hácia la proa y otra hácia la popa del buque, un hombre, zambulléndose en el mar, coje las dos monedas á un tiempo (2). Ya hemos visto que las mujeres de los indíjenas de la tierra de Van-Diemen buscan la subsistencia para sus hijos, y aun para sus maridos, zambulléndose tambien en el mar (3).

Los pueblos no civilizados manifiestan su fuerza, no solo en los largos viajes que emprenden sin descansar, ó en la ajilidad con que surcan las olas, sino tambien en los pesos que sustentan ó que tiran. Para un indíjena del Canadá es un juego el hacer, muchos dias seguidos, diez leguas diarias cargado con un peso de 120 libras: anda una jornada entera con su fardo sin descansar una sola vez (4). Las mujeres, que están habituadas á seguir á sus maridos á la caza, y tienen que llevar las provisiones ó las piezas de caza, son mas robustas todavía. Las de la Luisiana están dotadas de tal pujanza, que, segun Hennepin, hacen viajes de 200 leguas con pesos que apenas podrian solevantar tres Europeos de regular fuerza (5). Tambien hemos visto que, segun atestigua el Sr. de Humboldt, un Caribe puede remar contra la corriente de un rio por espacio de doce horas seguidas, lo cual no denota por cierto poca robustez.

(1) Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. I, páj. 53. — Krusenstern, *Viaje al rededor del mundo*, t. I, cap. VIII, páj. 193.

(2) Macartney, *Viaje á China y Tartaria*, t. IV, cap. III, páj. 200 y 201.

(3) Véase el cap. XXV del libro III de esta obra.

(4) Weld, t. III, cap. XXXV, páj. 90 y 91.

(5) *Costumbres de los salvajes de la Luisiana*, páj. 14 y 17.

En las islas de los Amigos, los marineros de la tripulacion de Cook quisieron medir sus fuerzas en el pujilato y en la lucha con los indíjenas; pero, dice aquel viajero, siempre fueron vencidos, escepto los pocos casos en que los campeones del pais no quisieron echar mano de todos sus recursos por miedo de hacernos daño (1). Los marineros ingleses, sobre todo los que pertenecen á la marina real y hacen largos y peligrosos viajes, son no obstante escojidos entre los hombres mas robustos del pais, y se han jeneralmente ejercitado en el pujilato. Los habitantes de las islas de los Amigos, sus vencedores, distan mucho de ser los mas robustos de su casta, antes bien son inferiores de mucho, tanto á los habitantes de las islas de los Navegantes, como á los de algunos de las islas Marquesas (2). La Perouse ha creido que, en su constitucion física, no tenian superioridad alguna sobre sus marineros (3).

Si, bajo muchos aspectos, los hombres no civilizados logran fuerzas superiores á las de los civilizados, no necesitan repararlas de un modo tan regular para sostenerlas. Un indíjena del Canadá, del norte de Asia ó del cabo de Buena Esperanza, puede pasar tres ó cuatro dias sin alimento, sin ser por esto menos activo ni estar siquiera menos jovial. Cuando los Canadenses, despues de muchos dias de caza, no han encontrado nada, viéndose reducidos á vivir de agua de nieve, se divierten y se chancean sobre sus disposiciones amorosas, y esperan con paciencia que la suerte les depare alguna pieza de caza (4).

(1) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. VII, t. II, páj. 273.
(2) Véase el cap. VII del lib. III de esta obra.
(3) La Perouse, t. III, cap. XXVI, páj. 303.
(4) Hearne, *Viaje al Océano del Norte.*

FACULTAD DE DERECHO SEVILLA

Algunos escritores han afirmado no obstante de una manera absoluta, que las fuerzas físicas del hombre en el estado de civilizacion son superiores á las del hombre salvaje; de este modo han querido establecer un sistema contrario al de Rousseau, pero tan poco sólido y fundamentado como este. Viendo Rousseau que, segun las relaciones de algunos viajeros, ciertos salvajes corren con velocidad increible, que otros hienden las olas con estraordinaria facilidad, y que otros ven ciertas cosas y distinguen ciertos sonidos ó perciben ciertos olores, que no perciben ó distinguen los viajeros, se dió priesa á inferir que la civilizacion apoca las fuerzas físicas y embota los sentidos de la vista, oido y olfato. Otros escritores, al contrario, viendo que ciertos hombres civilizados ejecutaban operaciones impracticables para los salvajes, atropelláronse tambien en sacar la consecuencia de que los pueblos acrecientan sus fuerzas físicas conforme se civilizan. Cuando haya dado cuenta de los hechos que sirven de fundamento á este último sistema, se verá cómo ambos partidarios han caido en el error, por haber sacado conclusiones sobrado jenerales de algunos hechos particulares, y sobre todo por no haber distinguido la especie de perfeccion que consiste en la buena formacion de los órganos, de la que resulta de cierta clase de ejercicios.

Lahontan ha observado que los Canadenses, tan infatigables en la carrera, tenian sin embargo menos fuerza que los Franceses siempre que se trataba de llevar ó solevantar un peso á brazo y cargárselo á la espalda (1). La Perouse ha visto luchar á algunos de sus marineros con los indíjenas del noroeste de América, y los mas endebles

(1) Lahontan, t. II, páj. 94. — Weld ha confirmado á Lahontan. — *Viaje al Canadá*, t. III, cap. XXX, páj. 90.

de los primeros han vencido siempre á los mas robustos de los segundos (1). Rolin, médico que acompañaba á La Perouse en su espedicion, dice que no ha notado que ningun pueblo salvaje fuese mas veloz en la carrera, ni mas perspicaz de sentidos que los Europeos; y que si existe alguna diferencia en la perfeccion de estas facultades, es, segun él, á favor de las naciones civilizadas (2). Por último, Peron ha hecho esperimentos sobre los indíjenas de la Nueva Holanda, sobre los habitantes de Timor(3), sobre

(1) La Perouse, t. II, cap. IX, páj. 208, 229 y 230.

(2) *Viaje de La Perouse*, t. IV, páj. 57.

(3) Peron trae en los siguientes términos los resultados de sus esperimentos y las consecuencias que de los mismos saca:

«Juntando ahora los resultados jenerales de las cinco series de esperimentos que acabo de enumerar, síguense, en cuanto á la fuerza manual, las proporciones puestas á continuacion, y espresadas en kilógramos:

Tierra de Diemen.	50, 6
Nueva Holanda.	51, 8
Timor.	58, 7
Francés.	69, 2
Inglés.	71, 4

En cuanto á la fuerza de los lomos, las siguientes, espresadas en miriágramos:

Tierra de Diemen.	11, »
Nueva Holanda.	14, 8
Timor.	16, 2
Francés.	22, 1
Inglés.	23, 8

De donde resulta:

1°. Que los habitantes de la Tierra de Diemen, los mas salvajes de todos, hijos de la naturaleza por escelencia, son los mas endebles;

2°. Que los habitantes de Nueva Holanda, que no están mucho mas civilizados, son mas endebles que los de Timor;

los marineros de su tripulacion y sobre los colonos ingleses; ha medido con el dinamómetro la fuerza de los puños y de los lomos de unos y otros, y encontrado que los mas salvajes eran los que menos habian hecho avanzar la manecilla del instrumento que sirve para señalar los grados de fuerza: de ahí ha concluido que el desenvolvimiento de las fuerzas físicas no está siempre en razon directa de la falta de civilizacion.

3°. Que estos últimos á su vez son mucho mas endebles, tanto de lomos, como de manos, que los Ingleses y los Franceses.

Del conjunto de estos resultados podemos sacar pues la consecuencia siguiente:

El desarrollo de la fuerza física no está siempre en razon directa de la falta de civilizacion, no siendo tampoco un producto constante ó un resultado necesario del estado salvaje.

Peron, t. I, lib. III, cap. XX, secc. VI, páj. 457.

CAPITULO XIII.

Causas del desarrollo de algunas facultades particulares en pueblos de diversas razas.

Varias son las cuestiones que pueden suscitarse en órden á los diversos jéneros de superioridad que se observan entre los hombres civilizados y los que no han salido aun del estado de barbarie. ¿Dependen de una diferencia de razas las diferencias que se notan entre unos y otros? ¿Son acaso el resultado de mejor constitucion física, y es esta una consecuencia necesaria del estado de civilizacion ó de barbarie? ¿Resultan por ventura de un ejercicio particular, ó, en otros términos, los pueblos bárbaros ven mejor que nosotros ciertas cosas porque han aprendido á mirarlas, ó porque tienen los ojos organizados para verlas mejor?

Si las diferencias observadas dependiesen de una diferencia de raza, los hechos que se han producido nada probarian en favor de la civilizacion ó de la barbarie, pues casi siempre se han comparado individuos de raza diferente, como hombres de raza caucásica, cobrizos, Malayos y Africanos. Las observaciones hechas con mas esmero, ce-

mo las de Peron, serian tan poco concluyentes como las demás, puesto que aquel viajero comparó con Europeos pueblos que creyó de raza etiópica y malaya (1). Mas pronto verémos que no es imposible creer que las diferencias de raza hayan producido las observadas en los diversos grados de fuerza ó de finura de nuestros órganos. Preciso es pues buscar la causa en una organizacion mas perfecta, ó en ejercicios diferentes.

Observando lo que diariamente pasa al rededor de nosotros, vemos que los hombres dotados de mas cabal organizacion física no saben ver, oir, sentir y ejecutar sino lo que han aprendido á mirar, escuchar, sentir y hacer. Preséntese un escrito al hombre de vista mas lince, pero que jamás haya aprendido de leer; pregúntesele que determine en el acto las diferencias que hay entre las letras, é indique las que se asemejan, y probablemente contestará que casi no ve entre ellas ninguna diferencia, que no puede saber donde empieza y acaba cada una de ellas, ó cuáles son las partes que á cada una pertenecen. Las personas que mejor distinguen los caracteres que pertenecen á su propia lengua, pueden convencerse de esta verdad, dando una ojeada sobre los caracteres propios de un idioma desconocido, como el hebreo, el árabe ó el chino. Casi no hay profesion en la cual no se aprendan á ver cosas que no ven, á lo menos con igual facilidad y prontitud, las personas forasteras á dicha profesion. Un pintor ve al primer golpe en un cuadro lo que nunca verá la multitud que lo contempla; un hábil mecánico percibe en un ins-

(1) No se podia sacar consecuencia alguna de la comparacion hecha entre las fuerzas de los Franceses y las de los Ingleses, por cuanto los primeros acababan de hacer una larga travesía, y los segundos han averiguado esperimentalmente que los marinos despues de un largo viaje tienen menos fuerza que al salir del puerto.

tante cada una de las partes de la máquina mas complicada, al paso que un ignorante no ve en ella mas que confusion, sin comprender nada absolutamente.

Apréndese á oir del mismo modo que se aprende á ver. Un hombre que escucha un discurso pronunciado en su propia lengua, no solo distingue cada palabra, sino hasta cada sílaba. El que oye hablar un idioma para él completamente desconocido, no puede distinguir las sílabas, ni las palabras, ni las frases, ni si el que habla se repite ó no se repite, si á cada frase corresponden los mismos sonidos, ó si son palabras diferentes. Las diferencias que distinguen unas palabras de otras son á menudo tan leves, que le es imposible penetrarlas; para él no hay mas que una serie de sonidos, diferentes al parecer unos de otros, por el estilo que los sonidos del canto de las aves. El que por largo tiempo se ha ejercitado en estudiar la música, deslinda en una orquesta, no solo el sonido que da cada instrumento, sino tambien las faltas en que incurre cada músico. El profano en el arte es incapaz de discernir cada sonido de un concierto; para él la música no es muchas veces mas que ruido. Viviendo habitualmente en medio de determinado ruido, se llega á no sentirlo, como no se pare la atencion; y al contrario distínguese con facilidad un ruido menos intenso no habituado, ó al cual se pare la atencion. Un marinero, en medio de una borrasca, distingue todas las voces de mando de su oficial, un pasajero no oye mas que el bramido de las olas.

El sentido del olfato está sujeto á las mismas leyes que los demás: por su medio no se distingue sino lo que se estudia; y llégase tambien á dejar de sentir los olores que nos hieren incesantemente, ó que no nos llaman ya la atencion. Los que visitan ciertas fábricas ó laboratorios, se sienten á menudo afectados por olores que gradúan de

intolerables, mientras que los operarios acostumbrados llegan á no percibirlos siquiera.

La rapidez y regularidad de nuestros movimientos dependen tambien de los hábitos que hemos hecho adquirir á algunos de nuestros músculos, y de la regularidad de los ejercicios á que nos hemos dedicado, mejor que de la bondad de nuestra organizacion física. Un músico aventajado mueve sus dedos con una rapidez y regularidad que en balde quisiera dar á los suyos el hombre que tuviese la mano perfectamente organizada, pero que no se hubiese dedicado al ejercicio del mismo arte. Un maestro de esgrima logra en sus movimientos una rapidez, una precision y una fuerza de que carecen los forasteros al arte, por bien constituidos y fuertes que se supongan.

Las personas á quienes la pérdida de la vista ha hecho necesaria la finura del tacto, llegan á perfeccionar este último sentido en términos que viene á reemplazar en cierto modo al primero. Todos los dias podemos ver ciegos que con el solo auxilio del tacto distinguen todas las desigualdades causadas en los naipes de una baraja por la diversidad de los colores. Los príncipes de Persia, á quienes la suspicaz política de su padre ó de su hermano ha privado de la vista, llegan á dar al tacto una finura todavía mayor: cortan en madera figuras de hombres, de caballos, de aves, de flores; copian toda suerte de figuras de bulto, imitando el modelo al tacto cual se pudiera con la vista; y hasta pueden juzgar de la perfeccion del movimiento de un reloj (1).

Un faquin, cuyo oficio consiste en llevar fardos, por el hábito que da á sus músculos, y sobre todo por el arte con que sabe conservar el equilibrio, tiene en este punto

(1) Chardino, t. VIII, páj. 57.

una superioridad inmensa sobre el que no ha contraido los mismos hábitos, pudiendo en su consecuencia llevar un peso mas considerable y por mayor espacio de tiempo. Por último, el que ejercita los músculos de sus piernas ó de sus brazos en ejecutar ciertos movimientos, como los andarines ó los remeros, puede continuar los mismos movimientos por mas tiempo que el que no ha contraido los mismos hábitos. Hanse observado algunas veces jóvenes que conducian bateles por mera diversion; y que luchaban en este ejercicio con bogadores de oficio; y se ha podido ver que los primeros sobrepujaban al principio á los segundos por la enerjía y rapidez de sus movimientos, pero que sus fuerzas se agotaban, cuando las de los bogadores apenas sentian disminucion perceptible. Entre unos y otros habia cabalmente las mismas diferencias que se han notado entre algunos Europeos y los indíjenas del Canadá, cuando han competido en la carrera (1).

Para estudiar los fenómenos de que acabo de hablar, ó para reconocer el influjo del ejercicio y del hábito en cada uno de nuestros órganos, no hay pues que atravesar los mares, seguir á los salvajes en el bosque, ó cotejar unas con otras las diversas razas de hombres; sino que basta al efecto observar lo que pasa en medio de una ciudad, y á veces en rededor de uno mismo. Con efecto, los fenómenos que han sorprendido á tantos viajeros, asom-

(1) Los historiadores romanos han observado que los Galos, en sus guerras, mostraban al principio del combate un ardor y una intrepidez muy grandes; mas que pronto estaban fatigados, y que para vencerles bastaba saber resistir por algun tiempo el primer choque. Los soldados romanos, al contrario, se mostraban enérjicos por un igual durante todo el encuentro. ¿Cuáles eran las causas de la superioridad de los primeros sobre los segundos? Las mismas que dan á un bogador de profesion la superioridad sobre un hombre que solo accidentalmente maneja el remo.

brado á tantos filósofos, y dado oríjen á tantos sistemas, en nada difieren, por lo que toca á los causas productoras, de los fenómenos que diariamente presenciamos.

Dícese que muchos de los pueblos indíjenas del cabo de Buena Esperanza se distinguen por la finura del sentido de la vista, del oido y del olfato, no menos que por la velocidad con que salvan inmensas distancias; pero ¿cuáles son las cosas que ven ú oyen mejor que los pueblos civilizados? Ven mejor las huellas de las fieras que les sirven de alimento, ó las de aquellas á quienes pueden ellos mismos servir de presa; oyen mejor los ruidos que pueden indicarles la presencia de una víctima ó la de un enemigo; y perciben mejor los olores que pueden darles los mismos indicios. Colocados en un pais falto de agua, saben discernir los leves vapores que les indican los manantiales subterráneos; pero este es un estudio prescrito por la necesidad, y al cual nunca se hubiera dedicado si su pais hubiese abundado en rios. Precisados, para no morirse de hambre, á sorprender ó perseguir á los animales mas veloces en la carrera, en un pais descubierto, han llegado á ser escelentes corredores; mas nunca hubieran aprendido á correr, si, encerrados en una isla estrecha, no hubiesen podido vivir sino de pescado. Estos pueblos, pues, saben ver, oir y sentir mejor que nosotros lo que han aprendido á mirar, escuchar y percibir á todas horas, y lo que nunca ha formado objeto de nuestra atencion. Saben bien lo que bien han estudiado; y aquí no hay nada maravilloso; todos nos hallamos en el mismo caso.

No se crea que para adquirir esta especie de perspicacia sea necesario poseer calidades físicas estraordinarias, ó hacer estudios mas largos que los indispensables para aprender el oficio mas vulgar. Levaillant, que creia no poder admirar jamás debidamente *al hombre de la naturaleza*, y que siempre hablaba con entusiasmo de la finura de sentidos *que le dió el Creador y que la sociedad menoscaba*, llegó á adquirir esa sagacidad y finura que tanto admiraba. Conocia de fijo los puntos en que podia hallar agua, y los parajes por donde habia pasado la caza; y para ello no necesitó mas que el estudio y la esperiencia de seis meses (1).

Los indíjenas del norte de América ven, oyen ó sienten mejor que los hombres civilizados, los objetos que estudian, y que nosotros no tenemos interés en observar. Poseen los conocimientos ó las artes sin las que no po-

(1) Hablando Levaillant del instinto de los animales, dice: «Nunca he dudado que el hombre recibió del Criador en igual proporcion las mismas facultades; *su corrupcion se lo ha hecho insensiblemente perder todo*; los salvajes, tan cercanos á la naturaleza como distantes de nosotros, tienen tambien los sentidos mucho mas perspicaces.

«Por último, yo mismo, y me lisonjeo de ser creido, despues de haber pasado cinco ú seis meses en los bosques y desiertos, cuando á imitacion suya volvia el rostro á una y otra parte, habia logrado sentir y adivinar como ellos tanto la presencia ó proximidad de un rio, como de una balsa.» *Primer Viaje*, t. II, páj. 232 y 233.

El mismo viajero, despues de haber hablado del arte que posee una tribu para descubrir con la vista las aguas subterráneas, añade: «He procurado estudiar el arte de los Huzuanas; durante el tiempo que hemos vivido juntos, me he ejercitado á su ejemplo, y llegado como ellos á indicios seguros.» *Ibid.*, t III, páj. 176 y 177.

Finalmente, hablando del talento que tienen estos pueblos de descubrir las huellas mas imperceptibles de los animales, dice que solo á fuerza de tiempo y de hábito convirtió aquella parte divinatoria en la mas hermosa de las cacerías. *Ibid.*, t. I, páj. 193 y 194.

De ahí resulta claramente que en el espacio de cinco ú seis meses, un hombre civilizado puede elevarse á la altura de un Hotentote; lo cual prueba que nuestra corrupcion aun no nos lo ha hecho perder todo: pero yo no sé cuántos meses necesitaria un Hotentote para elevarse á la altura de Newton, de Franeklin ó de Voltaire.

drian cazar ó pescar, ni por consiguiente vivir. Obligados á recorrer bosques inmensos sin senda abierta, y careciendo de todo medio artificial para guiarse, han apelado á indicios naturales que nunca les engañan. Las ramas de los árboles son ordinariamente mas largas y vigorosas por la parte del sur que por la del norte; tienen tambien mas hojas, y de consiguiente son mas profundas las capas de vejetales. Por la parte del noroeste, la corteza es mas gruesa y dura que por las demás partes; por el lado del sur, es mas blanca que por el lado del norte. A los hechos, á las observaciones de este órden ó de otro análogo é igualmente sencillas, deben los indíjenas la facultad de dirijirse sin guias, ó de reconocer los parajes por los cuales ha pasado la caza ó el enemigo (1). No estando jamás espuestos á carecer de agua, son tan incapaces como nosotros de divisar los leves vapores que indican á los Hotentotes los manantiales subterráneos.

Como la caza varia de lugar segun las estaciones, recorriendo á veces distancias infinitas, los indíjenas del Canadá tienen que seguirla, y á menudo pasan dias enteros sin encontrar una sola pieza. En tal ejercicio han de observar constantemente la disposicion de los lugares, y juzgar de lejos si los objetos que hieren su vista son los animales que persiguen, ó los enemigos de quienes deben huir. Así, al tiempo que ejercitan el órgano de la vista para discernir ciertos objetos, dan á los músculos de sus piernas toda la fuerza que son capaces de adquirir. Si dan enorme pujanza á una parte de sus músculos, ejercitan muy poco los demás; ordinariamente no emplean sus bra-

(1) Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. II, cap. LII, páj. 327. —Weld, t. III, cap. XXXV, páj. 97.—Volney, *Tableau*, etc., t. I, cap. IX, páj. 249 y 250.

zos mas que en lanzar ó á lo mas en llevar sus armas. Ponen á cargo de sus mujeres llevar ó arrastrar la caza, levantar tiendas, cortar ó trasportar la leña necesaria para la preparacion de los alimentos, y tambien trabajar la tierra, cuando realmente existe algun principio de agricultura (1). Así tambien, los mismos hombres que se muestran superiores á los pueblos civilizados cuando se trata de dar largas carreras, les son jeneralmente inferiores, siempre que se trata de hacer uso de sus brazos. No es difícil comprenderlo; cada cual se muestra superior en la parte que ejercita.

Las cualidades que poseen los indíjenas de América, son de tal manera el resultado de cierto jénero de estudios ó de ejercicio, como que los colonos que se han dedicado á las mismas ocupaciones las han adquirido tambien y llevado aun á mayor perfeccion. «Hoy dia, dice Volney, que se tienen en los Estados Unidos innumerables ejemplos de colonos de las fronteras, irlandeses, escoceses, y kentokeses, que se han vuelto en pocos años *hombres de los bosques*, tan diestros y astutos, mas guerreros, mas vigorosos é infatigables que los *hombres rojos*, ya no se cree en la supuesta escelencia del cuerpo, ni del espíritu, ni del réjimen de vida del hombre salvaje (2).»

Los pastores españoles de la América del Sur tienen el golpe de vista mas veloz y exacto que las tribus bárbaras del norte. Juzgan desde luego cuál es el paraje mas adecuado para vadear un rio que está á dos leguas de distancia, aunque jamás lo hayan visto. Llegan de noche y sin brújula á un lugar señalado, aun cuando el pais sea horizontal, y no haya árboles ni caminos que sirvan de guia.

(1) Algunos de los que trafican con los Ingleses llevan fardos; pero esta es una escepcion.

(2) Volney, *Tableau*, etc., t. I, cap. IX, páj. 249 y 250.

Distinguen, á una distancia inmensa y con una rapidez y exactitud inconcebibles, los animales que habitualmente guardan. « No tenia mas que decir á uno de aquellos hombres, cuenta Azara: *Toma, ahí tienes doscientos caballos* (y aun mas) *mios; cúidalos, y me responderás de ellos.* Mirábalos un instante con atencion, aunque estuviesen paciendo á veces á una distancia de media legua, bastando esto para hacerse cargo de todos ellos, y para que no se estraviase uno solo, por mas que se limitase á guardarlos de lejos (1).»

Estos mismos hombres que á tanta distancia distinguen las señales particulares de cada individuo de los que componen una numerosa piara de caballos, se han vuelto con el ejercicio diestros jinetes. Montan sin temor caballos fogosos é indómitos; lánzanse á veces encima de los caballos silvestres y saben domarles; hasta toros han llegado á montar y amansar. Son tan diestros en esta especie de ejercicio, que resisten sin fatiga las carreras mas veloces y dilatadas (2).

Un naturalista ha creido ver en los pueblos de raza malaya la misma finura de sentidos, y particularmente de vista, que otros han atribuido á los Hotentotes y á los Americanos. Forster ha creido que los habitantes de Taiti tenian la vista mas perspicaz que los Europeos, y lo funda en que los primeros veian en la espesura de los árboles avecillas, y en el fondo de las balsas ánades que no podian divisar los marineros de la tripulacion de Cook. No era necesario dar la vuelta al mundo para hacer tamaña observacion: si Forster, sin salir de Inglaterra, hubiese ido á cazar algunas veces con algunos de sus compatriotas, se hubiera convencido de que un cazador esperto ve

(1) *Viaje á la América meridional*, t. II, cap. XV.

(2) Azara, t. II, cap. XV, páj. 307 y 308.

muy distintamente y de muy lejos objetos que no pueden divisar los cazadores novicios; y esto no prueba en manera alguna que los primeros se hallen físicamente mejor organizados que los segundos.

Muchos isleños del Océano Pacífico se han mostrado superiores en la lucha á los marineros ingleses; pero aquellos pueblos, sobre las ventajas de respirar un ambiente puro y de vivir en la abundancia (1), se dedican habitualmente á todos los ejercicios jimnásticos que usaban antiguamente los Griegos, y en particular á la lucha y al pujilato (2). Y ¿estrañarémos que en tales ejercicios se hayan mostrado superiores á unos hombres que no estaban acostumbrados á ellos ó que rara vez se dedican á los mismos? Cuando los marineros ingleses han luchado contra hombres de la misma raza, que no estaban igualmente ejercitados, y han seguido el método usado en su pais, han manifestado sobre sus adversarios la misma preponderancia que sobre ellos habian tenido en otras ocasiones los luchadores ejercitados (3).

Peron ha encontrado que los índijenas de Nueva Ho-

(1) Bougainville, segunda parte, c. III, t. II, p. 50. — D'Entrecasteaux, t. I, c. XIV, p. 319 y 320. — Wallis, t. II, c. VIII, p. 197. — Cook, *Segundo Viaje*, t. II, c. I, p. 82 y 83.

(2) Cook, *Tercer Viaje*, t. II, l. II, c. V y VII, p. 159 y 178.

(3) Mientras se estaba divirtiendo con una Zelandesa, dice Forster hablando de uno de los marineros de Cook, otra Zelandesa le robó la chaqueta y la dió á un jóven compatriota suyo. Queriendo el marinero quitársela de las manos, recibió muchos puñetazos. Al principio creyó que el Indio se chanceaba: pero cuando se iba hácia la ribera para meterse en su chalupa, el indíjena le tiró algunos guijarros de calibre. Entrando en furor nuestro marinero, volvió á saltar en tierra, fué á cojer al agresor, y despues de una lucha á la inglesa, le dejó con un ojo amoratado y la nariz toda ensangrentada. *Segundo Viaje de Cook*, t. I, c. VIII, p. 424 y 425.

landa tenian, en los puños y en los lomos, menos fuerza que los Franceses para hacer avanzar la manecilla del dinamómetro; y la descripcion que da de la constitucion física de aquellos hombres no permite suponer que su organizacion sea muy robusta. Sin embargo, si hubiesen ellos escojido la naturaleza de los esperimentos, si hubiesen invitado sus competidores á dar una carrera por los bosques ó al través de los pantanos, ó á ir á recojer conchas en el fondo del mar, el resultado probablemente no hubiera sido igual; los hombres mas robustos de la tripulacion habrian sido vencidos por las mujeres mas endebles de aquel pais.

Algunos pueblos bárbaros se muestran sobresalientes en la natacion, por lo mismo que otros son ajilísimos é infatigables en la carrera; esta es una condicion de su existencia: pero ya se trate de recorrer un grande espacio, ya de vencer la resistencia de las olas, ninguna de estas dos operaciones se ejecuta sin estar dotado de gran fuerza muscular: mas de que ciertos músculos estén dotados de estraordinaria pujanza, no se ha de inferir que otros la tengan igual, aun cuando no se hayan ejercitado.

Puédese creer, con el Sr. de Humboldt, que los animales á quienes ha privado el hombre de su libertad, y quitádoles el cuidado de tener que atender á su subsistencia ó resguardarse de los peligros que les habrian amagado en el estado libre, tienen menos sagacidad bajo ciertos aspectos que los que han conservado su independencia. Mas esto no depende de que su organizacion se haya viciado ú menoscabado, sino de no haber aprendido á deslindar ú oir las mismas entidades. Un ave de rapiña enjaulada desde su nacimiento y á la cual se suelte al cabo de mucho tiempo, será menos astuta, menos perspicaz, y no discernirá tan bien ni á tanta distancia los animales que le deben servir

de alimento, como otra instruida de continuo por el hambre y los riesgos. La razon es porque la esperiencia causa iguales efectos en los irracionales que en el hombre, bien que con menor intensidad (1).

He dicho que la supuesta finura de los sentidos de los salvajes no depende de una diferencia de raza; y pruébanlo dos hechos incontestables. El primero es que aquella decantada finura se ha observado en hombres de todas razas, en un mismo grado de civilizacion: entre los Arabes Beduinos se han visto casi las mismas especies de superioridad que entre los Hotentotes, los Malayos y los indíjenas de América. El segundo hecho es que los Europeos que han vivido entre pueblos no civilizados pertenecientes á diversas razas, han llegado á adquirir, y hasta en poco tiempo, las cualidades que se habian creido esclusivas de aquellos pueblos: algunos las han llevado todavía á mayor perfeccion que los mismos salvajes.

Por otra parte, no sabemos ver qué causas podrian dar á los sentidos de los pueblos salvajes esa finura que se les atribuye, ó destruirla conforme se civilizan las naciones. Si en este particular, como en otros muchos, no hubiese cegado á los hombres el espíritu de sistema, y se hubiesen tomado solo la molestia de inquirir las causas de este fenómeno cuya existencia se afirmaba, hubieran llegado á resultados opuestos á los que creian haber observado; hubiérase visto que las mismas causas que pueden disminuir la finura

(1) Un esperimento reciente hecho en Inglaterra ha probado hasta la evidencia lo que aquí siento. Un individuo ha querido dar al público el espectáculo del combate de un leon criado en una jaula con unos perros de presa acostumbrados á lidiar con fieras. El leon, aunque dotado de gran fuerza, ha sido tan incapaz de defensa como lo hubiera sido un carnero: no ha sabido servirse de sus garras, ni de sus dientes.

de los sentidos en el estado de civilizacion, existen con mas poderío en el de barbarie.

El mas delicado de nuestros órganos es el de la vista: pueden herirle un tránsito muy repentino de la oscuridad á la luz, la reverberacion del sol cuando da sobre un terreno cubierto de nieve ó de arena, el polvo que lleva el viento, y sobre todo una atmósfera cargada de partículas ácidas ó salinas. Ahora bien; todas estas causas obran en el estado de barbarie como en el de civilizacion, y aun en el primero son infinitamente mas intensas que en el segundo. Un Hotentote en su cabaña está rodeado de una atmósfera menos pura que la de nuestras viviendas; encerrado en un espacio de cortísima capacidad, recibiendo el aire por un agujero tortuoso y estrecho, envuelto en humo para guardarse del frio ú de los insectos que le persiguen, y tendido sobre un lecho de inmundicia cuya fetidez se siente á la legua; ¿cómo podria sustraer el órgano de la vista al contacto de la atmósfera ambiente? Los bárbaros de Asia y de América, mientras están en sus cabañas, no viven tampoco en una atmósfera mas pura ó mas favorable para los ojos que la de los Hotentotes. En las descripciones que he hecho anteriormente de las viviendas de los indíjenas del Canadá, de Kamtschatka, de Nueva Holanda y de casi todos los paises no civilizados, se habrá podido ver que sobre este punto no se hallan mas adelantados los unos que los otros. Es cierto que los moradores de aquellas rejiones pasan mucho tiempo al descampado; pero en igual caso se hallan todos nuestros campesinos, teniendo habitaciones mejor ventiladas, menos ahumadas y mas sanas: y el aire que se respira en los paises cultivados es cuando menos tan puro como el de los bosques ó balsas de la mayor parte de los distritos selváticos.

Si tal vez hay algunas tribus en las cuales los viajeros no han observado ningun defecto en el órgano de la vista, otras hay en las cuales se han encontrado muchísimos individuos que tenian los ojos enfermos ó lastimados, y estas eran siempre las mas montaraces. Los indíjenas del norte de Nueva Holanda distan tanto de poseer la finura de vista que algunos escritores suponen en los salvajes, y que otros atribuyen á las razas de color, que apenas pueden percibir lo que pasa en torno suyo. «Sus párpados, dice un viajero, hablando de los pueblos que habitan al norte de aquel continente, están siempre medio cerrados, para que las moscas no les den en los ojos: así son tan incómodas que al menor movimiento del abanico, no se puede evitar que den contra el rostro; y sin hacer servir de pantalla las dos manos entrarian hasta las ventanas de la nariz, y aun en la boca, si no se tuviesen bien cerrados los labios. De ahí viene que incomodándoles desde su infancia aquellos molestos insectos, nunca tienen los ojos abiertos como los demás pueblos, ni pueden ver de lejos como no levantasen la cabeza cual si quisiesen mirar al zenit..... Estos mismos habitantes huian siempre de nosotros; sin embargo, cojimos á varios, por cuanto, segun ya llevo dicho, tienen los ojos tan malos, que no nos veian aun estando casi en contacto con ellos (1)».

En órden al sentido del olfato se pueden hacer observaciones análogas á las hechas acerca de la vista. Si algo puede aumentar su perspicacia, es el hábito de respirar un ambiente puro y despojado de toda suerte de exhalaciones; pero ya hemos visto anteriormente que nada hay que iguale la asquerosidad de las chozas de los salvajes y el hedor que despiden. En sus vestidos y personas se nota tan

(1) Dampier, *Nuevo Viaje al rededor del mundo*, t. II, c. XVI, p. 140, 141 y 146.

poca limpieza como en sus moradas, de modo que mueve á nauseas á cuantos viajeros les visitan. El hedor que arrojan es tal, que á menudo se les siente mucho tiempo antes de verles, y por cierto seria dificil de conciliar ese hedor é inmundicia con la delicadeza del olfato que se les supone. Unos hombres que comen la carne y el pescado podrido, y que viven habitualmente en la inmundicia, no pudieran ser impresionados por un mal olor poco intenso. Pueden sin duda percibir con mas facilidad que nosotros los olores que les son estraños, y á los cuales estamos habituados; pero tambien podemos percibir mejor que ellos los olores que exhalan, y que encontramos ofensivos.

Como los pueblos bárbaros tienen siempre enemigos que sorprender, ó temor de ser sorprendidos, deben estar mas atentos que nosotros á toda especie de ruidos. Cuando los sonidos que nos impresionan no pueden provocar en nosotros temor ni esperanza, no causándonos tampoco ningun placer inmediato, no paramos en ellos la atencion, y aun dejamos de oirles siempre que nos afecta con cierta fuerza algun otro objeto; pero esto no consiste en que el sentido del oido tenga menos finura, sino que estamos menos atentos. Percibimos el sonido mas leve cuando prestamos atencion; y para convencerse no hay mas que asistir á un concierto. Si pues se deduce el interés que se tiene en escuchar ó dejar de escuchar ciertos ruidos, será imposible hallar, en la posicion de un salvaje, causas que puedan aumentar la finura de su oido.

No pudiendo descubrir, en la posicion de los pueblos incultos, causa alguna capaz de acrecentar inmediatamente la finura de sus sentidos, faltaria indagar si existen causas que tiendan á producir igual efecto de un modo indirecto; si, por ejemplo, bastaria comer carne ó pescado

podrido y crudo para aumentar la finura del olfato; si se pudiera aumentar la de la vista, rellenándose de alimentos y tolerando el hambre alternativamente, ó respirando un aire cargado de exhalaciones mefíticas; y por último, si se aumentaria la delicadeza del oido, pasando con frecuencia de un ejercicio violento á un ocio absoluto. Los admiradores del *estado de naturaleza* pueden tomarse la molestia de resolver estas cuestiones.

CAPITULO XIV.

Efectos del desarrollo de algunas facultades particulares en pueblos de diversas razas. — Causas del esclavizamiento de los pueblos labradores por pueblos nómades. — Oríjen de la esclavitud.

Si los progresos de la civilizacion no destruyen la finura de nuestros sentidos, ni la buena constitucion de nuestros órganos, dirijen su aplicacion á otros objetos. Esta diferencia de direccion merece observarse, por cuanto ha ejercido, y ejercerá probablemente todavía por largo tiempo un influjo inmenso en casi todas las naciones del globo. Solo por ella podemos esplicar el cómo obran las naciones unas sobre otras, y el cómo las mas bárbaras han determinado en parte las costumbres, preocupaciones é instituciones de las que habian hecho los primeros progresos.

Un pueblo no puede pasar del estado de cazador al de labrador, sin perder en el acto las facultades y hábitos de su primitivo estado, y adquirir otros. Como cazador, se ejercitaba en seguir la caza en sus emigraciones; como labrador, ejercita sus brazos cortando ó desarraigando ár-

boles, cultivando la tierra y recojiendo sus cosechas. Como nómade, ejercitaba su vista en distinguir sobre la superficie del suelo las huellas mas imperceptibles de los animales, en conocer las señales que podian dirijirle al través de los bosques ó mostrarle el vado de los rios, en juzgar de la totalidad del pais, en observar los sitios que sirven de guarida á la caza, y en asestar sus flechas ó su lanza: como agricultor, se ejercita en discernir las plantas que le conviene multiplicar ó que le importa destruir, en vaticinar el curso de las estaciones, las variaciones atmosféricas ú otros fenómenos análogos. En su primer oficio, la incertidumbre de la caza ó de la pesca, y la dificultad de conservar por mucho tiempo sus provisiones, le habituaban á tolerar largas abstinencias ó á consumir de una vez enorme cantidad de alimentos; en su segundo oficio, es menester que distribuya los productos de una sola cosecha de modo que le duren todo el año, y que contraiga por consiguiente los hábitos de órden y economía. Por último, como nómade, cazador ó pastor, andaba errante como los animales, y podia, sin suspender el ejercicio de su industria, ir á lo lejos á sorprender á su enemigo, ó esconderse en los parajes mas escabrosos, si temia ser sorprendido por él: como labrador, no puede apartarse de su campo sin suspender sus tareas, ó sin abandonar sus cosechas y esponerlas al saqueo.

Si ahora parangonamos dos pueblos, uno nómade y cazador, y otro agrícola, comparando la especie de desarrollo que ha dado este á sus facultades con las que á las suyas ha dado el otro, hallarémos que el primero posee todas las cualidades y vicios que puedan hacer de él un pueblo conquistador, y que el segundo carece de todas las cualidades necesarias para librarse de la destruccion y de la esclavitud. Los hombres habituados desde su na-

cimiento á la vida nómade, tienen cabal conocimiento de los lugares que son el teatro de sus hazañas; saben las posiciones mas propias para sorprender su presa ó á su enemigo; conocen los desfiladeros por los cuales se puede escapar; son ájiles é incansables en la carrera; saben cambiar rápidamente de posicion; sufren el hambre por muchos dias; pueden deslizarse, á guisa de culebras, por entre las matas sin ser percibidos, ó llegar montados en indómitos caballos con la rapidez de una ave de presa, sorprender, asustar á su enemigo y darle segura muerte: en una palabra, poseen los hábitos y conocimientos que pueden convertirles en un ejército formidable y valeroso. Añadamos que una tribu de nómades, aunque tenga siempre territorio propio, contrae necesariamente el hábito de invadir el de las tribus vecinas, ya para no abandonar la persecucion de la caza que ha levantado en su propio territorio, ya para buscar en él subsistencias para sus rebaños cuando les acosa el hambre y no las encuentran en otra parte. Una tribu dada á la labranza y á las artes pacíficas que la misma necesita ó fomenta, no posee ninguna de las facultades referidas; no conoce mas lugares que los que cultiva, y solo bajo el aspecto de los productos que dan; no sabe huir de un enemigo, ni perseguirle. Los hábitos regulares que ha contraido le imposibilitan resistir las fatigas propias de la guerra: no tiene para ello conocimientos ni pasiones (1).

(1) Cuando en Inglaterra se trató de modificar ó de abolir las leyes sobre la caza, el mejor argumento que pudieron alegar los defensores de aquellas leyes, para su mantenimiento, fué decir que los aficionados á cazar salian los mejores oficiales del *ejército de tierra*, invocando en comprobacion el testimonio de sus jenerales. Este razonamiento dirijido al pueblo inglés por la clase privilejiada, se puede traducir así: las leyes de que os lamentais y que os oprimen, os son

Recuérdense ahora las causas que en las diversas partes del globo han desarrollado la civilizacion; cómo nació bajo los climas mas suaves, bajo aquellos en los que menos larga interrupcion sufre la vejetacíon durante el curso de un año; cómo se ha difundido por grados bajo los climas templados; por último, cómo y por qué causas se han mantenido bárbaros los pueblos situados bajo climas frios, y se concebirán las numerosas irrupciones que han hecho los pueblos de los climas frios en los de los climas cálidos ó templados, y la imposibilidad en que se hallaron estos de defenderse. Concebiráse tambien el cómo los pueblos de la China, de Persia y del Indostan, dados á la agricultura, han debido sufrir, aunque superiores en número, el yugo de los bárbaros descendidos de las montañas centrales del Asia, y el cómo encontramos fenómenos análogos en casi todas las partes del globo.

Pero este esclavizamiento no se debe achacar á la debilidad, á la cobardía ó á los vicios de las naciones que fueron las primeras cultas. La superioridad que han alcanzado los pueblos bárbaros no ha sido resultado de una superioridad en su organizacion física, en su desarrollo intelectual, ó en sus prendas morales; pues ya he demostrado en el libro anterior que por lo jeneral, y admitiendo algunas escepciones, los pueblos situados en territorios fértiles y bajo los climas mas apacibles, tienen mejor constitucion, una intelijencia mas desarrollada, y menos vicios que los pueblos de la misma raza cercanos á los polos ó que viven en los páramos de las mas altas montañas. Tampoco es resultado de la superioridad del número,

muy útiles y debeis conservarlas, por cuanto no solo nos facilitan el medio de oprimiros á vosotros mismos, sino tambien el de oprimir á otras naciones en su propio territorio. Véanse los debates de la Cámara de los Comunes, año 1825.

puesto que entre un pais abandonado á su fertilidad natural, y un pais bien cultivado, la poblacion está en la razon de 1 á 2000, suponiendo igual la estension del territorio. Hay pues que buscar en otra parte las causas de la especie de superioridad que mostraron en otro tiempo los pueblos bárbaros sobre las naciones civilizadas.

Los labradores ó artesanos, sea cual fuere su especialidad, están mejor alimentados y ejercitan sus órganos físicos con mas constancia y regularidad que los hombres que viven de caza. Necesítanse fuerzas físicas mayores y mas sostenidas para arrancar un árbol, labrar y sembrar un campo, que para manejar una pica ó disparar una flecha. Se necesita mas intelijencia para domesticar un animal silvestre, para construir un arado, cultivar un campo ú cuidar un rebaño, que para fabricar un arco ó dar la muerte á un gamo. Necesítase mas prevision, mas economía, mas templanza, y en una palabra, mejores hábitos para vivir de los productos de la tierra cultivada, que para vivir de los productos de la pesca, de la caza ó de la leche de los rebaños. Requiérese mayor constancia y verdadero valor para descuajar un terreno cubierto de árboles improductivos, de zarzales ó de pantanos, que para hacer frente á las armas de un enemigo cuando le acosa el hambre ó el temor de castigo. Y sin embargo, aun cuando haya una suma mayor de fuerzas físicas, de intelijencia, de buenas costumbres, y hasta de verdadero valor por parte del agrícola que por la del cazador ó soldado, es indudable que el primero será vencido por el segundo, si llegan á las manos. La razon de esto se halla en la misma índole de sus ocupaciones; el primero solo ha aprendido á luchar contra objetos insensibles; no ha cifrado su ciencia en destruir sino en dirijir las fuerzas productivas de la

naturaleza; y para lograrlo no ha tenido necesidad de arterías ni maldades: el segundo solo ha aprendido á luchar contra vivientes, y ha cifrado su saber en engañar, en sorprender, en dar la muerte.

Cuando una tribu de cazadores ó de nómades se halla en estado de reposo, jeneralmente no existe entre los miembros de que se compone ninguna especie de subordinacion social; mas cuando emprende una espedicion guerrera ó una cacería, pónese bajo la direccion del guerrero ó del cazador mas hábil; y en el momento del peligro, la subordinacion es igual á la del ejército mas bien disciplinado, cesando empero ordinariamente luego de pasado el peligro. Si la tribu conquistadora, en vez de esterminar al pueblo conquistado, conserva una parte del mismo para esplotarle en su provecho, mantiénese organizada, y continúa sujeta ciegamente á su caudillo; puesto que solo mediante la union y la obediencia á un jefe comun, pueden los conquistadores afianzar á los vencidos. La anarquía observada en todos los pueblos bárbaros, se convierte entonces en despotismo militar, y el poder que se arrogaba cada individuo antes de la espedicion, se concentra en uno solo despues de la conquista. No son los vencidos los fundadores de este despotismo, así como el viajero despojado por unos ladrones no es autor de la trama que han formado estos para apoderarse de su hacienda. El poder arbitrario y la multitud de vicios que le acompañan, tampoco han salido del calor del clima: unas tribus bárbaras dieron nacimiento al primero y traido la mayor parte de los segundos; y todos sabemos de qué paises bajaron aquellas tribus (1).

(1) Algunos escritores han supuesto que los gobiernos habian sido siempre parto de los pueblos, y que cuando una nacion era mal gobernada, debia echar la culpa á sus propios vicios ó á sus preocupaciones. Sobre este punto se han estendido homilias muy compunjidas para escitar á los pueblos á que adquieran luces, riquezas, y sobre todo virtudes. Se les ha probado científicamente que nunca tenian razon en sus contiendas con los gobiernos, y que todas sus quejas eran siempre injustas. Se ha reprendido severamente á los hombres que se han atrevido algunas veces á quejarse de los errores y vicios de sus opresores, en vez de fulminar sus diatribas contra los oprimidos de quienes procede todo el daño.

Cabe sin duda que una nacion esté mal gobernada por culpa suya; pero nadie me sostendrá que esto suceda siempre sin contestar hechos evidentes, y sin llegar á consecuencias poco favorables para la libertad y la moral. En primer lugar, es preciso contestar el influjo de la conquista; es necesario sostener que los conquistadores mas bárbaros han salido del mismo seno de las naciones avasalladas, ó que han sido representantes lejítimos de los pueblos que han esterminado, ó que nunca han tenido razon los vencidos. Es necesario sostener además que todo hombre que tiene fuerza ó astucia para posesionarse del mando, puede titularse justamente representante de la poblacion, gobierne como quiera:

La raison du plus fort est toujours la meilleure.

En este sistema es necesario admitir que los Romanos, dignos del mejor de los príncipes, bajo Marco Aurelio, fueron tambien dignos del mas abominable de los tiranos, bajo Cómodo, su hijo.

Los historiadores han encontrado en las naciones mas ilustradas del continente europeo, una parte de las instituciones y costumbres observadas por Tácito entre los salvajes de la Jermania. Las naciones mas civilizadas de la Europa moderna, dice Gibbon, salieron de los bosques de la Jermania; y en las toscas instituciones de aquellos bárbaros podemos distinguir todavía los primeros jérmenes de nuestras actuales leyes y costumbres (1). El fenómeno

(1) Gibbon's *History of the decline and fall of the roman empire*, vol. I, cap. IX, páj. 344.—No es exacto decir que las naciones mas civilizadas de la Europa moderna hayan salido de los bosques de la

que advierte aquí aquel historiador, y que antes de él habian ya notado otros, se echa de ver en todos los pueblos subyugados por los bárbaros. Los conquistadores han arrastrado por donde quiera con ellos sus preocupaciones, y los vicios que son consecuencias naturales de la barbarie y de la esclavitud. Casi en todas partes se han organizado de un modo análogo para perpetuar su dominio y la duracion de la esclavitud. Cuando tratemos de la esclavitud, se verá que en todos los paises ha sido producida por iguales causas y seguida de los mismos efectos.

Viendo que en todos los continentes, los pueblos bárbaros, cazadores ó pastores, se precipitaban de continuo sobre los industriosos y sedentarios para avasallarlos, y no viendo casi nunca que estos se arrojasen sobre aquellos para esclavizarlos, debióse naturalmente creer que los primeros, situados por lo comun bajo un clima riguroso, estaban dotados de mas valor, y que los segundos, situados bajo un clima menos áspero, eran esencialmente cobardes. Si tan solo se hubiese atendido al réjimen de vida de unos y otros, y á las costumbres resultantes, habríase visto des-

Jermania. El pais ocupado por las naciones, hoy dia mas civilizadas, no estaba desierto en la época de la invasion de los bárbaros, pues contenia naciones numerosas, no solo antes de que lo hubiesen asolado los Romanos, sino tambien antes de que sujetasen la Italia y supiesen que existian Jermanos. Si pues se encuentran en ellas las preocupaciones, los vicios, y las instituciones de los bárbaros de la antigua Jermania, débese inferir que los conquistadores las llevaron. Si la antigüedad de las familias sobre el suelo se mide por el tiempo que en él han permanecido, los descendientes de los bárbaros, ó los que con ellos se afiliaron, no son mas que recien-llegados en comparacion de los otros. Tan poco fundamento hay para considerar á las naciones civilizadas como oriundas de ellos, como para decir que los indijenas de Méjico y del Perú son los descendientes de los soldados de Pizarro ó de Cortés. Gibbon ha caido aquí en un error comun á casi todos los historiadores; solo ha visto las naciones en sus conquistadores.

de luego que el mas ó menos valor era circunstancia independiente de aquellos dos fenómenos. Una tribu de bárbaros, que orilla la persecucion de una manada de búfalos ó de gamos, para arrojarse sobre un pueblo de labradores, no varia de oficio, pues nunca pasa de una partida de caza; pero una tribu de agricultores no podria con igual provecho y facilidad ir á perseguir una tribu de salvajes. Los hombres que viven de presa, necesitan, como todos los animales carniceros, un terreno dilatado; y no seria mas fácil avasallar una tribu de cazadores salvajes que sujetar una manada de lobos. Pueden morir algunos si son sorprendidos; mas si se dispersan, ya no es dable perseguirles. Por último, aun cuando fuese posible subyugarles, ¿de qué utilidad servirian á sus vencedores? ¿compensaríanse las ventajas con los riesgos?

Mas si en las primeras edades de la civilizacion, las tribus errantes logran en la guerra crecidas ventajas sobre los pueblos sedentarios, mayores las tienen todavía sobre los bárbaros los pueblos muy adelantados en las artes. Un caudillo de tribu, como Clodoveo, que se presentase en las fronteras de Francia con cuatro ú cinco mil salvajes, no se internaria mucho, y á fe que no le serviria el apoyo oculto de los obispos para apoderarse del pais. Si algunas bandadas de pescadores y de cazadores Sajones se presentasen hoy con sus navecillas á las costas de Inglaterra, para conquistar la isla y reducir sus habitantes á la esclavitud, por cierto que no se asustarian mucho los Ingleses.

Despues de publicada la primera edicion de este tratado, las observaciones que contiene este capítulo han sido criticadas en una obra muy crecida. Su sabio autor no admite que la civilizacion y la esclavitud hayan tenido el oríjen que yo les supongo, creyendo que los dueños de

esclavos fueron los primeros que impulsaron todas las artes. Si esta opinion fuese fundada, seguiríase que los bárbaros, á quienes yo considero como azotes del linaje humano, hubieran sido, al contrario, los bienhechores del mundo. La sujecion de un pueblo á otro, lejos de ser una desgracia para ambos, seria un verdadero progreso para uno y otro. Para no alterar la idea del escritor, citaré textualmente su refutacion. Despues de conceder que las poblaciones industriosas han sido subyugadas por tribus bárbaras, añade:

«No me parece de mucho tan cierto que *los primeros trabajos* de la *civilizacion hayan sido hechos por manos libres*, y que entre los primeros pueblos algo cultos que fueron subyugados por los bárbaros, todo el mundo gozase de libertad. *Los primeros pueblos avasallados ¿no tenian tambien esclavos?* ¿Hay algun rincon de la tierra donde la industria se hubiese en un principio desarrollado libremente, ni donde los hombres bastante fuertes para obligar á otros al trabajo, hayan consentido en ponerse á trabajar ellos mismos? No lo creo. Al contrario, me parece que la industria ha nacido donde quiera bajo el influjo de la obligacion..... Yo pregunto: ¿ha existido jamás sociedad alguna naciente que haya ejercido las artes y la labranza sin esclavos?» (1).

Voy á contestar en pocas palabras. En primer lugar, me parece evidente que *los primeros pueblos avasallados no tenian esclavos*, pues á ser así, no hubieran sido los primeros avasallados. Para sostener la opinion contraria fuera menester admitir que el linaje humano, al salir de manos de la naturaleza, estaba ya dividido en dos grandes fracciones, una de amos y otra de esclavos.

(1) *Nouveau Traité d'Economie Sociale*, por Mr. B. - C. Dunoyer, t. I, páj. 234 y 235.

En segundo lugar no sé comprender que una tribu de bárbaros pueda enseñar á otra y obligarla á practicar en provecho suyo lo que ella misma ignora completamente: yo no alcanzo una ranchería de cazadores, ni de pastores, que jamás han visto cultivar un campo, y que sin embargo dan lecciones de labranza; y mucho menos comprendo que enseñen y hagan practicar, para apropiarse sus productos, artes mas complicadas que la citada, de las cuales no han tenido en su vida el menor concepto.

En tercer lugar, si es cierto, cual se asegura, que jamás ha existido una sociedad naciente *que haya ejercido las artes y la labranza sin esclavos*, debiérasenos decir cuáles fueron los amos que civilizaron á los habitantes del Japon, quienes pretenden no haber conocido jamás la esclavitud doméstica ni la territorial; quiénes enseñaron la agricultura y un sinnúmero de artes diversas á los habitantes del vasto imperio de la China, que tampoco conocen la esclavitud territorial, que no hacen ejecutar ninguno de sus trabajos por esclavos, y que, á mediados del siglo último, estaban mas adelantados, segun cierto viajero muy ilustrado, que ninguna de las naciones europeas, en costumbres, en leyes, en gobierno, y sobre todo en la práctica de las artes mas provechosas (1).

En cuarto lugar, en los paises donde los viajeros han observado el arte de la labranza en su nacimiento, y particularmente en la América septentrional, han visto que los hombres libres arrancaban los árboles, y desmontaban el terreno, dejando á sus mujeres las tareas menos difíciles para volver á sus espediciones de caza; mas en ninguna parte han visto que hombres completamente bárbaros sujetasen á otros tan bárbaros como ellos, con la mira de hacerles dedicar á artes desconocidas á entrambos.

(1) Véanse las obras de Poire, páj, 169 y 193.

Es cierto que, segun los jurisconsultos romanos, todas las naciones de que tenian noticia, admitian la práctica de la esclavitud; pero no pretendian que hubiese existido de todo tiempo: uno de los escritores mas instruidos de su nacion atribuia su invencion entre los Griegos á los Lacedemonios (1). Segun Ateneo, los Focenses no toleraban la introduccion de esclavos en su pais, á fin de conservar á la poblacion libre sus medios de existencia (2). Otros escritores han atribuido la introduccion de la esclavitud entre los Asirios á Nino, quien habia hecho la guerra á sus vecinos y reducídoles á la esclavitud para facilitar á Semíramis el laboreo de sus minas (3).

Por último, la misma etimolojía de la palabra prueba que los Romanos no habian perdido el recuerdo del tiempo en que empezó la esclavitud, ni de las causas de su introduccion. *Servorum appellatio ex eo fluxit*, dice el jurisconsulto Pomponio, *quod imperatores nostri captivos vendere, ac per hoc servare, nec occidere solent* (4).

Para afirmar que los fundadores de la esclavitud son los inventores de las artes, y por consiguiente los bienhechores de la humanidad, se requeririan pruebas que no se encuentran en la refutacion á que contesto. Por lo demás, al tratar de la naturaleza y efectos de la esclavitud, pondré de manifiesto la especie de beneficios que debe el linaje humano á sus inventores.

(1) *Servitium invenere Lacedemonii.* Plinio, lib. VII, cap. 56. — Véase una memoria del Sr. Burigny, en el 37° vol. de las *Memorias de la Academia de Inscripciones.*

(2) Mr. de Pastoret, *Hist. de la legislation*, t. VIII, páj. 343.

(3) Alii autem Nino attribuunt, qui primus intulit bella finitimis, ut facile fuerit Semiramidi ejus uxori metalla primum invenire. et captivis eorum tractationem mandare, ut scribit Suidas. Laurent. Pignorii patavini, *de servis et eorum aput veteres ministeriis*, Commentarius, p. 8, edit. de 1613.

(4) Dig. lib. I, tit. XVI, lib. 239, § I. — Instit. lib. I, t. I, § 3.

CAPITULO XV.

Ventajas atribuidas al estado de barbarie sobre el estado de civilizacion. — Sistema de J. J. Rousseau.

Si para desvanecer un error bastase sentar claramente la verdad contraria, no trataria del sistema ideado por un ilustre escritor, sobre el *hombre de la naturaleza*; pero nada mas comun que hallar personas que de muy buena fe dan asenso á dos asertos contrapuestos. Los hábitos del entendimiento no son menos tenaces que los del cuerpo; y si se me apura, diré que lo son aun mas. Cuando se ha contraido el hábito de formar ciertos juicios, consérvase, aun cuando, bajo otra forma ú otros nombres, se adopte mas tarde una opinion contraria. Las impresiones de la juventud son siempre las mas fuertes é indelebles; y las que se reciben en una edad madura son por lo jeneral poco duraderas. Si sucede pues que mas tarde se rectifiquen las ideas concebidas en la niñez, por grados se va borrando la rectificacion, y recobran su imperio los antiguos errores: de ahí es sin duda que no hay instruc-

cion provechosa sino la que se da á los jóvenes. Solo me dirijo pues, sobre este punto, á los que hayan estudiado ya las obras de Rousseau y calcado sus opiniones sobre las del filósofo jinebrino. Los demás pueden omitir estas observaciones, por cuanto no encontrarán en ellas mas de lo que ya saben, aunque bajo una nueva forma.

Al investigar Rousseau cuál ha sido el oríjen de la desigualdad entre los hombres, quiso demostrar que en el estado por él llamado *de naturaleza*, los hombres están mejor constituidos, poseen una suma mayor de fuerzas físicas, son mas numerosos, menos estragados, y disfrutan por consiguiente de mas felicidad que en el estado de civilizacion. Pocos hechos incontestables bastarán para volcar este sistema.

Tres son las causas que, segun Rousseau, concurren á dar *al hombre de la naturaleza* una buena constitucion física y gran pujanza: la abundancia de alimentos, el ejercicio continuado de sus miembros, la falta de toda pasion violenta y la tranquilidad de ánimo. Trátase de demostrar que estas causas existen en el estado salvaje.

Buffon ha supuesto que la tierra abandonada á sí misma es mas fértil que la cultivada; y de este hecho saca la consecuencia de que la tierra bravía ofrece al hombre mas alimentos que la cultivada por él mismo. La tierra cubierta de bosques inmensos siempre respetados por el hacha, dice, ofrece á cada paso almacenes al hombre.

El aserto de Buffon puede ser exacto en algunos casos, pero no lo es en todos; hay muchos terrenos que solo son fértiles por haberles vuelto tales la industria humana. El Ejipto, la Arabia, la Persia y el cabo de Buena Esperanza producirian escasamente, si los hombres no cuidasen de su riego; la Holanda y otras tierras continuamente cubiertas de agua serian igualmente muy poco productivas, si los hombres no hubiesen sabido desecarlas.

Pero aun adoptando la proposicion de Buffon, no cabe admitir la consecuencia que saca Rousseau, sin conceder primero que los hombres pueden alimentarse de todas las plantas que les ofrece la tierra, ó que, cuando es inculta, produce con preferencia las sustancias mas propias para su alimento; y, en segundo lugar, que estas sustancias se conservan mejor y por mas tiempo cuando están abandonadas sobre el terreno, que cuando se hallan guardadas en almacenes. Pero entre estas proposiciones no hay una sola que no sea un error evidente: esa supuesta copia de alimentos producidos por la tierra bravía, no solo no está probada por ningun hecho, sino desmentida además por todos los hechos recojidos en todas las partes incultas del globo, sin ninguna escepcion.

No existe pues la primera condicion requerida para dar al hombre una constitucion robusta. La segunda, ó sea la que consiste en un ejercicio constante, pero moderado, de las fuerzas musculares, se cumple mejor en el estado de civilizacion que en el de barbarie. El hombre, en el estado bravío, logra, segun Rousseau, mas fuerzas físicas que el hombre civilizado, porque el primero tiene que ejecutarlo todo con el único auxilio de sus manos, al paso que el segundo todo lo ejecuta por medio de máquinas: nosotros no sabemos correr, porque tenemos caballos que nos llevan; no sabemos encaramarnos á los árboles, porque tenemos escaleras para subir á ellos; nuestros puños son incapaces de arrancar grandes ramas, porque tenemos sierras y hachas: los salvajes ejecutan perfectamente todas estas operaciones con su sola fuerza muscular, precisamente porque no cuentan con ninguna de esas máquinas que nos postran.

Rousseau concibe aquí torpemente la conexion de los efectos con las causas. Vemos entre nosotros una multi-

tud de clases que son poco lijeras en la carrera, como los albañiles, los carpinteros, los zapateros, los sastres y otros; y si estos hombres tienen las piernas poco listas, ¿es acaso por haber hecho sobrado uso de los caballos? Vemos tambien muchas personas que no sabrian encaramarse á un árbol, como los médicos, los abogados, los majistrados, los académicos, etc.; pero, ¿se encaramarian mucho mejor si no existiesen escaleras de mano? Por último, hay hombres que no tienen gran fuerza muscular en los brazos: los dibujantes, los pastores, los grabadores, los escribientes y otros muchos individuos tienen en jeneral las manos poco adecuadas para quebrantar ramas de árboles; y ¿achacarémos tambien la culpa al que inventó el hacha ó la sierra?

El hombre, en el estado de barbarie, ejercita, segun hemos dicho, los órganos por cuyo medio puede mas fácilmente apoderarse de los alimentos que le ofrece la naturaleza bravía: vuélvese corredor ó andarin, si tiene que perseguir la caza, y nadador ó buzo, si su presa se halla en las aguas; pero tampoco da con el ejercicio igual fuerza á todos los órganos. ¿Cómo adquiriria un salvaje el hábito de encaramarse ó de romper ramas y troncos de árboles en paises que no los tuviesen, como en las sábanas de América, en las estepas del centro del Asia, en los desiertos de la Arabia y de una gran parte de Africa? ¿A que fin, en los paises cubiertos de bosque, se entregarian á ejercicios de esta clase, si los árboles no producen fruto, ó si, en el decurso de un año, los que lo producen, no lo dan mas que durante algunos dias? Los salvajes son tan poco diestros en trepar á los árboles, que los de Nueva Holanda no pueden subir á las ramas sin hacer entalladuras en el tronco con una piedra (1); y en todas las relaciones de los viajeros no se halla el ejemplo de una sola tribu cuyos individuos sean diestros trepadores. Supone Rousseau que el salvaje ejercitará sus fuerzas luchando contra las fieras; pero si tal ejercicio es algo frecuente, será muy espuesto; y si no lo es, aprovechará poquísimo para el desarrollo de las fuerzas. No cabe evitar entrambos inconvenientes sino suponiendo que haya osos harto comedidos para ir cada mañana á dar gratis al hombre de la naturaleza una leccion de jimnástica.

(1) Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. IV, t. IV, páj. 33.—Phillip, cap. XI, páj. 124 y 125.

Si Rousseau no hubiese considerado que todo el mundo residia en cierta clase de artesanos y en los miembros de algunas academias, fácilmente hubiera visto que en un pais civilizado se despliega una suma de fuerzas musculares mucho mayor que en un estado bárbaro. El salvaje aplica inmediatamente sus manos á la rama que quiere desgajar, y los efectos que produce nunca pueden ser muy considerables; el hombre civilizado aplica las suyas al mango de un hacha, y en pocos minutos derriba una encina. El primero aplica sus manos sobre la piedra que le incomoda y que quiere mudar de puesto; el segundo aplica las suyas al cabo de una palanca, y produce un efecto décuplo. Por ambas partes hay ejercicio de fuerzas musculares; pero la misma fuerza que en la una causa leve efecto, en la otra produce un resultado inmenso. Hay muchísimas artes mecánicas en las cuales los que las ejercen tienen que hacer un uso constante de sus fuerzas; los labradores, los carpinteros, los mineros, los albañiles, los herreros, los marineros, todos hacen uso de sus miembros; y aplicándolos á instrumentos ó máquinas, multiplican sus fuerzas en vez de apocarlas. Es verdad que los hombres civilizados dan jeneralmente mas fuerza á los músculos de los brazos que á los de las piernas, y que lo contrario sucede en los mas de los salvajes; pero ¿hay

alguna razon sólida que pueda hacernos apreciar la fuerza por el lugar que ocupa, mas bien que por los resultados que produce?

La seguridad, que es la tercera condicion de la cual hace depender Rousseau la buena constitucion y la fuerza física de su hombre de la naturaleza, ni siquiera existe, segun él, pues nos lo pinta siempre en lucha ó próximo á luchar con las fieras. Entre los pueblos completamente bárbaros, no se encuentra un gobierno que dé á un hombre y á los que emplea en calidad de ajentes, un poder sin límites sobre todos los demás; pero este poder se encuentra en las manos de cada uno respecto de todos.

En una nacion civilizada hay bienes y males particulares á cada estado u á cada posicion; en el estado salvaje, todos se hallan espuestos á los propios quebrantos, todos pueden disfrutar de los mismos bienes. Ahora bien; para probar la superioridad de la vida bravía, hacina Rousseau todas las calamidades que amagan al hombre en todas las posiciones, y las presenta cual destino reservado á cada individuo. Poca sagacidad basta para conocer que esto es un sofisma; el soldado que nunca se mueve de tierra, no está espuesto á los naufrajios; el labrador no corre los riesgos del marinero, ni este los del que trabaja en las minas. Para que la comparacion fuese cabal, seria menester que los quebrantos propios de cada estado y profesion escediesen á los de la vida selvática.

Otra especie de sofismas se nota muy á menudo en los discursos de Rousseau. Proponiéndose demostrar que los males anejos á la vida bravía son inferiores á los propios de la civilizacion, solo contesta á las objeciones que preve, dando nuevo aspecto á la cuestion. Cuando se le objeta, por ejemplo, que la destreza del hombre de la naturaleza no puede igualar á la fuerza de ciertas fieras, lo

concede; pero, dice él, el hombre, respecto de estos animales, se halla en igual caso que las especies mas débiles, las cuales no por esto dejan de subsistir. La especie humana subsistia bajo el despotismo de Cómodo y de Neron, y esto no prueba que lo pasase bien. La cuestion además no era probar que el *hombre de la naturaleza* es tan dichoso como ciertas fieras, sino que lo es mas que el hombre civilizado.

Rousseau preve otra objecion: si perece la mujer, el hijo corre riesgo de perecer con ella. No hay duda, replica; pero este riesgo es comun á otras cien especies. ¿Y era esta la cuestion? ¿Tratábamos por ventura de probar que hay cien especies de irracionales que no son mas felices que un salvaje? Objétase que *el hombre de la naturaleza* padecerá enfermedades, que le sobrevendrán accidentes: y Rousseau, segun su costumbre, contesta: *sobre este particular, la especie humana no es tampoco de peor condicion que todas las demás.*

Hase presentado una objecion mas grave: ¿qué será del hombre de la naturaleza en su senectud? En los ancianos que no se ejercitan mucho y traspiran poco, dice Rousseau, la necesidad de alimentacion disminuye á la par de la facultad de buscar alimentos, y se estinguen ó mueren sin echar de ver que dejan de existir. Los ancianos se ejercitan poco, en los estados civilizados, por cuanto otros atienden á sus necesidades, y no tienen que hacer esfuerzo alguno para apartar los peligros; mas en el *estado de naturaleza*, ¿estarán menos obligados que los jóvenes á acostumbrarse á las fatigas, á defender, desnudos é inermes, su vida y su presa de las demás fieras, y á huir de estas emprendiendo largas carreras? ¿se verán menos precisados á saltar, correr y trepar? ¿serán menos feroces para ellos los tigres y los leones? Aun cuando,

en vez de devorar un gamo en una comida, se contenten con una liebre, ¿podrán ser menos listos en la carrera?

Uno de los principales caracteres que reconoce Rousseau en el hombre salvaje, es la impresion, la facilidad con que cede á las primeras impresiones que le afectan; y al propio tiempo indica la falta de vicios como la causa principal de su dicha. Pero aquí hay una contradiccion manifiesta: un vicio no es mas que el hábito de practicar una accion que causa un placer inmediato, y cuyos malos resultados se miran por lo comun muy lejanos. Así pues, la falta de vicios en los salvajes se halla tan desmentida por los hechos como todas los demás asertos que he refutado.

El apego que han manifestado los salvajes á su jénero de vida, se ha considerado como una prueba de la superioridad del estado de barbarie sobre el estado de civilizacion. Raciocinando por este estilo, no hay ningun hábito vicioso cuya bondad deje de ser demostrable; porque, ¿quién es el hombre que no tiene apego á los vicios que le dominan? Algunos hombres han renunciado á la vida civil para ir á vejetar entre los salvajes: he aquí otro hecho que ha servido tambien de argumento contra la civilizacion. No tenemos arbitrio alguno para conocer todas las causas que han determinado la conducta de ciertos individuos; pero si nos atenemos al testimonio de muchos viajeros, difícilmente concebirémos estos hechos como propios para demostrar las ventajas de la vida silvestre sobre la civilizacion. Segun Charlevoix, los Europeos que se han determinado á vivir entre los salvajes, solo fueron movidos por los alicientes de una vida voluptuosa; y el testimonio de este viajero se halla confirmado en otra parte por el de un viajero filósofo (1). Por último, he-

(1) Charlevoix, *N.-F.*, t. III, lib. XIII y XVII, páj. 44, 52 y 363.

mos visto anteriormente que unos deportados ingleses, despues de haberse refujiado á los bosques entre los salvajes, volvieron á los grillos y á sus trabajos, no obstante el temor de ser severamente castigados por su fuga. Su regreso no es por cierto un argumento en favor de la barbarie.

No seguiré adelante con el exámen de este sistema: si no he dicho lo bastante para convencer á sus panejiristas, he dicho sobrado para los que no se pagan de la brillantez del estilo, y juzgan de los conceptos, no por la armonía de las palabras que los traducen, sino por las verdades que entrañan. Séame tan solo lícito consignar aquí el testimonio de dos viajeros célebres, quienes, despues de haber admirado el sistema que acabo de combatir, se han desengañado tras una larga esperiencia.

«Los filósofos, dice La Perouse, se quejarán en balde de este cuadro (del estado de los salvajes). Ellos componen sus libros en un rincon de la chimenea, y yo viajo hace treinta años; yo he presenciado las injusticias y la barbarie de esos pueblos que se nos pintan tan buenos, porque se hallan tan cerca de la naturaleza; pero esta naturaleza solo es sublime en sus moles, y descuida todos los pormenores. Es imposible penetrar en los bosques no escamondados por la mano del hombre civilizado; atravesar las llanuras cubiertas de piedras y rocas, é inundadas de pantanos impracticables; hacer, finalmente, sociedad con el hombre de la naturaleza, por cuanto es bárbaro, malvado y bribon (1).»

D'Entrecasteaux, que al empezar su viaje estaba imbuido en todas las opiniones de Rousseau, y que se llenó de

—De Larochefoucault-Liancourt, *Viaje á los Estados Unidos*, t. II, páj 109.—Volney, *Tableau*, etc., t. II, páj. 448 y sig.

(1) *Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. IX, páj. 217.

admiracion al aspecto de los primeros salvajes que vió, y de la magnificencia de la tierra abandonada á su fertilidad natural, termina su relacion con las siguientes palabras: «Tanto placer sentíamos al principio de la campaña al contemplar en los nuevos paises las bellezas de la naturaleza silvestre, cuanto lo esperimentamos al besar de nuevo una tierra cultivada y al tratar con hombres civilizados. Las mismas bellezas de la naturaleza tosca, que en un principio nos llenaron de asombro, no nos afectaban ya sino por su triste monotonía: fastidio mas que otra cosa nos causaba el encontrar desiertos parecidos á los de Nueva Holanda. El impulso de curiosidad que habia escitado en nosotros el deseo de visitar los pueblos salvajes y conocer sus costumbres, habia desaparecido completamente. Aquellos hombres tan afines del estado de naturaleza, y acerca de cuya sencillez habíamos tenido conceptos exajerados, no nos inspiraban ya mas que una sensacion penosa; habíamos visto que muchos de ellos se entregaban á los mas asquerosos escesos de barbarie, y todos eran aun mas corrompidos que los pueblos civilizados. Fatigados largo tiempo nuestros ojos por la vista de costas áridas y desiertas, fijábanse con grata satisfaccion sobre un pais fértil que nos recordaba nuestros antiguos hábitos; y nuestro espíritu, en otro tiempo agoviado con el peso de sus reflexiones sobre la suerte de aquellos pueblos feroces, se dilataba halagüeñamente al aspecto del pueblo de Cajeli, de sus mezquitas, de sus casas bastante numerosas para formar una especie de ciudad. No nos animaba otro anhelo que el de aproximarnos á nuestra patria; á tal distancia de nuestro suelo nativo, cada Europeo era un compatriota; cualquier Francés hubiera sido de nuestra familia (1).»

(1) D'Entrecasteaux, t. I, cap. XXI, páj. 470 y 471.

CAPITULO XVI.

Relaciones observadas entre las diversas razas que componen el jénero humano.

Entre las investigaciones que he hecho en el decurso de esta obra, en ninguna he entrado con mas perplejidad y desconfianza que en las que van á ocuparme. Las diferencias intelectuales y morales que pueden existir entre las diversas razas de hombres, han sido tan mal observadas, y las naciones se hallan bajo el influjo de causas tan numerosas y á menudo tan imperceptibles, que es muy arduo y quizás imposible determinar el grado de desarrollo de que es capaz cada especie. Hemos visto ya cuán numerosas son las circunstancias físicas que contribuyen, ya á hacer progresar las naciones, ya á atajarlas en la barbarie. El influjo de estas causas es tan poderoso, que se requiere cierto esfuerzo de entendimiento para no dejarse arrastrar por la opinion que de sí mismos han formado los pueblos por la accion que sobre ellos ejercen las entidades que les rodean.

Si al influjo de estas circunstancias físicas se añade el no menos poderoso de algunas causas morales, como la diversidad de relijiones, la accion de las naciones unas sobre otras, la diferencia de idiomas y otras análogas, se comprenderá cuanta circunspeccion es necesaria cuando se trata de asignar la causa especial de tal ó cual especie de progreso. Para tener la certeza de que una diferencia intelectual ó moral que se observa entre dos pueblos depende únicamente de una diferencia de raza, convendria que ambos se hallasen en una posicion parecida bajo todos los demás aspectos; pues si para el uno existen causas de superioridad que no existen para el otro, y si estas causas no son inherentes á la misma naturaleza del hombre, nada esplica la diferencia de las razas (1).

(1) En su *Nouveau Traité d'Economie sociale*, Mr. Dunoyer, que adopta las opiniones de W. Lawrence, refuta en los siguientes términos estas observaciones, despues de haberlas trascrito:

«Paréceme, al contrario, que nada mas propio para manifestar el influjo de la raza que *el gobierno, la relijion, las leyes, las costumbres*..... —..... Así como se juzga de un árbol por su fruto, así tambien el carácter de las artes, del idioma, de la relijion, de las costumbres, del gobierno y de cuanto constituye la civilizacion de un pais, puede servir para manifestar de qué raza de hombres es parto esta civilizacion.» Tom. I, páj. 80 y 81.

Para que esta respuesta sea incontestable, falta probar que los malos gobiernos, las relijiones absurdas, los hábitos viciosos, las leyes inicuas y los idiomas mal formados han sido siempre el patrimonio esclusivo de determinadas razas; pues si en todas épocas y en situaciones diversas se encuentra igual ignorancia, los mismos errores, los propios vicios y los mismos delitos; si existen aun en el dia naciones enteras que pertenezcan á la raza que se cree la mas cabal por su naturaleza, en órden á costumbres é intelijencia, y que en la escala de la civilizacion estén mucho mas bajas que muchas naciones pertenecientes á otras razas, me parece obvio que la respuesta del Sr. Dunoyer nada prueba.

Estas investigaciones sobre las diferencias características de las razas son tan arduas como importantes: un sin número de causas influyen en el estado social de las naciones, y no pueden existir ciencias morales ó políticas, si no se conocen las relaciones que median entre cada una de dichas causas y los efectos que producen: pero las indicadas causas ¿obran en el mismo sentido, y con igual poderío en los hombres de todas razas? ¿Contribuirá en igual proporcion á la perfeccion de un pueblo de raza mogola que en otro de raza caucásica el descubrimiento de una verdad trascendental para la prosperidad pública? ¿producirán igual efecto en los pueblos de raza americana que de raza malaya, los errores que en las ciencias morales conspiran á depravar á los hombres de raza mogola? ¿existe en los hombres de todas las razas la facultad que tenemos de inquirir ó hallar la conexion que media entre una causa y su efecto? ¿son comprendidas, descubiertas ó practicadas por unos pueblos las verdades que pueden comprender, descubrir ó practicar los otros?

Si las causas que obran sobre una raza no produjesen sobre otra los mismos efectos, seria necesario tratar separadamente de cada una de ellas, y que cada una tuviese una ciencia y máximas propias, por cuanto los hechos observados relativamente á una, y los raciocinios que en ellos se apoyasen, nada probarian para ninguna de las otras.

Por lo demás, la idea de que una causa no produce efectos parecidos cuando obra sobre pueblos que no pertenecen á la misma raza, no seria tampoco tan nueva como parece á primera vista, pues servia y sirve aun de disculpa á los Europeos que mantienen en la esclavitud á los hombres de raza etiópica ó de raza americana. Los mismos hombres que piensan que la esclavitud de los blancos solo

vale para desmoralizarlos y apagar en ellos todo principio de pujanza é industria, no reparan en afirmar que la esclavitud de los negros es el medio mas á propósito para volverles activos é industriosos. Mirarian la esclavitud de sus paisanos como una calamidad terribilísima; pero creen, ó á lo menos publican, que los negros que cultivan las tierras de sus colonias están mejor alimentados, mejor vestidos, tienen mejores viviendas, son, en una palabra, mas felices que aquellos mismos paisanos suyos; y la razon que dan es que son esclavos.

Si los pueblos de cada raza se hubiesen mantenido en el territorio que al parecer les estaba asignado por la division del globo y la direccion de las aguas, las cuestiones sobre las diferencias de las razas no habrian tenido la importancia que en el dia; mas desde que los Europeos han invadido el continente americano, y se han cruzado con naciones de raza cobriza, sin confundirse con ella; desde que han poblado las islas que han conquistado, con familias de raza etiópica, negándoles todas las prerogativas que nos parecen inherentes á la naturaleza del hombre; desde que los Americanos del sur se han dividido en naciones independientes, compuestas de hombres de varias razas; desde que los pueblos de Europa han estendido su dominacion por una parte de Africa, por las islas del Asia, por el Indostan, y hasta por algunas naciones del Grande Océano; por último, desde que los hombres mas ilustrados de Europa y de América tienden á la abolicion gradual de la esclavitud donde quiera exista, es de sumo interés escudriñar las diferencias que median entre las diversas razas, y las consecuencias morales y políticas que deben resultar de su mezcla, tanto para las naciones de Europa como para las de los demás continentes.

En el capítulo anterior hemos visto las principales causas del esclavizamiento de los pueblos industriosos por los bárbaros, y en el siguiente verémos las consecuencias de la esclavitud: fuerza es por lo mismo examinar el cómo son modificadas estas consecuencias por la diferencia de las razas.

Desde luego podemos hacernos cargo de que cuando los hombres esclavizan á otros de su misma raza, la esclavitud no enjendra iguales efectos que cuando el amo y el esclavo pertenecen á razas diferentes. En el primer caso, ninguna señal esterior distingue á los hombres esclavizados de los libres; la clase de los esclavos no posee medio alguno para conocer su fuerza y compararla con la de sus amos. En el segundo caso, al contrario, cada cual lleva en sí y trasmite á sus descendientes las señales indelebles de la clase á que pertenece. Todo hombre que encuentra á otro, puede juzgar ya á primera vista si ha de contarle en el número de sus amigos ó en el de sus enemigos. «Guardémonos, decia un senador romano á quien propusieron distinguir á los esclavos con un traje particular, guardémonos de darles un medio de contarse y de contarnos.» Otra señal mas visible que la que temia el senador romano, existe por donde quiera hay hombres de una raza esclavizados por hombres de otra, y la misma naturaleza se ha encargado de estamparla y perpetuarla.

Hasta en los paises donde la esclavitud doméstica está casi abolida, pero donde existen en el mismo suelo hombres que no pertenecen todos á la misma raza, es imposible que tal cruzamiento ú confusion deje de tener consecuencias en moral y en política, sobre todo si es cierto, cual piensan algunos escritores, que los hombres de todas las razas no son capaces del mismo desarrollo intelectual y perfeccion moral. Una diferencia de costumbres y de capacidad no puede menos de producir otras en la crea-

cion y distribucion de las riquezas, en el aumento de las diversas partes de la poblacion, en la division y equilibrio de los poderes políticos, y por consiguiente en la lejislacion, en la naturaleza y en los efectos del gobierno. Si á las diferencias físicas, tan propias para perpetuar las antipatías nacidas de la conquista, llegan á juntarse las diferencias de intelijencia, de costumbres y de riquezas, muy arduo será establecer esa igualdad á que propenden todos los pueblos de Europa, y que existe entre los blancos de las repúblicas americanas. Si no hay igualdad entre las razas, ¿cómo evitarémos los celos, las antipatías y los odios que naturalmente deben resultar de la dominacion de unos sobre otros? ¿cómo cabe que estas diversas pasiones no enjendren tarde ó temprano la opresion y sus vicios concomitantes (1)?

Estas cuestiones no interesan solamente á las nuevas repúblicas de la América del sur, sino tambien á los pueblos del Canadá, donde se encuentran igualmente barajados hombres de diversas razas; interesan tambien á todos las colonias que han establecido los Europeos en las islas de América ó del Asia; interesan á la par á la inmensa poblacion del Indostan; y por último á los mismos pueblos de Europa, pues del hábito que adquieren los mas poderosos de oprimir de lejos á naciones de razas diferentes, nace el hábito de oprimir á pueblos vecinos de la misma raza, y quizás á sus propios conciudadanos.

(1) No se me oculta que las consecuencias buenas ó malas de cierto órden de hechos nada prueban contra la existencia de estos: así es que no hago estas observaciones para establecer la igualdad de las razas entre sí, sino tan solo para dar á entender que, en cuestiones de esta naturaleza, no se deben afirmar las cosas con lijereza, siendo muy cuerdo dejar en duda lo que no está demostrado por la ciencia. Es fuerza resignarse á confesar que se ignora lo que no se sabe.

Un sabio Inglés que ha hecho numerosas indagaciones sobre la naturaleza de las diversas razas de hombres, ha creido que los pueblos de raza caucásica son superiores á todos los demás por su constitucion física, por sus facultades intelectuales y por sus facultades morales. Y ha visto las causas de su superioridad adquirida, no en circunstancias locales, como la naturaleza ó esposicion del suelo, el curso y calidad de las aguas, la temperatura atmosférica, la salubridad del ambiente, y otras análogas, sino en la naturaleza misma de la raza. Todas las circunstancias físicas, cuyo influjo en la suerte de las naciones nos ha parecido tan estenso, ni siquiera han llamado su atencion, pues para nada las cuenta. Por lo demás, este descuido le ha hecho caer en yerros que á menudo tendré ocasion de manifestar, defraudándole del carácter de un sabio que busca la verdad, y dándole las apariencias de un abogado que defiende una causa en la cual se cree interesado (1).

Para establecer que los pueblos de todas las razas no son capaces de igual desarrollo intelectual y de la propia perfeccion moral, se han hecho dos especies de raciocinios. En primer lugar se han comparado algunos órganos físicos de los pueblos de raza caucásica con los órganos físicos correspondientes de los pueblos de las demás razas, creyéndose ver que la organizacion de los primeros era superior á la de los segundos; y de ahí se ha sacado la consecuencia que la intelijencia y las costumbres de aquellos eran superiores á las de estos. Hanse comparado en segui-

(1) Es justo sin embargo decir que W. Lawrence, cuando entra en el exámen de las diferencias intelectuales y morales que existen, segun él, entre las diversas razas de hombres, confiesa que sus investigaciones sobre el particular nunca han sido muy profundas, y que va á tratar un asunto que casi le es desconocido.

da las costumbres y obras de las naciones de raza caucásica con las costumbres y obras de las naciones de otras razas, hallando que las primeras sobrepujaban á las segundas; y de este hecho se ha inferido que estas eran inferiores por su propia naturaleza, é incapaces por consiguiente de llegar al mismo grado de perfeccion que aquellas.

En estos raciocinios hay dos órdenes de hechos que importa deslindar: los relativos á la organizacion física de los pueblos de cada raza, y los concernientes á los progresos morales é intelectuales de unos y otros. Los hechos del primer órden se consideran á la vez como causas y señales de la mayor ó menor capacidad de cada raza. Los hechos del segundo órden se miran como efectos y señales de la misma capacidad. Dos preguntas hay que hacer acerca de estos dos órdenes de hechos: la primera, si han sido bien observados, y si han entrado todos en cuenta; y la segunda, si, suponiéndolos todos bien observados, se les puede considerar como causas ó como efectos del fenómeno cuya existencia se trata de establecer.

Antes de engolfarnos en esta discusion, debo advertir que no me propongo probar que los pueblos de todas las razas sean capaces de iguales grados de desarrollo, ni escudriñar las diferencias esenciales que median entre los hombres de cada raza. Se me hace muy cuesta arriba creer que ninguna de estas dos cuestiones pueda ser resuelta de un modo satisfactorio; mas suponiéndolas capaces de cabal solucion, estoy muy convencido de que faltan muchos elementos necesarios. Lo único que me propongo es examinar si está probado, cual se supone, que las diferencias intelectuales y morales observadas entre ciertas naciones dependan esclusivamente de una diferencia de raza. En seguida verémos qué consecuencias pueden tener, en sus

costumbres y en su desarrollo intelectual, las diferencias físicas que se observan en unas y otras, cuando, de resultas de la conquista ó de la esclavitud, se barajan las naciones entre sí.

Ya hemos observado que nuestros órganos físicos son los primeros instrumentos que pone la naturaleza al servicio de nuestra intelijencia; y de este hecho hemos inferido que el individuo á quien ha dotado de mejores órganos, es quien, en igualdad de circunstancias, puede hacer mas progresos. Trátase pues de saber cuál es la raza dotada de mejor organizacion física, cuál la que tiene mejor oido, mejor vista, mejor olfato, manos mas flexibles, tacto mas fino, piernas mas ájiles, y músculos mas robustos.

CAPITULO XVII.

Relaciones observadas entre las diversas razas.—Continuacion del capítulo anterior.

Léese, en las relaciones de muchos viajeros, que los pueblos de las razas malaya, mogola, etiópica y americana, ven, oyen y sienten mejor que los pueblos de raza caucásica; léese tambien que tienen las estremidades formadas del mismo modo que nosotros, pero con mayor delicadeza. Pero en ninguna obra, ni aun en las de los escritores que consideran la raza caucásica como naturalmente superior á todas las demás, se encuentra ninguna observacion de la cual se pueda inferir que nuestros órganos esternos sean superiores á los de los pueblos de las demás razas. Si, cual yo pienso, la superioridad de los órganos de la vista, oido y olfato, que se cree haber observado en los pueblos de razas de color, es mas aparente que real, es cierto á lo menos que nadie ha notado que los pueblos de raza caucásica lograsen en el particular ninguna superioridad sobre las demás.

Si en vez de considerar separadamente cada uno de los

órganos esternos del hombre, se contempla el individuo físico en su totalidad, échase de ver que todas las razas varian á corta diferencia de un mismo modo. Hay sin embargo ciertas diferencias entre unas y otras; los pueblos de raza mogola son los mas bajos; los mas altos de entre ellos no pasan de la estatura de los individuos mas pequeños de la raza malaya y de los medianos de las otras; y al contrario, los pueblos de raza malaya son los mas altos y mejor constituidos. En otras razas, se podrian encontrar algunos individuos tan bien constituidos y tan altos como cualquiera de los primeros; mas no fuera dable encontrar poblaciones enteras comparables á los Hércules, á los Antínoos, á los Ganímedes. El pasmo que ha causado en todos los viajeros la vista de algunos de dichos pueblos, prueba que aventajan á los Europeos mejor constituidos por su estatura y sus bellas proporciones. Los hombres de aquella raza, situados en las tierras menos fértiles y en el clima mas riguroso, son todavía mas hermosos que los Europeos. Los habitantes de Nueva Zelandia, que son los Malayos mas miserables, aventajan de mucho en talla y fuerza á los pueblos mas miserables de Europa (1).

La estatura media de los pueblos de raza americana es igual á la media de los Europeos y de los negros: entre ellos se encuentran tribus que aventajan al parecer las proporciones comunes entre nosotros. Quizás seria difícil encontrar en Europa pueblos enteros cuya estatura ordinaria fuese mayor de seis piés; pero tambien es cierto que con dificultad se encontrarian entre los Europeos pueblos tan bajos ó tan mal conformados como los habitantes de la Tierra de Fuego. ¿Débese inferir del último de estos fenómenos que los pueblos de raza americana son mucho mas capaces de menoscabo físico que los de raza caucásica? No lo creo.

(1) W. Lawrence dice sin embargo que en la raza caucásica se encuentran pueblos tan hermosos como los mas hermosos de los Malayos, pero no tan miserables; y cita, en prueba de su aserto, á los habitantes de la Tierra de Van-Diemen y de Nueva Holanda, los cuales no pertenecen á la raza malaya. Los pueblos negros diseminados por algunas islas del Océano Pacífico no solo difieren de los Malayos por su constitucion física, sino tambien por el idioma.

Para concluir de este hecho que los hombres de raza cobriza pueden descender mas que los otros en la escala de la civilizacion, serian menester á lo menos tres condiciones: primera, que se hubiese encontrado un pueblo de raza europea en una posicion tan desfavorable para su desarrollo como la Tierra de Fuego para sus habitantes; segunda, que estuviese probado que los dos pueblos tenian fuerzas y dimensiones análogas cuando llegaron al pais donde se habian observado; tercera, que las mismas causas hubiesen obrado sobre los dos por igual espacio de tiempo. Pero es discurrir con poca exactitud el pretender que los pueblos de raza americana sean mas capaces de menoscabo que los de raza caucásica, porque los primeros, cuando son mas miserables que los segundos, caen en una degradacion mas profunda. La única conclusion razonable que se podria sacar de estos hechos, es que causas semejantes producen en los hombres de ambas razas efectos análogos.

Entre los hombres de raza etiópica, se encuentran tribus de tan alta estatura como los que pertenecen á la raza europea; pero hállanse tambien otras mas bajas. Las causas de ser unas altas y bajas otras, ¿están en la naturaleza de los individuos ó en la del suelo en que viven? ¿son los Bosjesmanes inferiores á los hombres mas bajos de la raza caucásica, porque su raza es mas capaz de dejeneracion, ó

porque su territorio les ofrece menos subsistencias? ¿nos son inferiores porque forman una raza particular, ó por otras causas desconocidas? Muchas son probablemente las que han contribuido á darles las dimensiones que les señalan los viajeros; pero es difícil creer que la naturaleza de su suelo, su posicion jeográfica y su réjimen de vida, no hayan contribuido en algo, cuando vemos que son los hombres mas bajos de su raza, á la par que los mas miserables.

Así pues, considerando la organizacion esterior de los hombres de cada raza, vemos que los instrumentos físicos de que puede disponer la intelijencia de cada una de ellas, alcanzan á corta diferencia igual perfeccion ó la misma pujanza. La raza caucásica, mirada como la mas capaz de desarrollo, no muestra ninguna superioridad sobre las demás, ni en el órgano de la vista, ni en el oido, ni en el olfato, ni en el tacto. Si en algunas se encuentran individuos, ó quizás tribus enteras, superiores ó inferiores por sus dimensiones á los individuos ó rancherías de otras, parece que no se puede sacar de estas diferencias ninguna conclusion relativa á la intelijencia y costumbres de algunas de ellas. La intelijencia de los animales no está en razon de su mole; y comparando entre sí hombres de la misma raza, no vemos que un individuo de seis piés sea mas capaz de perfeccion intelectual ó moral que otro de cinco y medio; y tampoco vemos que el primero pueda dar á sus órganos físicos aquella especie de perfeccion que consiste en ejecutar ciertas operaciones.

Si la intelijencia de todos los pueblos, cualquiera que sea su raza, está provista de los mismos instrumentos físicos, ¿cuáles son las partes de los mismos donde se deben ir á buscar las causas de las diferencias de costumbres y de desarrollo intelectual que se cree existir entre ellos? Estas causas no pueden hallarse mas que en la misma índole de

sus facultades intelectuales, ó en la capacidad de sentir con mayor ó menor intension, por mas ó menos tiempo, ciertas impresiones. Trátase pues de saber si median entre los pueblos de las diversas razas diferencias esenciales, ya en la naturaleza, fuerza ó estension de sus órganos intelectuales, ya en la naturaleza, fuerza ó direccion de sus pasiones.

Todos concuerdan en mirar el celebro como asiento de nuestras facultades intelectuales, y segun aquel órgano sea mas ó menos desarrollado, se juzga si un individuo es mas ó menos capaz de perfeccion, habiéndose llegado á esta consecuencia, comparando entre sí, no solo á individuos de la misma raza, sino á animales de razas y aun jéneros diferentes. Se han parangonado pues hombres de diversas razas, y se ha creido ver que los pertenecientes á la raza caucásica tenian el celebro mas desarrollado que los individuos de las otras razas: de ahí se ha sacado la consecuencia que los primeros son mas perfectibles que los segundos.

Para que este raciocinio fuese cabal, se hubieran requerido mas comparaciones, y tomar sobre todo los promedios en cada raza, ó á lo menos no comparar los estremos de una sino con los estremos correspondientes de otra: mas no se ha procedido de este modo. Las comparaciones hechas son poco numerosas, á lo menos respecto de algunas razas; y basta mirar las láminas con que han adornado sus obras algunos zoólogos, para convencerse de que han parangonado el estremo de una raza con el estremo opuesto de otra, describiendo, por ejemplo, un celebro muy desarrollado de la raza caucásica, al lado de un celebro muy menguado de la raza etiópica (1). Si-

(1) Véanse las láminas de la obra de W. Lawrence, copiadas de las que dió Blumenbach.

guiendo un método contrario, no me cabe duda en que se podria probar fácilmente que los negros están mejor organizados que los pueblos de todas las demás razas.

Los caracteres que señalan los fisiólogos á los pueblos de raza negra, son: cráneo comprimido por los lados y aplanado por delante; frente baja, estrecha é inclinada hácia atrás; mandíbulas estrechas y prominentes; incisivos superiores situados oblicuamente; barba tirada adentro, y ojos salidos. Es indudable que se pueden encontrar individuos y quizás pueblos á quienes cuadran estos caracteres; pero no cabe confundir con ellos á los Cafres, de frente levantada, que algunos viajeros han considerado como de la misma familia que los Arabes, y cuyas mujeres serian hermosas al lado de las Europeas: ni tampoco se puede reconocer en dichos caracteres á los Mandingas, los Koromantines y los Mozambiques, quienes, segun afirma un viajero, tienen la cabeza y lo restante del cuerpo tan bien formado como los pueblos de Europa, y cuyo ángulo facial pasa en algunos de ochenta grados (1). Sin duda fuera poco exacto caracterizar la raza entera por los rasgos particulares de estas tribus que mas se desemejan. Para no caer en ningun estremo, seria necesario tomar el término medio; mas para encontrarlo, convendria tener datos positivos acerca de cada una de las variedades de que se compone toda la raza; y este es un resultado de que todavía están los sabios muy distantes.

Segun Blumenbach y Lawrence, los pueblos de raza malaya tienen la cabeza algo estrecha; pero este hecho no me parece bien compulsado: aquellos sabios han juzgado al parecer de la raza entera por un corto número de individuos, y comparando hombres adocenados con hom-

(1) Dauxion Lavaysse, t. I, cap. VI, páj. 243 y 244.—Véase anteriormente, t. II, lib. III.

bres de la raza caucásica perfectamente organizados. He leido con mucha atencion todo lo que los viajeros, reconocidos por mas atinados observadores, han escrito sobre los numerosos pueblos que pertenecen á esta raza, y no he encontrado en ellos ninguna observacion de la cual se pueda deducir que sus órganos intelectuales estén menos bien formados que los de los pueblos de Europa. Al contrario, he visto que todos han admirado la belleza de sus proporciones, habiendo observado entre ellos formas que nos hemos acostumbrado á mirar como ideales, por cuanto nuestra raza no nos las presenta tan hermosas; en muchos individuos, la regularidad de las facciones y la bella forma de las cabezas ha sido objeto de su admiracion (1). No hay duda que aun cuando la belleza de las proporciones sea uno de los caracteres de los pueblos de esta raza, no existe igualmente graduada en todos: los habitantes de las islas Sandwich y algunos de los de la Nueva Zelandia, son inferiores de mucho á los de las otras islas; pero es imposible que se hayan fijado los caracteres propios para distinguir la totalidad en vista de un corto número de individuos de los primeros tomados á la aventura (2).

Los pueblos de raza mogola son descritos con cabeza

(1) «Las mujeres son en jeneral muy hermosas; *su cabeza sobre todo es admirable*; tiénenla bien proporcionada.» Krusenstern, t. I, cap. IX, páj. 206.—Véase á Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. II y IX, páj. 97 y 206.—Rollin, *Viaje de La Perouse*, t. IV, páj. 420; y *supra* t. II, lib. III, cap. VII, páj. 142, 143 y 144.

(2) El rey de las islas Sandwich y muchos de sus cortesanos visitaron la Inglaterra en 1824; pero nadie que yo sepa observó que tuviesen el celebro menos desarrollado que los personajes correspondientes que hay en los pueblos europeos. Adviértase además que de todos los pueblos de raza malaya, los de las islas Sandwich, son aquellos cuya organizacion se ha encomiado menos.

gruesa y cuadrada; pero en los viajeros que les han visitado no se encuentra casi ningun dato acerca del tamaño comparativo de su órgano cerebral. Algunos dicen que las tribus que han visitado tienen la frente pequeña y baja, pero sin indicar si las otras partes están mas ó menos desarrolladas; otros aseguran que son estremadamente feos, pero no dan ninguna indicacion capaz de hacer juzgar si poseen una intelijencia capaz de gran desarrollo (1).

Los pueblos de raza americana son los que realmente parecen tener el celebro menos desarrollado que los pueblos de las otras razas: en esto convienen á lo menos la mayor parte de los viajeros. Sin embargo, si se compara el número de los viajeros que no han observado en los indíjenas de América esa compresion del celebro que se considera como uno de sus caracteres distintivos, con el número de aquellos que lo han notado, se verá que el primero es muy corto comparativamente al segundo. Quizás hay fundamentos para creer que los que han mirado la falta de desarrollo del celebro como uno de los caracteres distintivos de la raza americana, han aplicado á las numerosas tribus que no conocian, los rasgos que habian observado en el corto número de las que habian visitado, si entre ellos no se contaban algunos naturalistas cuyo testimonio inspire confianza (2).

Si atendemos ahora á que en todas las razas, escepto

(1) Véase Chardino, t. III, cap. XI, páj. 303 y 304.—Macartney, *Viaje á Siria y Tartaria*, t. III, cap. IV, páj. 257.—Barrow, *Viaje á China*, t. I, cap. II, páj. 78 y 79.—King, *Tercer Viaje de Cook*, t. VIII, lib. VI, cap. VII, páj. 63 y 64.—La Perouse, t. III, cap. XVIII, XX y XXII, páj. 75, 104, 105, 125, 128 y 193.—Rollin, *Viaje de La Perouse*, t. IV, páj. 90, 91, 92 y 99.—Thunbergo, cap. XIII, páj. 411 y 412.

(2) El Sr. Alejandro de Humboldt.

quizás la última, se encuentran pueblos cuyos órganos intelectuales están igualmente desarrollados; que en todas, sin escepcion, los órganos de la vista, del oido, del olfato y del tacto tienen la misma finura ó igual delicadeza; y que entre las razas tenidas por mas perfectibles, se hallan naciones tan bárbaras, viciosas y esclavas, como entre las razas tenidas por mas capaces de perfeccion, se echará de ver que en el actual estado de conocimientos es muy arduo y tal vez imposible determinar el grado de civilizacion á que puede alcanzar cada raza. Y si es imposible señalar el punto donde tiene que detenerse cada raza por efecto de su propia naturaleza, no me parece posible determinar el grado de perfectibilidad que cabe á cada una. ¿Cuál es el órden de verdades intelijibles para ciertas razas, y que nunca estarán al alcance de los pueblos de razas diferentes? ¿cuál es el órden de operaciones practicables por los órganos de tales pueblos, que no pueden serlo jamás por los órganos de tales otros? ¿cuáles son los vicios, cuáles las virtudes reservades para tales ó cuales pueblos, y que son consecuencia natural de tal ó cual organizacion? Nadie sabrá decírmelo.

Los pueblos de las diversas razas podrian, no hay duda, aunque dotados de una organizacion semejante, á lo menos en la apariencia, no estar dotados del mismo grado de sensibilidad; podrian no tener igual pujanza, ó no estar afectados por las mismas pasiones: pero nunca se han hecho observaciones propias para confirmar semejante conjetura. Al contrario, hemos visto que en circunstancias análogas, los pueblos de todas las razas manifestaban las mismas pasiones; y cuando les ha movido un mismo interés, hemos encontrado en todos igual enerjía. Cuando compararé las costumbres, las leyes y la intelijencia de los pueblos en las diversas épocas de su civilizacion, se verá

que todos son al parecer capaces de las mismas pasiones y de la propia pujanza; y que si las diferencias físicas que se notan entre las razas producen otras en las afecciones, aun no ha sido posible apreciarlas debidamente (1).

Así, partiendo de las comparaciones que se han hecho entre la constitucion física, la sensibilidad y las afecciones morales de cada raza, con la constitucion física, la sensibilidad y las afecciones morales de las otras, es imposible descubrir si todas son igualmente perfectibles, ó si, por su propia naturaleza, están algunas condenadas á ser eternamente inferiores á las demás; es imposible sobre todo determinar el punto de civilizacion ó de perfeccion en que deben pararse los pueblos de tal raza, y el punto á que deben llegar los de tal otra. Los hechos que se han observado acerca de la constitucion física y de las facultades intelectuales y morales de los pueblos de las diversas razas, son todavía muy pocos, sobrado individuales é

(1) Muchos escritores han creido que los pueblos de raza americana no podian adquirir el mismo grado de intelijencia que los pueblos de las otras razas; pero Azara es, segun creo, el único que ha pretendido que no están dotados del mismo grado de sensibilidad física. Esta cuestion de la mayor ó menor sensibilidad de cada individuo ú de cada raza, es quizás otra de las de imposible solucion. Los hombres se muestran mas ó menos sensibles al dolor, segun están habitualmente espuestos á mas ó menos riesgos. Los salvajes, y los esclavos sujetos á amos crueles, parecen en jeneral poco sensibles á los males que les afectan, no porque les sea natural el no sentirlos, sino porque conocen el dolor y les es ya familiar. Los entusiastas y los hombres dotados de gran fuerza de carácter, se manifiestan tambien poco sensibles al dolor, pero es por otras causas. Azara dice que los indíjenas de América son tan insensibles, que no se quejan cuando se les da la muerte. Con efecto, es fuerza admitir que su resignacion prueba su insensibilidad, pues á no ser así, probaria el rigor del estado del cual les libra la muerte.

inciertos, para que de ellos se puedan sacar consecuencias jenerales, sobre todo cuando se trata de condenar poblaciones enteras á una eterna barbarie (1).

(1) Si la cuestion sobre la mayor ó menor perfeccion de que son capaces las diversas razas de hombres no fuese mas que una cuestion de vanidad, no valdria la pena de ventilarla. Para hacerse cargo de las consecuencias que puede tener un falso sistema sobre este punto, no hay mas que ver lo que dejo sentado acerca del influjo de los sofismas y de los falsos sistemas.

He dicho anteriormente que los fisiólogos que han comparado el desarrollo cerebral de los pueblos de raza caucásica con el de los pueblos de otras razas, habian comparado estremos opuestos, y he citado las láminas que Lawrence sacó de Blumenbach. Para convencerse de esta verdad, basta comparar las referidas láminas con la coleccion de cráneos que hay en el gabinete anatómico del *Jardin de Plantas*.

CAPITULO XVIII.

Errores de algunos escritores en órden á las relaciones que existen entre las diversas razas de hombres.

Hay un segundo órden de hechos con los cuales se quiere probar que los pueblos de razas de color son naturalmente menos capaces de perfeccion que los de raza caucásica; y son, por una parte, los progresos que estos realmente han hecho, y por otra, los vicios y la barbarie que se creen particulares á aquellos. Preténdese que si no hubiese estado en la naturaleza de los pueblos de raza caucásica el ser mas perfectibles que los otros, no se hubieran mostrado constantemente superiores. Y aquí se pregunta: ¿porqué en las revoluciones que han ajitado al mundo, nunca ha sucedido que una de las razas de color se mostrase superior á los caucásicos? ¿porqué todas las obras de injenio se han de encontrar en una sola raza, y ninguna en las otras cuatro?

Para sentar que los pueblos de raza caucásica son naturalmente mas capaces de perfeccion que los de las demás razas, se aducen consideraciones de otro órden. Ob-

sérvase que en nuestras colonias basta un corto número de blancos para mantener sujetos á una inmensa multitud de negros, y añádese que un corto número de negros no bastaria para dominar á una multitud de blancos; que ha bastado un puñado de aventureros europeos para volcar los imperios fundados por pueblos de raza americana, y subyugar naciones enteras; que los pueblos de Europa establecidos en América al lado de los indíjenas progresan rápidamente, al paso que estos, lejos de imitarles, no solo no han dado un paso, sino que han caido en la mas profunda degradacion; que los Chinos, que son los pueblos de raza mogola mas adelantados, se hallan estancados hace mas de 4000 años; y por último, que nunca se han visto pueblos de raza caucásica, aun en su estado mas bárbaro, tan profundamente degradados y completamente embrutecidos como algunos de las otras razas (1).

Si en vez de ventilar la cuestion que nos ocupa, como problema de partido, se hubiese discutido como cuestion de ciencia; y si se hubiese indagado en qué difieren y en qué se asemejan las razas, en vez de atenerse esclusivamente á probar la superioridad de una sola sobre todas las demás, no dudo que se hubieran evitado muchos errores que se han cometido. Hubiérase comprendido al menos que la mayor parte de los hechos, considerados como decisivos, no solo nada probaban en favor de la tésis que se sustentaba, sino que, en caso necesario, podian servir para probar la contraria; y hubiérase comprendido sobre todo que, cuando se quiere sentar una verdad, no

(1) Todos estos argumentos en favor de la superioridad de los pueblos de raza caucásica han sido aducidos por W. Lawrence, profesor inglés de mucho mérito. Puédense ver en una obra que publicó no hace muchos años con el título de *Lectures on physiology, osteology and the natural history of man*, páj. 481, 482 y sig.

hay que valerse de raciocinios que mutuamente se destruyen.

Para probar que tal efecto es la consecuencia de tal causa, no basta probar la existencia del primero y de la segunda, sino tambien la conexion que media entre los dos, ó establecer que no han existido otras causas. Así, para sentar que los pueblos de raza caucásica son naturalmente mas perfectibles que los otros, no basta probar que pertenecen á tal raza y que han hecho tales progresos, sino que los han hecho porque pertenecen á tal raza, ó bien que la única causa de sus progresos ha estado en su propia naturaleza, y no han padecido otra clase de influjo: pero ninguna de estas dos proposiciones ha sido jamás demostrada.

Los progresos de algunos pueblos europeos y el estancamiento ú la marcha retrógrada de algunos pueblos de las otras razas, son sin duda fenómenos asombrosos; pero no lo son mas que el modo con que se han repartido por la haz del globo las diversas razas de hombres, ni mas tampoco que tantos otros fenómenos inesplicables por la diferencia de razas. Si nos preguntasen porqué los pueblos de raza negra ocupan el Africa y la Nueva Holanda, y no la Europa; porqué los pueblos de raza cobriza se han hallado en América mas bien que en Asia; porqué los pueblos de raza caucásica han sido colocados en Europa mas bien que en Africa ó en Nueva Holanda; porqué en la Tierra de Fuego se han encontrado pueblos cobrizos mas bien que pueblos blancos ó negros; ó porqué no se han encontrado los pueblos de todas las razas igualmente diseminados por todos los continentes, con dificultad sabríamos qué responder, y es probable que la diferencia de las razas no resolveria la cuestion. Es de advertir por otra parte que el mismo raciocinio que se emplea para

probar que los Europeos son de suyo mas perfectibles, probaria tambien que en la misma raza hay pueblos mas perfectibles que otros. Si se comparase lo que ha producido el injenio de los pueblos de Italia con lo que ha producido el injenio de los pueblos de Hungría, Polonia, Curlandia ó Rusia, hallaríamos una diferencia tan notable como la que media entre los Europeos y los Asiáticos. Si comparásemos el impulso que ha dado á las artes y ciencias la corta ciudad de Jinebra, con los progresos que debemos á la capital del imperio austríaco, mayor aun seria la diferencia. Y ¿hay que inferir de esto que uno de los dos pueblos sea naturalmente mas perfectible que el otro?

Quiérese probar con dos órdenes de hechos que los pueblos de raza caucásica son mas capaces de perfeccion que los otros: primero, por la organizacion, ó, mejor dicho, por el desarrollo del encéfalo; segundo, por los progresos que realmente han hecho. Si estos hechos son pruebas para la raza caucásica, deben serlo igualmente para todas las demás. Dejemos pues á un lado por un momento á los Europeos y á las colonias que han formado; comparemos entre sí á los pueblos de las otras razas, y veamos si los dos órdenes de hechos por los cuales probamos la superioridad de nuestra naturaleza, pudieran tambien servir de prueba para los pueblos que difieren de nosotros.

Segun relato de todos los viajeros, los pueblos de raza malaya son los que tienen el órgano encefálico mas desarrollado; son tambien los mas altos, los mas robustos, los mas bien formados, en una palabra, los mas hermosos. Los pueblos de raza mogola, al contrario, son, segun informes, los que tienen el celebro menos desenvuelto; son gruesos, bajos, feos y mal proporcionados. En la cabeza de los Malayos dominan los órganos de la intelijencia, y

en la del Mogol los de la animalidad. Así pues tenemos un primer órden de hechos que prueba evidentemente que los pueblos malayos son por naturaleza mas capaces de perfeccion física, moral é intelectual que los pueblos de raza mogola.

Pero, en los siglos mas remotos, los Indios, los Chinos, los Japoneses, los Persas y otros pueblos de raza mogola habian hecho ya inmensos progresos en la civilizacion; cultivaban la mayor parte de las artes que conocemos; poseian los elementos de las ciencias; tenian costumbres suaves y sabias leyes, comparativamente á lo que mas tarde hemos visto aun en pueblos de raza caucásica. Los pueblos malayos, al contrario, parece que nunca han salido de la barbarie: la labranza, único arte que conocen, se reduce en su pais al cultivo de tres ó cuatro plantas; están en perpétua y mútua guerra, y los mas devoran aun á sus prisioneros. He aquí un segundo órden de hechos que prueba tan á las claras como el primero, que los pueblos de raza malaya son menos capaces de perfeccion moral é intelectual que los de raza mogola.

En este paralelo no se contrapone una tribu á otra, sino toda una raza á otra; pues si se comparan las clases correspondientes en las dos, es decir, las mas civilizadas de la una con las mas civilizadas de la otra, y las mas bárbaras de esta con las mas bárbaras de aquella, se verá que la superioridad intelectual y moral está casi siempre en favor de la raza mogola. De estos dos órdenes de hechos, ¿cuál será terminante? pues aquí no cabe aducir simultaneamente los dos.

Si en vez de comparar los Malayos con los Mogoles, los comparamos con los Etíopes ó con los indíjenas de América, llegarémos á resultados análogos. A menudo encontrarémos el desarrollo de los órganos de la intelijencia en

un lado, y la perfeccion intelectual y moral en otro. Segun testimonio de los viajeros, los pueblos de raza cobriza tienen el celebro menos desarrollado que los Malayos, y menos aun que la mayor parte de los negros. Sin embargo, cuando la invasion de América, los pueblos mas civilizados de aquella raza estaban á lo menos tan adelantados como cualquiera de las tribus malayas ó etíopes. En ninguna de las islas del Grande Océano se han encontrado tribus tan civilizadas como los Mejicanos y Peruanos en la época de su dominacion por los Españoles. Por último, los negros, colocados por algunos escritores en la última fila de la intelijencia, nunca al parecer han tenido costumbres tan bárbaras como la mayor parte de los pueblos malayos, colocados inmediatamente despues de los caucásicos.

Un raciocinio sobre la naturaleza del hombre es malo, si no le falta, para probar lo contrario de lo que se quiere establecer, mas que haber sido hecho algunos siglos antes; y tal es sin embargo el que se hace cuando se quiere establecer la superioridad de la raza á que pertenecemos. Dícese, en efecto, que los pueblos de raza caucásica son mas perfectibles que los de las otras razas, y la razon que se da, es que verdaderamente han hecho mas progresos, y que cuentan mayor número de hombres de talento; pero estos pueblos no han sido siempre los mas adelantados, y no en todas las épocas han contado el mayor número de hombres descollantes en las artes ó en las ciencias. Al contrario, todos los pueblos pertenecientes á esta raza se hallaban sumidos en la mas profunda barbarie, cuando los Chinos, los Indios, y probablemente tambien los Persas, habian hecho ya inmensos progresos (1).

(1) Se dice que los Indios de las altas castas pertenecen á la raza caucásica: si así es, deberíamos inferir que aquel pais ha sido subyugado por hombres de la misma raza que los Europeos, y que los conquistadores son quienes han dividido la poblacion en diversas castas. Pues bien, semejante réjimen, lejos de promover los progresos del espíritu humano, solo vale para atajar á un pueblo.

Considérase el estancamiento de los Chinos como una prueba de la inferioridad de su especie: hace 4000 años, se dice, que no han adelantado un paso; pero ¿qué inferirémos de eso, sino que estaban ya mas avanzados en la civilizacion antes de que diesen el primer paso los pueblos de raza caucásica, y que eran cultos mil años antes de que los pueblos de Europa hubiesen producido un solo hombre de injenio? Si algun tiempo antes de la aparicion de Homero, hubiesen los Chinos hecho sistemas sobre las diferencias de las razas, ¡con cuánta facilidad hubieran probado la superioridad de la suya sobre la nuestra! Por su parte, ¡qué antigüedad de civilizacion! ¡qué antigüedad de barbarie por la nuestra! ¡qué escasez de hombres de talento! Se han encallado, dicen. Quizás no está esto bien probado; pero aun admitido el hecho, no tengo por demostrado que necesitasen mas injenio para llegar del punto que han alcanzado al en que se encuentran algunos pueblos de Europa, del que necesitaron en otro tiempo sus antepasados para llegar del estado en que vemos á los habitantes de las islas de los Zorros, al punto en que suponemos que se han estancado los Chinos. No faltan por otra parte ejemplos de pueblos de raza caucásica que se han parado ú retrogradado tal vez hácia la barbarie. Los pueblos que habitan el suelo de la antigua Grecia, del Asia Menor, de las costas septentrionales del Africa y del Ejipto, desde la época en que fueron avasallados por los Romanos, ¿han marchado acaso por la carrera de la civilizacion con paso mas veloz que los Chinos? Los Calmucos,

de cara ancha y frente hundida, no han pasado mucho, se dice, de la vida nómade; convengo en ello; pero los Beduinos, de cara ovalada y frente alzada, ¿han pasado mucho mas allá? Si los primeros existen en mayor proporcion en la raza mogola, que los segundos en la caucásica, ¿débese atribuir por ventura á la diferencia de las razas, ó á la diferencia que media entre la estension de las estepas del centro del Asia y la estension de los desiertos de Arabia? Si el suelo de Europa hubiese sido en todo parecido al suelo del desierto de Cobi, y si los Calmucos hubiesen sido colocados en un territorio parecido al nuestro, probablemente harian hoy acerca de nosotros los mismos raciocinios que en órden á ellos hacemos (1).

Cuando á mediados del siglo último un viajero filósofo recorrió una parte considerable del imperio chino, no pudo ver sin admiracion la agricultura, las costumbres, las leyes y el gobierno de aquel pais: nada comparable habia visto en ningun otro pueblo del mundo. La larga estancia que hizo en él, las relaciones que en el mismo formó, y sobre todo un perfecto conocimiento del idioma, dan á su testimonio mas peso del que nunca puede tener el de los negociantes que solo son admitidos en los puertos, ó el de los embajadores á quienes se mantiene como

(1) Un medio habria para esplicar el cómo las razas de mejor organizacion intelectual han estado sin embargo mas atrasadas que nosotros; y el cómo las naciones de raza caucásica y malaya no empezaron á progresar hasta mucho tiempo despues de civilizados los pueblos de raza mogola. Este medio seria decir que las razas no fueron creadas todas en una misma época, y que las dotadas de mejor organizacion no recibieron la existencia hasta mucho tiempo despues de las otras: pero, ¿cabe probar este hecho? Dejo la solucion del problema á los sabios; pero mientras no esté resuelto, mal pleito llevan los que pretenden que los adelantos han estado siempre en favor de la raza que tenia tal ó cual organizacion.

incomunicados. Pues bien, segun este testimonio, es dificil considerar la inferioridad moral é intelectual que se achaca á la raza á la cual pertenecen los Chinos, como un hecho irrevocablemente compulsado (1).

Considérase como una prueba de la inferioridad natural de las otras razas, la facilidad con que se someten á los dueños: la servidumbre, dicen, parece ser su estado natural; cuatro aventureros españoles sometieron á millones de Americanos; un corto número de colonos mantienen en la esclavitud á una infinidad de negros; los Asiáticos no conciben que puedan existir sin amos; ninguna de estas razas ha tenido jamás nada comparable á la república romana, á las repúblicas de Grecia, á las monarquías mas civilizadas de Europa; jamás un corto número de negros lograria mantener bajo su dominacion á multitudes de blancos para hacerles cultivar sus tierras.

Estos hechos, que se miran como decisivos, prueban verdaderamente muy poca cosa. En tiempo de la república romana, la naturaleza de los pueblos de Europa no era diferente de la del dia. Los hombres que habitaban en las márjenes del Tíber, no eran de raza superior á la de los habitantes de las orillas del Ródano, del Loira, del Rin y de todos los rios que bañan toda la parte entonces conocida de Europa. Sin embargo, aquella multitud de pueblos fueron vencidos, destruidos ó avasallados por una poblacion que no ocupaba mas que un punto de Italia. Los Romanos subyugaron, no solo á todos los pueblos de raza caucásica que habia desde las orillas del Danubio hasta las riberas del Tajo, sino tambien á los que existian en las costas septentrionales de Africa, y hasta á los de Asia que pudieron alcanzar. Los soldados romanos, para avasallar, casi sin escepcion, á todas las naciones de esta raza, no

(1) Véanse las obras de Poivre, páj. 169 y sig.

llegaron á su territorio como dioses cuyos oráculos hubiesen pronosticado su llegada y triunfos. No se presentaron, como los Españoles en América, llevados en casas aladas y flotantes, montados en animales feroces y desconocidos, armados de un hierro que solos poseian, y cuya boca lanzaba un fuego cien veces mas temible que el del cielo. Llegaron como hombres de la misma raza, revestidos de iguales armas, provistos de los mismos medios, y sin embargo nada les resistió. ¿Es posible, pues, presentar la existencia y engrandecimiento de la república romana como una prueba de la superioridad de la raza caucásica sobre las demás? ¿á qué raza pertenecian aquel sin número de pueblos vencidos, encadenados y vendidos como viles carneros por las lejiones romanas? ¿qué otra de las demás razas ha visto jamás avasalladas y casi destruidas sus numerosas naciones componentes, por un pueblecillo salido de su regazo (1)?

Un corto número de colonos de raza caucásica basta, dicen, para mantener sujetos á infinitos individuos de raza etiópica. Si se invirtiese el órden actual, y un corto número de negros fuesen dueños de un número veinte tantos mayor de blancos, serian incapaces de afianzar la duracion de su imperio. La proporcion entre los hombres avasallados y sus dominadores no se puede conocer comparando el número de los esclavos negros con el de los colonos. Estos no se hallan reducidos á sus solas fuerzas, sino sostenidos por la misma potencia de los estados de que forman parte, sacando de ella cuanta fuerza necesitan para asegurar su dominacion.

(1) En una sola almoneda, mandó César poner en venta 63000 personas de una pequeña república de las Galias. Parece que la venta se hizo en globo y sin contar, pues el vendedor no indica el número de los individuos vendidos mas que por la palabra de los compradores. *Bell. Gall.*, lib. II, cap. VII.

Para que el cotejo sea exacto, hay que poner á un lado los esclavos, y á otro los colonos y los habitantes de la madre-patria que les apoyan. De este modo, se encuentra que el número y los recursos de los amos sobrepujan en una razon inmensa el número y recursos de los hombres avasallados. La diferencia de las razas no ejerce aquí influjo alguno; pues si los hombres de raza caucásica fuesen poseidos por negros, y si estos tuviesen sobre los primeros la superioridad de número y fuerzas, la esclavitud seria tan sólida como es en el actual estado.

Si se quiere hacer una comparacion mas exacta que la del número de los colonos blancos con el de los negros avasallados, es menester comparar, en la antigüedad, el número de los ciudadanos con el de sus esclavos, y entre los modernos, el número de los señores con el de los siervos territoriales. En la república de Aténas, segun se asegura, habia 20,000 ciudadanos y 400,000 esclavos, ó sea, 20 esclavos por cada hombre libre, que es á corta diferencia la misma proporcion que se observa en las colonias entre blancos y negros (1). Ignoramos cuál era, en el imperio romano, la proporcion entre los hombres libres y los esclavizados; mas si atendemos á que todas las tareas eran ejecutadas por esclavos; que los magnates tenian 500 y á veces 1000 en lo interior de la capital, poseyendo además una multitud en sus dominios, se concebirá que la proporcion de los hombres esclavos con los libres era mayor en aquel imperio que en Grecia. Bastaba pues $\frac{1}{20}$ de hombres de raza caucásica para mantener los $\frac{19}{20}$ restantes en una esclavitud tan dura como la actual de los negros;

(1) Las leyes inglesas imponen á los colonos la obligacion de tener en sus plantaciones un hombre blanco y libre por cada veinte esclavos.

y esta esclavitud no se mantenia con el apoyo de una fuerza esterior, como la de los negros de las colonias, sino con la sola potencia de los amos. Esta sujecion de los hombres de raza caucásica á un corto número de semejantes suyos, es fenómeno sin ejemplar en ninguna otra raza, y fenómeno que existió desde que los Romanos llegaron á la cúspide del poder, hasta que su imperio fué volcado por los pueblos bárbaros.

Despues de la caida del imperio romano, vióse suceder un nuevo jénero de esclavitud á la que en parte habia hecho cesar la invasion de los bárbaros: tal fué la esclavitud territorial. El número de los esclavos fué aquí mayor, comparativamente al número de los amos, de lo que habia sido en las repúblicas de la antigüedad. Dicha esclavitud se estendió por la mayor parte de los pueblos de Europa, y alcanzó de consiguiente á casi todos los hombres de raza caucásica, manteniéndose, como entre los antiguos, por el solo efecto de la fuerza y organizacion de los amos. La época en que empezó, en algunos estados, la destruccion de esta especie de esclavitud, no es muy remota. Un sistema de esclavitud no menos duro existe aun con toda su fuerza en Rusia, en Polonia, en Curlandia, en Bohemia, y en casi todo el norte de Europa, manteniéndose, digámoslo así, por sí mismo y por el solo efecto del embrutecimiento y estupidez de los esclavos. Si en algunos lugares de aquella parte de Europa se encuentran libertos, no son hombres que hayan roto sus hierros por odio á la esclavitud, como los negros de Santo Domingo, sino esclavos á quienes sus amos han hecho el don de la libertad. Hase encontrado en diversos puntos del globo, y entre pueblos de diversas razas, un réjimen análogo al feudal que ha existido entre nosotros; pero en ninguna otra se ha visto esa multitud de esclavos que han existido en Eu-

ropa, desde el principio de la república romana hasta la invasion de los pueblos bárbaros, ni esa multitud de siervos territoriales que les han sucedido.

Pero no hay que apelar á la edad media ó á la época de la dominacion de los Romanos, para convencerse de que si la tendencia á la tiranía ó á la esclavitud es una prueba de inferioridad, los pueblos de nuestra raza no descuellan en este punto sobre las otras. Considerando, aun en su estado actual, las diversas razas en que se ha dividido el jénero humano, no se halla ninguna en la cual la esclavitud doméstica se haya difundido y practicado de una manera mas estensa, dura y sistemática que en la caucásica. En Europa, casi la mitad de los habitantes son siervos territoriales; los Turcos no admiten esta clase de esclavitud, pero admiten la doméstica respecto de los que no profesan sus creencias. En Africa, los pueblos entre los cuales mas dura es la esclavitud y mas jeneralizada, son los colonos del cabo de Buena Esperanza, los pueblos de Arjel, de Túnez, de Marruecos, y los de las montañas de Abisinia, todos de raza caucásica. En Asia, los pueblos que son esclavos, ó que someten otros á la esclavitud, pertenecen á la misma raza. Los Japoneses, no solo no la admiten, sino que la miran con horror; los Chinos la toleran en tan poquísimos casos, que apenas merecen contarse las escepciones; entre los Persas, los labradores, los artesanos y los criados, todos son hombres libres: la esclavitud civil ó doméstica, pues, casi no se conoce entre las naciones de raza mogola. En las islas del Grande Océano, algunos pueblos de raza malaya han establecido la esclavitud territorial; pero ninguno de ellos ha admitido la esclavitud puramente personal. Por último, en América, la esclavitud doméstica solo existe y se mantiene por la fuerza de los pueblos de nuestra raza. Antes de la llegada

de los Europeos á dicho continente, esta especie de esclavitud, la mas cruel é inmoral de todas, apenas era conocida. Si el número de los esclavos se va multiplicando todavía, es solo por los vicios y la fuerza de los pueblos de Europa. Y lo mas estraño de estos fenómenos, es que, al tiempo de citar los esclavos que hemos hecho en otras razas, como pruebas de la superioridad de nuestro entendimiento, decimos que no admitimos la esclavitud, para probar la superioridad de nuestras costumbres.

Los hombres de raza caucásica, se añade, han producido obras portentosas, aun en la esclavitud: los esclavos romanos contaron en su número á Epicteto, á Fedro y á Terencio; y ¿qué hombres de talento pueden presentar los esclavos negros de la Jamaica ó de Santa Lucía? Esta falta de grandes filósofos ó de eminentes poetas entre los esclavos negros, ¿no es una prueba infalible de la inferioridad de su raza y de la superioridad de la nuestra (1)? Hubo un tiempo en que se sostenia que el clima de América hacia dejenerar á los hombres, y se probaba este fenómeno diciendo que aquella parte del mundo no habia producido jamás ningun sabio ni artista de nota. Estos dos modos de raciocinar tienen entre sí mucha analojía: probar que los negros forman una raza inferior, por la razon de que los esclavos negros empleados en el cultivo del azúcar nada han producido comparable á las comedias de Terencio; ó probar que los ciudadanos de los Estados Unidos son una raza dejenerada, porque no han producido ningun orador como Ciceron, ó ningun poeta como Virjilio, ¿no es cabalmente lo mismo? Por lo demás, dudo mucho que el injenio de los esclavos rusos, polacos ó curlandeses haya nunca sido mas fecundo en poetas y filósofos que el injenio de los esclavos negros, por mas que los primeros sean infinitamente superiores en número á los segundos, y su suerte menos miserable.

(1) Esta observacion es de Jefferson.

Los raciocinios que se hacen al comparar los pueblos de una raza con los de otra, nada prueban cuando se trata de comparar entre sí á pueblos de la misma raza. Aquí son exactamente iguales las proporciones entre los hombres que mandan y los que sirven, cuando se comparan entre sí hombres pertenecientes todos á la raza caucásica. Si está pues en la naturaleza de estos el ser libres, no veo una razon para que no esté igualmente en la naturaleza de aquellos el serlo, siempre que no estén avasallados por hombres de otra raza. Cabe pretender que los negros son los esclavos de los blancos; mas ¿por qué encadenamiento de ideas se puede llegar de la superioridad de los blancos al esclavizamiento de pueblos de raza mogola por pueblos de la misma raza, ó el esclavizamiento de los negros por otros negros? Por estensa que se suponga la superioridad de los blancos sobre las otras razas, nunca se llegará á sacar de este hecho la consecuencia de que los pueblos de raza mogola, por ejemplo, están creados para ser esclavos unos de otros. Los hombres, cualquiera que sea su raza, son sin duda superiores á los animales que han avasallado; mas, ¿se sigue acaso de ahí que si los carneros fuesen abandonados á sí mismos, se dividirian inmediatamente en dos clases, una de amos y otra de esclavos?

Si hubiese estado en la naturaleza de los Mogoles, de los Americanos, de los Etíopes y de los Malayos el ser esclavos, se hubieran mantenido libres hasta que les hubiesen avasallado pueblos de otra raza; pues, ¿quién de ellos hubiera querido resistir á su tendencia natural, y resignarse á ser esclavo? Si hubiese estado en la naturaleza de los Mogoles el ser esclavos, ¿no hubieran los del centro de Asia invadido la China, para ponerse por fuerza al

servicio de los Chinos, y obligarles, con las armas en la mano, á consumir en el ocio el fruto de sus afanes? Dícese que la esclavitud es el resultado de la ignorancia y del vicio, y que por su propia naturaleza, no siendo los pueblos estraños á la raza caucásica capaces de adquirir nuestra intelijencia y costumbres, tampoco son capaces de llegar al mismo grado de libertad; pero con esto no se hace mas que alejar la dificultad. Si tal jénero de vicios y tal grado de ignorancia son propios de una especie, todos los individuos que la componen deben estar plagados por un igual, y en todos deben ser unos mismos los efectos. Todos por consiguiente deben propender con fuerza igual á ser esclavos, y entonces quedarán libres por falta de amos; ó bien han de tender todos con igual fuerza á ser amos, y entonces quedarán libres por falta de esclavos.

CAPITULO XIX.

Algunos otros errores acerca de las relaciones que existen entre las diversas razas de hombres. — Continuacion del capítulo anterior.

La tendencia á la esclavitud ó á la dominacion no es el único vicio que se cree inherente á la naturaleza de las razas de color: la poligamia es otro de los rasgos con que se las caracteriza. Verdad es que hemos encontrado establecido este uso entre los mas bárbaros de las razas mogola, malaya, americana y etiópica; pero en jeneral, solo existe para los caudillos de las naciones donde está admitido, y no todas las naciones lo admiten. Así, la poligamia no es practicada en el Japon, ni en la China, ni aun en Persia, sino por el emperador y por un corto número de magnates. Los indíjenas del Perú, los de Méjico, y algunos otros pueblos de la misma raza, dejaban igualmente el uso de la pluralidad de mujeres reservado para sus jefes.

Pero los pueblos de raza caucásica, ¿se han mostrado

superiores bajo este aspecto á los demás pueblos? Los que estén enterados de la historia de los Judíos podrán decidir si sus reyes y patriarcas mostraron mas continencia en sus pasiones que los caudillos de las tribus americanas ó mogolas: yo me ceñiré á citar hechos menos añejos. Los que conocen la historia de los pueblos de Europa saben que la poligamia se hallaba antiguamente usada por los jefes de las tribus jermanas y galas; es tambien un hecho incontestable que los reyes europeos se casaban en otro tiempo con muchas mujeres (1). Los Romanos no admitian el casamiento múltiplo, pero disponian á su grado de las mujeres avasalladas. El estado de concubina era un estado legal, y el número de mujeres esclavas que podia poseer un hombre era ilimitado. Los Rusos han admitido por largo tiempo la pluralidad de mujeres, y hasta muy tarde no aparentaron renunciar á ella. Y digo aparentaron, porque la pluralidad de mujeres existe de hecho donde quiera se halla establecida la esclavitud doméstica. En nuestros dias, los Turcos, los Arabes y todos los pueblos de las costas septentrionales de Africa admiten la poligamia, y á fe que estos no pertenecen á la raza etiópica, ni á la cobriza. Por último, entre los Persas, es

(1) Es indudable que la poligamia estaba en uso entre los Galos, pues César dice, hablando de uno de sus jefes, que tenia dos mujeres, una con la cual se habia casado en Jermania, y otra en las Galias (*Bell. Gall.*, lib. I; cap. IX). Asegura además que cuando muere *un grande*, se juntan los parientes; si hay alguna sospecha de muerte violenta, se aplica el tormento á sus esposas, cual se aplicaria á unas esclavas; y si se descubre algo, mueren consumidas por el fuego y en medio de los mas crueles tormentos. *Ibid.*, lib. VI, cap. IV. En la Gran Bretaña, las costumbres eran poco menos delicadas que entre los Galos; una mujer podia ser propiedad de diez ó doce hombres, sobre todo entre hermanos, ó entre un padre y sus hijos. *Ibid.*, lib. V, cap, IV.

admitida la pluralidad de mujeres; pero la mole de la poblacion, que es de raza mogola, desconoce este uso, muy practicado por los magnates, los cuales casi todos pertenecen por una larga serie de entronques á la raza caucásica. Entre todas las razas, quizás no hay una que mas que la nuestra haya abusado y abuse todavía de la pluralidad de mujeres; y tal vez ninguna que haya usado menos de ella que la etiópica (1).

El infanticidio, considerado tambien como al caso para caracterizar las costumbres de las razas de color, nunca ha formado parte de las costumbres jenerales de ninguna raza. Todos los pueblos, sin distincion de razas, han estado abandonados, en cierta época de su existencia, á la tendencia natural que tienen todos los séres á la conservacion de su raza. Los jefes no creyeron que fuese mas necesario imponer á los padres la obligacion de mantener y educar á sus hijos, que la de alimentarse y conservarse ellos mismos; tan poco pensaron en reprimir el infanticidio, como en precaver el suicidio. Graves acontecimientos y largo tiempo debió mediar, antes que un gobierno pensase que podia instituir en favor de las criaturas majistrados mas atentos, mas tiernos y mas celosos que los mismos autores de sus dias. Cuando los lejisladores romanos confirieron á los padres una potestad absoluta so-

(1) En ninguna raza ha estado nunca jeneralizada la poligamia; esta ha sido por donde quiera un privilejio que siempre se han reservado los caudillos ó los prepotentes. Es verdad que los príncipes de Europa, despues que adoptaron la relijion cristiana, se han avenido á no tener mas que una mujer, al paso que los príncipes asiáticos y africanos han seguido en el uso de tener muchas: pero hay que considerar tambien que estos no admiten en sus palacios mas mujeres que las suyas, lo que no sucede en Europa. Los que hayan leido las memorias de algunas cortes, podrán decidir cuál de los dos usos es mas contrario á las buenas costumbres.

bre sus hijos, no introdujeron un hecho nuevo; no hicieron mas que manifestar y reconocer la existencia de un hecho tan antiguo como el linaje humano. Y digo tan antiguo como el hombre, por cuanto está en la naturaleza de las entidades que el sér desvalido que no tiene por sí mismo ningun medio de conservacion y defensa, se halle bajo la potestad del sér fuerte que le da la vida, y que puede conservarle ó dejarle perecer. La facultad de disponer de los hijos de una manera absoluta, y por consiguiente, de darles la muerte ó abandonarles, no fué peculiar de los Romanos, sino comun á los pueblos de todas las razas. Es tambien evidente que la tal facultad no pudo ser ceñida sino muy tarde, debiendo quedar sin límites en todos los pueblos de Europa, mientras los delitos no fueron mas que ofensas privadas, y se limitó la pena de un homicidio á pagar una indemnizacion á los parientes del difunto (1).

Digno es de advertir que los límites puestos á la potestad paterna fechan casi de la misma época que el establecimiento del despotismo. Cuando la licencia que engendra la esclavitud doméstica hubo convertido el matrimonio en una carga intolerable, ó cuando las guerras civiles y el despotismo hubieron roto los vínculos de familia, viéronse obligados los emperadores á dar leyes para precisar á los hombres á conservarse ó á reproducirse. No teniendo los alicientes del matrimonio bastante fuerza para asegurar la conservacion de las familias, supliéronlos con el temor de las multas, sustituyendo al amor paternal el miedo de los suplicios. Castigaron á los padres que no conservaban á los hijos, fundados en el mismo principio por el

(1) César asegura que los Galos tenian derecho de vida y muerte sobre sus mujeres é hijos: era un *hecho* que él convirtió en *derecho*. *Bell. Gall.*, lib. VI, cap. IV.

cual castigaria un amo al esclavo que por compasion matase los suyos. Consideraron la muerte como un refujio contra la tiranía; y el infanticidio, así como posteriormente el suicidio, fué castigado ni mas ni menos que un ataque al patrimonio imperial. Así pues, lejos de considerar los actos de los gobiernos, que se han propuesto obligar á los padres con el temor de las penas legales á cuidar de sus hijos y educarles, como una prueba de la superioridad de nuestras costumbres, debiéranse mirar como pruebas de una profunda inmoralidad, si no fuesen un argumento incontrastable de los quebrantos que trae consigo una tiranía desenfrenada (1).

Pero estas leyes de que nos vanagloriamos, no han existido siempre entre los pueblos de nuestra raza, y muchos hay todavía que las desconocen. Los majistrados cuidan en jeneral poquísimo de lo que pasa en lo interior de las familias, entre las naciones que siguen la relijion musulmana. Los Arabes, los Turcos, los Moros y otros muchos, á no engañarme, han dejado ilimitada la potestad patria. Los magnates de Persia y de Turquía no pueblan sus harenes sino con mujeres de raza caucásica que les venden sus mismos padres. No hace mucho, los beyes de Ejipto reclutaban sus mamelucos de hombres de la misma raza, vendidos por sus padres, entre las tribus que vejetan en las montañas del Cáucaso, las cuales hacen un tráfico de hombres, mujeres y niños tan activo como el de las cos-

(1) Fácil seria demostrar que los actos por los cuáles han impuesto los gobiernos á los padres la obligacion de mantener y criar á sus hijos, y aquellos por los cuales han querido vedar su abandono, no producen por sí mismos casi ningun efecto. Para mantener y educar á los hijos no basta la obligacion, sino que se necesitan los medios; y estos no puede darlos un gobierno sin repartir á los unos lo que hubiese quitado á otros. Véase el libro II, cap. XI de esta obra.

tas de Africa. Los hombres de esta raza no son por consiguiente superiores á los demás bajo este aspecto.

Los Chinos no atajan el abandono de las criaturas; pero los Europeos, con todas sus leyes penales y sus máximas de moral, tampoco logran reprimirlo. Al contrario, está probado hasta la evidencia que los pueblos de Europa, que se dicen mas cultos y morijerados, hacen perecer, de resultas del abandono, mucho mayor número de criaturas que los Chinos. ¿En qué sentido pues será exacto decir que los pueblos de raza caucásica tienen por naturaleza costumbres mas acendradas que los otros? ¿de qué vicios se pueden titular exentos? ¿qué virtudes les son particulares (1)?

Comparando Macartney las costumbres de las clases obreras de la China con las de las mismas clases en las naciones mas civilizadas de Europa, se convenció de que las primeras eran muy superiores á las segundas; y sin duda hubiera encontrado mayor la diferencia, si hubiese cotejado además toda la parte de la poblacion sujeta todavía á la esclavitud territorial. Chardino ha comparado tambien la mole de la poblacion de Persia con la de los

(1) Desde el año 1773 hasta el 1777 entraron en el hospicio de Paris 31.951 espósitos; de estos murieron 21.985 al primer mes, y 3.491 en el resto del primer año. Al fin del quinto año no quedaba mas que $\frac{1}{7}$ del número total. Desde 1789 hasta 1813, es decir, en un espacio de veinte y cinco años, el número de los espósitos de Paris subió á 109.650, y de este número murieron 39330 antes de salir del hospicio: la mayor parte mueren de teta antes de cumplir el año. En Paris, el número de espósitos es al de nacimientos como 1 á 3 sobre corta diferencia. Resulta pues que en este punto nada tenemos que echar en cara á los Chinos. Véase el *Rapport fait au conseil général des hospices, par un de ses membres, sur l'etat des hospitaux, des hospices et des secours á Domicile á Paris, depuis le premier janvier* 1804 *jusqu'au premier janvier* 1814, páj. 125, 126 y sig.

pueblos en su época mas civilizados de Europa, y el resultado ha sido igual. Verdad es que el mismo viajero cuenta espantosas crueldades cometidas por los reyes ó por los cortesanos; mas estos hombres son cabalmente los que, entroncando continuamente con mujeres de raza caucásica, han perdido todos los rasgos que caracterizan á la raza mogola. Thunbergo hizo en el Japon observaciones análogas á las de Chardino en Persia, y vió que los Japoneses se indignaban del tratamiento brutal que daban los Holandeses á sus criados. La Perouse, al comparar los habitantes de las Filipinas con los pueblos de Europa, no les encontró menos intelijentes, menos industriosos, ni menos exentos de vicios. A pesar de las vejaciones á que les somete el gobierno español, los campesinos de aquel pais ofrecen un aspecto feliz que no se echa de ver en nuestras ciudades europeas: sus casas resaltan por el aseo con que las cuidan (1). Y aquí no comparo pueblecillos de raza mogola con grandes naciones de raza europea, pues solo la China tiene ya mas poblacion que todas las naciones de aquella raza juntas.

En los paises donde hay hombres de diversas razas barajados entre sí, y todos libres, la superioridad de costumbres está rara vez en favor de la raza caucásica. En las islas del Asia pertenecientes á los Holandeses, hállanse entre los colonos europeos una multitud de Chinos: los primeros están encenagados en toda suerte de vicios; y los segundos, pertenecientes á la raza mogola, descuellan, al contrario, por sus virtudes sociales. En el cabo de Buena Esperanza, los colonos holandeses, en cuanto á costumbres, son inferiores de mucho á los Hotentotes que viven entre ellos, segun manifestaré en otra parte hablando de

(1) La Perouse, t. II, cap. XV, paj. 386 y 390.

la esclavitud. En la isla de Santa Helena se encuentran entre los colonos ingleses un sinnúmero de negros libres cuyos antepasados en otro tiempo fueron traidos al pais en calidad de esclavos, y que son los hombres mas trabajadores y menos viciosos de la isla. Los colonos blancos, envanecidos por el orgullo, quisieron hacerlos desterrar del pais; pero despues de un maduro exámen, se ha visto que en el decurso de muchos años no ha habido un negro acusado del menor crímen, ni que, hallándose apto para trabajar, corra su subsistencia á cargo de la parroquia (1). Otro fenómeno parecido se observó en el estado de Masachuset, cuando fueron emancipados los negros; en la época de su manumision, ni se notaron mas asesinatos (2). En la Carolina, el número de los blancos reconvenidos por los tribunales, como reos de delitos ó de crímenes, escede siempre de mucho al de los negros enjuiciados, habida proporcion entre las dos clases (3). En Filadelfia, visitando las cárceles, se creyó notar en un principio que la poblacion negra daba un número de reos mayor que la blanca; pero bien examinado el asunto, se ha visto lo contrario (4). Los criados negros son con frecuencia preferidos á los blancos, por cuanto trabajan tan bien y no son menos honrados (5).

Los negros conservan á veces, hasta en la esclavitud, prendas morales incompatibles al parecer con su estado. En la Luisiana se profesan un cariño mutuo admirable. Nunca se separan sin darse muestras de interés ó de amis-

(1) Macartney. *Viaje á China y Tartaria*, t. IV, cap. III, paj. 198.
(2) Larochefoucault, *Viaje á los Estados Unidos*, primera parte, t. III, paj. 235.
(3) *Ibid.*, segunda parte, t. IV, paj. 27 y 28.
(4) Fearon, 4 *th. report*, paj. 157 y 158.
(5) Larochefoucault, tercera parte, t. VI, paj. 61.

tad, ni se encuentran sin preguntar por la salud y estado de sus padres, amigos y conocidos; préstanse recíprocamente todos los servicios que pueden; son altamente discretos, sobre todo con respecto á los blancos; si uno de ellos es sorprendido en una falta, casi nunca denuncia á sus cómplices; ni los castigos mas severos pueden arrancarles una confesion. Cuando pertenecen á buenos amos que les dejan juntar un pequeño peculio, se ven criaturas que quedan esclavas y que emplean sus cortas economías en rescatar á sus padres ancianos. Cuando la insurreccion de Santo Domingo, se vieron esclavos que, movidos á compasion en favor de sus amos, renunciaron á la libertad que podian adquirir, y les acompañaron en su fuga á los Estados Unidos. Los amos les premiaron vendiéndolos á los primeros traficantes de esclavos que se les presentaron (1).

Desde que se emanciparon los esclavos de la antigua colonia de Santo Domingo, y sobre todo desde que Francia reconoció la independencia de la república de Haiti, un sinnúmero de hechos nuevos han venido á probarnos que, en órden á costumbres, los pueblos de raza etiópica no son por naturaleza inferiores á los de ninguna otra raza. Los parciales de la esclavitud de los negros habian propalado acerca de aquella república rumores capaces de dar á entender que los pueblos de dicha raza estaban condenados á una eterna barbarie; pero han sido tan formalmente desmentidos, que probablemente á nadie le ocurrirá hacerlos circular de nuevo (2).

(1) Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. III, cap. LXVIII, paj. 202, 203 y 204. Los esclavos están por lo jeneral menos corrompidos que los amos, sea cual fuere la raza á que pertecen. En el siguiente libro espondré las causas de este fenomeno.
(2) Véase un escrito titulado: *Haiti, ou Renseignemens authentiques sur l'abolition de l'esclavage et ses resultats á Saint-Domingue et á la Guadeloupe*. Paris, 1835.

ta), ni se encuentran sin preguntar por la salud y estado de sus padres, amigos y conocidos: préstanse recíprocamente todos los servicios que pueden; son altamente discretos, sobre todo con respecto á los blancos; si uno de ellos es sorprendido en una falta, casi nunca denuncia á sus cómplices; ni los castigos mas severos pueden arrancarles una confesion. Cuando pertenecen á buenos amos que les dejan juntar un pequeño peculio, se ven criaturas que quedan esclavas y que emplean sus cortas economías en rescatar á sus padres ancianos. Cuando la insurreccion de Santo Domingo, se vieron esclavos que, movidos á compasion en favor de sus amos, renunciaron á la libertad que podian adquirir, y les acompañaron en su fuga á los Estados Unidos. Los amos les premiaron vendiéndolos á los primeros traficantes de esclavos que se les presentaron (1).

Desde que se emanciparon los esclavos de la antigua colonia de Santo Domingo, y sobre todo desde que Francia reconoció la independencia de la república de Haití, un sinnúmero de hechos nuevos han venido á probarnos que, en órden á costumbres, los pueblos de raza etiópica no son por naturaleza inferiores á los de ninguna otra raza. Los parciales de la esclavitud de los negros habian propalado acerca de aquella república rumores capaces de dar á entender que los pueblos de dicha raza estaban condenados á una eterna barbarie; pero han sido tan formalmente desmentidas, que probablemente á nadie le ocurrirá hacerlos circular de nuevo (2).

(1) Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. III, cap. LXVIII, pág. 203, 205 y 206. Los esclavos estan por lo general menos corrompidos que los amos, sea cual fuere la casa á que pertenecen. En el siguiente libro se verán las causas de este fenómeno.

(2) Véase un escrito titulado: *Haiti, ou Renseignements authentiques sur l'abolition de l'esclavage et ses résultats à Saint-Domingue et à la Guadeloupe*. 1 vol. 1835.

CAPITULO XX.

Relaciones entre el desarrollo de las facultades intelectuales de los pueblos de diversas razas, y la perfeccion de su industria y costumbres. — Conclusion de este libro.

Otros hechos hay por cuyo medio se prueba que todas las razas de color son naturalmente inferiores á los pueblos de raza caucásica; y son los progresos que han hecho estos últimos en los mismos sitios donde los demás se habian mantenido siempre bárbaros. Los colonos ingleses se han convertido en nacion floreciente, en el mismo punto que ocupaban tribus de raza cobriza que nunca habian salido del estado bravío, y dichas tribus no han adelantado un paso al lado de los Europeos. Los colonos holandeses han prosperado en el cabo de Buena Esperanza, en el mismo lugar donde los Hotentotes y los Cafres no habian podido pasar de la vida nómade. En Nueva Holanda y en la tierra de Van-Diemen, los hombres de raza negra se habian mantenido siempre en la mas profunda barbarie; desde que los Ingleses se han establecido allí, el pais ca-

mina rápidamente á la prosperidad. He aquí, dicen, pruebas manifiestas de que la raza caucásica es naturalmente mas perfectible que las otras.

En jeneral, los progresos que hace un pueblo siempre están en razon de los que comunica á algunas de las entidades que le rodean ó que puede proporcionarse: donde la naturaleza es inmutable, poco cambiará el hombre. Y, ¿qué progresos han comunicado los Ingleses á las cosas que han encontrado en la tierra de Van-Diemen y de Nueva Holanda, y por qué medios los han conseguido? ¿cuáles son los vejetales que han multiplicado ó perfeccionado? ¿cuáles los animales que han domado y acomodado á la vida doméstica? Si con los auxilios de toda clase que han sacado de Europa, no han perfeccionado ningun vejetal ni animal de los que produce el pais, ¿atribuirémos á la naturaleza de los indíjenas la barbarie en que se mantenian? Lo que decimos de los indíjenas de Nueva Holanda es aplicable á los del cabo de Buena Esperanza, y hasta á los del continente americano. Para que una raza de hombres tuviese algun fundamento para creerse de índole superior á otras, seria nenester que con los mismos medios hubiese hecho mas progresos. El estancamiento ó la decadencia de los indíjenas de América, al lado de los colonos europeos, son hechos que reconocen causas demasiado numerosas y complicadas para esponerlas aquí.

Hay dos fenómenos que creo haber anteriormente demostrado hasta la evidencia: 1°. que el desarrollo de nuestros órganos físicos y de nuestras facultades intelectuales depende en gran parte de las circunstancias que nos rodean ó de la posicion en que nos hallamos; 2°. que los órganos de una mediana constitucion primitiva, ejercitados por largo tiempo, logran una pujanza superior á la de los órganos mejor constituidos que han estado siempre en inaccion. De ahí resulta que admitiendo que haya razas por su propia naturaleza inferiores á otras, la diferencia que existiese sobre el particular pudiera quedar mas que compensada por una diferencia de posicion. Es claro, por ejemplo, que unos Europeos colocados en los desiertos del centro de Asia, no hubieran podido adquirir el mismo desarrollo á que habrian alcanzado unos pueblos de raza mogola arrojados á las costas ó á las islas de Grecia. Un sinnúmero de circunstancias podrian pues igualar á pueblos por naturaleza desiguales, ó dar quizás una verdadera superioridad á los que realmente fuesen inferiores por su organizacion.

Sin embargo, no sucederia así, si fuese cierto que hay cierto número de hábitos viciosos inherentes á la naturaleza de ciertas razas, ó hábitos virtuosos que estas mismas son incapaces de contraer. Pero estudiando atentamente las descripciones que los viajeros ó los historiadores nos han dado de las costumbres de los pueblos de diversas razas, es imposible descubrir cosa alguna capaz de hacernos suponer que existan tales diferencias entre los pueblos: el mismo W. Lawrence no observa ninguna, limitándose á enunciar vagas jeneralidades sin apoyarlas en el menor hecho positivo. Lejos de hallar en algunas razas virtudes ó vicios inherentes á su naturaleza y estraños á los hombres de las otras razas, vemos que en un mismo grado de civilizacion, ó en una posicion parecida, todos los pueblos se asemejan en costumbres y en el desarrollo de su intelijencia. El lector ha podido convencerse de esta verdad comparando entre sí á los pueblos cuyas costumbres he anteriormente descrito; pero aparecerá aun de mayor bulto cuando haya tratado de la esclavitud doméstica.

El desarrollo de las facultades intelectuales ejerce en las costumbres un influjo inmensísimo; y este es un hecho

que creo haber ya manifestado palpablemente. No se crea, sin embargo, que para atesorar cierto número de hábitos buenos, ó para estar exento de ciertos vicios, sea necesario haber desarrollado considerablemente la intelijencia. Si tomando en su conjunto la poblacion del pais mas civilizado, del pais donde mas acendradas son las costumbres y mas ilustradas las intelijencias, se compara el desarrollo intelectual adquirido por cada individuo, con el desarrollo de que era capaz, se hallará que perecen la mayor parte de las fuerzas intelectuales de que fué dotado cada hombre, sin que se haya hecho ni podido hacer de ellas el menor uso. Pocos son los artesanos, labradores ú otros que no puedan adquirir los conocimientos que poseen los mas de nuestros académicos, y que no obstante mueren en la mas profunda ignorancia; el desarrollo intelectual que recibe cada uno no es tal vez la centésima parte del que podia adquirir. Y no cabe que sea de otro modo, pues cada cual, para vivir, tiene que emplear el tiempo, ejecutando cierto número de operaciones mecánicas para las cuales basta la intelijencia mas limitada. Ahora bien, para saber en qué difieren realmente dos pueblos que no pertenecen á una misma raza, no basta comparar el desarrollo intelectual que pudiera adquirir cada individuo, si dedicase todo su tiempo y todo su conato á su instruccion; sino que hay que comparar especialmente el desarrollo que puede cada cual dar á su intelijencia dedicándose á los afanes que requiere su posicion.

Verdad es que cuando un pueblo ha hecho ya ciertos progresos en la civilizacion, se encuentra un determinado número de personas que dan á sus facultades todo el desarrollo de que son capaces. Habria pues siempre una diferencia en favor de la raza dotada de mejor organizacion

intelectual; pero esta diferencia se hallaria solamente en el cortísimo número de personas ilustradas que hubiese en cada raza, no produciendo ninguna en el todo de la poblacion; la raza mas bien organizada podria jactarse de los descubrimientos, pero todas serian partícipes de los resultados beneficiosos. Con efecto, si se necesitan hombres dotados de sumo injenio para descubrir ciertas verdades é inventar los procedimientos mas complicados de las artes, no se necesita menor capacidad para comprender aquellos descubrimientos, ó seguir dichos procederes. Los hombres mas comunes comprenden ó practican lo que los hombres mas estraordinarios no han logrado descubrir hasta despues de largas vijilias y penosos trabajos.

Finalmente, por estensos que sean los progresos que han hecho algunas naciones de raza caucásica, en las costumbres, en las leyes, en las artes y ciencias, guardémonos de creer que hayan alcanzado la perfeccion en todos los ramos. Esta vanidad seria poco menos ridícula que la que se echa en cara á los Chinos; y seríalo tanto mas en cuanto las mismas naciones que se titulan perfectas, comparándose con pueblos de otras razas, son las que mas se quejan de los vicios de su órden social. Sin embargo, si se admite que los pueblos mas civilizados son todavía capaces de hacer inmensos progresos, ¿en qué nos fundaríamos para pretender que las naciones de las otras razas no pueden avanzar mas? Y si es posible que avanzen, ¿porqué no han de llegar al punto en que nos encontramos? Y si pueden llegar, ¿qué motivos tenemos para envanecernos?

¿Qué consecuencias deben sacarse de estas observaciones? ¿concluirémos de ellas que todas las razas de hombres son iguales por su propia naturaleza? Seguramente que

no. Las únicas ilaciones razonables que se pueden sacar, son que en el actual estado de conocimientos, es imposible determinar las diferencias esenciales que existen entre las diversas razas de hombres, en órden á sus facultades intelectuales y morales; que un sistema que esplica todas las diferencias que se observan entre las naciones, por una diferencia en las facultades intelectuales, es tan poco conforme á la verdad, como el que esplica todos los fenómenos físicos, morales é intelectuales por la temperatura de la atmósfera; que si median algunas diferencias en la naturaleza de las diversas razas, pueden quedar compensadas por otras muchas circunstancias, de suerte que el pueblo de suyo menos perfectible pudiera desenvolverse mas que el mas bien organizado, pero colocado en circunstancias menos favorables; que la civilizacion de un pueblo depende menos del grado de desarrollo de que es naturalmente capaz, que del que le permite recibir su posicion jeográfica; que las costumbres y la industria de un pueblo pueden llegar á un alto grado de perfeccion, aunque cada individuo no dé á sus facultades intelectuales todo el desarrollo de que son naturalmente capaces; y por último, que tan poco fundamento hay para fijar el punto de civilizacion en que deben pararse aquellas razas, como para determinar el punto donde se atascarán los pueblos de raza caucásica.

Pero si es todavía imposible determinar las diferencias morales é intelectuales que median entre las diversas razas, y que son consecuencias de la naturaleza de cada una de ellas, no lo es tanto el determinar las consecuencias que resultan de su posicion, de su separacion ó de su mezcla, de su esclavitud ó de su libertad. He espuesto ya el influjo que ejercen en las naciones de todas razas las entidades que las rodean; hase visto tambien cómo el jénero de

desarrollo que reciben está determinado por la posicion en que se hallan, y el cómo este desarrollo determina la clase de accion que ejercen unas naciones sobre otras. Falta ahora decir la naturaleza de esta accion, y las consecuencias que de ella resultan en la intelijencia, en las costumbres y en las leyes de los pueblos que la ejercen y de los que la esperimentan. Verémos al mismo tiempo cómo se modifican esta accion y sus efectos, segun pertenecen ó no á una misma raza los pueblos que se hallan en esta especie de contacto.

LIBRO QUINTO.

LA ESCLAVITUD DOMESTICA CONSIDERADA EN LOS HECHOS QUE LA CONSTITUYEN Y EN LOS EFECTOS QUE CAUSA EN LAS FACULTADES FISICAS, INTELECTUALES Y MORALES DE LAS DIVERSAS CLASES DE LA POBLACION, EN LAS RIQUEZAS, EN LA INDOLE DEL GOBIERNO Y EN LAS RELACIONES DE LOS PUEBLOS ENTRE SI. —ALGUNAS CLASES DE ASOCIACIONES AFINES CON LA ESCLAVITUD.

CAPITULO I.

Importancia del asunto de este libro en el actual estado de las naciones.

Ya hemos visto en los libros anteriores cuál es, en el estado de barbarie, la accion que ejercen los hombres unos sobre otros, ya individual ya colectivamente. Hémoslos ya observado en sus relaciones de marido y mujer, de padres é hijos, de miembros de una misma comunidad, de jefes y subordinados. Hémoslos observado en seguida en las relaciones que tienen de tribu á tribu, ó de nacion á nacion, y en el modo de obrar en masa

unos sobre otros. Habiendo determinado los efectos que produce esta accion en los que ejercen y en los que esperimentan, hemos buscado sus causas inmediatas, y halládolas en las costumbres, la industria y el estado social de los pueblos por quienes es ejercida. Remontándonos por último á causas mas lejanas, hemos visto que las circunstancias físicas que rodean á cada pueblo, determinan su industria, sus costumbres, su estado social, y por consiguiente el influjo que cada nacion ejerce en sus vecinas.

Esto nos ha llevado á observar la naturaleza, las causas y los efectos de la esclavitud política: hemos visto organizarse ejércitos de bárbaros para invadir paises ocupados por poblaciones industriosas, repartirse, despues de la victoria, las tierras y los hombres conquistados, esplotarlos en comun, vivir en la abundancia y con lujo, abandonarse al ocio, ó no practicar otros ejercicios que los necesarios para perpetuar su dominacion, no dejar á los vencidos mas que lo rigurosamente necesario para trabajar, y vedarles toda ocupacion que pudiese contribuir á emanciparles.

Por donde quiera se han encontrado dos pueblos por este estilo en el mismo suelo, han quedado divididos en dos castas, por mas que al fin hayan hablado un mismo idioma. Los conquistadores se han apoderado del monopolio de los poderes y de la posesion del suelo; y los vencidos, condenados á trabajar en provecho de los primeros, se han convertido en clase obrera, y han formado la mole de la poblacion.

Ahora hay que observar un estado análogo al precedente, y es aquel en el cual se ven en un mismo territorio dos clases de hombres absolutamente distintas; una que ejecuta todos los trabajos, no disfruta de seguridad alguna, y vive en la mas profunda miseria, y otra que vive en

la ociosidad, consume los productos del trabajo de la primera, y dispone de ella del modo mas absoluto. La principal diferencia que existe entre el último estado y el anteriormente descrito, consiste en que en este la esplotacion de la poblacion avasallada se verifica de un modo mas individual que en aquel, y en que los hombres avasallados son víctimas de una arbitrariedad mas pujante y continuada. Semejante estado es el que se designa con el nombre de esclavitud doméstica, es decir, aquel en el cual la clase laboriosa ha venido á ser propiedad de la *aristocracia* (1).

Hay entre la esclavitud política y la doméstica una diferencia análoga á la que observamos entre las propiedades territoriales de una tribu de bárbaros, y las de un pueblo entrado en la carrera de la civilizacion. En un pueblo salvaje, el territorio nacional pertenece á todos en comun; en una nacion que ha progresado algun tanto, cada cual tiene su parte y la beneficia segun mejor entiende. Así tambien, en la esclavitud política, el pueblo conquistado es esplotado en masa, y los productos son repartidos entre los amos con proporcion á su grado; en la esclavitud doméstica, al contrario, la poblacion avasallada está dividida en quebrados entre los miembros de la aristocracia, y cada cual dispone del suyo á su antojo.

(1) No nos equivoquemos en órden al sentido de esta palabra; pues no designa, cual pudieran creer algunos, las clases superiores que se forman en todas las naciones por una consecuencia natural del desarrollo de la especie humana, sino las familias que poseen los poderes públicos, no por delegacion del pueblo, sino por un monopolio adquirido á viva fuerza. Bajo este sentido, usamos la palabra *aristocracia* en todo el curso de la presente obra. Aplícase esclusivamente á los hombres que cuentan como propiedad suya la autoridad pública, que la ejercen no como un deber, sino como un derecho, y que la trasmiten con los bienes á sus herederos.

Estos dos estados son capaces de diversas modificaciones: si los dueños se mantienen organizados militarmente, y su jefe les reparte los productos de la esplotacion sin mas regla que su albedrío, la denominacion se llama *despotismo:* si los amos se reparten, conforme á sus categorías y de un modo regular, los productos del pueblo sojuzgado, la dominacion toma el nombre de *aristocracia*. Esta palabra, que sirve para señalar la naturaleza del poder, designa tambien con frecuencia á los individuos que lo poseen.

Encuéntrase una clase aristocrática, aun en los paises sujetos al despotismo; existia en Francia antes de la revolucion, y vésela hoy dia en Austria, en Rusia, y hasta en Persia. El despotismo y la aristocracia no logran en todas partes igual intensidad; varian con las luces, con las riquezas y con las costumbres.

La esclavitud doméstica es capaz tambien de diversas modificaciones. En el decurso de este libro verémos cuáles son las circunstancias que la vuelven mas ó menos aciaga, tanto para los amos, como para los esclavos.

Entre la clase aristocrática, y la clase mucho mas numerosa considerada como propiedad de la primera, fórmase casi siempre otra designada con el nombre de *clase media*. Diversos son los elementos que han concurrido, en la mayor parte de los estados europeos, á su formacion y crecimiento. Comprenderémos entre dichos elementos las familias que el recinto de las ciudades ha puesto al abrigo de la esclavitud; en segundo lugar, las que se enriquecieron sirviendo á la aristocracia, ó nacieron del cruzamiento de las dos razas; y por último las que han salido de la clase obrera mediante los progresos de la industria, de las artes y de las ciencias.

La clase media no es igualmente numerosa en todos

los paises comparativamente á las demás clases; mas por donde quiera existe y logra algun poder, trábase una pugna entre ella y la clase aristocrática. Mas adelante verémos cuáles son las causas que suspenden ó aceleran su desarrollo, y el cómo en todos los paises ha tratado la aristocracia de atajar sus progresos. Para dar con estas causas nos bastará observar cuáles han sido, en todos los pueblos, los efectos naturales de la esclavitud doméstica.

La esclavitud, cualquiera que sea la máscara con que se cubra, trae siempre por delante hacer recaer sobre la poblacion avasallada las fatigas y trabajos que cuesta á las naciones la subsistencia, y afianzar á la clase de los amos todos los bienes que puede disfrutar un hombre. ¿Es compatible semejante objeto con las leyes de nuestra naturaleza? ¿puede haber hombres que se atribuyan el monopolio de las fruiciones, y hagan pesar sobre algunos de sus semejantes las penalidades y trabajos que puso naturaleza por condicion de nuestra existencia? En el decurso de este libro, quedarán resueltas estas cuestiones.

Hombres hay persuadidos de que las ciencias morales han hecho tantos progresos, que es ya casi por demás escudriñar la naturaleza, causas y efectos de la esclavitud; y creen al parecer que se ceja cuando se observa el rumbo que han seguido las costumbres y las instituciones desde los tiempos mas bárbaros hasta la época en que vivimos.

Con efecto cuando no se considera mas que la superficie social en que se halla uno, no estendiendo la vista mas allá de tan estrecho círculo, parece que es tan inútil tratar de la naturaleza y efectos de la esclavitud, como de los errores mas patentes y que han desaparecido desde muchos siglos. Pero si no nos deslumbran los elojios que dan algunos escritores á la época actual, y que los pueblos de todas las edades se han aplicado siempre gratuita-

mente, y fijamos la atencion en lo que en la realidad sucede, ya nos sentirémos algo menos dispuestos á ceder á aquel impulso de vanidad. Lejos de creer que la moral y la lejislacion estén tan adelantadas como pretenden algunos escritores, tentaciones nos vendrán á veces de afirmar que apenas conocemos sus primeros elementos.

Esos hombres que creen en el inmenso progreso de las citadas ciencias, pueden tomarse la molestia de ir á escuchar lo que se enseña en las escuelas superiores de las naciones mas civilizadas, en aquellas donde mejor conocidas deben ser aquellas ciencias. En ellas oirán unos profesores que, segun los principios de una lejislacion considerada como la razon escrita, enseñan á sus alumnos que los hombres se dividen en dos clases; que los unos son *personas*, y los otros son *cosas*; que los primeros han de disfrutar de todas las garantías legales; pero que los segundos no tienen derechos, ni albedrío; que los últimos, capaces de crear riquezas con sus afanes, son incapaces de adquirir ni poseer nada por sí mismos; que pueden enlazarse volanderamente con una hembra de su especie, pero no formar aquella union durable y permanente que designamos bajo el nombre de matrimonio; que la union de los sexos no puede producir en ellos ningun deber recíproco; que pueden enjendrar hijos, pero no ejercer sobre ellos ninguna autoridad lejítima; que por su parte á nada están obligados con ellos, ni tampoco les pueden exijir cosa alguna; que son incapaces de contraer ninguna obligacion, pero que sin embargo deben llenar un sinnúmero de deberes respecto de los hombres que son personas; que, como cosas, son incapaces de atestiguar nada, pero que, como á hombres se les puede torturar para arrancarles la verdad acerca de hechos que ignoran; que, sensibles como hombres, deben mostrarse impasibles como cosas, y que

por su parte todo acto de defensa ó de conservacion, respecto de sus poseedores, es un delito.

Y no se crea que nuestros sabios profesores, al enumerar á sus alumnos estos fenómenos del estado social de los pueblos barbaros, se los presenten como hechos cuya naturaleza, causas y resultados hay que estudiar; no, señores, para ellos son principios de derecho, elementos de lejislacion. A sus ojos, el esclavizamiento de las nueve décimas partes de la poblacion á los antojos y pasiones de un corto número de amos, es un modo de ser tan regular como cualquiera otro. En balde se hojearian todos sus libros de jurisprudencia, y las obras elementales en las cuales han consignado sus principios, pues no se encontraria una sola reflexion sobre las causas, ni sobre los efectos de la esclavitud, ni una sola comparacion entre los hechos que describen y los fenómenos resultantes de los mismos. Los jóvenes á quienes se enseña á repartir á los hombres en cosas y personas, son particularmente aquellos que se dedican á la carrera judicial, ó que aspiran á llenar otras funciones gubernativas; y así es muy comun verles aplicar mas tarde, bajo diferentes denominaciones, las doctrinas que han aprendido en la *razon escrita.*

Si de los fenómenos que se enseñan en las escuelas bajo el nombre de principios, pasamos á los que se propugnan en las tribunas de las asambleas lejislativas, no hallarémos entre ellos mas diferencia que en el nombre. Aquí no se dividen los hombres en cosas y personas, sino en *propietarios* y *propiedades.* Los primeros tienen derecho á todas las garantías legales; los segundos no tienen derecho alguno, debiendo ser tratados como un mueble que se conserva, se emplea ó se hace pedazos al antojo del que lo posee.

Esta distincion entre los séres humanos que son perso-

nas ó propietarios, y los que son cosas ó propiedades, no se profesa tan solo en teoría, sino que está escrita en los códigos y admitida por los gobiernos de los pueblos mas ilustrados, como los de Francia, de Inglaterra, de los Paises Bajos, y hasta de los Estados Unidos de América. Los Ingleses poseen en sus colonias unas 800,000 propiedades-hombres. Los ciudadanos de los Estados-Unidos poseen cerca de un millon y medio de las mismas. Los Franceses, los Holandeses y los Españoles poseen un número poco menos considerable, y si no poseen mas, no es por falta de voluntad (1).

Lo mas singular es que los mismos hombres que se rebelarian contra su gobierno, si arbitrariamente exijiese de ellos una porcion de sus rentas ó una parte de su tiempo, se rebelaran igualmente contra él, si quisiese afianzar á los hombres mirados como propiedades una parte de su tiempo ó de los productos de su trabajo. Arrebatar á los primeros una porcion de su fortuna, encerrarles á la fuerza por determinado número de horas en tal ó cual lugar, é imponerles, sin previo juicio legal, la pena mas mínima, son ofensas contra las costumbres, contra las leyes, contra la relijion, contra la naturaleza humana; pero atentados igualmente graves son el no sufrir que los segundos sean espoliados, encadenados, encarcelados, torturados y condenados á muerte, sin exámen ni juicio. Asaltar las garantías que poseen estos para la seguridad de sus bienes y personas, es un acto de tiranía que autoriza la rebelion y merece el último suplicio;

(1) Posteriormente á la publicacion de la primera edicion de esta obra, Inglaterra ha proclamado la abolicion de la esclavitud en sus colonias. Beneficio inmenso, no solo para la poblacion que deja de ser esclava, sino tambien para los mismos amos y para la humanidad entera.

mas poner un freno á la fuerza que sujeta los segundos á continuas espoliaciones y violencias, es un acto no menos criminal. Los primeros, apropiándose con regularidad todos los productos del trabajo de los segundos, obran justa y lejítimamente; pero los segundos que traten de recobrar una pequeña parte de los frutos de sus afanes, que les han sido arrebatados, cometen una espoliacion, un robo que merece castigarse al antojo del que domina.

Al recordar estas pruebas irrecusables de los inmensos progresos que han hecho los pueblos en las ciencias morales, no voy á buscarlas en las naciones mas ignorantes ó en los tiempos mas bárbaros, sino que las saco de uno de los pueblos mas ilustrados y de una época poco lejana, como los debates que hubo en 1825, en Inglaterra, en el mismo seno del parlamento, y en los escritos publicados hácia la misma época por los plantadores ingleses ó por sus amigos. La sociedad formada para la mitigacion y abolicion gradual de la esclavitud, no ha creido prudente pedir la cesacion inmediata de aquella distincion entre los hombres que se dicen propietarios y los que son llamados propiedades. Sin embargo ha encontrado recia oposicion, y sus adversarios han mirado como ataques á la justicia las tentativas que se han hecho para conceder alguna proteccion legal á 800,000 entes de nuestra misma especie. Mas se han propasado aun en las colonias: los aristócratas coloniales han considerado como una tiranía intolerable todos los obstáculos que se han opuesto á la violencia y á la crueldad. Han tildado de provocadores al robo y al asesinato á los que querian hacer á todos partícipes de las garantías legales; y han calificado de espoliacion la necesidad á que se les ha querido reducir de no arrebatar á la parte mas numerosa de la poblacion todos los productos de su trabajo. En los otros estados de Eu-

ropa se está aun menos adelantando que en el imperio británico, pues nadie piensa en borrar de la lejislacion la distincion de los hombres en personas y cosas. El oficio de arrebatar, comprar ó vender séres humanos, sino protejido, es al menos perseguido con poquísima eficacia: el que probase de introducir y vender, en cualquier colonia europea, un cargamento de hombres, mujeres y niños de los cuales se hubiese apoderado por fraude ó violencia, incurriria en penas menos graves que si tratase de introducir á la fuerza ciertos jéneros lejítimamente adquiridos de su propietario (1).

Si de las máximas y prácticas de las naciones que se dicen mas civilizadas, pasamos á las máximas y prácticas de las que lo son menos, encontrarémos la esclavitud mu-

(1) Las groseras contradicciones que acabo de observar se encuentran en los actos y en las discusiones políticas. Tal ciudadano de los Estados Unidos de América que mira con orgullosa compasion á los escritores del continente europeo que sostienen el principio de la lejitimidad de las familias reales, trataria de revolucionario á qualquiera que hablase con poco respeto de la lejitimidad de los plantadores. Pregúntese por ejemplo á los ciudadanos americanos, que tributaron al jeneral Lafayette honores hasta entonces desconocidos, lo que pensarian de un hombre que prestase á sus esclavos servicios análogos á los que ellos han tan colmadamente recompensado, y nos convencerémos del valor de sus principios de moral. Cuando los magnates de Polonia fueron avasallados, nos sentimos movidos á compasion y abominamos la injusticia de sus opresores; los tales magnates esclavizan actualmente á millones de hombres, y no parece sino que nos hayamos vuelto de piedra. La antigüedad nos ofrece los mismos ejemplos de inconsecuencia que la edad presente: ¡cuán súblime á la par que terrible leccion dieron á sus propios esclavos los matadores de César! Solo los hombres que admiten una moral y una justicia universales, pueden, sin inconsecuencia, honrar á los defensores de la libertad ó combatir la esclavitud.

cho mas arraigada. En la lejislacion del imperio ruso, como en la nuestra colonial, la poblacion se divide en hombres-personas y en hombres-cosas: el número de estos es sin comparacion superior al de los primeros. Lo mismo sucedia en Polonia no hace mucho tiempo; y en el norte de Alemania puédese observar todavía igual fenómeno. ¿Piénsase por ventura que un hombre que en estos paises tratase de atacar aquella clasificacion, y de probar que si por su propia naturaleza los habitantes no son todos personas, deben ser todos colocados en el número de las cosas, no sentaria mas que proposiciones evidentes para todo el mundo? ¿Créese acaso que al esponer todos los resultados á que da márjen la esclavitud, no haria mas que reproducir observaciones ya hechas por cada cual?

La esclavitud es un modo de ser muy antiguo entre los hombres; pero nos engañaríamos torpemente, si creyésemos que una cosa es conocida por el solo hecho de ser antigua: las mas de las ciencias son contemporáneas nuestras, y las entidades que forman su objeto son tan antiguas como el mundo. La esclavitud personal parecia un estado tan natural á los filósofos de la antigüedad, que estaban persuadidos de que el linaje humano no podia existir de otro modo. Los mismos que con mayor injenio han espuesto los efectos del despotismo, no han reparado al parecer la analojía que existe entre dicho estado y las relaciones que median entre un amo y sus esclavos. Los jurisconsultos modernos, que convierten en principios de derecho los fenómenos descritos por los jurisconsultos romanos, ni siquiera han pensado en esponer las consecuencias de la esclavitud. Algunos filósofos del siglo último encontraron en esto un tema para sus declamacio-

nes; pero otros lo miraron como una condicion necesaria de todo estado social regular (1).

Probablemente se cuentan pocos pueblos cuyos antepasados no hayan sido alternativamente esclavos y amos, y que no lleven todavía en sus instituciones y costumbres las marcas de dominacion ó de esclavitud. La mayor parte de nuestros conceptos sobre la moral y las leyes, nos vienen de los Romanos ó de los Griegos, entre quienes la esclavitud doméstica era mirada como una parte esencial del órden social, ó del réjimen de la feudalidad, bajo el cual la clase mas numerosa de la poblacion era esclava. Las preocupaciones, los errores y los vicios que producen la dominacion ó la esclavitud han pasado hasta nosotros, ya por el efecto natural de la accion que ejerce cada jeneracion en las jeneraciones que la suceden, ya por medio de los escritos que nos han trasmitido nuestros predecesores, y que sirven todavía para nuestra educacion. Fuerza es pues que nos formemos ideas cabales del estado de los hombres á quienes hemos sucedido y de los resultados producidos por aquel estado, si queremos juzgar acertadamente de nuestra propia posicion y de las teorías morales y lejislativas que hemos adoptado. No todo lo que nos han dejado nuestros mayores por herencia es igualmente acertado; y tan desacordado fuera despreciarlo todo, como peligroso el admitirlo todo sin exámen.

No cabe raciocinar acertadamente sobre moral ó lejislacion, si no se toma por base la naturaleza del hombre. Para conocer dicha naturaleza, no basta observar los

(1) Rousseau mira en cierto modo la esclavitud doméstica como una condicion de la libertad política. Aristóteles ponia la esclavitud en la misma línea que el matrimonio; tan necesario le parece este como aquella para la existencia de una familia. *Polit.*, lib. 1, cap. IV, V y VI, t. I, p. 6 y 7 de la trad. de M. Thuxt.

efectos que siente el hombre en una posicion dada, sino que conviene notar además los efectos que en él causan las diversas posiciones en que se puede hallar. La ciencia de la lejislacion solo consiste en el conocimiento de las relaciones naturales que median ó pueden mediar entre los hombres y las entidades, ó entre los individuos y las diversas agregaciones de los mismos que componen el jénero humano. Ahora bien; nos seria imposible formar conceptos cabales y completos de las mencionadas relaciones, á no haber observado los hechos que las quebrantan y los que resultan de su quebrantamiento. Cuando tratemos de la propiedad, de las relaciones de familia, de los pactos, de las instituciones políticas, y de las relaciones de los pueblos entre sí, verémos que es imposible encontrar los principios de cosa alguna, si no admitimos desde luego que el hombre es un sér libre por su naturaleza; y el mejor medio de probar que la libertad es una condicion aneja á la perfeccion ó á la prosperidad de la especie humana, es esponer claramente los efectos que produce la esclavitud.

Por último, las naciones han ejercido siempre unas sobre otras un influjo inmenso, y la naturaleza de este influjo ha sido determinada por el estado social del pueblo influyente. Los pueblos que no admiten ya en su territorio que un ente humano pueda ser propiedad de otro, seguirán pues esperimentando los efectos de la esclavitud, mientras exista tal estado en otros pueblos cuya accion se deje sentir en ellos. Así, por mas que existan naciones que no admiten la esclavitud doméstica, no hay ninguna que no esté interesada en conocer los efectos que causa y en verla desaparecer de todos los paises.

Aquí no hemos de escudriñar mas que hechos jenerales, pasando por alto los particulares, producto solo de causas

accidentales. Al tratar de los efectos que produce la esclavitud en las diversas clases de la poblacion, no debo pues hablar de los amos ó de los esclavos que se han sustraido á dichos efectos por circunstancias particulares. Posible es sin duda encontrar un esclavo astuto ó de constitucion vigorosa, sin que de ello debamos inferir que la esclavitud desarrolla el injenio ó robustece los órganos físicos de la poblacion avasallada. En un pais de esclavos se pueden encontrar tambien algunos pocos amos ilustrados, sin que sea dable inferir de esto que la posesion de un poder arbitrario sobre una parte de la especie, favorezca el desenvolvimiento de las facultades intelectuales. Por fin; así entre los esclavos, como entre los amos, se puede hallar un hombre de costumbres acendradas, y aun severas, sin que por esto resulte que la esclavitud es propicia á las buenas costumbres.

CAPITULO II.

Indole de las diversas especies de esclavitud domestica.

La historia de la esclavitud se puede dividir en tres grandes períodos: primero, desde la época mas remota conocida hasta la caida del imperio romano; segundo, el del réjimen feudal; tercero, el del establecimiento de las colonias europeas en América ó en algunas otras partes del mundo, desde el siglo XVI hasta nuestros dias. Estos períodos no se hallan tan marcados en la historia como aquí suponemos; pero como no tanto me propongo escribir la historia de la esclavitud como el esplanar sus efectos, no necesito mayor precision en el órden de los tiempos.

En la primera época, amos y esclavos pertenecian jeneralmente á la misma raza de hombres. Los individuos reducidos á la servidumbre eran destinados á toda suerte de trabajos, siendo solo escluidos de las funciones públicas y del servicio militar.

Entre los Romanos, desde el principio hasta el fin de la

república, la aristocracia propendió de continuo á sustituir á los hombres libres que cultivaban las artes, un pueblo que fuese propiedad suya: tenia por máxima constante nunca canjear los prisioneros. En la alternativa de dejar en la esclavitud á los soldados romanos que no tenian medios de rescatarse, ó de restituir los soldados estranjeros que habia convertido en esclavos, tomaba el partido mas lucrativo. La restitucion que hubiese obtenido de un ejército sacado de ella no hubiera sido beneficiosa sino á las clases pobres de las cuales salian los soldados, y la restitucion que hubiese hecho ella de un ejército estranjero, la hubiera privado de una multitud de esclavos.

Entre las numerosas causas que determinaban la aristocracia romana á hacer la guerra, una hay que no se ha atendido bastante, y es que el pueblo pagaba los gastos, y los magnates reportaban el provecho. Los patricios que, para apoderarse de los habitantes de una ciudad industriosa y trasformarlos en esclavos, perdian cierto número de soldados, solo veian en esta operacion un buen negocio que hacer. Era un trueque en el cual todo era ganancia para la aristocracia: á sus ojos un buen esclavo valia mas que dos proletarios romanos.

Ni los riesgos mas graves eran parte para que la aristocracia perdiese de vista lo que consideraba estar en sus intereses. Habiendo Aníbal hecho un gran número de prisioneros romanos, propuso canjearlos con los que le habian hecho. Los patricios no quisieron consentir en el canje; pero compraron ocho mil esclavos, y les incorporaron en su ejército sin darles la libertad (1). Por este medio conservaron los soldados cartajineses que habian convertido en esclavos, y se reservaron la facultad de re-

(1) Tito Livio, t. VII, p. 393 y 397.

cobrar la posesion de aquellos por cuyo medio habian reemplazado á los soldados que cayeron en manos del enemigo.

Esta política de abandonar á los soldados romanos, ya para no tener que pagar su rescate, ya para no restituir los prisioneros esclavizados, en nada comprometia la libertad de los individuos de la aristocracia. Si alguno de ellos caia en manos del enemigo, y no era bastante rico para rescatarse, sus clientes tenian que cotizarse su importe para sacarle de la esclavitud. Con efecto los plebeyos, á quienes nadie rescataba cuando tenian la desgracia de caer prisioneros, estaban obligados á rescatar á los aristócratas.

La accion que ejercian los Romanos sobre los demás pueblos estaba siempre determinada por la aristocracia, y así es que nunca tenia por objeto moderar el poder de los amos sobre los esclavos. Las demás naciones estaban probablemente sujetas á un influjo análogo, y por consiguiente la guerra tendia de continuo á aumentar el número de los esclavos, y nunca tenia por objeto su libertad.

Las razones que se oponian á que un pueblo obrase sobre otro para poner coto al poder de los amos sobre sus esclavos, se oponian tambien á que una clase de la sociedad obrase jamás sobre las otras con semejante fin. Los hombres mas influyentes eran los que mas esclavos tenian, y su autoridad, como miembros del gobierno, solo propendia á afianzar el poder que tenian en calidad de amos ó dueños. Si algunas veces intervenia la relijion en los negocios de estado ó en las guerras estranjeras, era siempre para promover la pujanza aristocrática, ó para repartirse el botin hecho por los conquistadores. Los sacerdotes de Apolo presajiaban la victoria á cuantos invocasen á su Dios, con tal que les ofreciesen el diezmo de los des-

pojos; y lejos de reclamar la libertad de los cautivos ó de las cautivas, exijian que su cuota, cuando eran jóvenes, se les entregase en especie (1).

La esclavitud, durante el segundo período, ha existido tambien en todas las naciones de Europa, pero con un carácter particular. Los esclavos han sido jeneralmente destinados á las tareas agrícolas, y considerados como parte del terreno que labraban. No habiendo hecho grandes progresos las artes ni el comercio, los aristócratas no podian proporcionarse mas que pocos objetos de lujo por medio de los productos de sus tierras, y tampoco era dable á un individuo consumir los productos obtenidos por los trabajos de una multitud. Los esclavos han sido condenados pues á fatigas menos ásperas, y han participado algo mas del producto de sus trabajos (2). Como los amos estaban escasamente unidos entre sí, y se hallaban á veces en mutua guerra, tenian que contemporizar con sus esclavos sopena de verles desertar sus haciendas para pa-

(1) Los sacerdotes de la antigua Roma, que salian de la clase aristocrática, animaban, con sus vaticinios, el ejército al pillaje, porque tenian parte en el botin. Tito Livio, l. V, t. III, p. 84 y 101 de la traduccion de *Dureau de Lamalle*.

(2) A la imposibilidad en que se halla un poseedor de hombres de consumir inmediatamente los productos agrícolas de un gran número de individuos, se ha de atribuir en mucha parte la cacareada hospitalidad de los tiempos antiguos; así como la á veces llamada jenerosidad de los déspotas se ha de atribuir á la facilidad con que se apropian las riquezas de sus súbditos. El cortísimo número de príncipes que han tenido algun escrúpulo en apoderarse fraudulentamente ó á la fuerza de los bienes ajenos, han sido siempre acusados de avaricia: en este particular no conozco escepcion alguna. Acúsase tambien á los hombres de haberse empedernido y de valer menos que los antiguos, porque no prodigan al primer advenedizo lo que han ganado con mucho trabajo, ó lo que pueden gastar de un modo mas agradable.

sar á las de sus enemigos. Por último, el poder á que ellos mismos estaban sujetos, queriendo privarles de su independencia, buscó auxiliares en la poblacion avasallada, y esta se ha aprovechado, á lo menos en parte, de las pérdidas de aquellos (1).

Estas diversas causas han contribuido pues considerablemente á hacer la esclavitud menos dura de lo que fué bajo la república romana y los primeros emperadores. Los progresos de las artes, del comercio, de las ciencias y de las letras han acelerado la emancipacion de la clase mas numerosa. Por último, la formacion y desarrollo de una clase intermedia, y las luchas trabadas entre ella y las clases aristocráticas, han logrado arrollar en la mayor parte de los estados de Europa los últimos restos de la servidumbre doméstica (2).

En la tercera época, la esclavitud doméstica se muestra bajo un nuevo aspecto. Los esclavos no pertenecen á la misma raza de hombres que los amos, sino que difieren unos de otros por caracteres indelebles. Los hombres avasallados son conducidos á islas ó porciones de continente en las cuales está circunscrita la servidumbre personal. Están por lo jeneral destinados á un ramo especial de faenas agrícolas, como el cultivo del azúcar. Como los productos de sus trabajos tienen un valor cuantioso comparativamente á los demás productos de la agricultura, son destinados al comercio de esportacion. Por un efecto natural de los progresos de la industria, una familia puede consumir las riquezas producidas por un número inmenso

(1) Véase H. Hallam's View of the state of Europe during the middle ages, part. II, cap. I, vol. I, páj. 216.

(2) Justo es confesar que algunos hombres pertenecientes á la aristocracia, han promovido con todas sus fuerzas y prestijio esta gloriosa revolucion.

de personas; y así es que solo se deja á los esclavos lo rigurosamente preciso para que no se mueran de hambre. Destruida en la poblacion esclavizada la esperanza de conseguir la mas mínima recompensa de su trabajo, suple por ella el terror de los suplicios.

Por otra parte, la nueva aristocracia que se forma con este nuevo jénero de esclavitud, no es absolutamente dueña de su casa. Sujeta, en cuanto lo permite la distancia, á gobiernos ó naciones que no admiten la esclavitud doméstica en su territorio, encuentra algunas trabas en el ejercicio de su poder. Algunos hombres, cuya intelijencia no está viciada, ni por el ejercicio de la arbitrariedad, ni por la sumision á los amos, tan ajenos á los lucros de la dominacion como á las calamidades de la esclavitud, se pronuncian en favor de los oprimidos contra los opresores. Por último, entre las sectas en que se divide el cristianismo, las mas morales requieren la abolicion de la esclavitud, robusteciendo á veces sus preceptos en el ejemplo. Los esclavos encuentran así, fuera del pais en que les ha situado la fuerza, una proteccion que no existió en ningun otro tiempo.

No cabe determinar cuál fué, durante el primer período de la esclavitud, la proporcion entre las diversas clases de la poblacion. Los Romanos no hacian el censo de la poblacion esclava en determinadas épocas, como el de los ciudadanos. En los censos que nos han trasmitido sus historiadores tampoco vemos en qué razon estaba la clase plebeya con la aristocrática. Solo sabemos que en los últimos tiempos de la república, el número de los esclavos sobrepasaba de mucho al de los hombres libres, puesto que estos temian que á los primeros no les ocurriese contarse y contarlos (1).

(1) Aunque no tengamos ningun medio exacto para saber la pro-

Tampoco sabemos cuál fué en la edad media la proporcion en que se hallaban las tres diversas clases que componian la poblacion. Es indudable que la de los esclavos era la mas crecida; pero no es posible determinar las diferencias que mediaban entre unas y otras.

Aunque la esclavitud doméstica está abolida en casi todos los estados de Europa, y ha progresado mucho la estadística, no tenemos medio alguno para conocer en qué proporcion se encuentran, en estos diversos estados, las personas que pertenecen á la clase aristocrática, las de la clase media y las de la clase proletaria. No parece sino que los hombres que tanto temen barajarse con la mole de la poblacion, temen aun mas el contarse ó el ser contados.

No hallarémos las mismas dificultades en cuanto á las poblaciones donde existe todavía la esclavitud doméstica. Los amos no se cuentan; pero les cuentan los gobiernos de las metrópolis. Cuentan tambien las personas que forman la poblacion obrera de las colonias y las que constituyen la clase media. Estos censos serán de poderoso auxilio á los que quieran esponer los efectos de la esclavitud.

Hoy dia encontramos en las colonias, lo mismo que en los antiguos estados europeos, tres clases bien distintas: una aristocracia poco numerosa; una clase proletaria que forma la mole de la poblacion; y una clase media participante en cierto modo de las dos.

porcion que habia entre el número de cada una de las clases de la poblacion, es indudable que en los últimos tiempos de la república, el número de esclavos era inmenso comparativamente al de amos. Bajo el reinado de Augusto, un liberto cuya fortuna habia ido á menos durante la guerra civil, dejó en su sucesion 4160 esclavos. Plinio, *Historia Natural*, lib. XXXIII, paj. 47. — Véase Gibbon's *History of the decline and fall of the roman empire*, c. II, p. 67 y 68.

La aristocracia posee casi todo el territorio, y tambien al pueblo que lo cultiva, y del cual se titula propietario. Habiendo fundado su existencia en el trabajo ajeno, desdeña toda profesion laboriosa, no conociendo dignos de ella otros empleos que los de gobierno.

La clase obrera ó proletaria, nueve ó diez tantos mas numerosa que la aristocrática, no solo no tiene poder, pero ni siquiera propiedad alguna. El producto de su trabajo le es arrebatado, conforme lo va creando, por los aristócratas. Sus amos no le dejan mas que lo rigurosamente necesario para que no perezca de miseria.

La clase media, nacida de los entronques que se han verificado entre las otras dos, ejerce las artes y el comercio, pero está escluida de todas las funciones públicas. Es sospechosa á la aristocracia que la aborrece, que ambiciona sus riquezas, y que pone todo su conato en mantenerla envilecida.

Las pugnas que se manifiestan en algunos estados de Europa, entre las diversas clases de la poblacion, se hallan tambien en las colonias que han fundado los Europeos despues del descubrimiento de América; pero en estas son mas pujantes, siendo de temer que tarde ó temprano no den márjen á consecuencias mas desastrosas.

En Europa, las tres clases, pertenecientes todas á la misma raza de hombres, no se distinguen unas de otras por ninguna señal indeleble. Un hombre puede de consiguiente pasar de la una á la otra, sin que sea dable descubrir, por su aspecto, de qué raza ha salido. En las colonias, al contrario, cada individuo lleva en su persona la estampa indeleble de la casta á que pertenece. Nadie puede pasar de la una á la otra.

En las tres principales colonias sometidas á Francia, la poblacion obrera poseida por la aristocracia ascendia, en 1827, á 246.000 almas.

Las personas que disfrutan de la libertad civil, designadas bajo el nombre de personas *de color*, y que forman la clase media, eran en número de 33.878.

La clase aristocrática, que se compone de los blancos, era de 45.941 individuos.

La poblacion total ascendia pues á 306.002 personas, mas la proporcion entre las diversas clases no era la misma en aquellas colonias. En la Martinica, se contaban unos ocho esclavos por cada individuo de la casta de amos; las personas de color libres escedian á los blancos en 849. En la Guadalupe, los blancos libres estaban con los esclavos en la razon de 1 á 6, y escedian á las personas de color libres en 552. En la isla de Borbon no se contaban mas que unos $3\frac{1}{2}$ esclavos por cada individuo de la raza de amos, y estos formaban un número triple que el de las personas de color libres (1).

(1) He aquí el estado de la poblacion de estas colonias, en el año 1827, tal cual lo dió el ministro de comercio á la comision nombrada en 1829:

MARTINICA.

Poblacion esclava.	81, 182
Personas de color libres.	10, 786
Blancos.	9, 937
Total.	101, 905

GUADALUPE.

Poblacion esclava.	101, 554
Personas de color libres.	16, 705
Blancos.	17, 258
Total.	135, 517

BORBON.

Poblacion esclava.	63, 447
Personas de color libres.	6, 387
Blancos.	18, 747
Total.	88, 581

En las colonias inglesas se hallan á corta diferencia iguales variaciones entre las diversas clases de que se compone la poblacion. En la Jamaica, que es la mas considerable de sus colonias, la clase obrera de la que se ha hecho dueña la aristocracia, era, en 1820, de 342.382 personas. La clase de los individuos de color libres, ascendia de 20.000 á 25.000 personas. La de los blancos, ó sea la aristocrática, era de unas 25.000: obsérvese empero que la alta aristocracia colonial reside habitualmente en Inglaterra (1). Así los esclavos están con los individuos de la clase de amos en la razon de 14 á 1, y en la de 7 á uno relativamente á todas las personas libres. Las proporciones son á corta diferencia las mismas en la mayor parte de las demás colonias.

Mientras la aristocracia colonial conserve su prepotencia, ningun individuo de la clase obrera saldrá de la esclavitud sin la voluntad de su amo; y ningun individuo de la clase media saldrá del envilecimiento en que le mantiene la aristocracia. Pero tampoco los aristócratas pudieran hallar salvacion sino en la fuga, si algun dia pasase el poder á manos de la clase popular.

(1) *Report of the committee of the Society for the mitigation and gradual abolition of Slavery*, p. 40. — *Second Report of the committee*, p. 149.

CAPITULO III.

Influjo de la esclavitud en la constitucion física de las diversas clases de la poblacion.

La esclavitud no es siempre en la clase de los amos un obstáculo para la perfeccion que consiste en la buena constitucion de cada uno de sus órganos físicos; ni tiene por efecto necesario impedir que las personas de aquella clase abunden en alimentos sanos, ni hacerles respirar un aire insalubre, ni tampoco vedarles los ejercicios mas propios para desarrollar sus fuerzas físicas y hasta cierto jénero de destreza y soltura. Los bárbaros que despues de haber reducido á la esclavitud un número considerable de hombres industriosos, hallan en la dominacion el medio de vivir en la abundancia, pueden seguir dedicándose á los ejercicios que les hicieron vencedores. Despues de haber sido cazadores y guerreros por necesidad, pueden seguir tales ejercicios por gusto, por hábito, por preocupacion, y sobre todo por política: este es el medio mas seguro, no solo para adquirir nuevos esclavos y restablecer sus

fortunas con el saqueo, sino tambien para afianzar la duracion de su dominio.

Entre los antiguos, lo mismo que entre los modernos, vemos que todos los pueblos que habian fundado su existencia en el avasallamiento de una parte de su especie, señalan como privilejios de la aristocracia el cazar, el uso de las armas y los ejercicios jimnásticos. Bien sabemos cuáles fueron, entre los Espartanos y los demás pueblos de Grecia, las ocupaciones de los dueños de esclavos, mientras conservaron su independencia. Sus ejercicios eran cabalmente los mismos que los que hemos observado en la aristocracia de algunos pueblos del Grande Océano. Los Romanos, mientras tuvieron hombres industriosos y libres que esclavizar, no dejaron de ejercitarse en el manejo de las armas, en vadear rios á nado, en dar largas carreras cargados de grandes pesos, y en comunicar á su voz el sonido mas propio para aterrorizar á sus enemigos: á veces seguian estos ejercicios hasta la vejez mas avanzada (1). Despues de la invasion de los bárbaros, los ejercicios propios para desarrollar cierto jénero de fuerzas musculares, como la caza, la esgrima, el torneo etc. quedaron como privilejios de los nuevos señores en todos los estados europeos (2). Por último, en las islas del Grande

(1) «Su costumbre, dice Plutarco, hablando de M. Caton, era dar con aspereza... mostrar una cara terrible al enemigo, y usar de amenazas hablándole con voz ronca y espantosa: lo cual hacia muy bien, y enseñaba perfectamente á los demás para que le imitasen.... Por este medio, añade el mismo historiador, M. Caton enseñó á su hijo la gramática, las leyes, la esgrima, no solo para arrojar el venablo, tirar la espada, voltear, picar caballos y manejar toda suerte de armas, sino tambien para combatir á puñetazos, arrostrar el frio y el calor, pasar á nado la corriente de un rio caudaloso y encrespado.» Plutarco, *Vida de Marco Caton*, p. 400 y 414.

(2) La invencion de la pólvora ha establecido en cierto modo la

Océano, donde una parte de la poblacion vive á espensas de la otra, los hombres que pertenecen á la primera se dedican todos á los ejercicios jimnásticos y al manejo de las armas.

El avasallamiento de la clase laboriosa, lejos de ser una causa de menoscabo para los órganos físicos en los hombres de la clase aristocrática, ha contribuido pues por largo tiempo á robustecer su constitucion. Les ha proporcionado alimentos en abundancia, les ha dispensado de los trabajos que hubieran podido viciar sus órganos, y les ha dado el medio, ó tal vez impuesto la necesidad, de dedicarse á los ejercicios mas favorables á su desarrollo.

La facultad de apoderarse de las mujeres mas hermosas ó de alcanzarlas con dinero, ha contribuido tambien á la perfeccion física de la clase de los amos, en los paises donde el orgullo aristocrático no les ha vedado todo entronque lejítimo con mujeres forasteras á su casta. El ejercicio de esta facultad, durante algunos siglos, ha bastado para hacer perder á la aristocracia los caracteres físicos que la distinguian en su oríjen. Esto se observa particularmente en Persia y en Turquía: los magnates no tienen ninguno de los rasgos ó facciones que tenian sus antepasados en tiempo de la invasion. Quizás á una causa semejante se debe atribuir, á lo menos en parte, la belleza de las formas griegas (1).

igualdad de fuerzas físicas entre todos los hombres, y se han descuidado los ejercicios jimnásticos.

(1) Entre los Europeos modernos, los aristócratas han escojido muy á menudo sus mujeres en las clases industriosas; pero hanles determinado en su eleccion consideraciones de fortuna mas bien que de hermosura. No estando ya admitida la poligamia, muchos han pensado que con las riquezas de las unas comprarian la belleza de las otras; la corrupcion ha sucedido de este modo á la violencia.

Si juzgamos de la constitucion física de los hombres de la antigüedad, que pertenecian á la clase de los amos, por la de las estatuas que se nos han trasmitido, ó por lo que nos han contado de sus fuerzas algunos historiadores, formaríamos quizás ideas exajeradas de la bondad de su constitucion física, pues es probable que los estatuarios de entonces, como los del dia, solo tomaban por modelo á los hombres mas descollantes por la regularidad y belleza de sus formas. Sin embargo, atendiendo por un lado á todas las circunstancias que promovian su desenvolvimiento, y recordando por otro las descripciones que nos dan los viajeros modernos de algunos pueblos situados en circunstancias análogas, es difícil dejar de creer que aquellos pueblos gozaron por largo tiempo de una escelente constitucion física. La clase de los amos no empezó á degradarse en este sentido, segun verémos mas adelante, hasta que las desdichas de la guerra la obligaron á admitir en su seno á libertos ó esclavos, ó hasta que orilló los ejercicios de los cuales dependia su fuerza.

Mas las mismas circunstancias que por largo tiempo contribuyeron á dar á los amos una buena organizacion, concurrieron á viciar la de los esclavos, pues estos no tenian alimentos, vestidos, ni viviendas, sino en cuanto querian permitírselo los amos (1). Todo ejercicio que hubiese podido darles fuerza, destreza y valor, les estaba vedado como peligroso para sus dueños (2). El corto número de operaciones mecánicas que por obligacion tenian que ejecutar en provecho de sus amos, no podian desenvolver mas que algunos de sus órganos. Y aun este desarrollo habia de ser muy circunscrito, por cuanto un ejercicio forzado, escesivo y acompañado de privacion de alimentos, es una causa da postracion, mas bien que de fuerza. Añádase á estas consideraciones que los hombres avasallados no podian tener por compañeras sino las mujeres menos hermosas, pues las otras eran concubinas de los amos, y se dejará conocer que la parte esclavizada del linaje humano ha debido degradarse mas y mas. Tenemos pocos datos para saber cual era, entre los pueblos de la antigüedad, la constitucion física de los esclavos; mas sin temor de engañarnos podemos creer que Fidias no fué á buscar sus modelos entre los ilotas (1).

El influjo de la esclavitud en la constitucion física de los amos, en las colonias modernas, no ha sido igual á lo que fué entre los pueblos de la antigüedad. Los amos no han tenido que dedicarse á ejercicio alguno para conservar ó estender su dominacion: no les han sido posibles las conquistas, y su seguridad ha quedado á cargo de solda-

y he aquí un paso en la civilizacion. El influjo de esta causa, junto con la invencion de la pólvora, ha restablecido el equilibrio de las ventajas físicas entre todas las clases de la poblacion.

(1) Un amo no podia dar nada á su esclavo, es decir, tenia siempre la facultad de volver á tomar lo que le habia dado. Dig. lib. XL, t. I, lib. IV, § I.

(2) El ejercicio de la lucha estaba vedado á los esclavos, aun bajo los emperadores. Dig. lib. IX, t. II, lib. VII, § IV.

(1) Habia entre los Romanos una especie de esclavos cuyas fuerzas y destreza desarrollaban los amos, y eran los destinados para gladiadores; pero los tenian encerrados como fieras, hasta que se les arrojaba al circo para degollarse mutuamente y servir de este modo al recreo del pueblo rey. Aquellos esclavos inspiraban tal terror á la poblacion que los criaba para hacerles degollar, que en tiempo de César, se dió una ley para limitar el número de los que podian introducirse en la ciudad. Habiendo en cierta ocasion logrado escaparse doscientos con sus armas, se arrojaron sobre todos los individuos de la raza de los amos que encontraron al paso, y les dieron muerte. Fuéles imposible salvarse, pero ninguno de ellos se dejó prender vivo. Las damas gustaban tanto como los caballeros de los combates de gladiadores. Plutarco, *Vida de Sila*, páj. 565. — *Vida de Craso*, páj. 654.

dos estranjeros. Prohibiéndoles el orgullo aristocrático todo entronque lejítimo con mujeres que no fuesen de su casta, no han podido emparentar sino entre sí. Por último, el abuso de los goces físicos ha venido á juntarse al ocio, y estas dos causas reunidas eran mas que suficientes para oponerse á toda especie de desarrollo.

Arduo seria juzgar de los efectos que puede producir una larga esclavitud en la constitucion física de los esclavos en los colonias europeas. El esceso de trabajo á que están sujetos, el mal trato que se les da, y la falta de alimentos sanos y abundantes, no les ha permitido jamás perpetuarse mas allá de un corto número de jeneraciones. Para que no se estinguiese la raza, ha sido menester renovarla de continuo por medio de hombres libres traidos de las costas de Africa. Segun cierto historiador, el número de los esclavos, en las colonias francesas, menguaba anualmente de $\frac{1}{15}$; y sin embargo aquellos eran tratados con menos aspereza que los de los colonos ingleses y holandeses (1).

En 1690, el número de los esclavos de la Jamaica ascendia á 40.000. Desde aquella época hasta 1820, se han importado á dicha colonia 800.000; y lejos de haber aumentado aquella parte de la poblacion, apenas asciende á 340.000 individuos. Es evidente pues que los esclavos no se perpetúan mas allá de un corto número de jeneraciones (2).

En las colonias, de consiguiente, la esclavitud ha sido aciaga á la constitucion física de los amos y de los esclavos; pero del cruzamiento de unos y otros ha nacido una clase en la cual no ha causado los mismos efectos. Teniendo los primeros un poder sin límites sobre los segundos, han podido escojer las mujeres que les han parecido mas hermosas y mejor constituidas. Los hijos nacidos de estos entronques no han sido todos libres, pero entre ellos es donde ha habido mas emancipaciones. Como las personas de esta clase á las cuales no se habia arrebatado la libertad, estaban libres de las fatigas y privaciones de los esclavos, no habiendo podido cantraer los vicios que da la dominacion, han formado la clase mejor constituida y mas pujante.

(1) Raynal, Hist. filosóf.

(2) *Second report of the committee of the society for the mitigation and gradual abolition of Slavery, etc.* páj. 149, 159 y 160.

En las antiguas colonias españolas en las cuales se encuentran tres razas de hombres, primitivos, blancos, cobrizos y negros, obsérvase que los individuos que nacen del cruzamiento de dos razas, son mejor constituidos, mas fuertes é intelijentes que ninguna de las dos. Este fenómeno puede ser producido por muchas causas que no me atañe esplicar; pero hay una cuya influencia es incontestable, y es la facultad que tiene toda casta dominante de escojer entre las otras las mujeres que le placen.

La aristocracia colonial conoce hace tiempo el influjo que ha de ejercer algun dia la clase intermedia á la cual ha dado nacimiento. Así es que emplea todo su poder en humillarla; pues comprende que si algun dia se aboliese la esclavitud, el poder pasaria á manos de los hombres dotados de mayor intelijencia y enerjía, y que mas afines fuesen con la clase mas numerosa de la poblacion.

La perfeccion física que consiste en el arte de emplear sus órganos, está subordinada bajo muchos aspectos al desarrollo de las facultades intelectuales y á la perfeccion moral. Para demostrar pues el cómo son afectadas sobre el particular por la esclavitud las diversas clases de la poblacion, hay que esponer los efectos que produce la misma causa en las intelijencias y en las costumbres.

CAPITULO IV.

Influjo de la esclavitud doméstica en las facultades intelectuales de los amos y de los esclavos.

Para determinar el influjo que ejerce la esclavitud en las facultades intelectuales de los dueños de esclavos, hay que considerar á los hombres de esta clase en las relaciones que tienen entre sí, en las que tienen con el gobierno á que están sujetos, y en las que guardan con la poblacion avasallada.

Entre los Romanos, desde el principio hasta el fin de la república, los hombres que pertenecian á la clase de amos no estuvieron subordinados unos á otros, como los vasallos bajo el réjimen feudal. Si no eran iguales entre sí, á lo menos ninguno podia mandar á otro, como no estuviese investido de cierta majistratura por una parte de la poblacion. De ahí resultaba la necesidad de granjearse la confianza de las altas clases, ya con discursos, ya con acciones, si se aspiraba á ejercer algun influjo en los ciudadanos. Se hacia pues preciso cultivar con esmero el arte de la palabra y los conocimientos anejos: un ciudadano,

antes de ser orador, debia ser buen gramático, buen lójico, buen moralista, buen publicista y jurisconsulto. Así es que los hombres pertenecientes á la clase de amos hicieron grandes progresos en estos ramos del saber, mientras ninguno de ellos pudo sustituir la fuerza al raciocinio. Esta especie de desarrollo, lejos de ser envilecida por los amos, era muy estimada, por cuanto acrecentaba el poder del hombre sobre sus semejantes. Por otra parte era parto de la libertad, pues los ciudadanos no eran, unos respecto de otros, amos ni esclavos.

Un aristócrata se veia obligado pues á desarrollar sus facultades intelectuales en las relaciones que tenia con sus iguales, pero no en las que guardaba con sus esclavos. Respecto de los primeros, no tenia ningun poder; si queria influir en ellos, debia convencerles ó persuadirles. Respecto de los segundos, era un déspota; nada tenia que esplicarles ni demostrarles; bastábale mandar.

Existian de consiguiente en los hombres de esta clase dos obstáculos insuperables para el progreso de los conocimientos que llevan por objeto acrecentar el poderío del hombre sobre la naturaleza: el primero era el envilecimiento en que habia sumido la esclavitud todas las tareas industriales, y que vedaba á los hombres libres el dedicarse á ellas; y el segundo la facultad que tenian los amos de emplear la fuerza en vez del raciocinio. Cuando los aristócratas hubieron caido bajo la dominacion de los emperadores, los conocimientos que habian adquirido en tiempo de su libertad se estinguieron, y siguió obrando sobre ellos la esclavitud doméstica. En órden á su gobierno, ya no fueron mas que esclavos; y relativamente á sus esclavos, continuaron siendo déspotas. Con esta doble calidad, difícil les era el progresar en ningun ramo de conocimientos.

Bajo el réjimen feudal, los amos no estuvieron organizados como los de Grecia y Roma, apelando con mas frecuencia á la traicion ó á la fuerza, que á la elocuencia y á la razon. Así es que entre ellos nada encontramos que indique el menor desarrollo del arte de la palabra y de los conocimientos anejos. Los pueblos que, sin dejar de ser dueños de esclavos, han caido bajo el despotismo de una familia ó de un individuo, como los Polacos y los Rusos, se han hallado en una posicion parecida á la de los Romanos despues del establecimiento del imperio, habiendo tenido que sufrir los inconvenientes anejos á las condiciones opuestas de esclavo y amo. Y he aquí porque los escritores que han ido á estudiar sus costumbres han quedado atónitos al encontrarlas análogas á las de los Romanos en el tiempo de su decadencia.

Las colonias establecidas por los Europeos, en Africa, en América y en las Antillas, no han sido abandonadas á sí mismas. Los gobiernos bajo cuyo imperio se fundaron, han conservado sobre ellas un poder casi idéntico al que tienen sobre el territorio nacional. Su potestad ha sido algunas veces mas estensa aun en las colonias que en la madre patria, como particularmente ha sucedido en las colonias francesas. No disfrutando por lo jeneral los amos de ninguna libertad política, y formando naciones particulares sujetas á otras naciones, no han tenido que desarrollar ninguna de aquellas facultades intelectuales que en los paises de libertad política afianzan el imperio á los que mas estension les han dado. Las colonias inglesas son las únicas á las cuales el gobierno de la metrópoli ha cedido siempre algun poder político; y tambien son las únicas donde se ha encontrado la especie de desarrollo de que acabo de hablar. En las demás, los amos que no han recibido su educacion en paises donde está abolida la esclavitud domés-

tica, han mostrado por lo jeneral la estupidez propia de los déspotas y de los esclavos.

Los colonos holandeses del cabo de Buena Esperanza menosprecian de tal modo toda suerte de instruccion, que ni el gobierno, ni el clero, ni la persuasion, ni la fuerza han podido jamás inducirles á cotizarse para establecer una escuela pública. En la ciudad del Cabo, no hay libreros, ni sociedades literarias; nada menos comun que ver un libro en una casa (1). El mas hábil institutor puede á lo mas enseñar de escribir (2). Privados de todas las fruiciones del entendimiento, de la conversacion y de la lectura, para ellos el dia de hoy no es mas que una repeticion del de ayer. Nada, dice Barrow, interrumpe aquella triste uniformidad, como no sea la visita accidental de un viajero, ó la menos agradable de los Bosjesmanes. Si algo hay que consiga variarla, es la desconfianza de los Hotentotes que les sirven, y el temor de ser degollados por sus propios esclavos. Es tal su ignorancia, que nunca se aprovechan de las plantas nuevas que les llevan los estranjeros, ni perfeccionan el cultivo de las que hace tiempo poseen, como no haya algun estranjero industrioso que les dé el ejemplo (3).

Los colonos holandeses de América, colocados, relativamente á su gobierno y á sus esclavos, en la misma posicion que los del cabo de Buena Esperanza, tampoco cultivan mejor sus facultades intelectuales.

Los colonos franceses de la Luisiana, mientras no han disfrutado de libertad alguna política, han sido profanos

(1) Barrow, *Viaje á la parte meridional de Africa*, t. II, cap. V, páj. 202.

(2) Levaillant, *Primer viaje*, t. I, páj. 14 y 15.

(3) Barrow, *Viaje á la parte meridional de Africa*, t. II, cap, V, páj, 141, 190 y 191.

en las artes, en las ciencias, y hasta en los conocimientos mas vulgares. Han confiado la educacion de sus hijos á los esclavos, y por consiguiente no han podido tener ideas mas latas que las de sus maestros (1). Su reunion con los Estados Unidos debe sin duda haberles puesto en la necesidad de dar á sus facultades intelectuales algun desenvolvimiento análogo al que daban á las suyas los amos romanos antes de su esclavizamiento; mas la tenacidad de la esclavitud no puede menos de haberles apartado de todos los conocimientos que dan al hombre el medio de obrar sobre las entidades.

Los Hispano-Americanos, como súbditos, conquistadores y amos de esclavos, no han estado mas dispuestos que los colonos franceses y holandeses á desarrollar sus facultades intelectuales. Antes que aquellos pueblos hubiesen conquistado su independencia, en las ciudades mas populosas, como Caracas, no habia ningun establecimiento público propio para caracterizar un pueblo instruido y civilizado. No hay duda que habia algunos colejios de teolojía en los cuales se enseñaba el derecho canónico, el civil y un poco de medicina; pero casi no se exijia de los alumnos otra cosa que el saber defender la doctrina de la inmaculada Concepcion (2). Los hombres mas instruidos del pais no conocian las plantas preciosas que crecen en torno suyo, mandando venir de remotos paises y con grande costo las raices y sustancias que pisaban sin mirarlas (3). Sin embargo, como el número de los esclavos era poco considerable, y como en algunas partes del pais casi no habia ninguno, los hombres libres, precisados á tra-

(1) Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. II, cap. XXXVIII, páj. 119.

(2) Depons, t. III, cap. X, páj, 11 y 99.—Dauxion-Lavaysse, t. II, cap. VIII, páj. 147.

(3) Thiery, *De la cultura del nopal*, etc., t. I. páj. 59 y 60.

bajar, han ejercitado á veces su intelijencia en los objetos de su trabajo (1).

Los Anglo-Americanos, que sacan su subsistencia del trabajo de sus esclavos, se hallan, bajo muchos aspectos, en una posicion análoga á la de los Romanos antes de la caida de su república; libres los unos respecto de los otros, son déspotas relativamente á la poblacion avasallada. El desenvolvimiento de sus facultades intelectuales guarda armonía con esta doble posicion: en calidad de amos desdeñan los conocimientos que les facilitarian el medio de obrar sobre las entidades; solo obran sobre ellas por su autoridad y por los músculos de sus esclavos; mas como no pueden emplear la fuerza con sus conciudadanos, ni con sus confederados, tienen que apelar á su intelijencia y adquirir con su talento ú carácter la autoridad que en balde esperarian de la fuerza; Washington y Kosciusko, destinados á lidiar ó á gobernar hombres, podian nacer en una tierra esplotada por esclavos. Francklin, predestinado á ilustrar el mundo y acrecentar el poderío del hombre sobre la naturaleza, no podia desenvolverse sino en un pais donde las artes fuesen ejercidas por manos libres. Si los estados del Sur dan al gobierno federal mayor número de hombres propios para ejercer la autoridad que los estados del Norte, y si estos producen mayor número de hombres activos y laboriosos que los estados del Sur, no hay que atribuir este fenómeno al acaso, sino á la presencia de la esclavitud por una parte, y á la de la libertad por otra. Allá se aspira principalmente á obrar sobre los hombres, ya con el talento, ya con la

(1) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, lib. V, cap. XV, t. V, páj. 152 y 155.—La América meridional ha esperimentado dos revoluciones que cambiarán su faz en pocos años: la primera es la conquista de su independencia; y la segunda, la abolicion de la esclavitud en una gran parte del pais.

fuerza; aquí aspírase sobre todo á obrar sobre las entidades y apropiarlas á nuestras urjencias. Ahora vamos á ver las diferencias que se encuentran en los resultados de estas dos direcciones, relativamente á las facultades industriales (1).

(1) Si nos atenemos al testimonio de los viajeros, parece que los Anglo Americanos no se cansan mucho en desarrollar su intelijencia. «*I have not seen a book*, dice Fearon, *in the hands of any person since I left Philadelphia.*» Sketches of America, 5° report, páj. 252, 290 y 293.

CAPITULO V.

Influjo de la esclavitud en las facultades industriales de los amos y de los esclavos.

El primer efecto que produce la esclavitud, respecto de los amos, es dispensarles de los trabajos que concurren á crear medios de existencia para los hombres; y el segundo, hacerles mirar con desprecio los mismos trabajos: en los amos de todas las razas y de todas las épocas, hallamos iguales sentimientos. En todos tiempos, los dueños de hombres han considerado como un acto humillante la aplicacion de sus órganos á un trabajo productivo. Este modo de juzgar estaba tan arraigado en los pueblos de la Grecia, como que sus filósofos, reduciendo á máximas los fenómenos que pasaban ante sus ojos, lo convirtieron en un principio de política. Segun Aristóteles, los ciudadanos, en un estado perfectamente gobernado, no deben ejercer las artes mecánicas, ni las profesiones mercantiles; ni siquiera han de ser labradores (1). Si se quiere, dice en otra

(1) *La Morale et la Politique d'Aristote*, lib. VII, cap. VIII, t. II. páj. 458 y 459 de la traduccion de Mr. Thurot.

parte el mismo escritor, que los que han de cultivar la tierra sean como son de desear, han de ser esencialmente esclavos, pero no de la misma nacion, ni de corazon sobrado noble (1). Platon tenia las mismas ideas acerca de todos los trabajos industriales; inspirábanle tanto menosprecio, que se indignaba de que las ciencias se hubiesen envilecido hasta el punto de ser útiles á las artes con sus aplicaciones (2).

Los Romanos, al principio de su república, y antes de que con la victoria hubiesen adquirido un número suficiente de esclavos para hacer ejecutar los trabajos necesarios á su existencia, no menospreciaron ninguna tarea provechosa. Conforme se multiplicaron sus esclavos, empezaron á mirar con desden las artes mecánicas, el comercio, y la misma labranza que tanto honraban al principio (3). Los campos, que en su oríjen habian sido cultivados por manos libres, se poblaron rápidamente de esclavos, y desaparecieron de ellos los ciudadanos (4). Hasta los hombres que mas apego tenian á las costumbres antiguas, como Caton, orillaron el cultivo de los campos (5). Hízose tan jeneral el abandono de la labranza por los hombres libres, que cuando Cayo Graco atravesó la Toscana para ir á Numancia, «encontró, dice Plutarco, el pais casi desierto, y los que labraban la tierra ó guardaban los ganados, eran casi todos esclavos bárbaros, procedentes de paises estranjeros (6)». Habiendo el gran número de esclavos adquiridos en las guerras hecho recaer en sus ma-

(1) Aristóteles, *Ibid.*, cap. IX, páj. 465.
(2) Plutarco, *Vida de Marcelo.*
(3) Dionisio Halicarnáseo, lib. II, § XXVIII.
(4) *Ibid.*, lib. IV, § XIII.
(5) Plutarco, *Vida de M. Caton.*
(6) Plutarco, *Vida de los Gracos.*

nos el ejercicio de todas las profesiones productivas, sentóse como máxima de política que aquellas profesiones envilecian, y que su ejercicio era indigno de un ciudadano. Necesitamos, decia Menenio al senado, soldados aguerridos, y no labradores, mercenarios, negociantes ú otras jentes de esta especie, acostumbradas á ejercer profesiones viles y despreciables (1). El cargo mas grave que hacia Antonio á Octavio, no era haberse hecho reo de hipocresía, de venganza ó de crueldad, sino contar en el número de sus antepasados un hombre que habia ejercido una industria útil, que habia sido banquero (2). Las leyes siguieron naturalmente la marcha y costumbres de las ideas; al principio vedaron á la clase mas numerosa de la poblacion libre el ejercer arte alguno y dedicarse al comercio (3); y por último, declararon infame á todo soldado que se dedicase á los trabajos agrícolas (4). De este modo se llegó al último grado de perfeccion señalado por Aristóteles.

(1) Dionisio de Halicarnaso, lib, VI. § LIII, t. II, páj. 53. —El historiador que trae este discurso habla de Menenio como del mas sabio entre los senadores.

(2) Suetonio, *Vida de Augusto*, § II y III, páj. 221 y 225.

(3) Dionisio Halicarnáseo, lib. IX, § XXV, t. II. páj. 322. La aristocracia tenia particular interés en fomentar la preocupacion que crea la esclavitud contra el ejercicio de toda industria útil: arrendaba las tierras conquistadas por la república, y las hacia cultivar por sus esclavos; por estos hacia ejercer tambien las artes y el comercio; de suerte que conspiraba á envilecer todos los trabajos productivos, para afianzarse mejor sus provechos. Cuando las tierras conquistadas escedian de la estension que podian mandar cultivar á los esclavos, la aristocracia se negaba á distribuirlas al pueblo, prefiriendo dejarlas incultas: por este medio se aseguraba el monopolio de la venta de los granos. Plutarco, *Vida de los Gracos.* —Dionisio Halicarnáseo, lib. IX, § LI y LII, y lib. X, § XXXV.—Tito Livio, *passim.*

(4) Dig. lib. IV, t. 65, lib. XXXIV.

Una industria sin embargo habia que á nadie humillaba ante los aristócratas, y era la de criar, alquilar, vender y comprar hombres. El mismo personaje que temia envilecerse aplicando sus nobles manos al cultivo de un campo ú al ejercicio de una profesion, no creia mancillarse enseñando él mismo á sus esclavos los oficios que reputaba mas viles, y hasta el de gladiador. Un ciudadano hubiera sido infamado si se hubiese pasado á alquilador de caballos; pero un senador ó un cónsul podia ser alquilador de hombres sin menoscabo de su dignidad (1). Uno de los antepasados de Octavio, decian, habia deshonrado su posteridad dedicándose al comercio; pero Caton compraba y vendia séres humanos; vendia particularmente los viejos que le daban poco beneficio, y los que podian inutilizarse, y Caton era el custodio de las costumbres (2).

La esclavitud territorial en Europa ha causado en los amos, en sus descendientes y deudos, un efecto cabalmente parecido al que en los Griegos y en los Romanos causó la esclavitud antigua. La industria y el comercio han sido reputados viles, y cualquier noble que á ellos se ha dedicado, ha abdicado por este solo hecho su nobleza. En un principio, para vivir noblemente, fué menester sacar inmediatamente la subsistencia de los trabajos de la poblacion avasallada (3). Abolida la esclavitud territorial, ha sido forzoso sacar la subsistencia del mismo manantial, bajo la

(1) Plutarco, *Vida de M. Caton.*

(2) Plutarco, *Vida de M. Caton*, páj. 492. — En los pueblos de Africa donde los Europeos han establecido el uso de comprar y vender séres humanos, la profesion mas noble es la del tráfico de hombres: la aristocracia de los negros piensa como la de los Romanos. Véase *supra*, t. II, lib. III, cap. XXVII.

(3) Every profession was held in contempt, but that of arms. Hume's *History of England*, vol. I, appendix 2, páj. 241, edit. en 4°.

forma de contribuciones, por tener tierras suficientes. Solo se han mirado como profesiones nobles el estado militar y la carrera de empleado público: así en uno como en otro estado, cuando no se vive del saqueo, vívese á lo menos de contribuciones, que á menudo es una misma cosa.

En las colonias, hasta los individuos que han salido de los mas ínfimos puestos del órden social, han considerado viles todos los trabajos útiles, desde el momento en que han llegado á ser dueños de hombres. En el cabo de Buena Esperanza, un labrador nunca trabaja; su única ocupacion es la caza (1). Un soldado que, despues de haber alcanzado su licencia, se dedica á una profesion manual, deja de trabajar en cuanto puede comprar un esclavo (2). Los trabajos agrícolas y el comercio no solo son menospreciados por los amos y abandonados á los esclavos, sino que hasta los meros artesanos no ejercen su oficio mas que por manos de sus negros (3). Un albañil europeo de la raza de los amos, mas que se le hubiese de infamar como malhechor, llegando á ser dueño de un hombre, creeria desde luego que ya no puede dedicarse á un trabajo productivo sin empañar su nobleza. El desprecio y la aversion que en aquella colonia profesan los amos á los trabajos útiles son tales, que un hombre que ha estudiado las costumbres de aquel pueblo, ha creido que para hacer progresar el pais, convenia mandar á él algunos Chinos (4).

Los Holandeses, que tambien saben apreciar en su pais

(1) Barrow, *Nuevo viaje á la parte meridional de Africa*, t. I, cap. I, páj. 98 y 99.

(2) Barrow, *ibid.*, páj. 36 y 37 de la introduccion.

(3) Barrow, *ibid.*, t. II, cap. páj. 132.

(4) Barrow, *Viaje á la parte meridional de Africa*, t. II, cap. V, páj. 132.

toda clase de trabajos útiles, se muestran en Batavia como son en el cabo de Buena Esperanza. No bien llegan á ser dueños de hombres, sienten un odio invencible á toda ocupacion industrial (1). Y este impulso ejerce sobre ellos tal imperio, que antes se dejarian morir de hambre que trabajar: los Chinos libres son los que ejecutan la mayor parte de las tareas necesarias para su subsistencia (2). En sus colonias de América, hoy sujetas al gobierno inglés, los Holandeses hacen desempeñar todos los trabajos de la ciudad y del campo por sus esclavos. Esclavos son los que cuidan de los quehaceres domésticos, los que cultivan la tierra, los que van á la caza y á la pesca, los que ejercen los oficios de carpintero, tonelero, albañil, y hasta de cirujano (3).

La esclavitud ha producido un efecto análogo en los Ingleses. En Santa Elena, donde ha existido por largo tiempo, los hombres de la raza de los amos no se dedican á trabajo alguno: la isla está casi esclusivamente cultivada por negros, libertos ó descendientes de libertos (4).

En la parte meridional de los Estados Unidos de América, un hombre deja de trabajar desde el momento en que llega á poseer dos esclavos, pues uno solo no bastara para hacerle subsistir. Poseer hombres es el objeto principal de la ambicion de cada uno; no se conoce otro medio de vivir noblemente y de ser admitido entre los amos. Los esclavos están esclusivamente encargados de todos los trabajos; solo ellos son labradores, carreteros, carpinteros, torneros, cerrajeros, fabricantes de tejidos, sastres y zapateros (1). Los amos tienen tal miedo de envilecerse con el trabajo, que, segun Mr. de Larochefoucault, si se declara un incendio, dejan á sus esclavos el cuidado de apagarlo (2). Entre ellos la consideracion se mide por el número de esclavos que posee cada cual; el que tiene ciento es mucho mas meritorio que quien solo posee cincuenta (3). En cuanto al que no tiene ninguno, y que no puede vivir sino del producto de su trabajo, es tan menospreciado, que se ve en la precision de abandonar el pais y trasladarse con su industria á otra parte.

(1) Barrow, t. I, páj. 35 y 36 de la Introduccion.

(2) Véase *supra*, t. III, lib. III, páj. 28.

(3) Stedmann, *Viaje á Surinam*, t. III, cap. XXIX, páj. 184 y 185.

(4) Macartney, *Viaje á China y Tartaria*, t. IV, cap. III, páj. 197.

Así, aun cuando los órganos físicos de los hombres que pertenecen á la clase de los amos, no estén necesariamente viciados por la esclavitud, su ejercicio se halla completamente paralizado para todos los jéneros de ocupacion necesarios á la existencia de los pueblos. Son instrumentos, no solo inútiles al linaje humano considerado en mole, sino que no sirven á los individuos que están provistos de ellos, mas que por el daño que causan á otros muchos. Si por alguna grande catástrofe desapareciese repentinamente la raza de los amos de un pais donde está admitida la esclavitud, ningun trabajo quedaria suspenso, ninguna riqueza se perderia. Los trabajos tomarian una direccion mas útil al linaje humano; los intervalos de reposo estarian mejor repartidos; pero el trabajo ganaria

(1) Weld, *Viaje al Canadá*, t. I, cap. XI y XVIII, páj. 172 y 278. —Larochefoucault— Liancourt, *Viaje á los Estados Unidos*, tercera parte, t. VI, páj. 84. — Michaux, *Viaje al oeste de los montes Alleghanys*, cap. XXXII, páj. 304 y 305. — Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. II, cap. XXXVII, páj. 113.

(2) *Viaje á los Estados Unidos*, segunda parte, t. IV, páj. 59, 99 100 y 172.

(3) Mr. de Larochefoucault-Liancourt, *Viaje á los Estados Unidos*, tercera parte, t. VI, páj. 84. — Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. II, cap. XLVII, páj. 245.

en pujanza é intelijencia mucho mas de lo que perdiera en duracion.

Los efectos que produce la esclavitud, relativamente á los órganos físicos de los esclavos, sobre la especie de perfeccion que resulta del ejercicio, son menos fáciles de conocer que los producidos por la misma causa respecto á los órganos físicos de los amos. Los escritores de la antigüedad nos han dado á conocer las ideas y costumbres de las diversas razas de dominadores; pero se dedican poco á describir las ideas y costumbres de las poblaciones avasalladas. Los objetos artísticos que nos quedan de los antiguos, arrojan muy poca luz sobre el particular, ya porque ignoramos la progresion que siguió la esclavitud en cada estado, ya porque, en jeneral, no tenemos mas que la historia de las naciones conquistadoras.

La Italia, antes de la conquista de los Romanos, estaba cubierta de una multitud de naciones industriosas y muy adelantadas ya en la civilizacion; pero los historiadores de Roma no nos hablan de ellas mas que para darnos á conocer los campos que asolaron los ejércitos romanos, las ciudades que destruyeron, las riquezas que amontonaron con el saqueo, el número de combatientes que hicieron perecer, y el número de personas libres que esclavizaron. No conocemos mucho mejor el estado social de la mayor parte de los demás pueblos de Europa antes de su esclavizamiento.

Arduo seria determinar de una manera cabal los efectos que causó la esclavitud en la industria ó destreza de la poblacion avasallada antes de la destruccion de la república. Los Romanos, desde la espulsion de sus reyes hasta el establecimiento del imperio, estuvieron constantemente en guerra, y casi siempre con pueblos menos bárbaros que ellos. Las victorias que alcanzaron, y las innumerables ciudades que destruyeron, les proporcionaron el medio de introducir anualmente en su territorio, en calidad de esclavos, un inmenso número de personas que siempre habian sido libres é industriosas. Estas personas fueron necesariamente destinadas á ejecutar sus trabajos, ó á instruir á los demás esclavos; mas cualquiera que fuese su destreza ó habilidad en las artes, no se la puede considerar como efecto de la esclavitud, puesto que se habia desarrollado en el estado de libertad. Para juzgar con acierto de los efectos que produjo la esclavitud en la industria de los hombres avasallados, hay que trasladarse al tiempo en que los hombres libres é industriosos dejaron de ser esclavos, es decir, á la época en que, conquistada toda la parte del mundo conocido, ya casi no hubo guerra de nacion á nacion. Desde dicha época, es claro que todas las artes decayeron rápidamente.

Ningun pueblo poseyó jamás tantos esclavos como el romano; ninguno estuvo mas á menudo en guerra; mas aun cuando queden todavía de él grandiosos monumentos, no se deben atribuir los que exijian destreza ó habilidad, ni á la clase de los amos, ni á la de los esclavos. La ciudad de Roma no fué por largo tiempo, segun ha observado Montesquieu, mas que un recinto amurallado, depósito de los productos del pillaje, y muy parecida á las ciudades de Berbería. Por muchos siglos, las casas no fueron mas que miserables chozas de madera ó de ladrillo, cubiertas de bálago ó de latas, sin chimenea para el humo, ni mas abertura que unos cuantos agujeros en la pared, y construidas á la aventura, sin alineacion, como las madrigueras de los salvajes. Los caudillos que regresaban vencedores colgaban á la puerta los ensangrentados restos de los enemigos vencidos, y nunca los quitaban. La mayor parte de los monumentos públicos eran parecidos á los

que colgaban delante de sus casas los soldados victoriosos. Roma conservó el mismo aspecto, hasta que sus habitantes se apoderaron de Siracusa y la saquearon. Segun el testimonio de Plutarco, «solo estaba llena de armas de bárbaros, de arneses y despojos manchados de sangre, y coronada de trofeos y monumentos de victoria y de triunfo, alcanzados contra diversos enemigos; espectáculo que por cierto asustaba mas bien que halagaba el ánimo (1).» Los cuadros, las estatuas y demás objetos artísticos que los Romanos se llevaron de Siracusa, fué lo primero de este jaez que poseyeron; hasta entonces ni por asomo los habian conocido (2). La ciudad no tuvo casas de piedra, ni tomó alguna regularidad hasta mucho tiempo despues de la destruccion de la república.

Existian sin embargo en Roma algunos monumentos públicos de la mas remota antigüedad; pero si los Romanos libres ó esclavos contribuyeron á levantarlos, fué tan solo en clase de albañiles: los verdaderos artistas fueron producidos por los otros pueblos de Italia. Las construcciones hechas bajo el último Tarquino, tales como los albañales, los templos, y las plazas públicas, fueron dirijidas y ejecutadas por Toscanos ó Etruscos (3). Cuando aquel quiso colocar sobre un templo que habia mandado construir, un carricoche de barro cocido, no encontró en su reino un artista capaz de ejecutarlo, viéndose precisado á mandarlo fabricar por los Veyos (4). Los Romanos se proporcionaban los objetos de lujo principalmente por medio del pillaje y de los tributos impuestos á los vencidos. La labranza, aunque no habia hecho grandes pro-

(1) *Vida de Marcelo.*

(2) Plutarco, *Vida de Marcelo*, páj. 365.

(3) Dionisio Halicarnáseo, lib. III, § LIII y LXVII; lib. IV, § LIX, t. I páj. 255 y 329.

(4) Plutarco, *Vida de Publícola.*

gresos, dejeneró muy luego cuando quedó abandonada á los esclavos. En cuanto á las artes mas comunes de la vida, seria dificil determinar de un modo exacto el punto á que habian llegado; pero aun suponiéndolas llegadas á cierto grado de perfeccion, no podian menos de dejenerar muy en breve.

Con efecto, uno de los primeros resultados de la esclavitud es atajar el desarrollo de las facultades intelectuales de las diversas clases de la poblacion sobre los fenómenos de la naturaleza. Los hombres revestidos, por la fuerza ó la astucia, del poder de mandar á los demás, dejan de aplicar su intelijencia ó sus órganos físicos al estudio ú á la perfeccion de las entidades, no obrando sobre ellas sino mediante la intelijencia y los órganos físicos de sus esclavos. Y estos, movidos solamente por el temor de los castigos, no emplean en favor de sus amos mas que la porcion de fuerzas que no pueden disimular. Las que pueden encubrirse, como la mayor parte de las intelectuales, quedan siempre sustraidas á su imperio y sin desarrollo. Un amo puede mandar á su esclavo que ejecute bien ó mal una cosa cuyo modelo le presenta; puede precisarle á repetir determinadas palabras, ó á aprender de memoria ciertos libros; mas nunca podrá exijir de él un descubrimiento, un concepto nuevo, una perfeccion cualquiera.

Cuando en una nacion, una parte de la poblacion no obra sobre las cosas sino por el intermedio de la otra parte, y esta se halla reducida á ejecutar maquinalmente lo que le prescribe la otra, todo lo relativo á artes, ciencias é industria debe caminar rápidamente á la decadencia. Los objetos que produce la industria humana no son eternos; al contrario, los mas se destruyen con bastante rapidez. Si no se renovasen incesantemente las cosas que sirven para nuestro uso, y que constituyen el bien estar

de un pueblo civilizado, las naciones mas ricas se verian en poco tiempo reducidas al mismo estado que los salvajes. Cuando la parte industriosa de la poblacion se halla reducida á practicar ciegamente lo que le prescriben unos amos forasteros á las ciencias, á las artes y á la industria, van cada dia empeorando los modelos. El patricio romano que con la toma de una ciudad llegaba á poseer un hombre libre é industrioso, podia emplearle en instruir á sus esclavos, y dar á estos por modelo los objetos artísticos producidos por aquel; pero cuando no hubo mas pueblos industriosos que avasallar, fué forzoso que un hombre nacido esclavo instruyese á otro esclavo, y el alumno debió ser siempre peor que el maestro: el tosco artefacto del uno fué el modelo de otro artefacto mas tosco todavía. Los amos no podian exijir mas, por cuanto su gusto se habia formado segun las cosas que habian visto; y no estaba en su poder concebir ó hacer ejecutar una cosa superior á la capacidad de un esclavo educado por otro esclavo (1).

Los efectos que causó la esclavitud entre los modernos

(1) Los escritores políticos que han querido esplicar la decadencia de las artes, del gusto, de las costumbres, y hasta del lenguaje de los antiguos, han hecho las suposiciones mas estraordinarias: han supuesto que estaba en el destino de las naciones, como en el de los individuos, tener su niñez, su virilidad, su vejez y su muerte; y con esta suposicion han esplicado todas las revoluciones del mundo: pero ninguno ha pensado en averiguar hasta qué punto habia contribuido á esta decadencia la esclavitud. Maquiavelo, en sus discursos sobre Tito Livio, ni una palabra dice que pueda inducirnos á suponer que hubiese pensado jamás en los efectos de la esclavitud; Montesquieu tampoco se ocupa de ellos; y Rousseau, tan celoso defensor de la libertad política, estaba tan distante de sospechar los efectos causados por la esclavitud doméstica, como que en cierto modo hizo de esta la condicion de aquella.

sobre la industria de los amos y de los esclavos, son mas fáciles de compulsar que los que causó entre los pueblos de la antigüedad.

Los Holandeses entran en el número de los pueblos mas intelijentes, activos é industriosos de Europa. En las colonias que han fundado, los dueños de esclavos no muestran ni intelijencia, ni actividad, ni industria. En el cabo de Buena Esperanza, su arado es una máquina torpe, tirada por catorce ó diez y seis bueyes, que no hace mas que raspar la superficie del suelo, y ni aun á esto llega, si la tierra es algo dura. Si los labradores necesitan cuerdas, se sirven de tiras de cuero; si les hace falta hilo, válense de las cerdas de los animales monteses; si necesitan tinta, la hacen con agua, hollin y un poco de azúcar. Si la necesidad no aguzase la inventiva y no obligase al trabajo, dice Barrow, el labrador del Cabo no se ayudaria en nada, y se hallaria falto de todo. Es menester que el pais esté cubierto de guijarros cortantes para que haga zapatos con la piel de los animales. Por la vida de los amos, se puede inferir la industria de los esclavos (1).

En las colonias de América donde todas las tareas manuales son ejecutados por esclavos, los amos tienen que mandar venir de los paises donde no está admitida la esclavitud todo producto industrial parto de alguna intelijencia. Los amos pueden emplear á sus esclavos en derribar y acarrear árboles; mas si se trata de construir buques, es menester que envien los árboles á los paises donde haya trabajadores libres (2). Pueden hacerles cultivar torpemente la tierra, y obtener trigo por medio de sus afanes;

(1) Barrow, *Viaje á la parte meridional de Africa*; t. II, cap. V, páj. 208, 209 y 215.

(2) Larochefoucault-Liancourt, *Viaje á los Estados Unidos*, segunda parte, t. IV, páj. 63, 228, 229 y 230.

mas si se quiere convertir aquel trigo en harina, hay que mandarlo á los puntos donde se encuentran obreros capaces de construir molinos (1). Los esclavos tampoco pueden dedicarse á todos los cuidados que requiere la labranza; así es que no son bastante intelijentes ni esmerados para cultivar legumbres ó árboles frutales (2). Por último, es tal su incapacidad, que la labranza se halla todavía en el estado mas bárbaro, y los amos mandan traer de Inglaterra el carbon que les sirve para la lumbre, aunque no tienen los bosques mas que á seis millas de distancia (3). A veces se mandan traer hasta los ladrillos para la construccion de sus casas (4).

Los esclavos empleados en el servicio interior de la casa no son mas hábiles que los empleados en las otras clases de tareas. « Sin ideas conservadoras de órden y de economía para sí, dice un viajero, mal podrian tenerlas para sus amos; así es que los destinados á la domesticidad interior sirven pésimamente. No se les puede acostumbrar á aquel arreglo diario que tanto halaga y deleita al hombre social; cada dia hay que repetirles las mismas órdenes; á cada instante hay que correjirles lo mismo; cuando á una ama de casa que tenga una familia medianamente crecida, y cuyos quehaceres sean algo minuciosos, le sobra ocupacion para todas las horas del dia con solo mandar á sus criados. Lo que se les encarga como mas importante, lo ejecutan cual si fuese indiferente, y los vasos, los muebles mas estimados por su precio ó por sus formas,

(1) Ibid, *Viaje á los Estados Unidos*, 2ª. parte, t. IV, páj. 62 y 63

(2) Ibid, páj. 65. — Michaux, *Viaje al oeste de los montes Alleghanys*, cap. XXXI, páj. 294 y 295.

(3) Michaux, *Viaje al oeste de los montes Alleghanys*, cap. I, páj. 9 y 10.

(4) James Coopper's *Belief for West-Indian distress*, páj. 18.

quedan rotos como si fuesen un juguete de ningun valor: ¡tan incapaz es su atencion de discernir ó tener presentes las circunstancias en que es menester redoblar la vijilancia ó la precaucion (1)!

Fácil es percibir las causas de la incapacidad de los esclavos en todos los ramos de industria. Nuestros órganos físicos no son mas que los instrumentos de nuestra intelijencia, y cuando la intelijencia no recibe ningun desarrollo, mal puede dirijir los órganos que están á su disposicion. Pues bien, los amos son incapaces de desarrollar las facultades intelectuales de sus esclavos, y la urjencia de seguridad les obliga á mantenerles tan embrutecidos como cabe. El viajero que acabo de citar cuenta que un colono francés de la Luisiana decia de continuo que nada le era tan temible como un negro dotado de talento. Toda su atencion, dice, se dirijia á impedir que los negros lo tuviesen, y no era difícil alcanzarlo (2). Tales fueron en todas épocas los impulsos y la conducta de todos los dueños de hombres; los colonos juzgan ni mas ni menos como los Romanos. El censor Caton nada temia tanto como á los esclavos dotados de intelijencia; cuando los suyos no trabajaban, les mandaba dormir, para que no atinasen en pensar (3). Los Anglo-Americanos de los estados del Sur, los menos ignorantes y bozales de entre los amos, rechazan con indignacion la idea de hacer aprender á leer á sus esclavos. Los colonos, sujetos al gobierno inglés, miran con igual horror los conatos de muchos habitantes de la Gran Bretaña, que anhelan proporcionar alguna instruccion á sus esclavos. En ciertas colonias, han repelido ú condenado á muerte á los misioneros que iban á

(1) Robin *Viaje a la Luisiana*, t. III, cap. LXVII, páj. 181 y 182.

(2) Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. III, cap. LXVIII, páj. 197.

(3) Plutarco, *Vida de M. Caton*.

enseñar la relijion cristiana. Han demolido con sus propias manos el templo donde se reunian algunos hombres esclavizados para escuchar la lectura del Evanjelio. Los mismos hombres que hubieran creido envilecerse, poniendo personalmente una piedra para la construccion de un edificio, no han temido humillarse empleando sus manos en la destruccion de un templo (1).

Creyéndose los amos interesados en precaver el desarrollo de las facultades intelectuales de sus esclavos, y no teniendo estos deseos ni medios de instruirse, es obvio que deben permanecer en un estado muy afin del completo embrutecimiento. « Semejantes hombres, dice Robin, han de tener la intelijencia muy limitada; y en efecto, lo es en un grado que difícilmente pueden concebir los Europeos. Los he visto que no sabian contar hasta seis; y es muy raro encontrar uno que sepa decir su edad, la de sus hijos, ó determinar cuántos años hace que salió de su pais, ó en qué tiempo perteneció á tales amos, y en qué tiempo

(1) Véanse los debates de la Cámara de los Comunes de Inglaterra del 23 de Junio de 1825.

He aquí otro de los efectos de la esclavitud, que importa mucho contemplar atentamente. La aplicacion de los órganos del hombre á la creacion de una obra útil, es un acto humillante, un acto reservado para la poblacion esclava. La aplicacion de los mismos órganos á la destruccion de la misma obra, es un acto noble, cuando la destruccion no trae por objeto la menor utilidad. Este modo de juzgar es comun á casi todos los hombres que descienden ó pretenden descender de una raza de amos, ó que se han alistado bajo sus banderas. Un jentil-hombre, ó un jeneral, que se creeria deshonrado, si emplease sus manos en el ejercicio de una industria ó del comercio, se figuraria haber ilustrado su posteridad, si pudiese trasmitirle la prueba de que ha incendiado con sus propias manos una ciudad industriosa y mercantil. La obra maestra de Marco Catono segun sentir de sus compatricios, y de Plutarco, su historiador, fué la destruccion de Cartago.

pasó á otros. Con tan escasos conceptos de lo pasado, menos aun pueden tenerlos de lo venidero; y así es que están sumidos en la mas deplorable indiferencia y apatía. Usan, ó mas bien, echan á perder los vestidos que tienen, sin pensar que un dia podrán necesitarlos; con igual frescura rompen ó destruyen cuanto les viene á la mano; y lo que en un principio mas les agrada, tíranlo luego con la mayor indiferencia (1). »

Sin embargo, por los esclavos hacen ejercer los colonos toda suerte de oficios; mas, ¿cómo pueden ejercer ningun oficio unos hombres para quienes todo se auna en volverlos estúpidos? ¿quién puede encargarse de instruirles en las artes? á buen seguro que no serán los amos, pues todo lo ignoran, y además temerian envilecerse, si trabajasen un minuto: los esclavos pues son amaestrados por otros esclavos. El que enseña ningun interés tiene en sacar buenos discípulos; estos tampoco tienen interés alguno en aprender; y el amo comun tiende á embrutecerles á unos y á otros. ¿Cómo cabe pues que progresen? « He tenido ocasion de emplear á varios de distintas profesiones, y siempre les he visto de un talento menos que mediano, aun con referencia al pais. Lo mismo que me hacian dos veces tenia cada vez nuevas imperfecciones (2). »

(1) *Viaje á la Luisiana*, t. III, cap. LXVII, páj. 180 y 181.

(2) *Viaje á la Luisiana*, t. III, cap. LXVII, páj. 182 y 183. En algunos paises, y particularmente en el cabo de Buena Esperanza, hay esclavos que han de ser un poco menos desmañados que los otros: tales son los que pagan por semana, á sus amos, una suma determinada, y disfrutan bajo esta condicion la facultad de emplear el tiempo segun mejor les acomoda. Estos deben de ser menos miserables que los demás; y aun mas se puede añadir, que si semejante estado les fuese afianzado, é invariable para ellos y su posteridad la suma que se les exije, en corto tiempo seria su situacion preferible respecto de la de los pueblos que se creen libres, y se miran anualmente despoja-

De los hechos que acabamos de sentar, resulta; 1° que si la esclavitud no vicia siempre á los amos en la constitucion de sus órganos físicos, les impide aplicarlos á la perfeccion de las entidades que naturaleza ha puesto á nuestra disposicion; 2° que si en algunas circunstancias favorece el desarrollo intelectual de los individuos de la misma clase, en todo lo relativo á estender el imperio del hombre sobre sus semejantes, ataja el desarrollo de las mismas facultades en todo cuanto puede dilatar el imperio del hombre sobre la naturaleza; 3° que vicia á los hombres de la clase de esclavos en la constitucion de sus órganos físicos, poniéndoles en el caso de no poder hacer de ellos ningun uso ventajoso para sí, ni para los demás; 4° y último, que es un obstáculo invencible para el desarrollo de las facultades intelectuales de la clase esclava.

dos, bajo el título de contribuciones, de la mitad de sus productos. Si Guillermo el Conquistador, por ejemplo, se hubiese declarado propietario lejítimo de todos los hombres que habitaban el suelo de Inglaterra: si les hubiese sometido á la misma obligacion que imponen muchos colonos á sus negros; y si ni él ni sus sucesores hubiesen aumentado jamás la cantidad impuesta, ¿no es obvio que los mas pobres se verian hoy menos gravados de lo que están? ¿no es obvio que la mayor parte de la poblacion hace tiempo que hubiera sido bastante rica para rescatarse, no perteneciendo ya sino á si misma?.. ¡Pero los dominios de la corona son inenajenables!

CAPITULO VI.

Influjo de la esclavitud en la parte de la poblacion media entre amos y esclavos.

Antes de esponer los efectos que causa la esclavitud en la constitucion física y las facultades intelectuales de los amos y de los esclavos, fáltame manifestar los efectos que en sus costumbres produce la misma causa. Pero antes de entrar en esta esposicion, es necesario determinar el cómo queda afectada por la existencia de la esclavitud la parte de la poblacion colocada entre los amos y los esclavos.

La esclavitud ha tenido siempre por efecto envilecer el trabajo de los hombres sobre las cosas; y es imposible que sea envilecido el trabajo, sin que su desprecio refluya en los trabajadores. Donde quiera existe la esclavitud, tiene pues por efecto hacer caer á los hombres que no pueden vivir sino ejerciendo alguna industria, en una humillacion semejante á la en que se hallan los esclavos.

La esclavitud produce además para los hombres de esta clase la imposibilidad de encontrar una ocupacion regular y constante. No les deja que hacer sino lo que no puede ejecutar la poblacion esclavizada, y redúceles por consi-

guiente á suplir á la clase mas desdichada. Verdad es que les está permitido llegar, como soldados ó marinos, para ser instrumentos de la ambicion aristocrática; pero no deja ningun trabajo para las mujeres que no son esclavas.

Los hombres libres que, para existir, necesitan trabajar, se hallan en concurrencia, no con esclavos, sino con sus amos que les alquilan para formarse una renta. Y como estos concurrentes pertenecen á la clase aristocrática, tienen mil medios de oprimir á los obreros calificados de menospreciables y faltos de toda proteccion. Su conato mas intenso ha de propender á barajar entre los esclavos á cuantos trabajadores libres quedan, para volcar su competencia. Quizás á esta tendencia hay que atribuir los préstamos que en Roma hacian los aristócratas á la clase mas pobre. Como todo hombre que no podia pagar sus deudas quedaba esclavo, nada mas fácil que esclavizar á los proletarios.

Conocidos estos efectos jenerales de la esclavitud, será fácil ver el cómo han obrado por donde quiera se ha compuesto de esclavos la clase mas numerosa.

Desde los primitivos tiempos de la república romana, estuvo la poblacion repartida en dos grandes clases. Las funciones civiles, militares y sacerdotales eran reservadas para la primera, que formaba la aristocracia. El cuidado de los rebaños, el cultivo de las tierras, las artes y el comercio recaian en la segunda (1). Los Romanos no poseian entonces mas que un corto número de esclavos; y de consiguiente era preciso que la industria fuese ejercida por manos libres. Multiplicados los esclavos por medio de las conquistas, sus amos les destinaron al cultivo de las tierras. Desde aquel momento empezaron á desaparecer

(1) Dionisio Halicarnáseo, lib. II, § IX, y lib. IV, § XIII, t. I, páj. 106 y 279.

de los campos los labradores libres. Hácia fines de la república, todos habian desaparecido del suelo de Italia. Por un resultado natural de la esclavitud, quedó reducida la intelijencia de la poblacion avasallada á las menores dimensiones posibles, y por lo mismo fué menester reducir tambien los trabajos del campo á las operaciones mas espeditas y sencillas. Los campos quedaron pues convertidos en prados, y una poblacion intelijente y libre fué reemplazada por rebaños y cautivos á cual mas estúpidos, como esclavos y como pastores.

Los habitantes libres de los campos habrian podido refujiarse á Roma ú á otras ciudades en busca de trabajo, cuando el cuidado de los rebaños y el cultivo de las tierras quedaron á cargo de los estranjeros cautivos; pero se encontraron sin recursos, cuando la aristocracia hizo ejercer en provecho propio, por mano de sus esclavos, las artes y el comercio (1). Entonces no hubo medios de existencia afianzados sino para los amos y para los hombres que les pertenecian. La numerosa clase designada bajo el nombre de proletaria no tuvo otro medio de vivir, que el pillaje en tiempo de guerra, y en tiempo de paz, el precio de los votos, los préstamos y las distribuciones gratuitas. La aristocracia, al formar una poblacion obrera cuya propiedad se atribuia, habia privado pues de todo medio de existencia á la clase que no se hallaba con bastante caudal para vivir en la ociosidad. Esta clase era inmensa comparativamente á la aristocrática: en el censo que se verificó hácia el año 278 de la fundacion de Roma, el número de los ciudadanos, dice un historiador, ascendia á 110.000 hombres sin contar los niños, los cria-

(1) Mas adelante (cap. XVI) se verá que la aristocracia romana se habia apoderado del ejercicio de todas las profesiones privadas, por mano de sus esclavos.

dos, los negociantes, los artesanos, y un sinnúmero de pueblo ínfimo que ganaba el sustento con el trabajo de sus manos, *y al cual le estaba vedado negociar públicamente, ó ejercer ningun oficio. Arduo era socorrer á tanta jente, que formaba casi un número triple del de los mismos ciudadanos* (1).

La historia de Roma ofrece fenómenos que no se echan de ver en la de ningun otro pueblo, y consisten en una serie de sediciones y guerras causadas por la aspereza de los acreedores y por una multitud de deudores insolventes. ¿Cómo podian encontrar dinero para prestar unos hombres destituidos de todo recurso, que miraban el trabajo como humillante, y á quienes por otra parte estaba vedado el dedicarse al comercio y á la industria? ¿cómo un deudor, maltratado por su acreedor, podia escitar tal simpatía, que bastase su presencia para mover una insurrecion? Esto se esplica fácilmente: todo deudor insolvente podia ser esclavizado él y sus hijos (2). Los magnates que poseian esclusivamente las riquezas, estaban interesados

(1) Dionisio Halicarnáseo, lib. IX, § XXV, t. II. paj. 322.—A fines de la república, el número de individuos que recibia en Roma distribuciones gratuitas en trigo, ascendia á 320.000, segun Suetonio; César redujo este número á cerca de la mitad. (Suet. cap. XLI.) Dos causas muy ajenas del desarrollo de la industria esplican esta reduccion. La primera es el inmenso número de Romanos muertos en las guerras civiles, que ocurrieron á fines de la república. El último censo que se habia hecho antes de aquellas guerras habia dado 320.000 ciudadanos; el que se verificó despues de terminadas, no dió mas que 150.000 (Plutarco, *Vida de César*, p. 888). La segunda causa de la reduccion de las distribuciones gratuitas, fué el estrañamiento de un inmenso número de familias pobres á las ciudades despobladas por la guerra. Por medio de estas emigraciones formaba colonias la aristocracia.

(2) Dionisio Halicarnáseo, lib. VI, § XXVII y XXIX.

en granjearse con préstamos ó regalos los votos de la muchedumbre. El aspecto de un deudor ultrajado recordaba á la clase media entre la aristocracia y sus esclavos, que ya no era dueña de sí propia, y que los magnates á quienes se habia vendido tomando prestado, podian ejercer sobre la mayor parte de sus individuos crueldades semejantes á las que tenia á la vista.

Los hombres que se han constituido defensores de la parte mas numerosa de la poblacion, han sido en todos tiempos objeto de tantas acusaciones por parte de los opresores y sus satélites, que naturalmente nos hallamos dispuestos á condecorar sus quejas y discursos con el nombre de declamaciones. Pudiérase creer pues que Tiberio Graco exajera las miserias del pueblo romano, cuando dice que las fieras que hay en Italia tienen á lo menos cuevas y guaridas donde acojerse; mientras que los hombres que pelean y mueren por defenderla, no poseen mas que el ambiente y la luz, viéndose obligados á vagar con sus esposas é hijos sin casa ni hogar que les albergue (1). Pero cuando vemos que los mismos senadores declaran en pleno senado que en Roma hay dos pueblos, uno gobernado por la indijencia y la bajeza, y otro por la abundancia y el orgullo (2); cuando vemos que César repuebla Corinto, Cartago y otras muchas ciudades con Romanos que no tenian albergue, y que envia á ultramar 80,000 ciudadanos de una sola vez (3), fuerza es creer en el escesivo desamparo á que habia reducido á la parte de

(1) Plutarco, *Vida de Graco*, páj. 995.—Véase Dionisio Halicarnáseo, lib. X, § XXXVII, t. II, paj. 424.

(2) Dionisio Halicarnáseo, lib. X, § XXXVII, t. II, paj. 36.

(3) Suetonio, *Vida de César*, cap. XLII, páj. 139.—Plutarco, *Vida de César*.

la poblacion que no pertenecia á la clase de los amos la multiplicidad de los esclavos (1).

La esclavitud, pues, tuvo por efecto entre los Romanos dejar sin trabajo á los que no eran amos ni esclavos. Envileció todas las tareas útiles, é hizo desaparecer de los campos á los hombres libres que los cultivaban. Puso á los vecinos de las ciudades en la imposibilidad de practicar las artes que les hubieran proporcionado el sustento sin menoscabo de nadie. No les permitió ejercitarse mas que en el arte de la guerra, el cual debia tener por resultado multiplicar el número de los esclavos, acrecentar

(1) Del testimonio directo de los historiadores, no solo resulta que la parte de la poblacion que no pertenecia á la clase de los amos ni á la de los esclavos, era estremadamente desdichada, sino que con dificultad hubiera podido dejar de ser así, cuando vemos que la aristocracia poseia á la vez grandes capitales y una multitud de brazos para hacerlos producir. Segun afirma Plutarco, Craso tenia 500 esclavos, que todos eran albañiles, carpinteros ó arquitectos. Tenia además muchísimos que labraban sus tierras ó trabajaban en sus minas. «Pero, añade el historiador, sus mayores réditos procedian de sus esclavos lectores, escribientes, plateros, receptores, posaderos, trinchadores y oficiales de mesa.» (Plutarco, *Vida de Craso.*) Si las artes y oficios eran ejercidos por los esclavos en provecho de la aristocracia, y si esta tenia además la posesion de todas las tierras que les mandaba cultivar, ¿qué recursos les quedaban á los plebeyos? Al ver tales fenómenos, desde luego se concibe el porqué se esmeraba tanto la aristocracia en envilecer las tareas industriales, y en hacerlas declarar indignas de los hombres libres. Este era el único medio de afianzarse su monopolio, por la mano de sus esclavos.

En la parte meridional de los Estados Unidos de América, los individuos que no son amos ni esclavos, emigran á los estados donde los trabajos son hechos por manos libres, y se alquilan como criados. Fearon, 2^e^ *Report*, páj. 57 y 58. — Larochefoucault-Liancourt, segunda parte, t. IV, páj. 283 y 294; t. V, páj. 76, 77 y 58, tercera parte; t. VI. páj. 86; y t. VII, páj. 54.

el poderío y orgullo de la aristocracia, y labrar su propia miseria.

La esclavitud no produjo entre los modernos, en la clase de la poblacion media entre la aristocracia y sus esclavos, efectos tan desastrosos como los que causó entre los Romanos. Entre los antiguos, un pueblo veia siempre un enemigo en otro pueblo; las emigraciones se hacian siempre con las armas en la mano. Entre los modernos, puede haber enemistad entre dos gobiernos, ó entre un gobierno y una nacion; pero no puede existir guerra entre dos naciones civilizadas. El individuo que entiende el idioma de un pueblo estranjero, puede establecerse en su territorio y ejercer en él su industria. Si está espuesto á algunas vejaciones por parte del gobierno, á lo menos nada tiene que temer de la poblacion. Hay en el dia muchos pueblos donde no se encuentran ya esclavos. Un hombre que no es amo ni esclavo, y que sufre en su pais los efectos de la esclavitud, puede ir á establecerse en un pais donde no tenga que temer los mismos males.

En la parte meridional de los Estados Unidos, los individuos que para existir tienen que dedicarse á algun jénero de industria, abandonan el pais, y se refujian á tierras cultivadas por manos libres, no bien encuentran los medios conducentes. Los mismos que tienen algunas cortas propiedades, procuran venderlas para ir á comprar otras en estados donde un hombre libre puede trabajar sin envilecerse (1). En dichos estados, los hombres de color tienen que sufrir además el desprecio inherente á su tez; pero, trabajando, no se degradan, no se hacen inferiores á los blancos.

La desercion de los hombres que no pertenecen á la

(1) Larochefoucault-Liancourt, tercera parte, t. VI, páj. 198, 199, 200 y 201.

clase de los amos, ni á la de los esclavos, se manifiesta de muchos modos; pero nada la demuestra tan á las claras como el aspecto jeneral del pais, y el gran número de personas de color que se encuentran en los estados del Norte. En la Carolina del Sur, no hay clases ni propiedades intermedias; todo el mundo es plantador ó esclavo. Un plantador está en su plantacion rodeado de sus negros que se acuestan en malos choziles cerca de su casa. A algunas millas de distancia, vive otro del mismo modo, y mas allá otro, etc., en toda la estension de la parte baja de la Corolina del Sur (1).

Si el miserable estado de los negros, dice Francis Hall, les dejase reflexionar, podrian reirse entre sus cadenas al ver cuán asqueroso se ha vuelto el pais con la existencia de la esclavitud. Las risueñas villas y venturosa poblacion de los estados del Este y del Centro, son aquí reemplazadas por los espléndidos equipajes de un corto número de plantadores, y por una miserable poblacion de negros que reptan en hediondas chozas; porque, despues de haber atravesado el Susquehanna, ya no se encuentran mas villas ni ciudades, sino plantaciones: esta sola palabra clama mas que cien volúmenes (2).

Sin embargo, aun cuando los hombres para quienes es una necesidad el trabajo, emigren en lo posible de los paises cultivados por esclavos, á los paises donde el trabajo es ejecutado por manos libres, no todos tienen esta facultad. En las ciudades, hay muchos que se quedan por no abandonar sus hábitos, ó atraidos por lejanas esperanzas de lucro, ó por la imposibilidad de trasladarse á otro punto. La condicion de las personas de esta clase, dice el viajero que acabo de citar, apenas es preferible á

(1) Larochefoucault, segunda parte, t. IV, páj. 87.

(2) Francis Hall, páj 318, y 320.

la de los esclavos. Sujetos á los mismos procedimientos, espuestos á la misma vijilancia, privados de los derechos y privilejios de ciudadano, cercados de lazos de toda especie, legales é ilegales, su libertad parece una pulla añadida á la opresion de la esclavitud. La ley declara que toda persona de color es presumida esclava; y todos los papeles públicos vienen á ser comentarios cotidianos de tan injusta y bárbara disposicion. Diariamente anuncian que tales ó cuales hombres de color han sido arrestados por sospechas de ser esclavos; que han sido encarcelados, y que si no se presenta algun propietario, serán vendidos para pagar las costas (1).

En las colonias francesas, ha sido mas arduo á la clase media sustraerse al influjo de la esclavitud: sin embargo, hase manifestado en ellas igual tendencia á la emigracion, y ha sido menester valerse de la fuerza ó de la autoridad para retener á los hombres de color libres en las islas cultivadas por esclavos. Por decreto de 9 de agosto de 1777, la entrada en Francia queda prohibida á todos los negros, mulatos y personas de color, no permitiendo que se embarque mas de uno á la vez, y *con caucion de que regresará*. El 13 de mesidor, año X, Bonaparte renovó la prohibicion de una manera absoluta. Los gobiernos de las otras naciones, poseedoras de colonias, han dado disposiciones parecidas.

En todos los paises donde la mole de la poblacion se divide en amos y esclavos, los individuos que no pertenecen á la una ni á la otra de estas clases, llevan siempre una existencia precaria, y casi nunca pueden salir de la miseria. Como el servicio doméstico y los afanes agrícolas son desempeñados por individuos esclavizados, no quedan para los obreros libres mas que trabajos accidentales.

(1) Francis Hall, páj. 424 y 426.

Las artes no pueden ser para ellos un recurso, ya porque la existencia de la esclavitud ataja su desarrollo, ya porque los amos las monopolizan por medio de sus esclavos. Hállanse condenados á una eterna indijencia, en primer lugar, por la opinion que envilece á los hombres laboriosos, y en seguida, por la imposibilidad de dedicarse á ocupacion alguna lucrativa. Cuando en tales paises los individuos de la clase de los amos caen en la miseria, casi es imposible que salgan de ella, como no sea por medio de la conquista ó de las concusiones (1).

(1) Adam Smith ha observado que la industria huye de los lugares donde habitualmente residen los magnates, y que por consiguiente su poblacion es perezosa, disoluta y pobre. La causa de este fenómeno es la misma que la existente en los lugares donde se halla establecida la esclavitud; es el desprecio inherente al trabajo del hombre sobre la naturaleza, y el honor dispensado á la esplotacion de un pueblo avasallado. Smith's *Inquiry*, book II, cap. III, vol. II, páj. 10, 11 y 12.

CAPITULO VII.

Influjo de la esclavitud en las costumbres de los Romanos.

Para juzgar acertadamente de los efectos que causó la esclavitud en las costumbres de los Romanos, hay que formarse ideas cabales del estado de la poblacion avasallada, y de los diversos modos de venir á ser una persona propiedad ajena.

Segun los usos de los Romanos, los hombres quedaban esclavos de muchas maneras. Todos los soldados cojidos con las armas en la mano, todas las personas halladas en una ciudad ganada por asalto, eran esclavos de los vencedores. Estos esclavos de todas edades, sexos y jerarquías eran vendidos en pública almoneda á beneficio de la república. A veces eran vendidos al pormenor; otras veces por mayor á los traficantes que seguian á los ejércitos, y que iban á revenderlos en las ferias ó mercados (1). Las criaturas romanas quedaban esclavas, si eran vendidas por sus

(1) Despues de la toma de una sola ciudad de las Galias, César puso 50. 000 en venta.

padres; los deudores tambien eran entregados como esclavos á sus acreedores. Un padre podia vender sus hijos, aunque estuviesen casados : tambien podia vender sus nietos. La venta de un ciudadano por otro, aun mediante consentimiento de este, fué en un principio declarada ilegal; mas como sucedió que algunos individuos se dejaron vender para reclamar su libertad despues de haberse utilizado del precio de la venta, y como estas enajenaciones fraudulentas dañaban al comercio de la república, se las declaró al fin valederas. Los hombres condenados por delitos eran á veces reducidos á la esclavitud, y venian á ser propiedad pública: finalmente, todo hijo de esclava era tambien esclavo.

Habia en Roma un mercado siempre abierto donde se hallaban de venta hombres, mujeres y niños. Dicho mercado estaba copiosamente abastecido por los ciudadanos que especulaban en esta especie de mercancía, y sobre todo por los ilustres patricios colocados á la cabeza de los ejércitos. Un cónsul que lograba hacerse dueño de una ciudad industriosa, y que despues de haber hecho degollar á casi todos los hombres de armas tomar, traia en triunfo al mercado cuarenta ó cincuenta mil individuos de todo sexo y edad, causaba un pasmo que dura todavía. En aquellos mercados reinaban la buena fe, la lealtad y todas las virtudes romanas: los negociantes, para que los compradores no se engañasen, tenian el jénero desnudo; la madre de familia y la soltera, lo mismo que los hombres, se hallaban despojados de sus vestidos, espuestos públicamente á las miradas de los curiosos, y sujetos á todo el exámen necesario para evitar los fraudes. En aquel mercado, el jóven de gran fortuna, y el veterano enriquecido por la guerra, compraban las mujeres que les hacian falta; y al mismo mercado acudian las respetables

matronas para escojer los jóvenes necesarios al servicio de su casa.

Para dar á los vendedores y compradores todas las facilidades posibles, aumentando la prosperidad del comercio, no se atendia en manera alguna á los vínculos de familia que podian existir entre las personas puestas en venta. Cuando, despues de la toma de una ciudad industriosa, se subastaba su poblacion al pormenor, el marido era vendido á un individuo, la mujer á otro, la hija á un tercero, y por este estilo los demás de la familia, segun el antojo ú capricho de los postores. Igual libertad reinaba en las ventas privadas: el ciudadano, que poseia varias parejas de entes humanos, podia vender los hijos y quedarse con la madre, ó viceversa, conforme lo reclamaban sus intereses. En cuanto al padre, ni siquiera se tomaban la molestia de saber si existia, ó quién era: la criatura que nacia de una mujer puesta en la clase de las cosas, era tambien *cosa*, por mas que fuese hijo de un senador ó de un cónsul.

Habiendo los lejisladores de Roma inculcado á los Romanos el respeto de las propiedades de sus conciudadanos, ninguna autoridad protejia á los hombres ó á las mujeres-cosas, contra la violencia de los hombres ó mujeres-personas. Si los individuos, hombres ó mujeres, pertenecientes á un ciudadano romano, se mostraban rebeldes á sus deseos, cualesquiera que estos fuesen, el majistrado de la república acudia con fuerza suficiente para someter á la propiedad revolucionada, y cuidaba así del buen órden como de las buenas costumbres.

Un hombre colocado, segun las costumbres romanas, en la clase de las cosas, no tenia propiedad alguna, ni siquiera la de la mas pequeña parte de su persona. Solo tenia la industria que á su amo se le antojaba mandarle ejer-

cer; y los productos de su trabajo le eran constantemente arrebatados por su dueño. No tenia mas alimentos, mas vestidos, ni mas albergue que los que le dispensaba su amo. Para él no existia ningun vínculo de familia; nada podia en favor de la mujer con quien se enlazaba, ni en favor de los hijos que enjendraba. No le era dable defenderles de un insulto, ni proporcionarles el menor auxilio en sus necesidades. Nada podia exijir de su esposa, ni tan solo la fidelidad; nada podia exijir de sus hijos, ni siquiera una deferencia. Por su parte, la esposa nada podia reclamar de su marido, ni siquiera una mera proteccion; nada podia deberle, ni tan solo la castidad (1).

Los Romanos se dieron al cultivo de las artes que podian amaestrarles en la guerra y en el gobierno, mientras conservaron su libertad política. En cuanto no tuvieron ya mas enemigos que combatir, y quedaron sujetos al despotismo de los emperadores, dejaron de existir para ellos alicientes de actividad física ó intelectual. Uno de los primeros efectos de la esclavitud fué, pues, inspirarles el amor al ocio.

De la falta de actividad intelectual y física, y de la posesion de riquezas adquiridas par la opresion y el pillaje, nació una pasion desenfrenada á todos los deleites sensuales. La gula y voracidad de los magnates llegaron á un

(1) Las leyes no ponian coto al poder del hombre ó de la mujer-persona sobre el hombre á la mujer cosa; pero los censores y los senadores, investidos de una autoridad en cierto modo arbitraria, castigaban á veces á los amos que sin motivo se portaban cruelmente con sus esclavos. Así, un senador que, en medio de un banquete, y solo para divertir á uno de los convidados con quien mantenia relaciones criminales, hizo cortar la cabeza á un hombre, fué calificado de mal compañero, y no fué admitido mas en el senado. Plutarco, *Vidas de M. Caton y de Flaminio*. Véase Dionisio Halicarnáseo, lib. VII. § LXXIII. Tito Livio, t. XIII, pág 325.

punto para nosotros difícil de concebir; la tierra fué asolada para dar pábulo á su disolucion, y consumiéronse en un festin las riquezas de toda una provincia (1). La molicie se hermanó con la sensualidad: la costumbre de recostarse sobre almohadones mientras comian, fué traida de Oriente. Los hombres la introdujeron, y las damas no tardaron en imitarles. Mientras los amos se hallaban blandamente recostados sobre la pluma y la púrpura, habia siempre presentes unos cuantos esclavos para ahorrarles la incomodidad del menor movimiento: otros, con abanicos, cuidaban de refrescar el ambiente y apartar las moscas; y otros tocaban la flauta cada vez que iban á servirles algun plato esquisito (2).

Como las mujeres no estaban reclusas, cual en algunas rejiones de Oriente, y conteniendo la casa de un magnate un sinnúmero de esclavos jóvenes de ambos sexos, las costumbres de los amos debieron resentirse de los efectos de aquella mezcla. Leyendo los escritores de la antigüedad, se observa que entre aquellos pueblos, el amor no tenia ninguno de los caracteres delicados que tiene entre los modernos: era una pasion brutal que en nada diferia de la de los animales. Y con dificultad pudiera haber sido de otro modo: un amo que solo tenia que manifestar su voluntad con un signo para hacer azotar ó dar muerte á una esclava jóven, debia estar acostumbrado á poca resistencia. El hábito de vivir con esclavos fué para los jóvenes de

(1) *Vescendi causâ, dice Salustio, terrâ marique omnia exquirere*, Cat. XIII. Como la capacidad de su estómago no guardaba proporcion con su voracidad, muchos tomaban un vomitivo antes ó despues de la comida, para poder comer mas y por mayor tiempo. Ciceron, hablando de César, dice; *post cœnam vomere volebat, ideoque largius edebat.*

(2) Véase Plutarco, *Vidas de Sila*, *de Lúculo*, *de César*, y sobre todo de *Antonio*. Véase tambien la descripcion que da de los banquetes romanos A. Adam, *Roman antiquities*.

ambos sexos eficacísima causa de corrupcion. El intervalo que separaba el arranque de la estincion del deseo, debia ser de corta duracion; y en un pueblo en el cual habia ahondado la aristocracia sus raices, el ejemplo de los magnates bastaba para arrastrar á la muchedumbre. Así que, la historia está llena de hechos que atestiguan la desmoralizacion de todas las clases del pueblo. Cuando se hubo multiplicado mucho el número de los esclavos, creció la corrupcion en términos de ahogar las leyes del rubor (1).

En jeneral, los historiadores cuidan poco de darnos á conocer las costumbres privadas de las naciones: la vida doméstica, que forma el todo en la existencia del hombre, casi no llama en manera alguna su atencion. Nos es imposible pues saber á punto fijo el tratamiento que daban los maridos á las mujeres romanas, y qué clase de felicidad gozaba el sexo débil. Pero es difícil creer que fuesen maridos muy atentos unos hombres que poseian ó podian adquirir un sinnúmero de esclavas jóvenes; y tambien se nos hace cuesta arriba creer que fuesen esposas fieles, ó no estuviesen devoradas por los celos unas mujeres que miraban á cada esclava jóven como á una rival (1). La historia no trae las discordias particulares á las cuales dió márjen entre los esposos la existencia de la esclavitud, ni los delitos individuales resultantes de aquellas discordias; pero un hecho que nos atestigua basta para hacernos juzgar de lo interior de las familias, en cuyo regazo habia gran número de esclavos, y es la conspiracion de las mujeres de los patricios contra sus maridos, y la sentencia de muerte pronunciada, de una sola vez, contra ciento y sesenta de ellas, todas esposas de senadores, convictas del crímen de envenenamiento (2).

Sin duda para ponerse al abrigo de estos actos de desesperacion por parte de sus mujeres, les concedieron al fin los hombres la facultad de la repudiacion, facultad que por largo tiempo habia sido esclusiva de los maridos. Entonces nació otra clase de desórdenes; los hombres no renunciaron á sus esclavas; pero sus mujeres, incomodadas por las preferencias dadas á aquellas, mudaron de marido siempre que pudieron. Y llegaron á ser tan frecuentes tales cambios, que algunos escritores dicen que

(1) «Habiendo los Romanos, dice Plutarco, aprendido de los Griegos á bañarse desnudos con los hombres, les han enseñado ahora en recompensa á desnudarse y bañarse desnudos con las mujeres.» *Vida de M. Caton*, páj. 414. — En vista de este pasaje, pudiérase creer que los antiguos Romanos eran rigurosos observantes de las leyes de la decencia; engañaríase empero quien tal opinion de ellos formase: y no quiero mas pruebas que la costumbre que tenian los sacerdotes de conducir á un lugar secreto á las vestales reas de alguna falta, y de azotarlas ellos mismos despues de desnudarlas. Plutarco, *Vida de Numa*, 79. — La fidelidad conyugal por parte de los maridos era virtud poco comun:

¿Quis minus vir una uxore contentus siet?

Plauto Mercator, act. IV, escen. 8.

(1) Los poetas han suplido el silencio de los historiadores. Véanse las comedias de Plauto y de Terencio.

(2) Tito Livio, lib. VIII, t. IV, páj. 83 de la traduccion. — Es imposible dejar de ver en estos crímenes los efectos del furor de los celos de las mujeres, y del desprecio ó desden con que las miraban los ricos dueños de esclavos. Bueno es añadir que este hecho, contado por Tito Livio, aconteció durante los mas bellos tiempos de la república. Júzguese ahora cuáles serian las costumbres, cuando las conquistas hubieron llevado á Roma, en calidad de esclavas, poblaciones enteras de todas las partes del mundo entonces conocido. En Roma, aun en tiempo de Justiniano, y por consiguiente mucho antes de la adopcion del cristianismo, el concubinaje, no solo no era considerado como inmoral, sino que hasta las mismas leyes declaraban esplícitamente que no lo era. Dig, lib. XXIII, t. II, lib. VIII y lib. XXIV, t. VII. Véase todo este último título.

las mujeres no contaban los años por el número de los cónsules, sino por el de sus maridos.

La conducta desenfrenada del sexo mas fuerte trae necesariamente la depravacion del mas desvalido. Era imposible que una niña criada entre una turba de esclavas, testigo en cierto modo obligado de su corrupcion y de las relaciones que existian con ellas y sus hermanos ó su padre, fuese jamás casta esposa. Así es que en ninguna otra parte se hallan ejemplos de una depravacion tan grosera como la de las mujeres romanas de la clase aristocrática; y si la historia ha conservado los nombres de algunas, recomendables por sus costumbres, no son mas que escepciones rarísimas, confirmativas de la corrupcion jeneral. El escritor de la antigüedad que mas se ha detenido en describir las costumbres privadas de los magnates cuya vida ha publicado, casi nunca habla de un hombre célebre, sin citar al propio tiempo los desórdenes de sus hermanas, de sus hijas ó de su esposa. Segun él, las niñas y las mujeres pertenecientes á la aristocracia traficaban con su hermosura, dándose por dinero á sus amantes. El adulterio y el incesto eran delitos tan comunes y tan públicos en los últimos tiempos de la república, que al parecer los magnates ni aun se tomaban la molestia de encubrirlos (1). El senado creyó atajar este desórden desterrando á las mujeres mas conocidas por el desenfreno de sus costumbres: pero el remedio fué ineficaz. Una multitud de hombres y mujeres formaron asociaciones espantosas para entregarse en comun á la disolucion (2). Una de estas aso-

(1) Véase Plutarco, *Vidas de Lúculo*, *Pompeyo*, *César*, *Caton*, *Ciceron y Antonio*, páj, 618, 764, 768, 781, 863, 931, 1051 y 1106. Dionisio Halicarnáseo, lib. IV, § XXIV, t. I, páj. 291.—Suetonio, *Vida de César*. — Pronto verémos cómo el incesto y el adulterio son consecuencias naturales de la esclavitud.

(2) Tito Livio, año 539 de Roma, t. VIII, páj. 273 de la traduccion de Dureau de Lamalle.

ciaciones fué descubierta en la época mas floreciente de la república; el número de los reos pasó de siete mil; y mas de la mitad fueron condenados al último suplicio. Las mujeres formaban la parte mas considerable de la asociacion. Las que estaban bajo la potestad de sus padres, maridos ó tutores, fueron entregadas á los mismos, para sufrir la muerte en particular: las demás, dice Tito Livio, fueron ejecutadas en público, por falta de parientes autorizados por la ley para encargarse de la ejecucion (1).

Para oponer un freno á la disolucion de las mujeres, declaróse por un senado-consulto que toda mujer que viviese con un esclavo contra la voluntad del amo, quedaba esclava (2). Si el amo habia dado su consentimiento, la mujer quedaba libre, pero los hijos seguian la condicion del padre (3). Constantino trató de poner coto al desarreglo de las costumbres, mediante la severidad de las penas; decretó que la mujer libre que se entregase á un esclavo, seria condenada á muerte, y el esclavo quemado vivo (4). Mientras qne por una parte trataban las leyes de restaurar las costumbres, ultrajábanlas por respeto á la potestad paterna. Una hija podia ser legalmente obligada por su padre á prostituirse á un esclavo, contra la voluntad del amo, y cuando habia obedecido, quedaba ella tambien esclava. Y el jurisconsulto romano da la razon siguiente: *parentes deteriorem filiorum conditionem facere possunt* (5).

No teniendo que dedicarse á ninguna ocupacion men-

(1) Tito Livio, t. XIII, páj. 251.

(2) *Pauli sent*, lib. II, t. XXI.

(3) *Gaii* Instit. comment. t. I, § LXXXIV.—El emperador Adriano cambió esta ley.

(4) Cod. lib. IX, tit. II.

(5) *Pauli sentent.*, lib. II, t. XXI, § 10.

tal, y habiendo abandonado los trabajos industriales á sus esclavos, los Romanos se mostraron tan apasionados á los juegos y á los espectáculos como á los deleites físicos. Dichos juegos y espectáculos no eran los que hubieran gustado á una poblacion activa é intelijente, que solo necesitase algun solaz, sino los correspondientes á un pueblo ocioso, grosero, ignorante, y sensible solo á fuertes movimientos. Corridas de carros y caballos, la lucha, el pujilato, representaciones de batallas, combates de fieras, y sobre todo de gladiadores, eran las diversiones predilectas, tanto de los patricios, como de los plebeyos, de las mujeres, como de los hombres (1).

La necesidad de los espectáculos violentos fué á mas conforme se multiplicaron los esclavos, es decir, conforme fué mas fácil vivir en la ociosidad. Los magnates que quisieron bienquistarse con la turba, no podian escojitar mejor arbitrio que dar combates de gladiadores, ó mandar venir de todas las partes de la tierra un sinnúmero de fieras para hacerlas destruir mutuamente. En un principio habia bastado para complacer al pueblo de Roma hacerle presenciar riñas de codornices ó de gallos; mas cuando sus ejércitos hubieron destruido ú reducido á la esclavitud á un inmenso número de pueblos industriosos, fué preciso darle combates de hombres, de leones ó de tigres. Pompeyo, en su segundo consulado, hizo comparecer quinientos leones y diez y ocho elefantes: la carnicería de todos estos animales divirtió al pueblo de Roma

(1) Para satisfacer el gusto de este populacho, cuya porcion mas degradada era sin disputa la aristocracia, aprovechó César todas las ocasiones de acometer á naciones inocentes, y hasta aliadas de los Romanos; por esto entregó al pillaje las ciudades y los templos; por esto esclavizó á un sinnúmero de personas industriosas y libres, y vendió hasta reinos. Suet. *Vida de César*, c. XXIV y LIV, páj. 107 y sig.

por espacio de cinco dias. Los combates de hombres siguieron en su auje la misma progresion que los de fieras: sacrificáronse pocas víctimas, mientras la escasez de esclavos mantuvo su precio muy alto; mas cuando los hombres esclavizados llegaron á ser una mercancía comun y sin valor, prodigóse la sangre humana. César y Pompeyo, quienes en este jénero fueron los dos abastecedores mas pródigos de la república, hicieron perecer en el circo un número inmenso. Trajano se mostró todavía mas jeneroso: dió á sus dichosos súbditos una fiesta que duró ciento veinte y tres dias; y cada dia mandó degollar, como por diversion, unos noventa animales feroces y cerca de ochenta y dos hombres, sumando en total diez mil hombres y once mil fieras (1). Así los poetas de la época nos han trasmitido la memoria de aquel escelente príncipe, y su gloria ha sido encumbrada hasta el séptimo cielo por los literatos de nuestros dias (2).

Cuando un hombre se halla en una posicion tal que no puede dedicarse á ningun trabajo sin que al momento le sea arrebatado el fruto de sus sudores, deja naturalmente de trabajar. Si queremos que se dedique á alguna especie de ocupacion, es menester que el principio de actividad que en él se ha destruido, sea reemplazado por otro principio: el temor de las penas debe hacer entonces lo que no hace ya la esperanza de las recompensas. No cabe de

(1) Dion. lib. XLVIII, § XV.

(2) Si un viajero nos contase de un príncipe berberisco ú de un déspota asiático una serie de hechos como los que atribuye la historia á Trajano, miraríamosle como al mas feroz y horrible de los tiranos: pero aquellos hechos fueron prescritos por un hombre que hablaba latin; fueron mandados para diversion de los amos; fueron ejecutados en hombres avasallados á la fuerza, y por consiguiente el que los ordenó es un héroe. Nuestros poetas le ponen en escena, y la jente de tono acude á aplaudir.

consiguiente poner en duda que la aristocracia romana dejase de escitar al trabajo, por medio de castigos, á los hombres que tenia sujetos, cual les escita la aristocracia colonial entre los modernos. Mas ¿en qué consistian estos castigos? ¿Por qué especie de suplicios se veian obligados los esclavos á ejecutar los trabajos que les estaban prescritos? ¿Qué alimentos, vestidos y viviendas les daban los amos? Los historiadores de Roma se ocuparon tan poco del tratamiento de los esclavos, como los nuestros del tratamiento de los animales domésticos que tenemos. Fácil es ver sin embargo que conforme la multiplicacion de los esclavos redujo su valor, su suerte fué cada dia mas desdichada.

En los primeros tiempos, los pueblos vencidos fueron incorporados entre los ciudadanos, y gozaron de las mismas prerogativas; los que fueron reducidos á la esclavitud, llegaron á ser compañeros de trabajo de sus amos. Cuando su número hubo aumentado, fuéronles esclusivamente destinados los trabajos, llegando á ser bochornoso el dedicarse al menor jénero de industria. El uso practicado por muchas naciones bárbaras de sacrificar algunos prisioneros sobre la tumba de los jenerales muertos en las lides, habia hecho degollar algunos esclavos; y el número de las víctimas se multiplicó segun disminuyó su precio el número de los cautivos. Pronto se perdió de vista la creencia relijiosa que habia inspirado aquellos asesinatos; despues de haber hecho matar algunos hombres para obedecer á una supersticion horrorosa, mandáronse degollar á miles para lograr el placer de ver derramar sangre.

Renunciando los amos al trabajo, y entregándose con furor á todos los goces físicos, multiplicaron las fatigas de sus esclavos, y les dejaron una parte menor en los productos de sus trabajos; viéronse por consiguiente obligados á dar doble intensidad á los castigos. Fué menester aumentarlos al principio, porque se exijió de la poblacion avasallada una suma mayor de trabajo, y en seguida porque exijiendo de ella mayores fatigas, se satisfacian menos sus necesidades. Los suplicios y el envilecimiento á que estaban espuestos los ciudadanos hechos esclavos por sus deudas, pueden darnos una idea de la degradacion y de los castigos reservados á los estranjeros que habian caido en la esclavitud por los infortunios de la guerra. A menudo vemos en la historia á esclavos de oríjen romano fugarse de las cárceles donde se hallaban detenidos, presentarse en las plazas públicas con el cuerpo lastimado por las varas, é implorar la proteccion de sus conciudadanos; y no era solamente el deseo de alcanzar de ellos trabajos escesivos, el que habia producido las crueldades cuyas sangrientas muestras llevaban, sino la resistencia que habian opuesto á las infames pasiones de sus amos. La historia solo hace mencion de estas crueldades por las sediciones á que dieron márjen: las ejercidas sobre esclavos de oríjen estranjero, en cuyo favor ninguna simpatía profesaba la poblacion romana, y aun las ejercidas sobre individuos romanos, pero que no dieron lugar á ningun acontecimiento político, han sido sepultadas en el olvido, y miradas siempre como el lejítimo ejercicio de la potestad de un amo sobre su esclavo: *In servum nihil non domino licere* (1).

La multiplicacion de los esclavos y las crueldades en ellos ejercidas, debian comprometer y comprometieron en efecto la seguridad de sus dueños. Los aristócratas, para ponerse al abrigo de sus conspiraciones, procuraban

(1) Los esclavos cojidos en la guerra eran siempre atados con cadena, bien quedasen sujetos como fieras á la puerta de la casa de sus amos, bien fuesen destinados al cultivo de los campos.

fomentar entre ellos divisiones y discordias, no creyéndose seguros sino cuando cada uno de sus esclavos desconfiaba de todos los demás. Todavía tomaron mas precauciones: mandóse por una ley que siempre que se encontrase un amo muerto dentro de su casa, todos sus esclavos, de cualquiera edad y sexo, serian mandados al cadalso despues de haber sufrido el tormento. La aplicacion de esta ley hizo perecer sin duda á muchísimos, pues vemos en los Anales de Tácito, que habiendo un ciudadano sido encontrado muerto en su casa, fueron degollados por órden del senado cuatrocientos esclavos que poseia. Los niños y las mujeres corrieron igual suerte que los hombres adultos (1).

Siempre que los hombres se ven condenados á trabajar sin tregua y sin fruto, no siendo dueños de ninguno de sus movimientos, y estando de continuo espuestos al desprecio, al insulto y á los castigos arbitrarios, la muerte deja de ser una pena. Para que esta se haga temible, es menester que vaya acompañada de tormentos que escedan en intensidad á todos los dolores diseminados por el curso de la vida. Fué menester de consiguiente que los magnates que querian castigar de muerte á sus esclavos, discurriesen suplicios capaces de asustar á los hombres para quienes la misma vida era un tormento. Tales suplicios no podian ser determinados sino por el capricho de los amos, pues las leyes no veian en los esclavos mas que propiedades; el uso de estropearles á latigazos, y clavarles luego en una cruz fué la especie de suplicio mas jeneralmente adoptado. Los tormentos del individuo clavado de este modo, duraban muchos dias antes que la muerte les pusiese un término, á no ser que el ejecutor, por compasion, les hubiese lisiado alguno de los órganos esenciales de la vida (1). Los escritores que nos han dado la descripcion de este suplicio, no dicen que estuviesen exentos de él las mujeres, ni los niños de la mas tierna edad, los cuales eran condenados á perecer, cuando su amo habia muerto por una causa desconocida (2).

(1) Tac. *Ann*, lib XIV, cap. XLIII.

Hay no obstante un grado de miseria que ningun temor es capaz de hacer tolerable; los esclavos romanos se alzaron á menudo, no obstante el esmero que ponia la aristocracia en embrutecerles y dividirles. Las infinitas sedicio-

(1) Quod si servi de salute dominorum consulerint, summo supplitio, *id est cruce*, aficiuntur. Pauli sentent. lib. V, tit. XXI, § IV.

(2) Al contrario, resulta de un pasaje de Plauto que las mujeres eran crucificadas como los hombres:

Continuo hercle, ego te dedam discipulam cruci.

Aulularia, act. I, escena 2ª.

Solo se abolió la costumbre de hacer perecer á los esclavos clavándoles en cruz, cuando los emperadores romanos hubieron abrazado la relijion cristiana, y lo mas notable en la abolicion de este suplicio es, que menos fué motivada por un sentimiento de compasion hácia los hombres avasallados, que por el respeto que inspiraba el fundador de la relijion cristiana: juzgóseles indignos de morir la misma muerte que el autor de la relijion del príncipe.

Parece que los Romanos, despues de haber clavado vivo al esclavo en una cruz, no le quitaban de ella, dejándole hasta que se caia á pedazos. Esto me parece tanto mas verosimil, cuanto que ellos no sepultaban jamás los cadáveres de los enemigos que habian quedado en el campo de batalla. Estas dos causas reunidas eran mas que suficientes para infectar el pais; así es que se vió plagado de la peste, casi con la misma regularidad que la Turquía en nuestros dias. La historia de Tito Livio asegura que se manifestó once veces en un siglo, á saber: en los años 288, 301, 320, 322, 327, 344, 356, 363, 367, 371 y 391 de la fundacion de Roma. Cuando este pueblo bárbaro se hallaba aflijido por la peste, no indagaba sus causas, ni tomaba mas precauciones que los Turcos; únicamente espulsaba de su seno á los sabios, y hacia procesiones.

nes que relatan los historiadores, fueron casi todas causadas por las crueldades ejercidas en los deudores reducidos á esclavitud (1). Los esclavos de oríjen estranjero no podian hallar los mismos recursos en la poblacion libre, pues no tenian en ella parientes, amigos ni defensores. Consiguieron sin embargo formar conspiraciones, haciéndose algunas veces temibles á sus dueños; pero burlados sus esfuerzos por su poca maña en las armas, solo lograron aumentar la dureza de sus amos, y acrecentar los infortunios de las víctimas.

El orgullo que se manifestó en la aristocracia romana, desde el momento de su formacion, subió de punto á medida que los patricios estendieron su poder sobre un número mayor de esclavos. Los hombres que no pertenecian á esta casta, y que se designaban bajo el nombre de plebeyos, fueron en un principio tan envilecidos, que quedaron escluidos de las funciones civiles y sacerdotales, así como de los mandos militares. Temiendo los patricios mancillar la pureza de su sangre entroncando con plebeyos, dieron una ley vedando á los miembros de su corporacion el casarse con mujeres plebeyas.

Al propio tiempo que la aristocracia oprimia como cuerpo privilejiado á la multitud que le era inferior, cada uno de sus miembros vendia su proteccion á una fraccion de aquella multitud. Esta proteccion en nada menoscababa los privilejios de los patricios, pues en cada causa, los protejidos no tenian por apoyo mas que un solo individuo contra toda la aristocracia; pero era una granjería

(1) Los patricios nunca podian llegar á ser esclavos de sus acreedores, por cuanto sus clientes plebeyos estaban obligados á pagarles las deudas. Si añadimos á esta circunstancia que la mayor parte de los acreedores pertenecian á la aristocracia, se comprenderá el porqué siempre fueron tan crueles las leyes contra los deudores insolventes.

para los supuestos protectores. Los clientes, que no podian casarse con las hijas de sus patronos, quedaban obligados á constituirles un dote, si no eran ricas. Debian además rescatarles á ellos y á sus hijos, si caian en esclavitud. Toda persona que no pertenecia á la clase aristocrática debia elejir en ella un patrono, y todo hombre que tenia un patrono era un ente abyecto (1).

Si escesivo era el orgullo de los magnates con los individuos que se hallaban en la categoría de plebeyos, mayor era todavía con los hombres que habian pasado por el estado de esclavos. El solo título de liberto inspiraba tal desprecio contra el que lo llevaba, que ha pasado hasta nosotros al través de los siglos y de las revoluciones. Y este desprecio no se limitaba á los individuos salidos de la esclavitud, sino que pasaba á sus descendientes hasta la última posteridad. En cuanto á los hombres reducidos á la esclavitud, mirábanles los aristócratas á una distancia tan infinita, que ni siquiera podian imajinar que tuviesen con ellos cosa alguna comun.

Los hombres que solo propenden á su prosperidad dedicándose al estudio de las entidades ú obrando sobre ellas, nada tienen que esperar de la astucia ó de la maldad; ni por fraude, ni por sorpresa puede el labrador sacar una rica cosecha de sus campos, ni poner un fabricante sus

(1) Dionisio Halicarnáseo, lib. XI, § 30, t. II, páj. 487. — Las aristocracias modernas han sido menos astutas que la romana; á menudo han absorbido, como esta, las riquezas de los hombres á quienes miraban como envilecidos, pero siempre han entroncado con ellos. Para tener dote, ha sido necesario casarse con la mujer: mas un patricio romano dejaba la mujer y tomaba el dote. Por este medio mantenia el esplendor de su raza, sin mancillar su pureza. J. J. Rousseau sentia que esta antigua institucion de los patronos y clientes no hubiese llegado hasta nosotros.

máquinas en movimiento. No así los hombres que fundan su prosperidad en el trabajo gratuito de sus semejantes; para estos la impostura y la mala fe son los primeros móviles de buen éxito; la franqueza y la verdad son causas de ruina. Con efecto, no conocemos ningun pueblo que haya llevado el arte de seducir, corromper y engañar á los hombres al punto de perfeccion que la aristocracia romana; esta, desde su oríjen hasta su destruccion, apeló constantemente al fraude ó á la perfidia para sojuzgar y espoliar á las naciones estranjeras, ó para mantener sumisos á los plebeyos: mas le sirvió para esclavizar á las naciones el arte profundo con que las engañaba, que toda la habilidad de sus cónsules (1).

(1) Combato aquí una preocupacion muy arraigada: no hay jóven recien salido del colejio, ni escolar barbilampiño, que no hable con imperturbable seguridad de la buena fe romana y de la perfidia cartajinesa. No conocemos historia alguna de Cartago escrita por hombres de aquella nacion, ó por jueces imparciales; y los Romanos, antes de la destruccion de su república, iban á penas á visitar las naciones estranjeras, como no fuese para saber lo que habia que pillar, ó á ejercer sus rapiñas. Difícil nos seria por consiguiente decir cuáles fueron las costumbres de los Cartajineses: solo sabemos que eran muy activos y laboriosos, que reparaban con su industria y comercio los estragos causados por la guerra, y que para vivir en la abundancia, no tenian necesidad de engañar á nadie. Mas para conocer las costumbres de los Romanos, no hay que recurrir á las inducciones: basta leer su historia, no tal como la han escrito los mas de los autores modernos, sino tal cual nos la han trasmitido sus propios historiadores ó los historiadores griegos. «Vese que los Romanos, aun á los principios de su imperio, dice Maquiavelo, hicieron uso de la mala fe. Esta es siempre necesaria á cualquiera que de un estado mediano desee ascender á los mas altos poderes; y es tanto menos reprensible, cuanto mas encubierta, como fué la de los Romanos» *Disc. sobre Tito Livio*, lib. II, cap. XIII.

Por lo que precede se puede juzgar de los efectos que causó la esclavitud en las costumbres de aquella parte del pueblo media entre la aristocracia y sus esclavos; dióle la mayor parte de los vicios que hemos observado en la clase aristocrática (1). Algunos de estos vicios eran sin embargo modificados por la diferencia de las posiciones sociales: el patricio, en su orgullo, nada veia que le fuese superior; el plebeyo se mostraba orgulloso con los esclavos, con los

(1) Dionisio Halicarnáseo, lib. VI, cap. V, t. II, paj. 51. — Hay una virtud que hace indultar á los Romanos los infinitos vicios cuya existencia ha demostrado la historia: tal es el patriotismo. Al acercarse el enemigo, apaciguábanse las disensiones y aunábanse los bandos por interés de la salvacion comun. En los trances, los jenerales se entregaban á una muerte cierta para afianzar la victoria á su ejército. Los jenerales que regresaban victoriosos eran honrados con espléndidas recompensas. Un ciudadano, acusado de algun crímen capital, podia evitar el último suplicio emigrando de su pais; de suerte que el perder la patria se consideraba igual á la pena de muerte.

En todo esto no hay nada estraordinario, nada que no se viese en cualquier pueblo colocado en las mismas circunstancias. Entre los pueblos de aquella edad, la derrota no solo ponia el ejército vencido á merced del vencedor, sino que esclavizaba á cada uno de los miembros de la familia. Si se les cojia, eran dispersados y vendidos como un vil rebaño, sin que les quedase la esperanza de volverse á ver. Un soldado se hallaba pues en la alternativa de vencer ó de mirar caidos en la esclavitud á su padre, á su madre, á su esposa, á sus hijos, y á sus hijas. He aquí, segun Dionisio Halicarnáseo, el secreto del patriotismo de los Romanos (lib. VI, § VII, t. II, páj. 7). En causas análogas está fundado el patriotismo de los salvajes. La facultad que tenian los reos de pena capital para emigrar antes del fallo, se esplica por el estado de la lejislacion. Un Romano que pasase á un pueblo estranjero, por este solo hecho se consideraba como inexistente: perdia su mujer, sus hijos y sus bienes; era peor que lo que entre los modernos se llama muerte civil: renunciar á la patria era abdicar todo lo que hace tolerable la vida.

libertos y con los estranjeros á quienes oprimia. Respecto de la aristocracia, un hombre de esta última clase tenia aun menos dignidad personal, era mas abyecto, mas reptil que los mendigos de profesion en los estados modernos.

CAPITULO VIII.

Influjo de la esclavitud en las costumbres de los amos y de los esclavos en las colonias modernas, y particularmente en el cabo de Buena Esperanza.

Los efectos causados por la esclavitud territorial en las costumbres de los amos y de los esclavos, despues de la caida del imperio romano, son análogos á los que dejo espuestos en el capítulo anterior: sin embargo, se han manifestado con menos pujanza, por cuanto ha sido menos violenta la dominacion. Entre los Romanos, la esclavitud produjo, en la clase de los amos, el desprecio de todos los trabajos industriales; entre los modernos, ha causado un efecto parecido, y este efecto aun no ha cesado completamente. Entre los primeros, para vivir honrosamente, fué menester sojuzgar á los hombres por la astucia ó la fuerza, apoderarse de las riquezas producidas por ellos mismos, y obligarles á producir otras nuevas para arrebatárselas á su tiempo: entre los segundos, no ha sido lícito enriquecerse sino por el pillaje de las naciones ven-

cidas, ó por medio de las contribuciones impuestas á las clases laboriosas; las riquezas adquiridas con la industria y el comercio han sido consideradas por largo tiempo como viles, y dignas á lo mas de los libertos. Los primeros escluian de las funciones públicas á todos los que no hubiesen salido de sus filas; los segundos han seguido la misma conducta siempre que les ha sido dable: estos miraban todo entronque con una familia no aristócrata, como capaz de manchar la pureza da su sangre; y aquellos profesaban una opinion análoga. Inútil seria llevar mas adelante la comparacion, pues entre nosotros no existe cosa alguna parecida á lo que se verificaba en Europa antes de la caida del imperio romano.

Acostumbrados á juzgar de los pueblos de la antigüedad por los héroes de teatro ú por las descripciones fantásticas de los poetas, no podemos pasar de los dueños de esclavos de los tiempos antiguos á los dueños de esclavos de los tiempos modernos, sin violentar nuestras ideas: sin embargo, en todos los paises, en todas las épocas y en todas las razas, unas mismas causas han producido los mismos efectos.

Hemos visto en el cuarto capítulo de este libro, que en las colonias modernas donde se ha establecido la esclavitud, los amos han considerado el trabajo como humillante, y han cesado de dedicarse á él. Bajo este aspecto, se han hallado en la misma posicion que los dueños de hombres de la antigüedad; pero bajo otros aspectos, su posicion ha sido diferente. La aristocracia romana, para reemplazar á los esclavos que de continuo morian de resultas de las miserias inherentes á la esclavitud, para multiplicar su número, para despojar á las naciones cuyas riquezas ambicionaba, y para librarse de las agresiones estranjeras, tenia que estar en guerra permanente. Los

hombres que forman la aristocracia colonial entre los modernos, no se han visto en la misma necesidad; no han tenido que hacer el tráfico á mano armada, porque codiciosos especuladores lo han hecho por ellos. No han tenido que ejercitarse en las armas para su defensa; pues los gobiernos bajo cuya proteccion han adquirido los esclavos, se han encargado de guardarles contra los riesgos á que les esponian su crueldad, su orgullo y su avaricia. No han tenido necesidad de proporcionarse con las armas los objetos de lujo que no pueden lograr del trabajo de sus esclavos: los gobiernos han establecido, á favor suyo, en la madre-patria, el monopolio de la venta de los artículos que pueden producir aquellos esclavos, y este monopolio les ha facilitado el medio de adquirir las riquezas que no pueden ser producidas sino por manos libres. De este modo han librado de todo trabajo á su cuerpo y á su entendimiento; no han tenido mas que entregarse al ocio, y ocuparse de sus goces físicos: á esto efectivamente se han limitado sus cuidados.

Los dueños de esclavos del cabo de Buena Esperanza no conocen placeres mas vivos que los de entregarse á la ociosidad y satisfacer su apetito: beber, comer, dormir y hacer algunas visitas, son las principales ocupaciones de un colono (1). Para un aristócrata colonial todos los dias son iguales: he aquí como los emplea. Al levantarse, toma el café y fuma la pipa, paseándose con el gorro de dormir, por delante de la puerta ó al rededor de su casa. A las nueve, almuerza copiosamente, vuelve á chupar la pipa, y se pasea ó visita hasta medio dia. Llegada esta hora, siéntase á la mesa, come á mas no poder, acuéstase y y duerme hasta las cinco. Al dispertar, vuelve á su pipa,

(1) Barrow, *Nuevo Viaje*, t. II, cap. V, páj. 200 y 201.

bebe, y pasea ó hace visitas tres ó cuatro horas. A las nueve se pone otra vez á la mesa; sírvenle ocho, diez ó veinte platos de carne y de pescado guisados de diversos modos, comiendo y bebiendo como si lo que ha comido y bebido durante el dia no hubiese servido mas que para moverle el apetito. Así, dice Barrow, se abandona diariamente á la inercia ese gloton, y engorda en el letargo (1).

La gula y el ocio no son dotes esclusivas de los aristócratas que viven en la ciudad: los mismos colonos son igualmente perezosos por toda la estension de la colonia; dormir y comer es la ocupacion predilecta de toda su vida. Dejan sin cultivo tierras que sufragaran para la manutencion de un gran número de familias industriosas; y prefieren quedarse sin pan ni vejetales saludables, antes que trabajar un cuarto de hora. Conténtanse con la carne que les dan sus ganados, porque no necesitan trabajo ni intelijencia para obtenerla (2).

Las mujeres no son menos perezosas que los hombres: se levantan, comen y beben á las mismas horas que sus maridos. Sus ocupaciones se limitan á reñir á los esclavos y á señalarles tarea. Cuando pueden, se descargan del cuidado de sus hijos, confiándolos al celo de sus esclavos (3).

Como entre los Romanos pertenecian los aristócratas á la misma raza de hombres que los esclavos, las criaturas nacidas en la esclavitud no llevaban al venir al mundo ninguna señal indicativa de las relaciones existentes entre los esclavos y sus amos. No así en las colonias modernas: siempre que una esclava da á luz una criatura, por el color de esta, se puede venir en conocimiento de la raza de su padre. Y ha sido tanto mas difícil equivocarse en órden á las relaciones de los amos con sus esclavas, en cuanto nunca ha habido matrimonio entre los blancos y los negros. Toda criatura de sangre mezclada ha sido producto de una union ilejítima, y fruto á menudo de la violencia del amo sobre su esclava. Para conocer los efectos que causa en las costumbres la esclavitud, respecto á la union de los sexos, no hay que buscar en los viajeros las relaciones que median entre un amo y las mujeres que posee á título de esclavas; basta examinar los diversos colores en que se divide la poblacion.

(1) Barrow, *Nuevo Viaje á la parte meridional de Africa*, t. I, cap. I, páj. 130 y 131.—Levaillant, *segundo Viaje*, t, I. páj. 46 y 47.

(2) Barrow, *ibid*, t. I, cap. I, páj. 96 y 97, y t. II, cap. V, páj 172.

(3) *Ibid*, t. I, cap. I, páj. 131 y 132.

Al llegar al cabo de Buena Esperanza, Levaillant quedó pasmado del gran número de esclavos blancos (1). Sin embargo, ningun blanco ha sido reducido á la esclavitud en aquel pais; al contrario, los esclavos han sido allí siempre de oríjen etiópico. ¿Cómo se ha verificado pues que sus descendientes se hayan vuelto blancos? por una larga serie de violencias de los amos sobre las mujeres esclavizadas. Del comercio de los amos con las negras han nacido mulatas; del comercio con estas han salido niñas todavía menos morenas; han desaparecido por fin las señales de la sangre etiópica, y llegado los esclavos á ser de la misma raza que sus dueños.

Pero en este cambio de razas hay un fenómeno que es del caso advertir, porque lo hallarémos en casi todas las demás colonias. Un amo no liberta á los hijos que nacen de él y de las mujeres que tiene esclavizadas; exije de ellos los mismos trabajos é igual sumision que de los demás; los vende, los permuta, ó los trasmite á sus herederos, segun mejor le place. El hijo lejítimo á quien los trasmite

(1) Levaillant, *Primer Viaje*, t. I, páj. 76.

á título de sucesion, no hace distincion alguna entre ellos y sus demás esclavos: de este modo un hermano llega á ser propietario de sus hermanas y hermanos. Ejerce sobre ellos la misma tiranía; exije de ellos los mismos trabajos; lastímales con el mismo látigo, satisface en ellos los mismos deseos. Esa multitud de esclavos blancos que pasman á un Europeo, son pues casi siempre frutos del adulterio y del incesto. Un viajero observa que en aquella colonia hay tan poco afecto entre los parientes, que rara vez se ven conversar juntos dos hermanos (1). Y ¿cómo pudiera un hermano amar con ternura á otro, cuando quizás tiene diez ó doce hermanos y hermanas á quienes trata como la mas vil de las propiedades, sirviéndose de ellos para satisfacer las pasiones mas brutales? En las personas sin educacion, las costumbres se manifiestan ordinariamente por el lenguaje, y segun Barrow, el de los habitantes del Cabo es tan indecente, que no se toleraria en ninguna sociedad (2).

Como los esclavos tienen mas ó menos valor, segun participan mas ó menos de la raza blanca ó de la negra, los amos protejen el comercio de las mujeres esclavas con los soldados europeos que están de guarnicion en la colonia: toda negra no destinada para el uso del amo, obtiene de este el permiso de pasar cada domingo con un soldado (3).

Siempre que en un pais se ve que una parte de la poblacion vive en el ocio, la molicie y la abundancia, casi

(1) Barrow, t. I, cap. I, páj. 130.

(2) Barrow, t. I, cap. I, páj. 128.

(3) Levaillant, *Primer Viaje*, t. I, páj. 76. — Las mujeres de los dueños de esclavos en las colonias, tienen un freno que no tenian las mujeres romanas; pues no pueden tener comercio con sus esclavos, sin que los hijos que nazcan lleven las señales de su incontinencia.

podemos estar seguros de que hay otra clase mas numerosa que vive en suma miseria, y condenada á trabajar sin descanso. En el cabo de Buena Esperanza, los aristócratas nunca trabajan, y consumen una cantidad inmensa de alimentos. Los esclavos empleados en el cultivo están mal alimentados, mal vestidos, agobiados de trabajo y castigados con el mayor rigor (1). Los esclavos destinados al servicio personal de sus amos, y que viven en la ciudad, son los únicos que van bien vestidos y están bien alimentados (2). Entre los esclavos destinados al servicio interior de la casa, y los empleados en el cultivo de los campos, se observa la misma diferencia que vemos en la mayor parte de los estados europeos entre los lacayos que reptan en las casas de los grandes, y los artesanos que viven en la miseria trabajando catorce horas diarias. De la analojía observada entre los hombres que mandan nace la que se observa entre los que obedecen.

Como los esclavos empleados en los trabajos mas penosos no se sienten movidos por la esperanza de ningun lucro, solo puede imponerles el temor de los castigos: los amos les tratan con tanta crueldad, que todos los viajeros les han compadecido. La menor contradiccion, el mas mínimo retardo en la ejecucion de sus deseos les irrita y les vuelve feroces, llegando por fin á encontrar una especie de placer en el ejercicio de la crueldad. «He conocido algunos colonos, dice Sparrmann, que no solo en el arrebato de la cólera, sino á sangre fria y con reflexion, no se avergonzaban de constituirse verdugos, de lastimar por la menor falta el cuerpo y los miembros de sus esclavos, de prolongar adrede su suplicio y sus tormentos; y

(1) Barrow, t. I, cap. I, páj. 135, 136, 137 y 138.

(2) Barrow, t. I, cap. I, páj. 136.

mas crueles que tigres, de arrojar en sus heridas sal y pimienta; pero lo que todavía me pareció mas estraño y horrible, fué oir á uno de aquellos colonos cristianos describir con visos de satisfaccion todo el mecanismo de aquellas ejecuciones diabólicas, gloriarse de practicarlas él mismo, apurando los sofismas para justificar sus escesos (1).»

Los aristócratas castigan á sus esclavos con un látigo de enormes dimensiones, que les sirve tambien para guiar los caballos. Aplícanlo á veces con tanto furor, que si la víctima no muere al golpe, difícil es que se libre de las resultas. Barrow, testigo de las continuas violencias cometidas con los esclavos, refiere algunas que pueden hacernos juzgar de las costumbres particulares de sus amos. Vimos, dice, una jóven Hotentota con un niño en los brazos, y tendida sobre el suelo en el estado mas deplorable. Habia sido lastimada de piés á cabeza con uno de aquellos terribles látigos hechos de cuero de rinoceronte ó de vaca marina, y conocidos bajo el nombre de *sambocs*. Todo su cuerpo estaba hecho una llaga; y la criatura, al guarecerse en torno de ella, tampoco habia salido indemne de los golpes. Nos costó mucho trabajo ponerla en situacion de recibir los socorros de la medicina, pero estaba tan acardenalada, y estalló la calentura con tanta violencia, que desesperamos de su vida durante muchos dias. El único delito de esta mujer consistia en haber querido

(1) Sparrmann, *Viaje al cabo de Buena Esperanza*, t. III, cap. XVI, páj. 264 y 265. — Los primeros objetos que llamaron la atencion de Sparrmann, al llegar al cabo de Buena Esperanza, fueron unas ruedas y suplicios, y siete individuos que habian sido ahorcados ó enrodados vivos el mismo dia (t. I, cap. II, secc. IV, páj. 72.) Lo que chocó desde luego á Levaillant fué una multitud de esclavos blancos. Aquel pudo juzgar á primera vista de la crueldad de los amos; este, de su desmoralizacion.

seguir á su marido, que era del número de los Hotentotes que habian resuelto implorar la proteccion inglesa (1).»

El injenio contiguo, añade el mismo viajero, nos ofreció un ejemplo de brutalidad todavía mas horrible. Vimos en un rincon de la casa á un hermoso niño hotentote de unos siete años, que llevaba en los piés una cadena de hierro de diez á doce libras; sus piernas estaban hinchadas, y los grillos penetraban en las carnes. Aquel pobre niño estaba tan agobiado con su peso, que se arrastraba y no podia caminar: mas de un año habia que se hallaba en el mismo estado (2).»

A veces la ira de los amos prevalece sobre su crueldad, y no les deja tiempo de prolongar los tormentos de sus esclavos. Segun testimonio del mismo viajero, un Hotentote que se negaba á fusilar á un desertor, de órden de su amo, fué muerto en el acto de un pistoletazo por el mismo dueño, quien mandó degollar en seguida al desertor, á su mujer y á su hijo (3).

El gobierno holandés, para poner un freno á la crueldad de los amos, les habia prohibido dar muerte á sus esclavos, y aun autorizado á estos para quejarse ante los majistrados, en el caso de ser maltratados injustamente; pero tales reglamentos nunca han tenido efecto (4). Si un blanco mata á un esclavo, le entierra, y no se habla mas del asunto; y si mata al criado de otro, sale del paso pagando su valor al amo. Este pudiera reconvenirle ante el tribunal, pero nadie ha hecho uso jamás de semejante facultad (5).

(1) Barrow, *ibid.*, t. I, cap. I, páj. 121 y 142.

(2) *Ibid*, t. I, cap. I, páj. 122 y 128.

(3) Barrow, t. I, cap. I. páj. 171.

(4) Levaillant, *Primer Viaje*, t. I, páj. 77. — Thunbergo, *Viaje á Africa*, etc., cap. 118, páj. 1.

(5) Barrow, *ibid*, t. I, cap. I, páj. 138 y 139.

Cualquier hombre de la clase de los amos puede impunemente maltratar á un esclavo; pero este tiene prohibido, bajo pena de muerte, el levantar la mano para defenderse. El mero hecho de haber pegado á un blanco libre, se castiga con el último suplicio, por cuanto se *presume* que el golpe fué dado con el intento de asesinar (1).

La muerte reservada para los esclavos no es la mera privacion de la vida. Los amos han conocido, como los de la antigüedad, que la simple muerte pareceria leve pena á unos seres para quienes la vida no es mas que un largo suplicio. Han inventado pues un jénero de muerte análogo á la crucifixion de que se valian los Romanos. Sparrmann, que fué repetidas veces testigo de los suplicios inflijidos á los esclavos, habla de ellos en estos términos:

«He oido muchas veces, dice, sobre todo por la mañana y al anochecer, los gritos y jemidos de aquellos infelices. En tan crueles instantes piden perdon, imploran con vivísimas instancias un vaso de agua que cuidadosamente se les niega, por cuanto ha demostrado la esperiencia que en aquel acto un vaso de agua ó de cualquier otra bebida les daba la muerte en breves horas, y á veces instantaneamente. Lo mismo sucede á los que han sido empalados vivos, despues de haber sido enrodados, ó tambien sin haber pasado este suplicio. Húndeseles la pica á lo largo del dorso y de las vértebras cervicales, entre la piel y la epidérmis, de suerte que el paciente se halla en la posicion de un hombre sentado. Sin embargo, algunas de dichas víctimas viven todavía muchos dias en semejante postura, cuando el tiempo es seco; mas si es lluvioso, gangrénanse

(1) Thunbergo, cap. II, páj. 28.—Barrow, *ibid*, t. I, cap. I, páj. 138.

las llagas, y sus tormentos acaban en pocas horas con la vida (1).»

Los cadáveres de los hombres que perecen de este modo en los suplicios, son colgados con unas cadenas en los caminos públicos, quedando allí hasta que son devorados por los buitres, ó se caen de podridos (2).

La perfidia de los colonos es igual á su crueldad, pero no la consideran como un vicio: cualquiera que engaña á su vecino, dice Barrow, pasa por un hombre hábil. La veracidad no se cuenta en el número de las virtudes morales, y la mentira se califica de injenio. La propiedad es tan poco respetada como la verdad; el hurto no se mira como un acto criminal. En una palabra, los amos no son activos sino para hacer mal, y siempre aplauden los crímenes afortunados (3).

Los miembros de esta aristocracia, al paso que indiferentes en todo lo consecuente á su reputacion respecto de las costumbres, son sobremanera delicados por lo que toca á la distincion de las jerarquías. El hombre que da su hija al individuo mas infame, sin temer el mancillarse, se creeria deshonrado, si su mujer ó su hija hubiesen perdido su puesto en la iglesia. Tener la precedencia en una ceremonia relijiosa, ó colocar su asiento inmediatamente junto al púlpito, es para ellos un asunto de las mas alta

(1) Sparrmann, t. III, cap. XVI, páj. 264, 265 y 266. — Barrow, t. I, cap. I, páj. 52.

(2) Barrow, t. I, cap. I, páj. 52. — Los colonos son tan crueles con sus animales domésticos como con sus esclavos; pero el cuadro de sus costumbres es ya tan horrible, que no quiero cargarlo mas.

(3) Barrow, t. I, cap. I, páj. 130. No hay ejemplar de que un estranjero que haya litijiado en el Cabo contra un colono, haya ganado jamás el pleito.

importancia; las cuestiones de precedencia dan entre ellos márjen á interminables disputas (1). Su orgullo les hace mirar con desprecio á cualquiera á quien juzguen de jerarquía inferior; manifiéstase con todos los hombres de quienes nada tienen que temer ó que esperar, y particularmente con los estranjeros. La mayor parte de ellos, sin embargo, no cuentan en su árbol jenealójico otra cosa que mendigos, malhechores y prostitutas, desterrados antiguamente al pais por el gobierno holandés. Al mismo tiempo que son insolentemente orgullosos con cualquier hombre á quien supongan de puesto inferior al suyo, muéstranse ilimitadamente serviles con los principales miembros del gobierno á que están sujetos: de este modo reunen en sus personas los vicios de los amos y de los esclavos (2).

(1) Barrow, t. I, cap. I, páj. 132 y 133.

(2) Levaillant, *Segundo Viaje*, t. I, páj. 46 y 50.— Raynal ha pintado con los mas brillantes colores el candor, la sencillez, la bondad é inocencia de los colonos del cabo de Buena Esperanza; su imajinacion ha creado á menudo sus cuadros. *Hist-filosof. de las dos Indias*, t. I, lib. II, páj. 408 y 409.

CAPITULO IX.

Influjo de la esclavitud en las costumbres de los amos y de los esclavos de las colonias holandesas de la Guayana y de las islas de la Sonda.

La aristocracia colonial de la Guayana tiene bajo muchos aspectos las mismas costumbres que la del cabo de Buena Esperanza. Sin embargo, como hay muchas diferencias entre la naturaleza del suelo y de las producciones de los dos paises, obsérvanse en las costumbres diferencias correspondientes.

El suelo del cabo de Buena Esperanza, jeneralmente pobre, está destinado para pasto de los rebaños, y para el cultivo de las mismas especies de granos que se cosechan en Europa, y de diferentes especies de vino. Todos los productos del pais, á escepcion de los vinos, se consumen en el mismo, ó se venden á los navegantes. Ninguno exije trabajos penosos ni continuados; los mas necesa-

rios para la vida son los que exijen menos fatiga, y los que se venden á mas ínfimo precio. La carne del matadero, que forma la base de la subsistencia de la poblacion, se da casi por nada.

De ahí resulta que los amos no pueden adquirir grandes riquezas, ni gastar gran lujo: no tienen por consiguiente ningun interés poderoso en exijir de sus esclavos un trabajo escesivo, ni en privarles de los alimentos que necesitan para reparar sus fuerzas. Un esclavo encargado de guardar un rebaño no tiene que tomarse mas trabajo que un hombre libre; y el labrador que puede mantener muy bien á un hombre con el valor de dos ó tres sueldos diarios, no puede aspirar á grandes economías en el renglon de la comida.

El territorio de la Guayana, al contrario, es sumamente fértil; el calor del clima que le hace impropio para prados ó para la produccion de cereales, le hace muy al caso para producir azúcar ú otros frutos que solo crecen entre los trópicos. Estas producciones no se obtienen sino mediante largos y penosos trabajos; tienen, comparativamente á los cereales y á la carne de matadero, un gran valor, y están jeneralmente destinadas á la esportacion. De ahí resulta que los amos pueden gastar mas lujo, y proporcionarse placeres mayores y mas variados que los colonos del cabo de Buena Esperanza. Resulta tambien que están mas interesados en exijir de sus esclavos un trabajo mas penoso y continuado, y en no dejarles sino lo rigurosamente necesario para vivir. Sometidos los esclavos á fatigas mas ásperas, y logrando alimentos poco abundantes y de mala calidad, pierden mas pronto sus fuerzas y viven menos tiempo. Las pérdidas que sufre el amo de esta manera, quedan colmadamente compensadas por el aumento de trabajo que obtiene de ellos, y por las economías que hace en su subsistencia y vestidos (1).

Conocidas las diferencias en la naturaleza y producciones del suelo y en la temperatura de la atmósfera, fácilmente se comprenderán las que existen en las costumbres de las dos poblaciones.

La aristocracia de la Guayana profesa al trabajo, tanto corporal como mental, la misma aversion y desprecio que los demás poseedores de esclavos. La vida de cada uno de sus miembros está enteramente dedicada á la ociosidad y á la satisfaccion de sus goces físicos. El que vive en medio de sus tierras no tiene, pues, otras distracciones que las que encuentra en los castigos de sus esclavos, y en los cuidados de su propia seguridad.

Situado bajo un clima ardiente, se levanta con el sol, y se traslada á una especie de pórtico llamado *plaza*, donde encuentra su café, su pipa y seis de sus mas hermosos esclavos de uno y otro sexo dispuestos á servirle. El mayordomo se presenta para hacerle relacion de lo ocurrido durante la víspera ó en el curso de la noche pasada. Síguenle los esclavos cultivadores, reos de algun descuido, los esclavos ejecutores, armados con un terrible látigo, y el esclavo cirujano que ha de curar las heridas. Oido el informe, hace el amo una seña, y al punto son atados los acusados á un árbol ó á las columnas del pórtico, y lastimados á latigazos, hasta que una nueva seña pone coto al furor de los verdugos. Si el castigo ha causado alguna herida grave, el esclavo cirujano la cura, y los esclavos castigados quedan despedidos de nuevo al trabajo. A su

(1) Los maestros de posta de Inglaterra creen que es mas económico cansar en pocos años un buen caballo y reemplazarlo en seguida, que exijir de él un trabajo moderado y nutrirle bien para que sirva muchos años: este mismo cálculo hacen los dueños de hombres en las colonias.

vez el cirujano da cuenta de la salud de los demás esclavos, y se pasa revista á los mas jóvenes.

«Su señoría, dice Stedman, se pasea entonces con su traje de las mañanas, que consiste en unos calzoncillos de tela de Holanda muy fina, medias blancas de seda y chinelas de marroquí amarillo ú encarnado. El cuello de la camisa queda abierto, no llevando encima mas que una especie de blusa de rica tela de las Indias. Cubre su cabeza un gorro de algodon sumamente fino, y un enorme sombrero de castor que guarda de los ardores del sol su rostro enjuto y lóbrego...

«Despues de haber vagado lentamente en torno de su casa, ó montado á caballo para visitar sus campos y calcular el aumento de sus riquezas, vuelve á eso de las ocho, para vestirse, si quiere hacer alguna visita, ó sino, se queda como está. En el primer caso, múdase solamente los calzoncillos, poniéndose unos pantalones de tela lijera ó de seda; siéntase en seguida, y alarga las dos piernas á un negrito que le calza; al mismo tiempo otro le peina, ó le afeita; y otro está ocupado en apartarle los músticos. Concluida esta parte de su tocado, toma otra camisa, y le pasa otro sobre-todo siempre de tela blanca: entonces, debajo de un vastísimo parasol llevado por un negrito, le acompañan á su barco, que le espera con seis ó siete remeros, y previamente abastecido por su mayordomo de frutas, vino, agua y tabaco. Si no se aleja mucho de la hacienda, almuerza á las diez. Cuando pica el calor, se tiende en su hamaca y duerme. Durante el sueño, tiene dos negritas que le abanican para mantener el fresco. A las tres se dispierta, se lava, se perfuma y se pone á la mesa donde encuentra cuanto puede halagar su sensualidad. A las seis se repite la escena de la mañana con el mayordomo, los esclavos que han faltado y los ejecutores; en

seguida el ponche, el juego y la pipa. A las diez, añade Stedman, mi señor escoje en su serrallo la esclava con la cual quiere pasar la noche. Al dia siguiente se repiten iguales escenas (1).»

No hay para que decir que un amo revestido de un poder sin límites, que vive habitualmente en medio de sus esclavos, y que nada tiene que temer de la opinion, no puede encontrar resistencia en las mujeres sometidas á su imperio; pero lo mas notable es que todos los hombres á quienes delega una parte de su poder, gozan á corta diferencia del mismo privilejio que él. El mayordomo, bajo cuyo informe son castigados los esclavos, sin que estos puedan alegar nada en su defensa, es mas temible que el mismo amo, puesto que no le detiene el temor de destruir su propiedad. Hasta los esclavos que desempeñan las funciones de verdugos gozan de una especie de poderío, pues en sus manos el látigo puede ser un instrumento mas ó menos terrible, segun estén bien ó mal dispuestos.

Sucede á veces que una mujer esclava se resiste á los deseos del amo ú del mayordomo, sobre todo si ha hecho alguna eleccion entre sus compañeros de infortunio: en tal caso, la resistencia es severamente castigada. El primer ejemplo de crueldad que presenció Stedman, al llegar á Surinam, fué producido por una causa de esta naturaleza. Una hermosa jóven de diez y ocho años, enteramente desnuda, estaba atada de brazos á un árbol. En el punto en que la vió Stedman, dos esclavos armados con un ponderoso látigo cada uno acababan de aplicarle doscientos latigazos. Reclinada la cabeza sobre el pecho, y manándole la sangre á borbotones desde la cabeza hasta los piés, ofrecia el espectáculo mas lastimero. «Corrí al

(1) Stedman, *Viaje á Surinam y al interior de la Guayana*, t. II, cap. XVIII, páj. 209 y 215.

mayordomo, dice Stedman, y le supliqué que la mandase desatar inmediatamente, supuesto que habia sufrido ya el castigo. Contestóme que al efecto de impedir que los estranjeros se metiesen en su *administracion*, se habia propuesto por regla invariable doblar la pena siempre que se intercedia en favor del culpable, y el bárbaro mandó al momento empezar de nuevo la ejecucion. En balde quise detenerle; manifestóme terminantemente que la menor insistencia, lejos de variar su determinacion, haria implacable y terrible su venganza. No tuve otro partido que tomar sino huir de aquel monstruo abominable, y dejarle que se cebase en sangre como una fiera... Habiendo inquirido el motivo de aquella barbarie, supe con certeza que el único crímen de la infeliz era haberse constantemente denegado á los anhelos de su detestable verdugo (1).»

Las mujeres de la aristocracia no atesoran costumbres mas puras ni mas apacibles que sus maridos; entréganse á los mismos desórdenes, siempre que se presenta ocasion. Stedman, que tantos ejemplos nos cuenta de la desmoralizacion de los hombres, ha querido mostrarse menos severo con las mujeres. Dícenos sin embargo que se entregan en jeneral á todas sus pasiones, y principalmente á la mas constante crueldad (2). Los oficiales que habian venido á la colonia para someter ó destruir á los esclavos guarecidos en los bosques, recibieron de ellas, dice, tantos testimonios de sus finezas, que en pocos meses los mas de ellos se hallaban al canto del sepulcro (3). Cuenta que una de las señoronas de la colonia, en los festines que daba á

(1) Stedman, t. II. cap. XIII, páj. 19, 20 y 21.—Véanse tambien las páj. 31 y 32 del mismo volúmen, y el tomo I, cap. IX, páj. 266 y 267.

(2) *Viaje á Surinam*, t. II, cap. XVIII, páj. 216.

(3) *Ibid*, t. I, cap. VI, páj. 160.

los oficiales, hacia servir á sus convidados por las esclavas mas hermosas completamente desnudas, y justificaba esta costumbre, diciendo que de este modo les quitaba el medio de encubrir su preñez. Asegura por último que el descoco de las mujeres de alta categoría era tal, que hacia sonrojar á los oficiales europeos que no estaban acostumbrados. Escrupuliza sin embargo en revelar todos los hechos que presenció: «Debo, dice, correr un velo sobre las imperfecciones del sexo en este clima.»

Mézclanse los celos mas violentos con la licencia de las costumbres, y manifiéstanse aquellos de un modo tanto mas terrible cuanto mas abyectas y desamparadas se hallan las infelices que los motivan. Una señora que manda castigar á una de sus esclavas, procura sobretodo desfigurarla y volverla asquerosa. En los pechos ó en el rostro es donde manda aplicar los latigazos, y aun á veces puñaladas. Una señora criolla, dice Stedman, habiendo reparado en su hacienda una esclava jóven y bonita, le mandó aplicar desde luego un hierro candente en la frente, en las mejillas y en la boca, y cortarle el tendon de Aquiles. De este modo, en un instante convirtió en aborto disforme una hermosa figura. Como los impulsos mas arrebatados entre todos los dueños de hombres son el orgullo y la aficion á los placeres físicos, una esclava que cautiva las miradas de su amo, hace doble ofensa á su señora: humíllala á sus propios ojos, y le arrebata una parte de sus placeres; esto basta y sobra para encender su venganza y su crueldad (1).

Los efectos de los celos no se limitan á las mujeres que los motivan, sino que recaen particularmente en las criaturas que por su color anuncian deber la existencia á su

(1) *Viaje á Surinam*, t. II, cap. XVII, páj. 170 y 171, y t. III, cap. XXVII, páj. 101 y 102.

amo ú á hombres de su raza. Dichas criaturas, sea cual fuere su sexo, son miradas con odio por las mujeres de los amos, respecto de que son una prueba irrecusable de la preferencia dada á las esclavas. Las jóvenes son odiosas por otra razon; sus amas ven en ellas futuras rivales suyas ó de sus propias hijas (1).

(1) Unicamente los sentimientos del orgullo ofendido y de los celos pueden esplicar las crueldades cometidas por las mujeres de los colonos en los hijos de sus esclavas. Stedman cuenta que la esposa de un colono, con motivo de las réplicas que le hicieron algunos de sus esclavos acerca de un esceso al cual la habian arrebatado los celos, rompió el cráneo á una criatura que tenia cerca; pero era *cuarterona*, es decir, hija de una mulata y de un blanco. Mandó tambien cortar la cabeza á dos criaturas negras que habian querido oponerse al asesinato; estas dos criaturas pertenecian á la misma familia. He aquí cuáles fueron, segun relata Stedman, las consecuencias de estos tres asesinatos:

«Cuando el ama hubo salido de la plantacion, las dos cabezas fueron envueltas en un pañuelo de seda, y llevadas por sus parientes á Paramaribo, donde las depositaron á los piés del go ernador, dirijiéndole la siguiente alocucion:

«Escelentísimo señor, ahí está la cabeza de mi hijo y la de su hermano á quienes nuestra ama se las ha mandado cortar, porque habian querido evitar uno de los asesinatos que diariamente comete. Bien sabemos que siendo esclavos no será admitida nuestra deposicion; mas si estas cabezas ensangrentadas forman prueba suficiente de lo que decimos, os suplicamos que se evite la repeticion de tamañas atrocidades; os lo agradecerémos eternamente y derramarémos con placer nuestra sangre por la conservacion de nuestros amos y de la colonia.»

«Contestóse á aquellos infelices que eran unos embusteros, y se les condenó á ser fustigados por todas las calles de Paramaribo. Aquella inicua sentencia fué ejecutada con la mayor crueldad.» Viaje á Surinam, t. II, cap. XVII, páj. 170 y 172.—Véase tambien, acerca de los celos de las mujeres y de los crímenes resultantes, el t. I, cap. VI y IX, páj. 166, 167, 266 y 267.

Los amos pudieran poner los hijos que tienen de sus esclavas al abrigo de las violencias de sus propias mujeres dándoles la libertad; pero las costumbres y las leyes del pais se oponen á ello. La ternura que manifiesta un padre en favor de aquellos hijos suyos que han nacido en la esclavitud, se mira como una flaqueza, y casi como una locura. Darles la libertad, seria despojarse de una propiedad útil y privarse de la facultad de disponer de ellos arbitrariamente. Déjaseles pues barajados con los demás esclavos, vendiéndolos, permutándolos, ó trasmitiéndolos á su heredero (1).

Habiendo manifestado los goces que se proporciona la aristocracia colonial de esta parte de la América, fáltame demostrar las fatigas y sufrimientos que le cuestan.

El azúcar es el principal artículo que se saca de este pais, y como en todas las colonias, exije los mismos afanes y reclama igual esmero; á todas puede aplicarse lo que diré de una sola.

En las colonias, todos los trabajos agrícolas son ejecutados á fuerza de brazos; allí no se usan máquinas ni la fuerza de los animales. Desde el amanecer, los chasquidos del látigo anuncian á los esclavos que es tiempo de ir á trabajar. En cada plantacion hay un conductor armado con un latigo de carretero, que les conduce al campo por cuadrillas. Mientras trabajan, les vijila cuidadosamente, alentando á latigazos á los que no andan bastante listos (2). Las criaturas, desde la edad de seis á siete años, son tambien llevadas al campo para arrancar las malas yerbas ó

(1) Stedman, t. III, cap. XXIX, páj. 198.

(2) Estos instrumentos de suplicio son unas cuerdas de cáñamo muy largas que penetran la carne á cada golpe, y dan un chasquido semejante á la detonacion de una pistola. Stedman, t. II, cap. XVIII, páj. 210.

dedicarse á otras tareas. Condúceles un esclavo armado con una larga vara que le sirve para pegar á los morosos ó desmañados. Para ellos, lo mismo que para sus padres, no median otros motivos de actividad que los castigos.

Sometidos á fatigas sin término, y espuestos sin cesar á ser maltratados á latigazos, los esclavos no obtienen en premio de sus trabajos mas que un alimento escaso, poco sustancioso é invariable. Constitúyenlo la harina de manioc, algunos arenques, y un poco de legumbres que ellos cultivan. Les está rigurosamente vedado el comer de la caña de azúcar que cultivan, y el infeliz en quien recayesen sospechas de haberla probado sufriria el castigo de arrancársele los dientes (1).

Las faltas ó descuidos son castigados, segun hemos visto ya, con cierto número de latigazos que se les aplican sobre las partes descubiertas del cuerpo, conforme la voluntad ó los antojos del amo ú del mayordomo; á menudo tambien se parte la nariz ó se cortan las orejas á los esclavos que tienen zambras entre sí. Los reglamentos prohiben á los amos el darles la muerte, pero búrlanlos fácilmente: como solo es admitido el testimonio de los blancos libres, no es posible convencer á los culpados. Por otra parte no se encontrarian acusadores para perseguirles ni jueces para condenarles, pues los majistrados pertenecen á la clase de los amos, y hacen causa comun con estos. Así no es raro ver colonos que juegan con la vida de sus esclavos; el amo que quiere desembarazarse de un hombre que le pertenece, se lo lleva á cazar y le mata de un tiro en cuanto llegan á un lugar apartado. Si quiere hacer un ejemplar, espónele á largos y dolorosos suplicios

(1) Stedman, t. III, cap. XXV, páj. 82 y 83.

en presencia de los demás esclavos, y entonces la muerte se achaca á un accidente ó á la endeblez de la constitucion de la víctima (1).

Como las faltas leves de los esclavos son espiadas con castigos gravísimos, y como la vida está despojada de cuanto pueda hacerla agradable, resulta que las faltas graves ó los delitos solo pueden ser castigados con los mas enormes suplicios. Un esclavo á quien el esceso de la desgracia induce á destruirse, debe tener cuenta en no sobrevivir á su tentativa, pues si escapa, espia en largos tormentos el ataque que quiso dar en su propia persona á la *propiedad* de su dueño. Mutílanle á latigazos, procurando no herir ninguna parte esencial á la vida, ó bien se le somete al suplicio del *spanso-bocko*, que todavía es mas cruel (2).

(1) Raynal, *Hist. filosof.* t. VI, lib. XII, páj. 421. — Stedman, t. III, cap. XXV, páj. 81, 82 y 83.—La severidad de los castigos está menos en razon de las faltas de los esclavos que de su valor. Un hermoso jóven y una bella mujer pueden cometer graves delitos, y salir librados con un leve castigo, si la ofensa no toca directamente al amo, por cuanto son propiedades cuyo valor se teme disminuir menoscabándolas, y se cree mas ventajoso venderlas que destruirlas. Pero un anciano, un individuo débil ó mal constituido, no pueden incurrir en la menor falta sin esponerse á los mas severos castigos, por cuanto son propiedades sin valor, y que con el tiempo llegan á constituirse una carga. Luego que se hacen improductivas, el interés de los amos se cifra en acelerar su destruccion, y lo verifican (Stedman, t. II, cap. XIV, páj. 45 y 46). Los colonos raciocinan por el mismo estilo que Caton el censor.

(2) El castigo llamado *spanso bocko* se inflije del modo siguiente. Atanse las manos al reo, y se le hacen pasar las rodillas entre los brazos; tiéndenle en seguida de costado y le mantienen así agachado como un pollo por medio de una estaca clavada en tierra. En tal situacion se halla inmoble lo mismo que un muerto. Entonces un negro

Los aristócratas se dirijen algunas veces á los majistrados para hacer castigar á sus esclavos: tienen esta precaucion cuando temen incurrir en una multa haciéndoles espirar al rigor de los castigos. Un amo que coje á un esclavo prófugo, puede requirir al tribunal para que le mande cortar una pierna á fin de precaver el mismo delito. Stedman, durante su permanencia en Paramaribo, vió nueve ejecuciones de esta clase, ordenadas por los majistrados y hechas por el cirujano del hospital. Cuatro de los pacientes murieron inmediatamente despues de la operacion, y el quinto vino á matarse él mismo arrancándose por la noche el apósito de la herida (1).

Los delitos mas graves que la fuga, como la resistencia ó la revuelta, son castigados con los tormentos mas largos y atroces que puede inventar la imajinacion de los amos. Ser tostado á fuego lento, enrodado vivo, ó descuartizado por cuatro caballos, son suplicios muy comunes, y que se imponen indistintamente á los ancianos, á las mujeres y hasta los niños. Si se quieren prolongar los tormentos del paciente, se le cuelga por las costillas á un gancho de hierro, y permanece allí vivo á veces durante tres dias, con la cabeza y los piés inclinados hácia el suelo (2).

coje un puñado de ramas nudosas de tamarindo y le sacude hasta arrancarle la piel, vuélvele en seguida del otro costado, sacúdele otra vez, y la tierra del lugar de la ejecucion queda empapada en sangre. Concluido el suplicio, y para evitar la mortificacion de las carnes, se lava al paciente con zumo de limon que tiene pólvora desleida. Despues de esto se le envia á su cabaña para que cure si puede. Stedman, t. III, cap. XXVII, páj. 122 y 123, y t. II, cap. XIII, páj. 24 y 25.

(1) Stedman, t. I, cap. XII, páj. 393.

(2) Stedman, t. I, cap. VI, páj. 145 y 147.—*Report of the committee of the society for the mitigation and gradual abolition of slavery*, páj. 15, London 1824.— Estos pormenores de las crueldades de los colonos, que debilito mucho al compendiarlos, parecerán increibles á mas de un lector. Quizás se pensará tambien que han sido cometidas en circunstancias estraordinarias y en alguna época notable de barbarie. Al principio tambien creia yo lo mismo, mas posteriormente he conocido mi error. El gobierno inglés, que posee hoy esta colonia, se propuso suavizar la suerte de los esclavos; y para no aventurar nada, envió á Demerary un oficial superior con el encargo de examinar los hechos. Durante mi permanencia en Inglaterra, tuve ocasion de conocer á dicho caballero, y le rogué me dijese si las costumbres descritas por Stedman eran verdaderamente las de los colonos. «Lo que hace tan crueles á los colonos, me contestó, es la facilidad que tienen los esclavos de huir al bosque, y la dificultad de volverles á cojerr.» Esta esplicacion, que confirma los relatos del viajero, es cabalmente igual á la dada por Raynal, *Hist. filosof.* t. VI, lib. XII, páj. 421.

Los esclavos muestran en los tormentos una constancia igual á la crueldad de los amos: por mucho que sea el rigor de los suplicios que padecen, nunca exhalan un ay, mostrando la misma fortaleza de alma que hemos observado en los salvajes caidos en poder de sus enemigos. A veces tratan de irritar á sus verdugos con sarcasmos ó bufonadas, y desafíanles tildando de impotencia su crueldad. Saber sufrir y morir es la única gloria de la cual no pueden privar los amos á sus esclavos (1).

El orgullo de los miembros de esta aristocracia es igual por lo menos á su crueldad. El acto de comer ó beber en su presencia ó en la de un hombre de la misma raza que ellos, se considera como una insolencia intolerable por parte de un esclavo. Una palabra, una mirada, que no llevasen aquel carácter de sumision que se exije de la poblacion avasallada, serian furiosamente castigadas. El esclavo que pasase por cerca de un simple marinero, y que descuidase darle algunas señales de respeto, se espondria

(1) Stedman, t. I, cap. XII, páj. 393.

á que le abriesen la cabeza á garrotazos. Y este orgullo no se manifiesta solo con los esclavos ó los hombres de color, sino con cualquiera á quien un amo juzgue de jerarquía inferior á la que él ocupa (1).

Pudiérase suponer que las costumbres que observamos en las colonias holandesas son producidas por causas diferentes de la esclavitud y de la especie de cultivo á que se dedican los esclavos; y se pudiera creer tal vez que como los primeros habitantes de aquellas colonias no fueron mas que la escoria de la madre patria, las costumbres actuales son consecuencias necesarias de las que existian en la época de la colonizacion; mas pronto verémos que existen costumbres semejantes en las colonias inglesas, francesas y españolas, donde está admitida la esclavitud, y donde se observa alguna analojía en la naturaleza de los trabajos á que está sujeta la poblacion avasallada.

Las costumbres de los Holandeses establecidos en las islas de la Sonda, nos son menos conocidas que las de los colonos del Cabo y de los de la Guayana. Vese sin embargo, por lo que de ellas dicen los viajeros, que difieren poco de las que ya hemos observado. La ociosidad, el orgullo y la crueldad son los caracteres que en aquellas islas mas han sorprendido á los observadores. La aversion de los Holandeses á toda suerte de ocupacion es tan intensa, que á no ser los Chinos, se hallarian espuestos á carecer de todo. El orgullo ha señalado en aquellas islas las jerarquías con tanta fuerza como en cualquiera otro pais del mundo. Los títulos de gran-negociante, negociante, sub-negociante, tenedor de libros y asistente, corresponden á los títulos de príncipe, duque, conde, marqués, baron y caballero. Los que los llevan se distinguen por un traje particular, siendo tan fatuos é insolentes como los nobles de cualquier pais de Europa. Los caudillos militares llevan los mismos títulos. Un mayor puede aspirar á la categoría de gran-negociante; un capitan no pasa del grado de sub-negociante (1). Los jefes superiores nunca salen de casa sin que les precedan una especie de alabarderos. Cuando pasa un gobernador en su coche, todo el mundo se para, los que van en carruaje se apean, y todos se inclinan respetuosamente ante la dignidad del gran personaje; solo los senadores se hallan dispensados de esta señal de respeto. Los magnates exijen para sus mujeres los mismos honores que para sí propios (2).

(1) *Ibid*, cap. I, y V, páj. 31 y 131; t. III, cap. XXVII, paj. 16, 17, 120 y 121.

En los paises donde existe la esclavitud, el primer título á la consideracion es ser de la raza de los amos; la primera causa de desprecio es pertenecer á la raza de los esclavos. Estas disposiciones se manifiestan en Batavia con igual pujanza que en la Guayana y en el cabo de Buena Esperanza. Si los hombres de la casta de los amos cometen delitos, no son castigados, ó lo son muy levemente; mas si las faltas son cometidas por hombres de la clase avasallada, son ahorcados, enrodados vivos, ó empalados sin misericordia (3).

(1) Bougainville, segunda parte, t. II, cap. VIII, páj. 228 y 231.

(2) Thunbergo, cap. VIII, páj. 227, 228, 234 y 235. — Cook, *Primer Viaje*, lib. III. cap. XII, t. IV, páj. 345.

(3) Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. XII, t. IV, páj. 346. — Los Chinos y los Malayos tienen jueces particulares en los asuntos civiles. *Ibid.* — Véase Bougainville, t. II, segunda parte, páj. 169 y 175. — Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. VIII, IX y XII, páj. 207, 262, 263 y 354. — Thunbergo, cap. VIII, páj. 238 y 239. — D'Entrecasteaux, t. I, cap. VII, páj. 155 y 156. — Labillardiére, t. I, cap. VIII. — Mac-Leod, cap. IX.

CAPITULO X.

Influjo de la esclavitud doméstica en las costumbres de los amos y de los esclavos en las colonias inglesas (1).

Las colonias inglesas, en las islas ó en el continente americano, pueden dividirse en dos clases, segun la mayor ó menor fertilidad del suelo. No siendo algunas bastante fértiles para cultivar ventajosamente el azúcar, son destinadas á la produccion de artículos que sirven para el consumo inmediato de los habitantes. La principal produccion de las demás, al contrario, consiste en azúcar, que se estrae ya para la madre patria, ya para otros paises.

El tratamiento de los esclavos es duro en todas, pero infinitamente mas en las últimas que en las primeras. En

(1) Aunque posteriormente á la publicacion de la primera edicion de esta obra hayan los Ingleses abolido la esclavitud en sus colonias, creo que no debo suprimir los capitulos á ellas referentes. Aqui me propongo mas bien determinar las leyes inherentes á la naturaleza del hombre, que esponer el estado de las colonias europeas en un momento dado.

estas son mejor alimentados, menos castigados y están menos agobiados de trabajo. Las razones de esta diferencia son las mismas que he observado en el capítulo anterior, hablando del cabo de Buena Esperanza y de Surinam (1).

Muchos propietarios de las colonias inglesas, particularmente aquellos cuyas tierras son bastante ricas para producir azúcar ú otros frutos esportables, residen habitualmente en Inglaterra con sus familias, haciendo dirijir sus plantaciones por medio de ajentes. No teniendo relacion alguna directa con sus esclavos, no exijiendo nada de ellos por sí mismos, y no haciéndoles imponer especialmente ningun castigo, no pueden tomar las costumbres que caracterizan á los amos. Sus mujeres y sus hijos no están menos que ellos al abrigo del influjo inmediato de la esclavitud, por cuanto ignoran ó no conocen mas que imperfectamente el manantial de las rentas que les mantienen. La cualidad de dueños de esclavos influye pues menos poderosamente en sus conceptos y hábitos sociales, que si residiesen en las colonias. Sin embargo, la mera posesion de esclavos falsea su juicio en órden á los principios de la moral; póneles, mas que á los otros Ingleses,

(1) The Bahama Islands are the poorest and least productive of the West Indian colonies. They raise scarcely any exportable produce. Their productions are chiefly confined to cattle, live stock and provisions. Hence the pecuniary ressources of the proprietor are generaly small. In the Bahama Islands, however, the slaves are far better off than they are in any other british colony. They are better treated, more lightly worked, and more abundantly fed. The common allowance of food is from two to three times as great as in the Leeward Islands. *Report of the committee of the society for the mitigation and gradual abolition of slavery*, etc. páj. 34 y 35. London 1834.—East and West India sugar, etc. páj. 86.

bajo la dependencia de su gobierno, y les dispone por consiguiente á sostener todas sus providencias (1).

Mas aun cuando las facultades intelectuales y morales de los amos que viven en Inglaterra, estén menos afectadas por la existencia de la esclavitud en las colonias, que las facultades intelectuales y morales de los que viven entre sus esclavos; y aun cuando no puedan sentir aquel anhelo de todos los goces físicos, que hemos observado entre los colonos del cabo de Buena Esperanza y de Surinam, no están menos interesados en exijir de sus esclavos todo el trabajo que es dable obtener de ellos, y en no dejarles mas que lo rigurosamente necesario para vivir.

Un rico propietario que vive en medio de sus haciendas, manda cultivar, á lo menos para su consumo personal y de su familia, diversas especies de vejetales que nunca se pueden traer de lugares distantes. Cria igualmente algunas especies de animales, y es difícil que calcule con tanta escrupulosidad los productos de esta especie, para que nada absolutamente quede en favor de cierto número de sus esclavos despues de satisfechas las necesidades de su familia. Si el suelo que cultiva no es bastante rico para producir frutos esportables, es fuerza que sus productos queden consumidos en especie en los mismos lugares; y como su precio no puede ser muy subido, sus

(1) Los plantadores de las colonias de azúcar son los que principalmente residen en Inglaterra. *East and West India sugar, or a refutation of the claims of the West India colonists*, etc. páj. 56. London 1823.

Podemos formar una idea del número de plantadores ingleses que residen en Inglaterra por el número de los que toman asiento en la cámara de los comunes: este último número era en 1825, de 56. *Second report of the committee of the society for the mitigation and gradual abolition of slavery throughout the british dominions*, páj. 63. *London*, 1825.

esclavos se utilizan de ellos. Pero un propietario que vive lejos de sus tierras, no puede sacar réditos sino de los frutos vendidos, y nada se vende fuera de lo que se estrae; para él no tienen ningun valor los productos que se consumen en la misma colonia, como no sean rigurosamente necesarios para la vida de sus esclavos. Por otra parte, viviendo los plantadores ingleses en un pais donde existen inmensas fortunas, en donde las riquezas son indispensables para merecer alguna consideracion, hállanse escitados por un impulso de vanidad á llamar hácia la metrópoli todo lo que pueden hacer producir á sus plantaciones. Por último, los ajentes á quienes está confiado el beneficio de las tierras y de los hombres que las cultivan, no se ven trabados en el ejercicio de su poder por el temor de destruir su propiedad. Estas diversas circunstancias son muy influyentes en la suerte de la poblacion esclava.

Los ajentes empleados por los amos no pueden entregarse á aquella ociosidad mental y corporal que hemos observado en los dueños de hombres de las colonias holandesas, por cuanto no tienen las mismas riquezas; pero su actividad solo se ejercita en séres humanos, y no obran sobre las entidades, mas que por el intermedio de sus esclavos (1). Los placeres físicos que les son lícitos, no pueden estar sino en razon de los salarios que reciben y de las riquezas que les es dable sustraer á sus amos. Los mas de ellos no se casan, ya porque un plantador no

(1) La isla de Santa Helena está casi esclusivamente cultivada por negros. Fueron allí trasportados como esclavos por los primeros colonos; y es muy raro que los hombres *blancos* quieran sujetarse á trabajar en una obra de mancomun con negros, en los parajes donde hay esclavos negros á quienes encargarlo. Macartney, *Viaje á China y Tartaria*, t. IV, cap. III, páj. 197.

quisiera emplear á ajentes cargados de familia, ya porque sus mujeres, nacidas y educadas en paises libres, dificilmente se acostumbrarian á los vicios y á las violencias que diariamente tendrian que presenciar (1). En cuanto á las colonias inglesas mas ricas, y particularmente la Jamaica, poco tenemos que ocuparnos de las costumbres de las mujeres y de los hijos lejítimos de las clases de los amos, pues su número es muy escaso (2).

Todos los hombres á quienes se delega algun poder en las colonias inglesas, disponen de las mujeres esclavas con la misma arbitrariedad que hemos visto en las demás colonias.

En la isla de Jamaica, los blancos, sin distincion de jerarquías, se entregan al desenfreno mas soez; todos los solteros tienen en su casa una concubina negra ó mulata, y esto no sirve de obstáculo para que sus parientes y sus amigas las visiten, se sienten en su mesa y jueguen con sus hijos. Un hombre, aun cuando esté casado, puede vivir públicamente con una mujer negra ó de color, sin perder un ápice de su consideracion, sobre todo si logra alguna importancia personal en la Colonia. El que obsequia á una mujer libre con quien desea casarse, no cree por esto tener que dejar la concubina con quien vive. La fu-

(1) J. Cooper's *Facts illustrative of the condition of the negro slaves in Jamaica*, páj. 47. London, 1824.

(2) Aun cuando los ajentes de los plantadores no puedan gastar el mismo lujo que los amos, son bastante ricos para darse habitualmente á la destemplanza. Este vicio se halla tan jeneralizado, y parece tan natural, que en las sociedades finas cada cual cuenta que ha estado borracho ó se propone emborracharse, cual en otras partes se cuenta que uno ha tomado ó quiere tomar una taza de café ó de té. De ahí puede inferirse que la embriaguez no es vicio esclusivo de los climas frios, como pretendia Montesquieu. Cooper's *Facts illustrative of the condition of the negro slaves in Jamaica*, páj. 37.

tura esposa no tiene tampoco bastante delicadeza, ó no se cree con harta influencia para exijir que se le haga este sacrificio. Los mismos individuos del clero viven á menudo con concubinas negras ó mulatas, sin orillar sus funciones, y escusándose con decir que no son de peor condicion que sus vecinos, y que deben vivir como vive todo el mundo (1). Finalmente, reina tal disolucion en las costumbres, que un hombre que esté de visita en casa de un amigo, cuando llega la hora de acostarse, no tiene empacho en pedir abiertamente que le manden una esclava de la casa (2).

Aun cuando no se pueda esperar mucha continencia por parte de unas mujeres á quienes todo conspira á degradar y corromper, no siempre logran los amos la posesion de sus esclavas sin acudir á la violencia. Un padre, aun en la esclavitud, es á menudo el guardian y vijilante de su hija, y esta le obedece hasta que el amo ó el que manda le intiman órdenes contrarias. La mujer está igualmente bajo la proteccion del hombre á quien ha escojido por marido, reconociendo su autoridad hasta que de él le separa una fuerza superior. Si un amo pues quiere abusar de una jóven protejida por su padre, ó de una mujer defendida por su marido, trábase una pugna entre el poder del amo y la autoridad paterna ó del marido; y dicha pugna termina siempre con el castigo del padre ó del marido, y con el rapto de la hija ó de la esposa. Vana seria en tal caso la

(1) Stewarts, *View of the past and present state of Jamaica*, páj. 173, 174 y 175 Cooper's *facts illustrative of the condition of the negro slaves in Jamaica*, páj. 35, 36 y 37.—*Negro slavery, or á wiew of some of the more prominent features of that state of society*, etc. páj. 56, 57, 58, 59. London, 1824.

(2) Cooper's *Facts illustrative of the condition of the negro slaves in Jamaica*, páj 42.

resistencia, pues la fuerza pública asistiria la del amo y de sus satélites. Los majistrados de las colonias, por el mero hecho de hacer irresistible la fuerza de los miembros de la aristocracia, son los protectores natos de la violacion y del adulterio. Un padre castigado por haber querido protejer la castidad de su hija, puede quejarse al majistrado, no hay duda; mas tendrá que reputarse por muy feliz, si su queja no va acompañada de un nuevo castigo (1).

Los esclavos se ponen á trabajar desde la madrugada, es decir, á las cinco de la mañana, hasta el anochecer. No tienen mas descanso que el tiempo de almorzar y comer; concédenseles dos horas para la comida y media hora para el almuerzo (2). Cuando llega la estacion de la cosecha,

(1) El gobierno inglés ha autorizado en sus colonias á los esclavos para quejarse al majistrado en el caso de creerse injustamente maltratados. He aqui la queja de un padre y la deposicion de una de sus hijas, contra el administrador de una plantacion. Trascríbola literalmente por no alterar su sencillez. El padre dijo: The manager wanted my daughter Peggi. I said «No.» He followed her. I said, «No.» He asked me three times. I said «No.» Manager asked me again friday night. I refused. Saturday morning he flogged me. This thing hurt me and I come to complain.

Estando enfermo Peggi, y no habiendo podido comparecer ante el majistrado, su hermana Aqueshaba hizo la deposicion siguiente: Says, that manager sent aunty Grace to call Peggi, and to say if she would not come, I must. We said, Daddy said must not go: I was too young. Grace left us and went to Daddy; shortly aferwards she returned and tried to coax me to go, but I would not, as my Daddy had forbid it. Grace went and told manager; manager sent to call Fanny; Fanny went. The manager was up in his room: and all of us, the creoles, got orders, to be watchmen at manager's door. *The slave colonies of Great Britain, or a Picture of negro slavery drawn by the colonists themselves; being an abstract of the various papers recently laid before parliament on that subject*; páj. 145, 146 y 147. London, 1825.

(2) Thomas Cooper's *Facts illustrative of the condition of the negro slaves in Jamaica*, páj. 31, 32 y 49.

el trabajo es doble; entonces un esclavo tiene que trabajar tres noches por semana, sin que este sobrecargo disminuya en lo mas mínimo sus ocupaciones del dia; mujeres, niños, ancianos, todos están sujetos á la misma condicion (1).

Cuando al anochecer vuelven á sus cabañas, formadas ordinariamente de algunos troncos de árboles que dan libre paso al viento y á la lluvia, los esclavos no encuentran nada preparado. Es menester que ellos mismos busquen la leña que necesitan, que enciendan la lumbre y preparen sus alimentos en la forma que mas les acomode. Tienen tambien que robar á la noche el tiempo que necesitan para coserse sus vestidos ó para lavarse la poca ropa que les cubre (2).

En las colonias donde los esclavos no sacan sus abastos de la tierra que cultivan por su cuenta, los amos tienen que repartirles semanalmente unas ciento veinte y seis onzas de trigo y cinco arenques. Siempre que la avaricia del amo ú de sus ajentes no sustraiga nada de esta racion legal, resulta que cada esclavo tiene que consumir diariamente cinco séptimos de arenque y diez y ocho onzas de trigo (3). En las colonias donde los esclavos tienen un huertecillo para cultivar sus abastos, no les queda mas que el domingo para dedicarse á aquel cultivo, para ir al mercado, que se halla á veces á una distancia de diez ó doce millas, para ejecutar los demás trabajos que reclaman los cuidados de sus familias (4), y para hacer sus vestidos

(1) *Ibid*, páj. 3 y 32.

(2) Thomas Cooper's *Facts etc.* páj. 2 3, 32 y 33.

(3) Esta racion fué señalada por la lejislatura de Antigoa; y el decreto que la determinó ha sido llamado *acta de mejora*. James Cooper's *Belief for the West-Indian distress*, páj. 19. London, 1823.

(4) *Negro Slavery*, etc. London, 1824, páj. 36 y 37. Cuarta edicion.

con un poco de tela ordinaria que les dan los amos. En cuanto á cama, se juzga que ya tienen bastante con el suelo y un poco de hojarasca (1).

Como los esclavos no se hallan escitados al trabajo por ningun interés, estimúlanles tan solo los continuos castigos que se les imponen. Son conducidos en manadas á los campos por hombres cuyo nervudo brazo va armado con un largo y ponderoso látigo; y para que puedan sentir mejor los efectos de aquel *emblema de la autoridad de los amos*, como ellos le llaman, tienen las espaldas desnudas mientras trabajan (2). Destínase un conductor para cada doce esclavos, de suerte que cuando la cuadrilla es algo numerosa, el chasquido de los látigos hiere de continuo sus oidos (3). Los conductores hacen un uso tan frecuente de aquel instrumento, que rasga la piel á cada golpe, que los hombres que mayor número de esclavos han observado, no han visto uno solo cuyo cuerpo no llevase muestras de violencias (4). Las criaturas, en cuanto son capaces de desempeñar algun trabajo, son conducidas á los campos en cuadrillas, y tratadas con la misma crueldad que sus padres y madres (5).

(1) *The slave colonies of Great Britain*, páj. 16. London, 1825.

(2) Thomas Cooper's *Facts illustrative*, etc. páj. 16 y 17. — *Negro Slavery*, páj. 63 y 64.

(3) Whether we consider *the frightful sound which reaches our ears every minute in passing through states, by the crack of the lash*; or the power with which drivers are provided to exercise punishement; it would be desirable that such a weapon of arbitrary and unjust authority were taken from them. *Negro Slavery*, etc. páj. 63 y 64. 4th. London, 1824.

(4) Thomas Cooper's *Facts illustrative*, etc. páj. 22.—*Negro Slavery*, páj. 64 y 67.

(5) Roughley's *Guide*, páj. 70 y 80.—Th. Cooper's *Facts illustrative of the condition of the negro slaves in Jamaica*, páj. 49.

La falta mas mínima, la menor morosidad en el trabajo, son castigadas con violentos golpes: ni siquiera se permite á los esclavos romper el silencio. Si entablan conversacion entre sí, y no cesa á la primera órden, el conductor aplica una rociada de latigazos á toda la cuadrilla, empezando por el primero y acabando por el último (1).

Y aun no es bastante para los esclavos ser severamente castigados por la falta mas leve, sino que les está vedado mostrarse sensibles á los castigos impuestos á las personas que mas aprecian. Las mujeres que no tuviesen fuerza para contener su llanto y ahogar los suspiros al ruido de los latigazos que lastiman las carnes de sus hermanos, maridos ó hijos, se verian espuestas al mismo suplicio. La que en semejantes circunstancias osase proferir una palabra de piedad ó de intercesion, por mas que estuviese embarazada, se espondria á ser tendida desnuda, boca abajo, con los miembros afianzados en cuatro estacas para ser mutilada á latigazos hasta exhalar el postrer aliento. Si el ejecutor, movido á compasion ó rendido por la fatiga, disminuyese la fuerza de sus golpes, su amo, que se halla detras de él con un garrote, le haria recobrar en breve su pujanza (2).

(1) Th. Cooper's *Facts illustrative of the condition of the negro slavery in Jamaica*, páj. 57.

(2) Absténgome de referir los horribles pormenores de estas crueldades consignados ante el parlamento de Inglaterra. Lo sustancial de ellos puede verse en los debates de la cámara de los comunes del 16 de marzo de 1824. (*Debate in the house of commons on the 16 th. day of march 1824*, páj. 32, 33, 34.) Me limitaré á citar la ejecucion hecha por un colono mismo en sus esclavos, porque el juicio que la acompaña puede servir para darnos á conocer el espíritu de los amos.

En 1810, un majistrado llamado Huggins, armado con un látigo de carretero, inflijió públicamente en la plaza del mercado de Nevis, á presencia de otros muchos majistrados, á varios hombres y mujeres desnudos, el número de latigazos que sigue:

Los reglamentos coloniales vedan á los amos matar á sus esclavos; el que se hiciese reo de tal crímen, se espondria en algunas islas á pagar una multa de diez libras. Si el difunto no fuere del número de las personas consideradas como propiedad suya, pudiera ser condenado además á satisfacer el valor á su propietario (1). Esta proteccion concedida á la poblacion esclava contra las violencias de la clase aristocrática, raras veces es eficaz. Los tribunales no admiten como testigos sino á las personas de la casta de los amos, las cuales se mancomunan siempre contra los esclavos. Por otra parte nada mas fácil para un amo que arrastrar su víctima á un lugar donde no haya testigos (2).

A un negro, 115; á otro, 65; á otro, 47; á otro, 165; á otro, 242; á otro, 212; á otro, 181; á otro, 59; á otro, 187. A una mujer negra, 110; á otra mujer, 58; á otra mujer, 97; á otra mujer, 212; á otra mujer, 291; á otra mujer, 83; á otra mujer, 49; á otra mujer, 68; á otra mujer, 89; á otra, 56. — Total 2286 latigazos.

Interrogado el hijo de este majistrado acerca de los motivos de estos castigos, contestó que su padre habia creido que unas medidas moderadas continuadas con firmeza, producirian probablemente la obediencia: *He conceived that moderate measures, steadly pursued, were most likely to produce obedience.* Debate in the house of commons on the 16 th. day of march 1824, páj. 31.

Si tales son los efectos de la moderacion, júzguese cuáles serán los efectos del arrebato en unos hombres sumamente iracundos.

Debate in the house of commons on the 16 th. day of march 1824, páj. 33, London, 1824.

(1) *Second report of the committee of the society for the mitigation and gradual abolition of slavery*, páj. 144 y 145.

(2) Debate in the house of commons, on the 16 th. of march 1824, páj. 37 y 38. Los majistrados coloniales, en muchas islas, están, en cuanto á los salarios, bajo la dependencia de los amos. En vista de esto podemos ya inferir la proteccion que dispensarán á los esclavos. *Report of the committee*, etc. páj. 7, 58 y 59.

La aristocracia colonial jeneralmente no admite que pueda existir matrimonio entre dos personas poseidas por un tercero á título de propiedad: hay en este punto algunas escepciones, pero son tan raras, que apenas merecen contarse (1). Si pues un hombre y una mujer esclavos se unen bajo las condiciones que se quiera, no hay autoridad en el mundo que les afianze el cumplimiento de sus mutuas promesas. En balde recurririan el marido ú la mujer al amo ú al mayordomo para quejarse uno de otro; sus quejas no serian oidas mas que segun el interés ó las pasiones de su comun poseedor: debiéndolo todo á su amo, resulta que nada pueden deberse mutuamente. Los hijos y los padres se hallan entre sí en la misma posicion que el marido y la mujer. La razon es la misma; la aristocracia no reconoce deberes que puedan poner coto á su poder.

Aun cuando no exista ninguna autoridad destinada á hacer respetar los lazos de la sociedad conyugal ó del parentesco en favor de la poblacion avasallada; y aun cuando una fuerza invencible propenda de continuo á aflojar ó disolver aquellos vínculos, los esclavos se constituyen en familias, manteniéndose unidos hasta que les separa la violencia. El hombre y la mujer que se han asociado libremente, educan á sus hijos en comun y les prodigan todos los cuidados compatibles con su situacion. No ignoran que sus descendientes, como que nacen esclavos, no podrán socorrerles en sus desgracias, ni cuidarles en su vejez; profésanles sin embargo la misma ternura y hacen iguales sacrificios que si pudiesen esperar de ellos los auxilios mas eficaces y la mas atenta solicitud. La madre

(1) *The slave colonies of Great Britain, or a Picture of negro slavery drawn by the colonists themselves*, páj. 8 y 40. — *Second report of the society for the mitigation, etc.*, páj. 141, 143, 147. 148, 150, 151, 152.

llamada por los gritos de su hijo, interrumpe su trabajo y corre á darle el pecho, segura de que si la sorprenden, será estropeada por el látigo de un amo feroz (1). En las islas donde la poblacion avasallada puede disponer por sí misma de algun tiempo, padre y madre se someten á los trabajos mas fatigosos y se imponen las mas duras privaciones con la esperanza de hacer algun ahorro. Si antes de llegar al término de su carrera, consiguen juntar un pequeño tesoro, van á ofrecerlo á su amo, no para rescatarse á sí mismos, sino para comprar la libertad de alguno de sus hijos (2).

Los amos no pueden impedir la formacion de las familias, por cuanto es una condicion necesaria de la reproduccion de los esclavos; mas cuando sus intereses ó su conveniencia lo exijen, no escrupulizan en vender los miembros de la familia á diversos compradores, ni en separarlos de modo que ni esperanzas les queden de volverse á ver. Un marido mira vender á su mujer, ó una mujer á su marido, para ir á cultivar otra plantacion, ó habitar en otra isla, mientras que el que no es vendido se queda en la casa de su amo. Una madre y un padre miran á veces vender sucesivamente á cada uno de sus hijos, perdiendo hasta la esperanza de saber lo que se ha hecho de ellos. Si en aquellos momentos de eterna separacion, una madre se abandona á su despecho ó exhala lgun jemido, el temible látigo del mayordomo le enseña á atajar unas lágrimas y unos jemidos que suponen que ha desconocido la autoridad de su dueño (3).

(1) *The slave colonies of Great-Britain, or a Picture of negro slavery drawn by the colonists themselves*, páj. 150.

(2) *Substance of the debate in the house of commons, on the 15 may 1823, etc. appendix* S. páj. 204 y 205.

(3) *Substance of the debate, etc.* páj. 224 y 225. London, 1823. — *Debate in the house of commons, 16 march 1824*, páj. 38 y 39. — *The slave colonies of Great-Britain, or a Picture*, etc. páj. 42.

Los hombres y las mujeres avasallados toleran la injuria, el menosprecio, los castigos, la fatiga, la privacion de alimentos y vestidos; pero es raro que puedan resistir las separaciones á que les condena la codicia. Los maridos que han perdido de este modo sus mujeres ó sus hijos, renuncian con frecuencia á la vida y tratan de suicidarse, esperanzados de que despues de su muerte se encontrarán con los objetos de su cariño en el pais de que son oriundos.

El medio que mas comunmente emplean es comer sustancias que alteran su constitucion y les conducen sin sentirlo al sepulcro. Los tiranos han conseguido arrebatarles hasta este último recurso: hanles persuadido de que todo individuo que tenia la cabeza cortada, aun despues de su muerte, quedaba privado de la dicha de volver á ver su pais nativo. Cuando algun esclavo se suicida, su amo le manda cortar la cabeza, y la clava á la punta de una estaca, ante sus compañeros de esclavitud. De este modo hasta la muerte ha dejado de ser un asilo contra los quebrantos mas intolerables; y los amos han hallado en las mismas creencias relijiosas auxiliares de sus delitos (1).

Tal es en las colonias inglesas el destino de la parte mas numerosa de la poblacion, de aquella que forma la clase trabajadora del pais. La aristocracia, que se la ha apropiado y que dispone de ella como de la mas vil propiedad, no ve mas que el ejercicio de sus derechos en las violencias y estorsiones que le impone. En las colonias, como en todas partes, la tiranía falsea las in-

(1) Williamson's *Medical and Miscellaneous observations relative to the West-India islands*, vol. I, páj. 93.— *Negro slavery, or a View of some of the more prominent features of that state of society, etc.* paj. 65.

telijencias, á lo menos tanto como malea las costumbres (1).

La clase intermedia que se ha formado en las colonias inglesas y holandesas, nos es menos conocida que las otras. Los Ingleses, que con tanto celo se ocupan de la poblacion esclava, se han descuidado de darnos á conocer la suerte de los hombres de color libres en sus colonias. Para formar idea de ella bastará observar el estado de las personas de esta clase en las colonias que nos son mejor conocidas.

(1) «Los Turcos, dice R. Bichell, son seguramente unos amos muy duros: roban ó saquean á las diferentes razas de pueblos que les están sometidas, además del impuesto que les obligan á pagar; mas en ninguna parte de su imperio hay hombres degradados hasta el punto de verse obligados á trabajar en beneficio suyo cinco ó seis dias de la semana casi de balde, de estar sumidos en la ignorancia, y perpetuamente condenados á no ser mas que aserradores de madera ó aguadores.» *The West Indies as they are*, páj. 62.

CAPITULO XI.

Influjo de la esclavitud doméstica en las costumbres de los amos y de los esclavos en los Estados Unidos de América.

Ya he observado en el libro segundo de esta obra, que para no caer en muchos errores, hay que distinguir la potestad que compone una ley de la descripcion de las disposiciones de una ley. Los elementos de potestad que constituyen una ley, se encuentran en los hombres ó en las entidades; son hechos cuya existencia puede cada cual compulsar mediante la observacion. La descripcion de las disposiciones de una ley es la enunciacion escrita del fenómeno material producido por la ley; esta descripcion puede ser incompleta, infiel, ó enteramente falsa. A veces el fenómeno real que produce la potestad denominada *ley* es menos maléfico que el que ha sido descrito; y otras veces, al contrario, el fenómeno descrito es menos maléfico que el fenómeno real. Sobre todo, al juzgar de

los Estados Unidos de América importa no perder de vista esta distincion, porque en ninguna parte hay una diferencia mas notable entre la descripcion de las teorías y el estado real de la sociedad.

Cuando los Anglo-Americanos quisieron lidiar por su independencia, pensaron que tenian necesidad de invocar principios de moral y de justicia que fuesen favorables á los oprimidos. Proclamaron en su consecuencia que todos los hombres nacen libres é iguales, y que todos tenian derecho de resistir á la opresion. Estos principios, necesarios para justificar la insurreccion, fueron el fundamento de la mayor parte de las constituciones particulares de los diversos estados. En cuanto fueron proclamados, invocólos la poblacion avasallada; mas los poseedores de hombres creyeron que aquellos principios eran solo exactos respecto del gobierno inglés. Los esclavos no tomaron las armas, á ejemplo de sus amos, para afianzar el triunfo, sino que se dirijieron á los tribunales para alcanzar su aplicacion. En los estados donde habia pocos esclavos y muchos ciudadanos que no pertenecian á su clase, ni á la de los amos, ganaron el pleito, porque fueron juzgados por un partido neutral. Por lo contrario, en los estados donde casi toda la poblacion se dividia en amos y esclavos, siendo jueces los primeros, fueron condenados los segundos. La fuerza pues, y no una descripcion filosófica fué la *ley* (1).

Así, aun cuando en la declaracion de independencia y en casi todas las constituciones de los diversos estados que componen la federacion anglo-americana, se encuentre que todos los hombres son libres é iguales; que han recibido de su Criador ciertos derechos inenajenables; que

(1) Larochefoucault, *Viaje á los Estados Unidos*, segunda parte, t. V, páj. 176 y 177.

en el número de estos derechos se cuentan la vida, la *libertad*, y el amor al bien estar, con otras máximas semejantes, no se crea que el estado efectivo de la sociedad sea tal cual lo han descrito los filósofos en rejistros ó libros llamados *constituciones*. Estas son descripciones fementidas, análogas á aquellas de que he hablado en otro lugar: pueden ser un motivo de orgullo para sus autores ó para sus herederos, pero no ejercen ningun influjo en la suerte de una gran parte de la poblacion.

Los Anglo-Americanos están divididos en tres clases muy distintas, sin contar las de los ricos y de los pobres, de los instruidos y de los ignorantes. Dichas tres clases son: 1°. la de los individuos de raza europea, nacidos de padres libres; 2°. la de los libertos ó de sus descendientes, nacidos de Europeos y de individuos de raza etiópica; 3°. la de los esclavos.

Los viajeros europeos, al llegar á los Estados Unidos, han quedado atónitos al ver que el estado real de la sociedad no correspondia á los conceptos que se habian formado por la lectura de sus declaraciones de principios. Cuando han escudriñado el oríjen de aquellos pueblos y las circunstancias en que se hallan, han llegado á convencerse de que habian concebido esperanzas sobrado halagüeñas. Considerando francamente todas estas circunstancias, dice Fearon, no hay que estrañar que las teorías de los Americanos estén dos siglos á lo menos mas adelantadas que sus prácticas (1).

(1) Looking fairly therefore to all these circunstances, we ought not to be surprised to find that american theory is at least two centuries in advance of american practice. Fearon, 7 report, páj. 366.— En 1816 fué cuando escribia esto Fearon: habia sido enviado á los Estados Unidos por una reunion de personas que querian dejar la Inglaterra para ir á establecerse en aquellos estados, y él tambien se pro-

Dos circunstancias han contribuido á establecer esta discordancia entre un sistema, que es la descripcion de un estado social imajinario, y la práctica, que no es otra cosa que el estado real de la sociedad. Los Americanos, cuando formaron sus sistemas, se consideraron en sus relaciones con el gobierno de Inglaterra que era quien les oprimia. Cuando establecieron sus prácticas, se consideraron en sus relaciones mutuas, y sobre todo en las relaciones que tenian con hombres de quienes eran opresores. Debo añadir á mas, que los hombres que hicieron la declaracion de independencia y redactaron sus constituciones, eran filósofos mas adelantados que la poblacion, quienes consultaron sus ideas mejor que las relaciones sociales, las preocupaciones y los hábitos de sus compatriotas. Pues bien; estos hábitos, estas preocupaciones y estas relaciones han formado la ley tal cual existe (1).

Al describir los efectos morales que produce la esclavitud en las colonias inglesas, hubiera podido esponer los que causa en los Estados Unidos de América, pues dichas poblaciones tienen todas el mismo oríjen, y han estado por largo tiempo sujetas á las idénticas leyes: pero de cosa de medio siglo á esta parte, existen tantas diferencias entre las colonias sujetas al gobierno inglés y las repúblicas del norte de América, que fácilmente se podria suponer que lo que es cierto para las unas no puede serlo para las otras. Por otra parte, habrémos compulsado mucho mejor los efectos de la esclavitud, cuando hayamos espuesto cuáles son, bajo todas las formas de gobierno y con todas las especies de cultura.

ponia emigrar: pero despues de examinado el pais, las costumbres de sus habitantes, y la dificultad de vivir en él, renunció á su proyecto, y disuadió á sus amigos.

(1) Nada mas comun que encontrar en todos los paises hombres de dos doctrinas opuestas; una que les sirve para combatir la opresion que sufren; y otra para justificar la opresion que ejercen. Esta es la historia de todas las revoluciones, y particularmente de la nuestra. El oprimido forma la teoría; el vencedor establece la práctica.

La esclavitud doméstica existió en otro tiempo casi en toda la estension de los Estados Unidos; pero el número de esclavos no guardó en todas partes la misma proporcion. En los Estados del Norte eran muy pocos comparativamente á los hombres libres; allí fueron emancipados, y la esclavitud fué declarada ilegal. En los Estados del Sur, al contrario, eran muchos, y fueron mantenidos en la esclavitud, no obstante las declaraciones acerca de los derechos del hombre. Y habiendo adoptado todos aquellos estados gobiernos y principios semejantes, ¿á qué atribuirémos la diferencia de su conducta? ¿acaso los esclavos del norte fueron hombres mas enérjicos que los esclavos del sur? ¿por ventura los amos de los paises frios fueron mas jenerosos ó menos inclinados al despotismo que los amos de los paises cálidos? Ninguna de estas dos causas ha producido el fenómeno que aquí observamos.

Los esclavos que habia en los Estados del Norte no llegaron á ser libres por sus propias fuerzas: devolvióseles la libertad, sin que hiciesen nada por recobrarla. Tampoco fueron libres por la jenerosidad de sus amos, pues no se les emancipó voluntariamente. Dióseles la libertad por la accion de los hombres que no eran de la clase de los amos, ni de la de los esclavos, por cuanto formando estos hombres la parte mas numerosa de la poblacion, dieron el movimiento á la restante. En los Estados del Sur, casi no habia hombre alguno que no fuese esclavo ú amo, y la accion de los unos fué paralizada por la de los otros. En América, como en todos los paises, los hombres que con mas pujanza propenden á la destruccion de la esclavitud, no son los que jimen en las cadenas, y me-

nos aun los que se aprovechan de la dominacion; sino los que no pertenecen ni á una ni á otra de las dos clases, los que no tienen la cobardía, el embrutecimiento y la ignorancia de los esclavos, ni el orgullo, la ociosidad y las preocupaciones de los amos.

Ya hemos visto que en la parte de los Estados Unidos donde se halla establecida la esclavitud, tiene por efecto envilecer todas las ocupaciones industriales: la accion inmediata de los órganos del hombre sobre la naturaleza es la herencia esclusiva de los esclavos. Los amos no consideran como digna de sí mas que la accion del hombre sobre otros hombres; y solo como amos ó como gobernantes manifiestan alguna actividad. Ninguna de estas dos especies de accion reclama muchos ejercicios físicos; la primera no exije grandes esfuerzos de entendimiento, ni tampoco á veces la segunda. La pereza es de consiguiente el patrimonio de los Anglo-Americanos del Sur, lo mismo que de los colonos de las islas (1).

Segun cierto viajero, un rico dueño de esclavos de Virjinia hace consistir su principal ocupacion en satisfacer sus goces físicos: comer, beber ó dormir es lo único en que sabe emplear el tiempo. Levántase para almorzar, tiéndese luego en la cama y duerme; á mediodía bebe una especie de licor: come á las dos ó á las tres, y en seguida de comer se vuelve á acostar. Durante el sueño, tiene dos esclavos que le refrescan el ambiente y le esquivan las

(1) Francis Hall, páj. 457 y 460.— «Of the proprietors of slaves, a very small proportion, indeed, are ever seen to labour.» *Jefferson's Notes*, páj. 241. — «Todos los pequeños arrendatarios tratan de proporcionárselos (esclavos) no bien han juntado el dinero necesario para comprarlos; y luego que se los han procurado, dejan de trabajar, entregándose á la indolencia á que naturalmente dispone el estado de propietario de esclavos.» De Larochefoucault, segunda parte, t. IV, páj. 172.

moscas con un manojo de juncos. Al dispertarse, vuelve á beber, y sigue hasta la cena (1).

Como ni un amo ni una ama hacen cosa alguna por sí, no tomándose siquiera la molestia de cuidar de sus hijos, necesitan una multitud de esclavos, aun cuando no gozen de gran fortuna: necesítanse como veinte para el servicio de una casa. El andar es una fatiga, sobre todo para las mujeres; en ninguna estacion del año salen á pié; la mas corta distancia se salva siempre en carruaje. Sus maridos son poco menos holgazanes que ellas: su principal distraccion es el juego, y á veces la caza (2).

En la Luisiana, donde hay muchísimos esclavos, la indolencia y ociosidad de las mujeres es estremada: no bajarian el cuerpo para alzar un alfiler que se les hubiese caido de sus flojísimas manos. No andan, dice Robin, sino que se arrastran: es menester que las acompañe una esclava para ahorrarles la molestia de llevar el ridículo. Hasta en su lenguaje se nota su escesiva pereza; su prosodia es lánguida, sus acentos pesados, y cada sílaba se alarga cual si la voz espirante articulase sus últimos sonidos: no parece sino que sientan no cargar á sus esclavos la molestia de discurrir y el trabajo de hablar. Ni la novedad de los objetos, ni los acontecimientos imprevistos pueden sacarlas de su apatía; mas si se ven contrariadas, si su orgullo sufre la mas leve humillacion, despiertan de su letargo, mostrando en su venganza la pujanza de los déspotas (3).

(1) J. F. D. Smith, *Viaje al Canadá y á los Estados Unidos*, t. I, cap. VI, páj. 20 y 21.

(2) De Larochefoucault-Liancourt. *Viaje á los Estados Unidos*, segunda parte, t. IV, páj. 10, 11 y 111, y t. V, páj. 92 y 93. — *Travels in Canada and the United-States*, by Francis Hall, páj. 457 y 460.

(3) Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. III, cap. LXVIII, páj. 213 y 214.

El influjo de la esclavitud se estiende sobre las personas libres que no poseen esclavos, y hasta sobre los individuos de la clase obrera. En los estados donde se ha mantenido la esclavitud, los hombres de esta última clase son menos emprendedores, menos robustos, menos ilustrados, menos propios para convertir el desierto en pais cultivado, que las personas de la misma clase en los estados donde ha cesado de existir. En estos últimos estados, las mujeres andan despejadamente delante de los carricoches en sus emigraciones; y en los paises donde hay esclavos solo van á caballo, ó se arrastran torpemente detrás de sus bagajes (1). Así es que en estos últimos paises hay una estension de tierras incultas mucho mayor que en los paises donde se halla abolida la esclavitud (2).

Los Anglo-Americanos, en sus intimidades con las mujeres esclavas, son mas reservados que los colonos de las islas; entre ellos la opinion infama á todo hombre que vive públicamente con una mujer que lleve algunas señales de oríjen africano. Sin embargo, esta severidad de costumbres es mas aparente que real: hay en los estados donde se halla admitida la esclavitud, y particularmente en Virjinia, infinitos esclavos que con el color descubren el secreto de su oríjen. El abuso que sobre el particular hacen los amos de su poder ha sido tal, que muchos esclavos han perdido hasta el viso que hubiera podido indicar su oríjen africano (3). El influjo de la esclavitud ha calado hasta los ministros de la relijion. Como la proscripcion de los jesuitas no alcanzó á los ricos establecimientos que habian formado en algunos de aquellos estados, quedaron

(1) Michaux, *Viaje al oeste de los montes Alleghanys*, cap. XXIV, páj. 242. — Fearon's *Sketches of America*, 5 report, páj. 190, 191.

(2) Larochefoucault, segunda parte, t. V, páj, 92 y 93.

(3) Larochefoucault, segunda parte, t. V, páj. 35.

en posesion de sus tierras y de sus esclavos. En pocas jeneraciones han perdido sus esclavos los rasgos y el color de los pueblos de Africa, habiéndose vuelto tan blancos como sus amos (1).

En el estado de la Luisiana, las relaciones entre los amos y las mujeres esclavas no están proscritas por la opinion, como entre los Anglo-Americanos. Los blancos, casados ó solteros, que habitan en la ciudad ó en el campo, tratan públicamente con mujeres de esta clase. Las mujeres de los amos fomentan por su parte la prostitucion de sus esclavas con los blancos, ya para que les den hijos de raza mas hermosa, ya para ahorrar los gastos de su crianza, ya tambien para participar de los provechos de la prostitucion. «La induljencia va á mas para las esclavas, dice Robin, segun pueden prescindir de los auxilios del amo. La dueña de la casa, á quien ordinariamente toca el asunto, mira desde su cuarto á los amantes que entran y salen del aposento de su negra, y de noche, favorece tambien bondadosamente su entrada (2).» Estas son las mismas costumbres que hemos observado en el cabo de Buena Esperanza. El abuso de las mujeres esclavas influye en el juicio que forma el público en órden á la conducta de las mujeres libres. La prostitucion no está reprobada con la misma severidad que en la mayor parte de los estados

(1) «Estos reverendos padres, dice un viajero, mantienen harenes de esclavas negras, que se han vuelto blancas por una sucesion de comercio ilícito con sus primeros amos.»

«Subsisten todavía muchas de aquellas hermosas criaturas destinadas á los deleites y al libertinaje de los viejos sacerdotes que han quedado sus dueños; pues desde la destruccion de su sociedad, el gobierno les ha dejado gozar en paz de sus propiedades.» J. F. D. Smith, t. II, cap. LX, páj. 84.

(2) Robin, t. II, cap. XXXVIII, páj. 119 y 120, y t. III, cap. LXVIII, páj. 199 y 200.

de Europa. La mujer que se prostituye públicamente, con facilidad encuentra un medio de colocarse en clase de criada, ó de casarse tambien, si le da la gana (1). Tal es en los Estados Unidos el influjo de la esclavitud, que, segun la espresion de un viajero, por donde se halla establecida, agólpanse todos los peligros morales (2).

La pasion del juego, que se desarrolla casi siempre en el ocio, al mismo tiempo que la aficion á los deleites físicos, ha sido llevada hasta el estremo en los estados donde ha habido mas esclavos. Hase querido atajarla por medio de actos lejislativos; pero despues de haber decretado penas contra los jugadores, los lejisladores y los majistrados han sido los primeros en burlar sus decretos (3). Se han visto á veces cuadrillas de esclavos formar el fondo de una apuesta, á una corrida de caballos, y pasar dias enteros de una gavilla de jugadores beodos á otra (4). Los dueños de hombres de los Estados Unidos muestran respecto de la mayor parte de sus esclavos los mismos vicios que hemos observado en las colonias inglesas. No cultivando la caña de azúcar, no exijen de ellos los mismos afanes; pero fuera de esto, tienen la misma codicia, las mismas zozobras, la misma crueldad, igual orgullo. Si tratan un poco mejor á cierto número de sus esclavos, es porque residen en el pais, mientras que los dueños ingleses residen habitualmente en la metrópoli. Un poseedor de hombres, americano, si es rico, tiene á veces cierto

(1) Larochefoucault-Liancourt, cuarta parte, t. VIII, páj. 166.

(2) *Ibid.* segunda parte, t. IV, páj. 62.—Weld, *Viaje al Canadá*, t. I, cap. XI, páj. 174 y 175.—Francis Hall's *Travels in Canada and the United-States*, páj. 457, y 460.—*Negro Slavery*, páj. 21.

(3) Larochefoucault-Liancourt, *Viaje á los Estados Unidos*, segunda parte, t. IV, páj. 111, 312 y 313.

(4) Weld, *Viaje al Canadá*, t. I, cap. XI, páj. 175 y 176.

empeño en no ver al rededor de sí mas que esclavos bien vestidos y alimentados (1). Despliega su lujo en los esclavos que pueblan lo interior de su casa, como en los caballos que tiran su carruaje. Aquellos son pruebas vivas de su opulencia, formando la medida de la consideracion y del respeto que espera de sus conciudadanos.

Pero los esclavos destinados al cultivo son tratados de distinto modo, sea cual fuere la riqueza de su amo. Las chozas que les albergan están formadas de troncos de árboles sin escuadrar y tan mal ensamblados, que durante la noche la luz pasa al esterior como al través de un farol. Los muebles consisten en algunos toscos utensilios de madera: en cuanto á camas, se supone que los esclavos jamás las necesitan, y se acuestan en el duro suelo ó sobre un puñado de hojas secas. Los que pertenecen á los amos mas humanos no consiguen otra mejora que una mala cubierta. En la estacion rigurosa, cuando el viento y la lluvia azotan y calan los troncos de árboles que constituyen sus miserables guaridas, no tienen otro medio de preservarse del frio y de la humedad durante la noche, que mantener la lumbre constantemente encendida. Repárteseles para su alimento un poco de arroz, maiz y pescado seco: los amos han apurado el *minimum* para sostener la existencia humana. La cantidad de alimentos que les conceden es el resultado de este cálculo (2).

Los esclavos pueden ser castigados por no haberse conformado á la voluntad ó al capricho de sus dueños, ó por haber quebrantado los reglamentos de policía á que están sujetos. En el primer caso, el amo ofendido ó su delegado

(1) Francis Hall, páj. 426 y 427.

(2) *Travels in Canada and the United-States*, by lieut. Francis Hall, páj. 429. — Michaux, *Viaje al oeste de los montes Alleghanys*, cap. XXXII, páj. 304.

determina por sí la dósis del castigo; en el segundo caso, la determina un oficial de policía. Las leyes vedan á los amos matar á sus esclavos; castigan el asesinato con la multa de unas 50 libras esterlinas; el asesinato ú el homicidio cometido voluntariamente, pero sin premeditacion, es castigado con una multa de 50 libras esterlinas. Incurre en la de 14 libras todo individuo que, castigando á un hombre, á una mujer ó á una criatura esclava, como no sea con el látigo, con las varas ó con las correas, le corta la lengua, los miembros, ó le inflije otros tormentos. El dueño cuyo esclavo ha sido estropeado ó cruelmente sacudido, es autor presunto de la contravencion, á menos que afirme bajo juramento lo contrario (1). Los castigos son tan comunes y tan severos, aun en las ciudades, que los chasquidos del látigo y los alaridos de las víctimas ni siquiera llaman la atencion de los transeuntes; siendo muy frecuente ver esclavos que se suicidan (2).

La propension á la crueldad que da el ejercicio del poder arbitrario á los que lo poseen, va á mas con el temor que les inspira la desesperacion de sus víctimas; para obligar al trabajo á unos hombres á quienes se les arrebata su fruto, hay que apelar á los castigos; y para precaver las

(1) *Travels in Canada and the United-States*, by Francis Hall, páj. 424.

(2) Fearson's *Sketches of America*, páj. 239 y 241.—Francis Hall, páj. 429 y 432. — «Los Americanos, que se jactan de ser los mas humanos de la tierra, son tan bárbaros como los demás respecto de los esclavos.» (Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. I, cap. XX, páj. 283). Los castigos inflijidos á los esclavos de la Luisiana llevan los mismos caractéres de atrocidad que hemos observado en la colonia holandesa de la Guayana. El embrutecimiento de los colonos llega á punto de que los suplicios mas horribles, y hasta el asesinato no les causan remordimiento alguno. Robin, t, III, cap. LXVII, páj. 177, 178 y 180.

venganzas cuyos deseos infunden los mismos castigos, es indispensable recurrir á nuevas crueldades. Los Anglo-Americanos no han podido imajinar todavía otros medios para contener la poblacion avasallada, que el embrutecimiento, la division y el terror.

Está espresamente prohibido á todo dueño de esclavos el desarrollar las facultades intelectuales de las personas que posee á título de propiedad. El amo convicto de haber enseñado á escribir á uno de sus esclavos seria castigado con una multa séptupla de aquella en que incurriria si le cortase las manos ó la lengua. En este último caso, no sufriria mas que una multa de 14 libras; y en el segundo, pagaria una de ciento (1). Está igualmente prohibido á todo dueño de hombres el permitirles hacer ninguna especie de tráfico por su cuenta, pues semejante permiso solo valdria para inspirarles el amor á la libertad (2).

Está prohibida toda reunion á las personas avasalladas; un amo que en un camino real encuentra mas de siete esclavos juntos, está obligado sacudirles en el trasero descubierto *(on the bare back)* algunos latigazos, cuyo número en ningun caso puede pasar de veinte por persona. Ningun individuo de la raza de los esclavos ó de sangre mezclada puede salir á la calle despues de anochecido sin un permiso especial. Los que quebrantan esta prohibicion, sean libres ó esclavos, son arrestados por una policía militar que de continuo recorre las calles, y castiga á los delincuentes segun las circunstancias (3). Un esclavo, como

(1) Síguese claramente de aquí que el crímen de enseñar á leer á un hombre esclavizado es algo mas grave que el de haber mutilado á siete. Por esto podemos formarnos una idea de las costumbres y relijion de los pueblos de América que tienen esclavos.

(2) Francis Hall, páj. 424.

(3) *Ibid*, páj. 424.

no sea ciego ú estropeado, no puede salir al público con caña ó baston, so pena de veinte y cinco latigazos; si le acometen, le está prohibido, bajo las penas mas graves, el defenderse. El esclavo á quien se encuentre dormido, sin un permiso escrito, en un lugar que no pertenezca á su dueño, es castigado con veinte y cinco latigazos (1).

Estas precauciones aun no bastan para sosegar á los amos; créense amenazados de continuo por una insurreccion, y van habitualmente armados con puñales (2). Los amos de la Luisiana viven en continua zozobra, y siempre están acechando y escuchando junto á las chozas de los negros. La menor palabra encubierta, una amistad mas señalada, redoblan sus temores y su espionaje. Durante la noche patrullan á menudo ellos mismos (3).

Por lo demás el acta por la cual establecieron los Americanos multas contra los amos que degüellan á sus esclavos, y contra los que les mutilan, como no sea á golpes de látigo, de varas, ó de correas, declara que la crueldad es no solo vituperable en los hombres que se llaman cristianos, sino odiosa á los ojos de cuantos tienen algun sentimiento de virtud y humanidad (4). Esta especie de hipocresía no es rara en los paises donde hay esclavos. Pronto tendré ocasion de citar otros ejemplos.

Las continuas violencias cometidas con las personas avasalladas, tanto en el interior de las familias, como por los oficiales de policía, depravan, casi desde su nacimiento á los hombres que pertenecen á la raza de los amos. La existencia de la esclavitud entre nosotros, dice un filó-

(1) Fearon, páj. 268.—J. F. D. Smith, t. I, cap. VI, páj. 24.

(2) A dirk is said to be the common appendage to their dress. Fearon, 7 report, páj. 400.

(3) Robin, t. II, cap. XLVII, páj. 245.

(4) Francis Hall, páj. 424.

sofo americano, ha de ejercer sin duda un influjo aciago en las costumbres del pueblo. El único trato que existe entre un amo y su esclavo, es un ejercicio incesante de las mas violentas pasiones; por una parte, el despotismo mas inflexible, y por otra la mas degradante sumision. Nuestros hijos son testigos de estas relaciones, y aprenden á remedarlas. El padre se irrita; el hijo le mira; copia cada una de las facciones de la ira, remédala entre los jóvenes esclavos, y se abandona á las pasiones mas odiosas. Nutrido, criado y ejercitándose de continuo en la tiranía, no puede menos de llevar marcados sus caracteres. El hombre á quien es dable conservar modales apacibles y costumbres acendradas, en medio de tales circunstancias, debe considerarse como un portento (1).

El hábito de la arbitrariedad y de la violencia con la poblacion avasallada, vuelve á los amos violentos, vengativos y crueles unos respecto de otros. Son frecuentes entre ellos las contiendas que terminan ordinariamente con un duelo, siendo raro que uno de los dos combatientes no quede herido de muerte. Las riñas entre hombres que pertenecen á las jerarquías inferiores de la sociedad, presentan tambien un grado de violencia que rara vez se echa de ver en los paises donde es desconocida la esclavitud doméstica. Los combatientes enfurecidos procuran mutilarse unos á otros, arrancarse la nariz, los ojos ó las orejas. El mas fuerte de los dos trata al mas débil como á esclavo; y con efecto, entre los amos y los esclavos no hay mas diferencia que la fuerza (2).

(1) Jefferson's *Notes on Virginia*, páj. 241.—Robin ha observado en la Luisiana los mismos fenómenos que Jefferson en Virjinia. *Viaje á la Luisiana*, t. III, cap. LXVII y LXVIII, páj. 179 y 209.

(2) Weld, *Viaje al Canadá*, t. I, cap. XIV, páj. 220 y 221.—Small provocations, dice Fearon insure the most relentsless and violent resentments; duels are frequent. The dirk is an inseparable compansion of all classes. *Sketches of America*, 5 report, páj 264.

El orgullo ha sido en todos los paises otro de los rasgos sobresalientes de toda aristocracia; y como la division de la poblacion en amos y esclavos, es el mas alto grado del sistema aristocrático, en ninguna parte se muestra el orgullo humano mas enardecido que en los paises donde la parte laboriosa de la poblacion es considerada como propiedad de los holgazanes que viven del producto de sus trabajos.

Las personas avasalladas son tratadas en los Estados Unidos con tanto desprecio como los objetos mas viles; en el mercado se las vende como cabezas de ganado. El comercio de esta especie de mercancía es tan honroso como cualquiera otro. Los hombres, las mujeres y los niños puestos en venta son desnudados y examinados con la misma atencion con que se examina un caballo que se quiere comprar. Les abren la boca á la fuerza para examinarles los dientes; compruébase si tienen buena vista, se les vuelve y torna á volver para averiguar si tienen algun vicio oculto. Las mujeres de la raza de los amos van á comprar por sí mismas en aquel mercado los hombres que necesitan; examinan por sí mismas todo lo que en tales circunstancias se acostumbra, prescindiendo de las leyes del recato. En estas ventas no se guarda ninguna atencion á los vínculos del parentesco: el marido es vendido separadamente de la mujer, y los hijos de su madre, segun conviene al vendedor y al comprador (1).

El desprecio que los hombres de la raza de los amos hacen caer sobre los esclavos, se propaga á todos los individuos que tienen en sus venas una gota de sangre de la

(1) Larochefoucault, *Viaje á los Estados Unidos*, segunda parte, t. IV, páj. 49 y 88. — Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. III, cap. LXVII, páj. 169.—Fearon, 6 report, páj. 269, y 270.·Francis Hall, páj. 357, 360.

raza avasallada. El tinte mas leve, que anuncie que una persona cuenta entre sus antepasados á un individuo de raza etiópica, basta para que se le trate con el mas profundo desprecio. El orgullo de los blancos con las personas que tienen algun tinte de color, es tan grande en los estados donde ya no existe la esclavitud, como en aquellos donde existe todavía. Las costumbres mas acendradas, los conocimientos mas estensos y variados, la industria mas activa y las riquezas mas honrosamente adquiridas, no cuentan para nada en un hombre ligado por la sangre á una raza oprimida. Toda persona que lleve sobre sí algun residuo de orijen africano, es escluida sin distincion de todos los lugares donde se reunen los individuos que pertenecen á la raza de los opresores. En los teatros, las personas de esta casta son relegadas á una galería particular, les está vedada la entrada en los templos, no pudiendo cumplir los deberes que les prescribe su culto sino en las iglesias que les son propias. El orgullo de la aristocracia no le permite abdicar sus prerogativas, ni siquiera delante de la divinidad. Un hombre que se dedique por oficio á prestar alguna especie de servicios personales, ha de optar entre las dos castas. El que presta un servicio á una persona de color, pierde por este hecho los parroquianos que tenga en la casta de los blancos. Un blanco, condenado por sus delitos, no come en la mesa donde está sentado un hombre de color; en las cárceles debe haber una mesa para los reos de cada color. En los estados donde los actos de lejislatura proclaman que todos los hombres son iguales, un hombre que por otra parte reuniria todas las condiciones requeridas para ser ciudadano, no creeria poder ejercer con seguridad los derechos de tal, si llevase el mas leve signo de orijen africano. En este punto media una inmensa diferencia entre las potestades que rijen á la

sociedad, y las falsas descripciones á las cuales se da el nombre de leyes (1).

En los estados donde hay muchos esclavos, siendo la estimacion y el menosprecio casi esclusivamente inherentes al color, una mujer blanca no puede menosvaler por sus malas costumbres; y una mujer que lleve en su tez la mas mínima señal de sangre africana nada puede merecer, por virtuosa que sea su conducta. En la Luisiana, la persona mas honrada, si está ligada por la sangre con la casta oprimida, tiene que desaparecer ante las mujeres de la casta de los opresores. «Una de estas, casada, y conocida por sus intrigas con hombres de jerarquía, dice Robin, entró un dia en un gran baile. Aquí hay sangre mezclada, esclamó ella con arrogancia. Esta frase circuló por el salon; efectivamente advirtiéronse dos señoritas cuarteronas, apreciables por la escelente educacion que habian recibido, y mas aun por su decente conducta. Hablóseles, y tuvieron que eclipsarse á toda prisa ante la desvergonzada cuya sociedad hubiera sido para ellas una verdadera mancha (2).

(1) Fearon, paj. 58, 59, 60, 87, 115, 159 y 167. F. Hall, páj. 424 y 426.—Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. II, cap. XXXVIII, páj. 120 y 121, y t. III, cap. LXXII, páj. 120 y 134.—En Filadelfia, la aristocracia de color es tan intensamente señalada como en los estados donde se cuentan mas esclavos. «There existsa penal law, dice Fearon, deeply writen in the minds of the white population, which subjects their coloured fellowcitizens to unconditional contumely and never ceasing insult. No respectability, howev er unquestionable. No property however large.—No character, however unblemished, will gain a man whose body is (in american estimation) cursed with even a twentieth portion of the blood of his african ancestry, admission into society!!! They are considered as mere pariahs.—As out-cast and vagrants upon the face of the earth!» *Sketches of America*, 4 report, páj. 168 y 169.

(2) Robin, t. II, cap. XXXVIII, páj. 120 y 121.—Los colonos de la Luisiana descienden los mas de prostitutas que fueron allí conducidas á miles en la época de la colonizacion. Robin, t. II, cap. XXXIII, páj. 74 y 75.

El influjo de la esclavitud en las costumbres de la clase de los amos no se ciñe á los estados donde hay muchos esclavos, sino que se hace sentir en toda la Union. La existencia de la esclavitud en los Estados Unidos, dice un viajero, produce el efecto mas sensible en el carácter nacional. Embrutece á los habitantes del Sur y del Oeste; menoscaba los sentimientos de rectitud y humanidad en todos los ámbitos del pais, y contribuye de un modo sensible á establecer la inmensa diferencia que existe entre la teoría y la práctica (1).

Los hombres nacidos y educados en la esclavitud tienen en los Estados Unidos las mismas costumbres que en todos los paises. Mantenidos en el embrutecimiento por el orgullo de los amos, sin medios ni deseos de instruirse, obligados á privarse de todo ejercicio cuyo resultado fuese aumentar su destreza y poderío, precisados á sufrir denuestos y violencias, no conociendo autoridad que les proteja, y estándoles prohibida la defensa, la mayor parte de sus sentimientos morales se hallan estinguidos ó degradados: no se concibe qué prenda moral pudiera serles propia, como no fuese la paciencia en sufrir los vicios de sus amos.

El hombre que por primera vez ve á un esclavo, dice un viajero inglés, esperimenta una sensacion penosa; mira delante de sí á un ente para quien están invertidas las leyes de la humanidad, que no ha conocido de la sociedad mas que las injusticias, y que no ha esperimentado por parte

(1) Fearon, 7 report, páj. 382.—Morris Birkbeck's Notes on a Journey in America, páj 20.—Larochefoucault, segunda parte, t. IV, páj. 179 y 180.—Robin, t. III, cap. LXX, páj. 246.—Depons, t. I, cap. III, páj. 242.

de sus semejantes mas que un duro y atroz egoismo. La rastrera humildad y las serviles espresiones con que un negro habla á un blanco, hieren á los sentidos, no con la urbanidad de un labrador francés ó italiano, que da gracias á la pobreza, sino con la indicacion de una alma dejenerada. El chasquido del látigo se percibe en los acentos de su sumision, y sus ojos, que evitan los mios, han adquirido el miedo en las miradas del hombre bajo cuya inspeccion trabaja (1).

Los efectos morales de la esclavitud, en los Estados Unidas de América, difieren pues muy poco de los que se echan de ver en las colonias sujetas al gobierno inglés. Digamos sin embargo que los esclavos están allí en jeneral menos mal alimentados, menos oprimidos por las fatigas, y tratados con menos crueldad. Muchas son las circunstancias que contribuyen á hacer su suerte menos miserable de lo que es en la Guayana ó en la Jamaica.

La primera es una diferencia en la naturaleza del suelo, y por consiguiente en la del cultivo: los frutos que cultivan los Americanos exijen un trabajo menos forzado, y tienen menos valor que los cultivados en la mayor parte de las colonias inglesas y en las nuestras; los esclavos que cultivan el arroz están agoviados de menos trabajo y menos mal alimentados que los que cultivan el azúcar; los que cultivan el trigo, como los de Rusia, tienen que trabajar menos, y están mejor alimentados que los que cultivan el arroz; por último, los que están encargados de guardar rebaños, como los de los Arabes, se hallan á corta diferencia al nivel de los amos.

La segunda circunstancia que influye en los efectos de la esclavitnd, es la residencia de los amos en sus propiedades. En nuestros estados de Europa, los lacayos que hormiguean por las casas de los grandes trabajan menos y están mejor vestidos, alimentados y albergados que los obreros que cultivan la tierra. En los paises en donde está admitida la esclavitud, todavía es mayor la diferencia entre los esclavos labradores y los destinados al servicio doméstico. Casi todos los propietarios de las colonias inglesas residen en la metrópoli, y los criados ingleses son los que gozan de las ventajas de la domesticidad; entre los Anglo-Americanos del Sur, disfrutan de ellas los esclavos.

(1) Francis Hall, páj. 319, 320.

Finalmente, la tercera circunstancia que influye en los efectos de la esclavitud, es la accion de los estados que la han proscrito, sobre los que la han conservado. Esta accion, que es incesante, tiene tanto mayor fuerza en cuanto los primeros son mas numerosos, mas ilustrados, mas industriosos y mas ricos. Verdad es que Inglaterra obra tambien sobre sus colonias para templar los efectos de la esclavitud; pero la accion que ejerce solo se percibe de unos pocos años acá. Esta accion se halla en parte neutralizada por la distancia de las colonias, por el influjo que ejercen en la metrópoli los propietarios de esclavos, y por la naturaleza de su gobierno (1).

(1) Contábanse en Inglaterra, en la cámara de los comunes, que fué disuelta en 1826, cincuenta y seis miembros dueños de esclavos (*second report of the committee of the society for the mitigation and gradual abolition of slavery*, páj. 63). Algunos autores ingleses aseguran que los jiferos no pueden ser jurados en materia criminal; mas ¿cómo pueden ser individuos del gobierno en un pais libre los dueños de hombres? Si la primera de estas dos cualidades escluye los sentimientos de humanidad, ¿qué ideas morales son compatibles con la segunda?

CAPITULO XII.

Influjo de la esclavitud en las costumbres de los amos y de los esclavos en las colonias francesas.

Las colonias francesas han perdido gran parte de la importancia que tenian en otro tiempo; Santo Domingo, que era la mas considerable, forma una república independiente, y no cuenta en su seno amos ni esclavos. La Luisiana constituye parte de los Estados Unidos, y ya he hablado de ella al describir las costumbres de los amos en aquella parte de América. La isla de Francia y algunas otras poco considerables se hallan en poder de Inglaterra. La Martinica, la Guadalupe y la isla Borbon, son las únicas que nos quedan y que merecen contarse.

El número de personas que pertenecen á la raza avasallada es muy grande comparativamente al de las que pertenecen á la de los amos: en la Guadalupe, se cuentan unos seis esclavos por cada individuo de raza blanca; y en la Martinica la proporcion de los blancos á los escla-

vos es de uno á ocho. Los trabajos á que están sujetos los esclavos, y los productos que de ellos sacan los miembros de la aristocracia, son de la misma naturaleza que los de las colonias inglesas. Dichos productos están igualmente destinados á la estraccion, y de consiguiente los esclavos se hallan reducidos al menor consumo posible. Siendo las principales circunstancias de la esclavitud iguales á las que ya llevamos observadas, los efectos morales que produce no pueden ser diferentes. Así me concretaré á indicar los principales rasgos, para evitar en lo posible la monotonía forzosamente aneja á la descripcion de una serie de fenómenos que en todas partes son idénticos (1).

En las colonias francesas, como en todas las demás, el primer efecto de la esclavitud ha sido envilecer á los ojos de los hombres de la clase de los amos toda ocupacion industriosa. Todos los trabajos agrícolas han quedado pues reservados para los esclavos. En los pueblos ó ciudades, todas las artes y profesiones lucrativas son ejercidas por esclavos en beneficio de sus amos, ó por libertos ó descendientes de liberto. Todo individuo blanco es noble, en virtud del color de su piel; y todo noble está obligado á vivir de los productos del trabajo ajeno, so pena de renunciar á su nobleza (2).

(1) Los que quieran conocer los numerosos vicios de la aristocracia de la Martinica y de la Guadalupe, pueden consultar las *Lettres á un membre de la chambre des deputés sur les colonies françaises*, publicadas en 1829 por el Sr. conde de Ruffo La Frare, capitan de estado mayor en la Martinica. Por ellas se verá que en aquellas colonias la crueldad y la inmoralidad de los dueños de esclavos son tales cuales las que hemos observado en las colonias inglesas y holandesas.

(2) Robin, *Viaje á la Luisiana*, t. I, cap. III, paj. 40. — Nada prueba mejor la humillacion en que han tenido siempre á los hombres de la raza avasallada los plantadores de las colonias francesas, que los actos de los majistrados coloniales contra los hombres libres que tenian algun tinte de oríjen africano. Un majistrado de Puerto Príncipe escribia en 1770: «Es necesario hacer gravitar sobre esta clase el desprecio y el oprobio con que carga al nacer; solo quebrantando los resortes de su alma se les conduce al bien.» Esta opinion es notable en cuanto es arreglada á la idea que formaba Aristóteles de las cualidades propias de un esclavo. En 1761, el consejo de Puerto Príncipe mandó á los notarios y á los curas que continuasen en sus actas las cualidades de negros, mulatos y cuarterones. En 1773 se prohibió á los hombres de color tomar el nombre de sus padres blancos, mandándoseles que añadiesen al nombre de pila un sobrenombre sacado del idioma africano, para no destruir aquella valla invencible que ha puesto la opinion pública, y que el gobierno mantiene. En 1779 se prohibió á las personas de color llevar los vestidos y adornos de que usaban los blancos, mandándoseles llevar señales características que les distinguiesen, cuando su color se asemejase al de los amos. Véanse las leyes y constituciones de las colonias francesas, por Moreau de Saint-Meri. Véase tambien el escrito titulado: *De la nobleza de la piel*, etc, por Mr. Gregoire, antiguo obispo de Blois, cap. I, páj. 9, 10 y 11.

El desprecio de las clases laboriosas es inseparable del desprecio del trabajo: todo hombre pues que lleve encima algunas señales de oríjen africano, queda envilecido por este solo hecho. En las colonias francesas, como en los Estados Unidos de América, no hay peor borron que el estar emparentado con la poblacion esclava, mas que sea en un grado remotísimo. Ni las riquezas, ni la probidad, ni el talento, ni el valor, nada puede borrar semejante mancha. Por otra parte, no hay vicio que pueda empañar el brillo de un hombre ó de una mujer pertenecientes á la clase aristocrática. En las colonias donde ha sido considerable el número de blancos, como en Santo Domingo, la aristocracia no se ha limitado á afrentar á las personas descendientes de ambas razas, sino que se ha subdividido á sí misma. Los hombres que han

poseido un gran número de esclavos se han llamado los *grandes blancos*, y *pequeños blancos* los que han poseido un número menos considerable (1).

Las relaciones que existen entre los amos y las mujeres esclavas, son las mismas que hemos observado en las demás colonias. Segun cierto viajero, resultan de estas intimidades vicios y delitos desconocidos en las rejiones mas depravadas del antiguo mundo. Un padre ve allí con indiferencia la prostitucion de su hija, y aun en caso necesario, llega á ser el tercero de sus numerosos amantes. Muchas veces un dueño deja en la esclavitud á los hijos que tiene de sus esclavas y los trasmite á sus herederos con sus demás bienes. Muchas veces tambien los vende; y estos ejemplos son tan frecuentes, que el hábito no deja lugar siquiera á los remordimientos (2).

La crueldad de los colonos corre parejas con su desmoralizacion; tratan á las personas de la raza avasallada con

(1) Robin, t. I, cap, XX, páj. 281. — Se ha observado que el desprecio para con los negros no ha existido sino en los pueblos que les han hecho esclavos. «La preocupacion sobre la nobleza de color no existió jamás en las naciones que no tenian colonias; entre las que las tenian, las costumbres suavizadas admitian algunas escepciones. Amo, negro, tomaba su grado de doctor en la universidad de Wittemberg, y presidia luego teses sustentadas por los blancos; Anibal, en Rusia, fué teniente jeneral y director de injenieros; Anjelo Soliman, jeneralmente apreciado en la corte de Viena, casó con una noble dama de Cristiania; Juan Latino fué profesor en Granada. »*De la noblesse de la peau, ou du prejugé des blancs contre la couleur des Africains et celle de leurs descendans noirs et sangs mêlés, par Mr. Gregoire, ancien éveque de Blois*, cap. III, páj. 21.

(2) Robin, t. I, cap. III, páj. 44 y 45. — Ruffo de la Fare, *Lettres á un membre de la chambre des députés sur les colonies françaises*, páj. 21, 25. — La costumbre de dejar á sus hijos en la esclavitud, ó de venderlos como cabezas de ganado, es tan jeneral entre los posee-

mas desprecio y brutalidad que entre nosotros los hombres mas groseros á los animales mas inmundos (1). Cuando se trata de un castigo que puede producir la muerte de un esclavo, el amo tiene no obstante que dirijirse á una comision que lleva el nombre de *cámara ardiente*. Ante esta comision, el amo ó su mayordomo es á la vez acusador, testigo, relator y juez. Sucede á veces que un hombre que posee muchos esclavos, ó llámese un *grande blanco*, condena por sí mismo á uno de sus esclavos al suplicio del fuego, y manda ejecutar el fallo, de su autoridad privada, en medio de la plantacion; el esclavo de quien pretende deshacerse es arrojado á un horno ardiente (2). Aquí, lo mismo que en la Luisiana y en Surinam, las mujeres son todavía mas crueles que los hombres, sobre todo con las esclavas que pueden inspirarles algunos celos (3).

Un viajero ha encomiado sin embargo el réjimen á que estaban sujetos los esclavos en las colonias francesas: ha supuesto que habia grandiosos y magníficos hospitales donde eran cuidados en sus enfermedades, y que los amos tenian grandes almacenes copiosamente abastecidos (4). Estos hechos pudieran ser verdaderos sin que

dores de hombres, que se admiran de los escrúpulos que sobre el particular tienen las personas criadas en paises libres. Habiendo Stedman libertado á un niño que habia tenido de una esclava de Surinam, dice que algunas personas honradas aplaudieron su sensibilidad, pero, añade, «las mas desaprobaron mi ternura paternal, tratándola de flaqueza ó locura » t. III, cap. 29, páj. 198.

(1) Dauxion-Lavaysse, t. I, cap. VI, páj. 284 y 285.

(2) Dauxion-Lavaysse, t. I, cap. VI, páj. 271. — Ruffo de la Fare, páj. 24.

(3) Raynal, *Hist. filosóf.* t. VI, l. II, páj. 269.

(4) Depons, *Viaje á la parte oriental de Tierra Firme.*

por esto fuesen menos miserables los esclavos; se puede estar muy mal asistido en un grande hospital; un amo puede tener almacenes, y no dar á sus esclavos sino una ruin y miserable subsistencia.

El medio mas seguro de juzgar de la dulzura de los amos y de la felicidad de los esclavos, es examinar el crecimiento ó menoscabo de la poblacion avasallada. En la Jamaica, donde los esclavos eran tratados durísimamente, menguaban anualmente en uno y medio por ciento; menguaban de tres y dos quintos en la isla de la Trinidad, que es la colonia donde mas rápido era el decremento (1). Segun Raynal, la pérdida anual de los negros ascendia, en nuestras colonias, á cinco por ciento, y los accidentes la hacian subir á seis y dos tercios; de consiguiente debian allí ser peor tratados que en las colonias inglesas. Se ha observado que el decremento anual de los esclavos está en razon directa de la cantidad de azúcar que se hace producir á cada uno (2); y puesto que Santo Domingo era la colonia que mas producia, comparativamente á la poblacion, se puede inferir que los esclavos eran allí tan miserables á lo menos como en cualquiera otra isla.

Finalmente, muchas colonias francesas se hallan de muchos años á esta parte bajo la dominacion del gobierno inglés; los amos de consiguiente tienen que ceñir su poder á los límites prescritos por las leyes inglesas; pero estas leyes, que obligan á los poseedores de hombres á dejar pasar cierto intervalo entre el castigo y la ofensa, que limitan el número de latigazos que se pueden sacudir de una vez, y que exijen que se estienda acta de la in-

(1) *Second report of the committee of the society for the mitigation and the gradual abolition of slavery*, páj. 149, 150 y 154.

(2) *Ibid*, páj. 157.

fliccion de la pena, no son menos engorrosas para los colonos oriundos de Francia, que para los oriundos de de Inglaterra (1); así unos como otros se quejan de no po-

(1) Muchos de estos procesos verbales han sido comunicados al parlamento de Inglaterra. He aquí uno del caballero de Gannes, colono de la isla de Francia. Trascríbolo con preferencia á otros, respecto de que prueba á un tiempo la incapacidad de los esclavos, los inconvenientes anejos á su servicio, y el orgullo iracundo de los amos. Convengamos sin embargo en que el caso era grave, pues se trataba de la comida del caballero, y el reo era su cocinero.

«Hoy, domingo del mes de setiembre, del año 1824, á las cinco de la tarde, al llegar de la ciudad á donde habia ido á oir misa, pedí la comida, la cual me fué servida al momento. Viendo que nada estaba cocido, y que faltaba la manteca que yo mismo habia dado antes de mi partida (por ausencia de mi esposa), mandé llamar á mi cocinero Rafael Faxa, jóven negro de 22 á 25 años. Habia salido ya, y no se hallaba en la cocina; esperéle hasta las siete, hora en que le hice llamar. Contestó desde las casas de negros donde se encontraba, y volvió á su cocina; le pregunté de dónde salia, porqué se habia ausentado antes que yo acabase de comer, porqué nada estaba cocido, sin condimento, sin manteca, sin ninguno de los ingredientes que entran en un guiso. Contestóme con brutalidad y levantando desmedidamente la voz, que cuando estaba servida la comida podia irse, que estaba en las casas de los negros, y que desde allí habia respondido. Le mandé que no alzase tanto la voz, y me replicó que la boca era para hablar y que nadie se lo podia impedir. Voy á poneros en el cepo, le dije, por vuestro desentono, por vuestros gritos, y por vuestras respuestas insolentes y poco respetuosas. *No, no iré al cepo, porque yo no he hecho nada; al cepo no van sino los ladrones, y yo no he robado cosa alguna.* Siendo jóven y muy vivaracho, á cada paso que yo daba, se apartaba manteniéndose siempre á gran distancia. No teniendo yo disponibles á la sazon mas que dos sirvientes, incapaces de agarrarle, tuve que retirarme. Al dia siguiente, lúnes, á las siete de la noche, reunidos los negros para rezar, mandé llamar á Manuel Gaitan, hombre de color libre, mayor, que se hallaba en una de mis casas de negros, y en su presencia le mandé aplicar por mi mayordomo, delante de la puerta

der entregarse con bastante libertad á la violencia de sus pasiones.

de mi casa, doce latigazos, estando en pié y cubierto con sus vestidos. No profirió palabra alguna durante la ejecucion; mas luego de concluida, se estuvo un ratito en pié, guardando la misma postura, despues de lo cual, para mofarse de su amo, dijo: ¿en esto consiste todo? se detuvo algunos minutos y se fué!!!

«*Firmado*, el caballero de GANNES, mayordomo.

«MANUEL GAETAN.»

Nada irrita tanto á los posesdores de hombres como la firmeza y aparente insensibilidad de los esclavos, por cuanto nada hay que mejor les haga sentir su impotencia. En otro proceso verbal, el mismo caballero de Gannes cuenta, que despues de haber mandado aplicar quince latigazos á un esclavo de diez y ocho años que habia salido de su casita media hora mas tarde que los demás, quiso hacerle algunas reconvenciones. «A cada palabra que yo proferia, dice, se esforzaba en toser con violencia, y con tal fuerza que sufocaba mi voz y me precisaba á callar. No permitiendo los últimos decretos dos castigos sucesivos, tuve que retirarme con la risa de mi esclavo, y devorar esta humillacion!!!» *The slave colonies of Great-Britain*, páj. 121 y 122.

FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE DE LOS CAPITULOS

DEL TOMO CUARTO.

LIBRO CUARTO.

Primeros objetos sobre los cuales se desenvuelven las facultades humanas. — Relaciones que existen entre la distribucion de las diversas razas de hombres, sobre la superficie de la tierra, y la distribucion de sus medios de existencia. — Division natural de los pueblos. — Influjo que ejercen en la civilizacion la naturaleza y posicion del territorio, la direccion de las aguas y la temperatura atmosférica. — Cotejo entre los pueblos de diversas razas, y entre los pueblos bárbaros y los civilizados. — Desarrollo de algunas facultades particulares en las diversas razas de hombres. — Causas de este desarrollo. — Oríjen de la esclavitud.

INDICE.

LIBRO QUINTO.

La esclavitud doméstica considerada en los hechos que la constituyen y en los efectos que causa en las facultades físicas, intelectuales y morales de las diversas clases de la poblacion, en las riquezas, en la índole del gobierno y en las relaciones de los pueblos entre sí. — Algunas clases de asociaciones afines con la esclavitud.

FIN DEL INDICE DEL TOMO CUARTO.